Hasan Sabbah y la secta de los asesinos

Freidoune Sahebjam

Ispahán, siglo XI. Llamado por su amigo y condiscípulo Omar Khayyam para que se integre en los círculos de poder de la populosa ciudad, el místico y combativo Hasan Sabbah sueña con restaurar la hegemonía de los persas frente a la dominación de los turcos selyúcidas. Para este personaje, cuya misma existencia se mueve entre la realidad y la leyenda, comienza una apasionante epopeya que va a agitar los cimientos del mundo árabe desde El Cairo a Bagdad y desde el golfo Pérsico hasta la inexpugnable fortaleza de Alamut. Es toda la civilización islámica la que renace, para lo mejor y para lo peor, en esta aventura incomparable que reunirá a hombres crueles, santos y poetas en una búsqueda sin límite de lo absoluto. Con toda la sensualidad y la pasión de Oriente, esta novela aborda con una inquietante clarividencia el difícil tema del fanatismo y la intolerancia, encarnados aquí en la figura de Hasan Sabbah y su terrible secta de los ‘hassassini’.

Freidoune Sahebjam nació en 1933.

Licenciado en Derecho y diplomado en Ciencias Políticas, ejerció durante un tiempo misiones diplomáticas. Desde hace más de veinte años vive en Francia, dedicado a la literatura y el periodismo. En mayo de 1979, como consecuencia de los artículos que publicó en 'Le Monde' y 'Le Figaro', fue condenado a muerte por el régimen islámico de Teherán y sufrió directamente la violencia de los estudiantes chiítas. Una amenaza que no le impidió sin embargo continuar con su valiente defensa de la tolerancia en diversos medios de comunicación franceses.

Es autor de diversas obras sobre el mundo islámico, entre las cuales destacan 'L.Iran des Pahlavis, Hussein de Jordanie, Au nom de Dieu, Je nai plus de larmes pour pleurer, La femme lapidèe y 'Un procès sans appel'.

A Adrien y Charlene, a Raphaelle y Joana, a Cyrus,

que más adelante leerán esta obra y se darán cuenta de que la historia es un continuo volver a empezar, con sus violencias, sus lutos y sus lágrimas.

Primera parte

Ispahán

Capítulo primero

La admiración

Hacía una hora que Hasan estaba sentado a la árabe sobre un pequeño montículo, cruzado de manos.

Fascinado, contemplaba el espectáculo que se desarrollaba a pocos metros de él, en la plaza mayor, convertida en amplio escenario por una multitud abigarrada y gesticulante.

Los hombres vociferaban y charloteaban en un ir y venir a lomos de caballo o de asno, esquivando a los niños que jugaban,

ignorando a las mujeres apostadas a lo largo de las murallas bajo sus velos multicolores. A veces, en medio del tumulto, se distinguía el sonido de una flauta o el redoble de un tamboril.

Al otro extremo de aquel inmenso espacio, una caravana de una docena de camellos sembraba la confusión tratando en vano de abrirse paso.

El sol estaba en el cenit.

El bullicio se paralizó cuando sonó la llamada a la oración. Súbitamente se hizo un silencio impresionante y todas las miradas convergieron sobre la mezquita en donde se elevaba la salmodia del molah. Miles de almas se pusieron a rezar a coro y en voz alta.

Hasan cerró los ojos para concentrarse; luego, cuando la letanía cesó, redobló la agitación con gran estruendo, gritos y música.

Ebrio de calor y fatiga, Hasan estaba como hipnotizado. Sensación semejante no la había experimentado ni en Tus, ni en Nichapur y menos aún en Rey. ¿Cómo imaginar tanta animación de mercaderes, soldados, obreros, religiosos, muchachos, mujeres e incluso animales, algunos de los cuales todavía seguían siendo desconocidos para él?

A nos pasos de allí, un vendedor de sandías desplegaba los gruesos frutos verdes, cortando a continuación su carne sanguínea a fin de ofrecerla en porciones finas y refrescantes a su golosa clientela.

A su lado, un jorobado alababa la calidad de sus pistachos y almendras, que pesaba meticulosamente. Un poco más lejos, un hombre viejo repasaba las monedas con que se hacía pagar el agua que vertía de un gran cántaro de barro, en tanto que a sus pies unos cuantos pavos, asustados y glugluteando, esperaban con estupor a que les cortasen el cuello una vez terminado el regateo.

Hasan dio un respingo al sentir que una mano se le posaba en el hombro.

Se levantó de un brinco y se encaró con el hombre, al que no había oído llegar. El esmerado atuendo y la larga barba negra partida en dos del personaje denotaban su pertenencia a la clase acomodada de Ispahán.

Con un gesto de la mano le indicó a Hasan que no tenía nada que temer.

Molesto por el silencio y la insistencia con que el desconocido lo contemplaba, fue el primero en hablar:

—Disculpadme, ¿es que os he quitado el sitio?

El hombre sonrió finalmente:

—¡Tuyo es puesto que lo ocupas!

El lugar pertenece al primero que llegue y puede quedarse en él hasta la noche. ¿Ves esos mercaderes? Han llegado mucho antes de

que saliera el sol y es probable que mañana al amanecer sigan todavía ahí si es que no los han echado los soldados del Sultán:

¡es muy exigente por lo que hace a la limpieza de su ciudad!

El hombre calló un instante y prosiguió:

—¿De dónde vienes, pues?

—Del norte, de una ciudad al pie de los montes Alborz.

—¡Me imagino que no hace mucho que estás aquí!

Aquel hombre aparentemente rico y más bien afable no disimulaba su curiosidad por Hasan, quien, agotado y cubierto de polvo, adoptó una postura ridículamente altiva para responder:

—He llegado a primera hora de la mañana, con una caravana procedente de Ghom. Estuve deambulando un poco y acabé por dormirme en esta colina. He debido de dormitar algunas horas hasta que me han despertado los gritos de los mercaderes, cuando ya el sol hacía tiempo que lucía.

—No has comido nada, ¿verdad?

—¡No!... La verdad es que hace dos días que no me he llevado nada a la boca. Tengo que decir que he acabado con mis pocos ahorros, y lo que no he gastado me lo han quitado los bandidos.

El desconocido puso de nuevo su mano en el hombro del viajero.

—Si lo deseas ¡sígueme! Tengo una modesta casa no muy lejos de aquí.

Podrás comer y beber y descansar un rato. Después, si aceptas, ¡discutiremos un poco!

Hasan no se hizo de rogar y no se apartó un paso del misterioso individuo, lejos de imaginar que aquel ser guardaba una de las llaves de su destino.

A finales del mes de marzo de 1075, poco después de la celebración del año nuevo persa, los Sabbah, honrados comerciantes de la ciudad de Rey, al norte del país, recibieron la visita de un viajero que se decía emisario de un cierto Omar Jayyam, quien vivía en la corte del sultán Yalaleddín Malek Shah, en Ispahán.

Cuando el hombre hubo comido y descansado, contó que llevaba en camino más de dos semanas y que era portador de un mensaje que debía entregar personalmente a “Mi amigo Hasan, camarada de estudios en la Universidad de Nichapur”. Hasan descifró, lleno de entusiasmo, el pergamino que el desconocido le había tendido. Había reconocido la esmerada caligrafía de su antiguo

condiscípulo y se había dejado llevar por unos recuerdos que lo retrotraían a dos años antes. Como en un sueño volvió a ver Nichapur, recordó los paseos por las montañas del Jorasán, el largo contemplar del cielo nocturno con objeto de aprender a leer en las estrellas, las columnas de cifras dispuestas para calcular los granos de trigo de un campo o las gotas de agua de un estanque.

Omar Jayyam invitaba a su amigo a que se reuniese con él en la ciudad más hermosa, más cautivadora, más entretenida del mundo.

... Abú Alí Hasan se ha convertido en visir del sultán. Aunque rico y poderoso, sigue siendo amigo mío.

Me ha ofrecido un puesto en la corte de Ispahán, y en este momento poseo cuanto un mortal puede desear, una casa agradable, unos fieles criados, mujeres, vino a discreción, y tiempo para seguir estudiando. El camino de la sabiduría es largo y espinoso, razón por la cual no puedo continuar las investigaciones que acabo de emprender sin tu luz y tu amistad. Ven, amigo mío, acuérdate del pacto, y únete a nosotros en cuanto te sea posible. Necesitamos hombres como tú.

El portador de este pliego nos informará de tu fecha de llegada a Ispahán.

Tu fiel Omar.

El mensajero volvió ciertamente a partir, pero sin la respuesta de Hasan. Demasiado intrigado por la invitación que debería haberle sido enviada por el propio visir, se concedió un tiempo de reflexión y para rememorar los términos del pacto mencionado por Omar.

Una vez terminados los estudios en la Universidad de Nichapur, los tres hombres, unidos por una tierna complicidad, sólo se habían decidido a separarse después de una promesa. La idea había sido de Hasan:

“Mis queridos compañeros, fuimos alumnos brillantes y gracias a nuestra asiduidad a las lecciones de nuestros maestros, hemos contribuido a poner de nuestra parte la posibilidad de llegar a ser hombres importantes para el futuro de nuestro país. Por lo mismo, si alguno de nosotros accede a la fortuna o al poder, que jure aquí, sobre la sangre de sus antepasados y de su descendencia, compartir una y otra con los otros dos. Que Alá lo aniquile, a él y a las generaciones que le sucedan, si falta a su palabra...”.

Hasan acababa de cumplir dieciocho años, Omar tenía ocho más y Abú Alí Hasan había pasado de los cuarenta.

Este último, hijo de labradores del Jorasán, había compartido largo tiempo con los suyos las tareas del campo, viajado por las provincias del Norte, conocido los burgos de Samarcanda, Bujara, Merv, había ido a Afganistán e incluso había estado casado. También

había trabado conocimientos con eruditos, sabios, narradores de cuentos, pero siempre había tenido que recurrir a los servicios de un escriba público y a medida que se iba haciendo mayor, más le molestaba tal cosa.

Así que un día decidió aprender a leer y a escribir. Hizo rápidos progresos y a los cuarenta años entraba en la Universidad de Nichapur.

A veces lo tomaban por uno de los maestros a causa de su edad, sin duda, pero también gracias a su buen sentido y a la sutileza de ingenio de que daba muestra.

Hasan y Omar compartían su habitación, sus mismas opiniones y la misma veneración que profesaba al imán Muaffik, quien les dispensaba una formación religiosa, y del cual Abú Alí Hasan se había convertido en ayudante. Si Jayyam le consagraba una amistad sin límites, por lo que hace al hijo de Sabbah, éste manifestaba una mayor reserva en sus sentimientos. Cierto era que disfrutaba disertando con aquel hombre de barba negra, pero Abú Alí Hasan escondía un carácter lleno de recovecos imprevisibles e inquietantes.

Una vez sellado el pacto, el mayor de todos dijo a los otros dos:

“Si a uno de nosotros le sonríe la fortuna, si tal es la voluntad de Alá, ¡nos volveremos a ver!”

Hasan se preguntaba por qué el mensaje procedía de Omar y no de Abú Alí Hasan, que había llegado a visir. Encontrar una respuesta a esta pregunta fue el motivo por el que el joven decidiera abandonar Rey cuatro semanas después. Sintió que el corazón se le encogía al abrazar a su padre, un hombre animoso que se había esforzado por dar a sus hijos una educación susceptible de hacer de ellos unos adultos valerosos y trabajadores.

¿Volvería a verlo algún día antes de que la muerte se lo llevase una mañana de nieve como hace con los ancianos agotados? Menos tristeza experimentó dejando aquella ciudad suya en que la vida se había convertido en algo monótono y sin alicientes.

El camino se hizo largo: cuatrocientos cincuenta kilómetros a pie, por pistas hundidas, salpicadas de escasos puntos de agua, bajo un calor cada vez más agobiante a medida que uno se iba aproximando al centro del país. Hasan compartía la marcha con los cuarenta y cuatro hombres, dieciocho mujeres y veintidós niños (los había contado una y otra vez) que avanzaban penosamente al ritmo de los camellos, asnos y mulos cargados de mercancías. El hijo de Sabbah había sabido que los tres hombres erguidos sobre los tres únicos caballos de la comitiva eran judíos.

Los miembros de la caravana hacían una treintena de kilómetros por día.

Debilitados o ya enfermos, algunos ancianos habían abandonado cualquier esperanza de llegar a término, y, a la sombra

de un árbol o protegidos por una roca, habían esperado al Enviado de Alá, encargado de llevarlos al otro mundo. Fueron enterrados en el mismo lugar, una vez despojados de sus modestas pertenencias.

Las noches eran frescas y sólo los tres comerciantes judíos se protegían con reconfortantes mantas y armaban sólidas tiendas después de haber cocido sus alimentos al amor de un fuego vigoroso. Hasan compraba dátiles, pan y uva en los pueblos que atravesaba, saciando su sed donde podía, en un manantial, en un pozo o, si había suerte, al cruzarse con algún aguador.

Para dormir se tendía en el mismísimo suelo, usando como almohada sus alforjas y a la espera, con los ojos puestos en las estrellas, de que se abriese el mundo de los sueños y se lo tragase.

En Ghom, una parte de los viajeros se separó del resto de la comitiva y se adentró por el desierto, en dirección este. Los vio perderse en el horizonte, miserables y decididos, detrás de sus tres mulos y sus dos asnos y se preguntó, cuando supo que eran practicantes del zoroastrismo –estos seguidores de la secta que actúan a la mayor gloria del antiguo profeta persa Zaratustra–, qué resplandor podía guiarlos más allá de las dunas y los ríos.

Algo más de dos semanas después de haber dejado a su familia, Hasan Sabbah llegaba a las puertas de Ispahán. Había caído la noche, y, a orillas del río Zayendeh Rud, una veintena de soldados provistos de lanzas y sables cortó el paso a la caravana. Los camellos se dispusieron en orden de acampada, se descargaron sus mercancías, cajas y bultos fueron abiertos, en tanto que se sometía a minucioso registro a hombres y mujeres. Tres antorchas alumbraban unas caras que interminables parloteos llenaban de animación. Finalmente, subsistencias y algún que otro producto fueron entregados al oficial y el dinero cambió discretamente de manos.

Cuando los caravaneros se marcharon, la ciudad dormía en un profundo silencio roto por los ladridos de un perro famélico. Hasan caminó en línea recta, bañado por la pálida luz de un halo lunar. Sin saber a ciencia cierta lo que hacía, siguió el trazado de un callejón que desembocaba en una amplia plaza donde se alzaba una mezquita.

Enfrente de ella había un montículo de tierra blanda que le sirvió para pasar el resto de la noche.

Hasan siguió al desconocido a través de un dédalo de calles hasta llegar a un muro tras el cual se erguía un álamo. El hombre llamó tres veces a la pesada puerta de madera, que inmediatamente se abrió vibrando.

Unos criados barrían el suelo, en tanto que unas cuantas mujeres sacudían las alfombras y tendían a secar la ropa. En el centro

del patio, lindamente florido, una multitud de peces rojos chapoteaban en el agua clara de un estanque.

El desconocido hizo una señal con la mano a su joven compañero invitándolo a entrar en la casa. Todo allí aparecía limpio y bien ordenado.

Había fruta colocada delicadamente sobre la mesa, cojines multicolores esparcidos por el suelo, y en un rincón humeaba un samovar.

—¡Toma asiento y aplaca tu sed!

Fatigado, hambriento y lleno de polvo, Hasan se deleitó con un vaso de jarabe de rosas acompañado por unas rosquillas azucaradas.

—¡Me llamo Abolfazl, y soy un comerciante nacido en esta hermosa ciudad!

Hasan hizo un leve gesto con la cabeza, pero guardó silencio limitándose a considerar a su interlocutor sin dejar de masticar las semillas de sésamo que se desprendían de las rosquillas.

—¿Es la primera vez que visitas nuestra ciudad?

Visiblemente incómodo por el silencio inmutable del joven y la leve sonrisa que flotaba en sus labios, Abolfazl tomó un sorbo del sabroso brebaje y continuó:

—Perdona que te pregunte de este modo, pero mientras estabas sumido en la contemplación del espectáculo que constituye nuestro mercado, esta mañana, te he estado observando un buen rato...

Hasan, ligeramente molesto a su vez por las palabras de su anfitrión, cambió de postura en los confortables cojines; luego, después de juntar sus manos sobre la boca, concentró su mirada sobre el enlosado en forma de damero con objeto de escuchar religiosamente lo que el ispahaní tenía que decirle.

—Tus vestiduras no son las de un trabajador. Como tampoco tus manos, que no han ni recolectado los productos de la tierra, ni cincelado el metal, ni cosido el cuero. No, esas manos han acariciado el pergamino, sostenido el qalam que dibujaba las letras, seguido con sus dedos las líneas de los tratados de ciencias y de astronomía. Tus ojos, tan negros, son el reflejo de un alma habitada por la inteligencia, ciertamente, pero también por una ambición devoradora...

Hasan dirigió su mirada sobre Abolfazl.

—¡Por todos los imanes venerados!

¿Y qué más has descubierto?

—Que has venido a esta ciudad con el fin de encontrar a alguien. Un amigo; tal vez un enemigo sin duda...

Necesitarás mucho valor y mucha decisión para conseguir lo

que te propones...

Hasan se levantó y, llevándose la mano al corazón, inclinó la cabeza al mismo tiempo que decía:

—Te agradezco tu hospitalidad, Abolfazl, pero no puedo permitirme hacerte perder más tiempo. Debo partir.

—Un instante, amigo mío... ¡Ni siquiera me has dicho tu nombre!

—Me llamo Hasan, hijo de Alí Sabbah, comerciante en la ciudad de Rey.

Abolfazl se levantó a su vez. En su rostro se leía una extremada gravedad:

—Siéntate, hijo de Sabbah, y escucha mis palabras. ¿Ves esta casa?

Ella se ha convertido en mi único universo. Mis amigos son escasos, salgo poco, como no sea para estudiar las estrellas o aspirar intensamente los olores del mercado como esta mañana. El estudio se ha vuelto la razón de mi vivir desde que dejé a mi hermano al cuidado del comercio. Prefiero entregarme a la meditación... Igual que tú.

—¡Por la grandeza del Profeta!

¿Cómo lo sabes?

—Te conozco mejor de lo que puedas imaginarte. ¿No has oído hablar nunca de esas personas que leen los pensamientos y conocen el futuro?

—¿No serás tú un mago?

—En absoluto... Hay lugares desconocidos para los humanos a los que sólo pueden entrar los iniciados...

Esos lugares me han sido revelados por Zaratustra, el hombre–Dios, el Profeta de los profetas, la luz de Irán. Hasan, hijo de Sabbah, ¡yo sé a quién has venido a ver en Ispahán!...

Hasan se irguió de nuevo y, con gesto hosco y la mirada más sombría que nunca, apuntó con el índice en dirección a su huésped:

—Te debo respeto, Abolfazl, pero no puedo seguir escuchando por más tiempo tus palabras. Conozco la doctrina y sé lo que Zaratustra ha representado para mis antepasados, pero hoy el único Profeta verdadero que venero es Mahoma. No puedo admitir tus intentos de cubrir mis convicciones con un velo de duda...

Abolfazl dio unos cuantos pasos y puso delicadamente su mano sobre el hombro de Hasan:

—¡Cálmate, amigo!... Gritas porque sientes el miedo brotar de tus entrañas, pero sabe, hijo querido de la tierra iraní, que tu misión ¡está inscrita en los astros desde el principio de los tiempos!

En cuanto a los hombres a los que has venido a ver: el primero, con el que sin duda sientes más afinidades, es un sabio. Sobresale en el arte de la poesía, pero hubiera podido ser también astrólogo o matemático...

Puedes darle tu confianza pues su amistad es sincera. Además, no ha escrito ya:

El amor que no es sincero carece de valor como un fuego casi apagado no calienta.

Hasan no daba crédito a sus oídos...

No podía apartar la mirada del ispahaní, quien, como si fuera presa de una terrible visión, pronunciaba cada palabra con una voz monocorde, muy pálido, fijos los ojos. Dividido entre la sorpresa y el temor, Hasan, que había aflojado su actitud agresiva, no esbozó el menor movimiento susceptible de interrumpir a su interlocutor.

—El otro es... temible. ¡Desconfía de él! Inteligente, pero guerrero y calculador, Nezam–ol–Molk ¡es poderoso a la sombra de Malek Sha!...

—¿Nezam–ol–Molk?

La voz de Hasan sacó bruscamente a Abolfazl de su estado de trance. Miró, desconcertado, a su alrededor, tratando de comprender lo que acababa de pasar. Luego, fijando su mirada sobre el joven, finalmente le dijo:

—Aprende, Hasan, hijo de Sabbah, que no hay ni virtud ni inteligencia en esos pequeños seres que se hacen llamar príncipes de este mundo. ¡Llegado el momento, deberás reunirte con los auténticos amos del Irán! Por ahora, cumple tu destino.

—Hasan, turbado, estrechó entre sus manos las de su huésped y, antes de abandonar la acogedora morada, se atrevió a hacer una última pregunta:

—¿Quién es Nezam–ol–Molk?

Abolfazl, asombrado, clavó su mirada en la del muchacho:

—¿Nezam–ol–Molk? ¡Quién va a ser sino el gran visir!

Después de cerrar la pesada puerta de madera, Hasan se internó por las callejuelas en busca del Palacio.

La tarde estaba muy avanzada cuando llegó a orillas del río Zayendeh Rud. Desde que las nieves se habían fundido, las aguas estaban muy crecidas y habían inundado la mayor parte de los campos.

El ritmo de sus pasos se fue aminorando a medida que se aproximaba al parque real. Dos soldados se adelantaron y entrecruzaron sus lanzas con objeto de impedirle la entrada. Un gigante salió de una tienda de campaña, se plantó delante del viajero mirándole amenazadoramente y con la mano crispada sobre el puño de un largo sable:

—¡Sigue tu camino, palurdo! ¡Tu sitio no está aquí!

Hasan, a pesar de tener fama de alto, se sintió ridículamente pequeño delante del militar.

—¡Estoy invitado por el gran poeta Omar Jayyam! –prorrumpió desafiante.

—¡Por Alá todopoderoso! ¿Qué te parece?... ¡El invitado de Omar Jayyam!... ¡Y yo, yo soy el favorito del sultán!... ¡Vamos! ¡Lárgate antes de que te destripe!

Y dándole un violento empujón con el hombro lo desequilibró de tal suerte que pronto se encontró de bruces en el suelo. Odiaba Hasan que se le maltratase de semejante manera. Más de un estudiante afgano o turkmeno de Nichapur lo había comprobado a su costa. Tuvo que dominarse las ganas locas que tenía de propinarle al Goliath un memorable correctivo. Se levantó calmosamente, y, sacudiéndose el polvo con las manos, enarboló una sonrisa y le espetó:

—Con tu permiso me quedaré al acecho desde un poco más lejos... Me ha escrito una carta... ¡Me espera!

El militar, pensando habérselas con un loco, se encogió de hombros y se volvió a su puesto.

Hasan se instaló a la sombra de un olmo, a un centenar de metros del inmenso portal esculpido. Sentado en una raíz que había brotado del suelo antes de volver a hundirse en tierra, apoyaba la espalda contra el tronco del árbol y, al mismo tiempo que sus brazos rodeaban las piernas recogidas contra el busto, dejó reposar el mentón sobre las rodillas.

¿Cuántas noches, encaramado en el tejado de la casa familiar de Rey no habría él, en la misma postura, escudriñado el cielo tachonado de estrellas, a la espera de algún signo divino? Así permaneció largas horas bajo la mirada indiferente de los que pasaban llevando a menudo, a lomos de borrico o a pie, pesadas cargas y algunas veces cántaros o aves de corral.

Con el crepúsculo, el frescor acentuó los olores de la tierra. Algunas personas apresuraban su vuelta a casa, otras encendían fogatas aquí y allá.

Embriagado por el canto de un petirrojo tardío y los perfumes a vainillas de plantas que no conocía, Hasan dejó caer la cabeza contra la corteza del árbol y cerró los ojos. La voz cascada de un hombre que se había acercado sin hacer ruido lo sacó de su somnolencia.

—¿Eres tú el que pretende ser amigo del amo?

Con sus bonitas botas de fina piel y su turbante rematado en un penacho de plumas, el desconocido no podía pisar otra cosa que no fueran los mosaicos de los pasillos de Palacio.

—¡No lo pretendo, lo soy! –respondió el joven irguiéndose.

—¿Cuál es tu nombre, forastero?

—Me llamo Hasan, hijo de Sabbah, y en su tiempo estudié con tu amo en Jorasán.

Diciendo esto y con un gesto brusco, le tendió al servidor la carta de Omar Jayyam.

—¡Ven, sígueme!

Lo siguió hasta la tienda de campaña de la que, horas antes, había salido el gigante.

—Siéntate. Te traerán té y rosquillas. Voy a avisar al amo y te vendrán a buscar.

El lugar estaba sucio y, con toda evidencia, servía a la vez de cuerpo de guardia, comedor, dormitorio y sala de abluciones y rezos. Podía dar cabida a seis u ocho hombres que dormían por turno sobre esterillas de paja dispuestas sobre la tierra blanda.

Mientras bebía el té que le habían servido, divisó en el exterior a unos cuantos soldados que charlaban al amor de la lumbre. Él se calentó las manos rodeando con ellas el vaso al mismo tiempo que comenzaba a experimentar el deseo de una auténtica comida donde no faltase la carne de ave, el arroz bien cocido y las legumbres verdes.

La tela se entreabrió, apareció un militar y a sus espaldas dos guardias con antorchas.

El hombre se inclinó ligeramente:

—El amo te espera, sigue a estos servidores.

El parque parecía inmenso. Más allá de las luces que brillaban en él, se percibía nítidamente el ruido de las aguas del Zayendeh Rud.

Una mansión se alzaba ante Hasan.

Todas las habitaciones estaban iluminadas, y se veían sombras perfilándose detrás de las ventanas. El joven pensó que aquella vivienda señorial sólo podía pertenecer a Omar Jayyam. No le sorprendió pues ver aparecer al señor de la casa en el umbral.

—¡Por fin! ¡Amigo mío! ¡Por fin!... –exclamó éste abrazando al viajero–. ¡Seas bienvenido y no sabes cuánto me alegra volverte a ver!

Omar no parecía haber cambiado apenas en el transcurso de aquellos dos años, salvo, ligeramente, una mayor rotundidad de su

silueta, testimonio sin duda de una vida feliz.

Poco dado a las expansiones verbales, Hasan se sentía conmovido al volver a encontrar al poeta en unas circunstancias tan inesperadas. El interior de la vivienda manifestaba la existencia de tesoros. Todo en ella había sido decorado con refinamiento.

Los dos amigos se instalaron sobre cojines de tornasolado tejido, delante de una mesa baja taraceada de marfil y caoba y sobre la cual se había dispuesto unos vasitos con sus soportes de plata finamente cincelados.

—¡Que Alá me sea testigo! Omar, amigo mío, ¿conque eres tan rico?

Omar se levantó, juntó las manos, dio una vuelta por la habitación, luego alzó los brazos como para designar las paredes:

—¡Nada de lo que puedes ver me pertenece! ¡Ni los muebles, ni las alfombras, como tampoco los criados!

¡Todo ha sido puesto a mi disposición y puedo disfrutarlo hasta la saciedad!

—¿Gracias a Abú Alí Hasan?

—¡Deberías decir Nezam–ol–Molk!

¡Sí, gracias a su benevolencia y a los lazos de amistad que nos unían y que yo he sabido cultivar!

—Hum... Hum...

Con aire pensativo, apresada la barbilla entre el índice y el pulgar, Hasan entornaba los ojos mirando a Omar servirse un vaso de jarabe de frutas.

—Mi buen Hasan, ¡debes saber que Nezam–ol–Molk es un personaje muy importante! Ya no puede uno verlo sin haber sido invitado; además, desde que se casó con una prima de la sultana se ha convertido en uno de los íntimos de Malek Shah.

—¿Sigue relacionándose con el muy venerado imán Muaffik?

—¡Más que nunca! El imán bendijo su boda y es invitado frecuentemente a Palacio.

—¡No me lo imagino! ¡Abú Alí Hasan ascendido a gran visir! ¡El campesino a quien yo ayudaba en los exámenes y que hacía trampas continuamente! ¡El mismo que en Nichapur nos hacía grandes discursos sobre la superioridad de la raza irania, convertido ahora en criado de los turcos selyúcidas!

—¡Vamos, vamos, amigo mío! ¡Desecha esa amargura! ¡Si Abú Alí Hasan es hoy un gran visir con Malek Shah es porque el sultán Alp Arslan, su padre, se fijó en él y en sus cualidades antes de que Alá lo llamase a su seno! ¡Reconócele su valía y su lealtad!... A veces viene a verme y, entonces, hablamos del pasado... ¡de ti!

—¿De mí? ¿Y qué dice? ¿Que mi carácter es difícil y mis ideas extravagantes?

—Hasan, ¿no te encuentras terriblemente severo? ¿De qué resentimiento te alimentas?

—¿Por qué Abú Alí Hasan no me ha invitado él mismo a que viniera a reunirme con vosotros?

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!... ¡Por todos los imanes! ¡En esto reconozco tu intransigencia! ¿Sabes tú qué vida lleva Nezam–ol–Molk? Cuando no está en el campo de batalla, es que está ocupado con asuntos de Estado y con la seguridad del sultán. ¿Querrías que entre reunión y reunión te enviase un mensajero siendo así que mi humilde persona podría encargarse del asunto?

¡Hasan, mi buen amigo! ¡Mi hermano!

¡Tienes que comprender que la vida aquí deja poco respiro, aunque al mismo tiempo sea fuente de grandes alegrías y enormes goces! Como te he escrito, aquí tienes tu sitio, gracias a tu ciencia y a tu talento. Hay que tener paciencia y merecer sus favores.

¡Pero estoy seguro de que aprenderás rápidamente! ¡Ah! ¡Me alegro realmente de que seas de los nuestros! ¡Y sé que Abú Alí Hasan se alegrará también!

—¡Tu ingenuidad me desarma!...

¡Pero en serio! ¡Soy tan feliz de volverte a ver!

A su vez, el hijo de Sabbah abrazó a su huésped, que se echó a reír.

Éste dio dos palmadas:

—Voy a disponer que nos sirvan una buena comida y si todavía tienes ganas de escucharme, te diré algunos de mis poemas más recientes.

Hasta altas horas de la noche se oyeron, procedentes de la casa de Omar Jayyam, los ecos de declamaciones y risas, como si el tiempo hubiera suspendido su curso.

Al día siguiente, por la mañana, Omar y Hasan se internaron por lo más profundo del parque real de Ispahán.

El césped, recientemente cortado, se perdía a lo lejos, y una multitud de sicomoros, álamos, tejos y cipreses habían sido plantados a ambos lados de las avenidas proporcionando refrescante sombra a los escasos paseantes.

Omar se detuvo a acariciar una hoja de palmera:

El día en que se arranque el árbol de mi vida Y que mi cuerpo sea desmembrado Tal vez se hará de mi arcilla una copa Entonces, de ella, llena de vino, renaceré.

—Aquí está la fuente de mi inspiración. Este lugar vibra. Tiene sus ruidos, sus olores, sus misterios, sus especies de flores y animales que sin duda jamás hasta ahora has visto.

Reemprendieron la marcha y, mudos, admiraron el espectáculo representado por docenas de jardineros que habían dedicado su talento a la belleza de aquel espacio. Palomas y tórtolas se arrullaban en los tejados, en tanto que los patos compartían los estanques con agresivos cisnes negros. Imperturbables, las cervatillas pastaban al lado de los antílopes, que se interrumpían al menor susurro.

Si hubiera sido pintor, Hasan habría inmortalizado sin duda aquella visión en una miniatura multicolor.

Habría unido el rosa y el malva de los jacintos con el marfil de los lotos y el azul de las anémonas.

Si hubiese sido poeta, habría ensalzado la blancura del narciso, el carmín de los claveles o la fragilidad de la rosa.

Omar ¿lo comprendía? Se volvió hacia su amigo:

Ver abrirse la faz de la rosa Al soplo primaveral de la brisa Es alegre.

Ver el rostro embrujador del ser amado Tendido sobre el césped es alegre.

El recuerdo de la noche que termina En nada es alegre.

Sé feliz, guarda silencio ¡Porque el instante presente es alegre!

¡El hijo de Sabbah se sentía tan ligero en el amanecer de aquella nueva vida!...

Él, que de ordinario apenas prestaba atención a su indumentaria, contempló satisfecho la imagen que le devolvía el espejo mientras se vestía la ropa que le había regalado su amigo:

La cabeza enturbantada de seda de un mismo azul que su túnica de brocado y los zaragüelles amarillos, a los que un par de babuchas rojas y oro prestaba a todo su esplendor, hacían de él un hombre de apariencia muy respetable.

Aquella mañana tomaba un prolongado baño y se entregaba al goce del líquido benefactor cuando se vio importunado por la intempestiva llegada de dos muchachas encargadas de darle un masaje, secarlo y perfumarlo.

Ellas peinaron cuidadosamente sus cabellos de azabache, untaron sus cejas y su barba con esencia de rosas.

Luego, con estupor, se contempló en el psique que las jóvenes le trajeron.

Movió sus labios como un pez fuera del agua, se pellizcó las mejillas, sacó la lengua y se acarició la barba:

¡No cabía duda! ¡Era él! ¡Pero qué cambio!

Se dirigió a reunirse con Omar para un refrigerio en el jardín, y le llamó la atención la afectación con que éste se expresaba:

—¡Hasan, mi buen Hasan, mi amigo, mi hermano! ¿Te ha resultado más agradable este baño que los que tomábamos en los hammames de Nichapur?

—¡Ya! ¡Ya!... ¡Sin discusión alguna! ¿Cuántos éramos chapoteando en aquella agua turbia y sulforosa?

¿Veinte? ¿Tal vez treinta? ¡Y sin huríes como las que tú me has enviado esta mañana que te frotasen la espalda!

—¡Aun así! ¿Te acuerdas de aquella mujer que entró por equivocación en la sala de los hombres completamente desnuda?

—¡Vaya si me acuerdo! ¡Sus gritos alteraron hasta a los que no habían tenido tiempo de darse cuenta! Dicen que fue azotada en la plaza pública por la ofensa cometida.

—¡Nunca me lo he creído! ¡La pobre chica tuvo que esconder su vergüenza en un harem, de donde no volvió a salir jamás! A propósito de mujeres, dime, Hasan, ¿sigues gustándoles tanto?

—Si te refieres a ese tipo de mujeres a las que acudíamos para aplacar nuestros deseos, pues sí, sigo gustándoles... ¡A no ser que sea mi dinero!

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¿Cómo el dinero? ¡Por la barba del Profeta! ¡Te aseguro que en aquella época estaban entusiasmadas por ciertos... atributos físicos tuyos!

—¡Déjate de tonterías, Omar!...

Háblame más bien de cómo llega el agua directamente a la habitación donde he tomado el baño sin que los criados la llevasen...

—¡No serviría de nada! ¿Sabes?

La sala donde te has bañado, lo mismo que la cocina, son dos habitaciones situadas en los sótanos de mi casa.

Habrás observado unas chimeneas de ladrillo en las que permanentemente arden unas brasas. Pues bien, ellas se encargan de calentar unas pequeñas tuberías que salen de una cisterna que alimentan las aguas del río. ¡De esta manera puedes tener agua tibia todo el día!

—¡Es la primera vez que oigo hablar de semejante sistema! ¿Y adónde va a parar el agua utilizada?

—A un foso que la distribuye por los campos vecinos.

—Muy ingenioso...

Hasan se sumió en sus propios pensamientos. Omar carraspeó y le dijo:

—Perdona que cambie el tema de nuestra conversación y vuelva sobre Nichapur una vez más.

El hijo de Sabbah levantó, silencioso, la cabeza, y clavando la vista en el poeta, esperó la pregunta.

—Hasan, ¿te acuerdas de Laleh?

¿Cómo no acordarse de Laleh?

Aquella joven turcomana que no hablaba persa vendía sus encantos a los estudiantes. Omar Jayyam se había encaprichado con ella y cada noche se jactaba ante sus amigos de la firmeza de sus senos, la suavidad de sus muslos, el perfume de su cuerpo. Su largo pelo negro y sus ojos de gacela hacían de ella una de las bellezas de la ciudad.

Hasan, que no era indiferente a las formas generosas de la muchacha, se dio cuenta de que su compañero despertaba sus celos.

—¿Laleh?... ¿qué Laleh?

—¿No te acuerdas de la hembra más seductora que Alá haya creado?

—Sí... sí... Laleh la turcomana... ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque mi mayor deseo hubiese sido que aquella hurí hubiese sido mía.

Pero... ignoro adónde la habrá llevado el destino...

—¿Te hubiese gustado tener por mujer a una criatura que había vendido su cuerpo? Por el poder del Profeta, ¿te has vuelto loco?

—¡Bah!... ¡Sin duda tienes razón!

¡Con todo, ninguna de las hembras que he tenido ha conseguido hacerme olvidar aquella diablesa!

Dicho esto, se levantó y desapareció en el interior de una de las habitaciones de la casa. Hasan se quedó a solas, sentado a la sombra de un sicomoro y se compadeció de que el poeta hubiese tenido la debilidad de atreverse a confesar sus sentimientos por una mujer. Aquel amor era para él indigno, pero no obstante, aunque su corazón no había jamás sangrado por ninguna, una imagen turbadora acudió a su mente: volvió a verse aquella misma mañana en el agua espumosa y, mientras unas diminutas manos blancas le masajeaban la espalda, con las suyas, largas y finas, había tenido que taparse el sexo para que no se viese la emoción que lo embargaba.

Capítulo segundo

Los honores

Hacía tres semanas que Hasan estaba en Ispahán, durante las cuales había tenido todo el tiempo para explorar los recovecos de la mansión de su amigo el poeta. En el apartamento que se le había destinado no faltaba de nada: pesadas alfombras firmadas por los artesanos más reputados de Kerman, cortinas y manteles minuciosamente bordados, así como copas llenas de fruta y pasteles de perfumes sutilmente almibarados.

Al descorrer el velo que ocultaba un rincón de su habitación, había aparecido ante su vista un montón de trajes concebidos por los más hábiles sastres de palacio: trajes de seda y de algodón, profusión de turbantes y calcetines, babuchas de cuero delicadamente repujado, así como un cofrecillo lleno de monedas de oro y plata.

Fiel, no obstante, a su fama de hombre arisco, era en la agitación y en los olores de la ciudad donde le gustaba perderse.

Pisaba con pie firme el suelo polvoriento de las callejuelas en medio de los precarios tenderetes de los vendedores ambulantes reencontrando, en aquel anonimato, la libertad de observar a sus congéneres. ¿Cómo Alá, en su grandeza incontestable, había sido capaz de dar vida a tanta criatura diferente? Esta pregunta, siendo niño, se la había hecho más de una vez a aquel padre tan querido, que le replicaba que únicamente el Creador podía responderle. Y seguía planteándosela mientras caminaba por aquel dédalo y meditaba acerca de las miradas reverenciosas que le lanzaban.

¡Desde luego que el hijo de Sabbah tenía un aspecto imponente con sus ricas vestiduras, pero se dijo que los hombres eran bien tontos dejándose engañar por las apariencias! Cogió al paso una manzana que exhibía su piel roja y reluciente sobre el mostrador de un tuerto y le arrojó a éste una moneda cuyo valor hubiera permitido comprar la totalidad de la mercancía.

Tras varios esfuerzos por doblar el metal entre las pocas muelas que le quedaban, el anciano se deshizo en palabras de agradecimiento e inclinaciones del cuerpo.

Hasan hincó el diente en la fruta como se le hinca a la vida cuando se nos ofrece bajo excelentes augurios.

Se detuvo a las puertas de una taberna y penetró en aquel lugar apestoso al sudor de una quincena de individuos, jóvenes y viejos, que se encontraban allí. En cuanto el hijo de Sabbah cruzó el umbral, se hizo silencio. Una vez instalado en los cojines tirados en un rincón de la pared, esperó a que lo sirvieran. No tardaron los ojos en apartarse de su persona, y cada cual volvió a su conversación. Él miró uno por uno prestando particular atención a un grupo de estudiantes que disertaban ayudándose de grandes gestos. Se sintió invadido por los recuerdos...

Era en Nichapur. Omar, Abú Alí y él mismo gustaban de encontrarse en la tienda del judío que despachaba té a un paso de la mezquita. Hablaban horas y horas de religión, de política, e, invariablemente se hacían echar por el propietario, que no quería problemas con las autoridades que Hasan maltraía en sus largas diatribas.

Cada tarde se repetía la misma escena, hasta un día en que, harto, el muchacho no pudo aguantar más y descargó sobre el pobre judío que trataba de ponerlo en la puerta un tremendo puñetazo que le reventó la nariz...

Al recordarlo, Hasan esbozó una sonrisa, se bebió de un trago el té y se secó los labios con el dorso de la mano.

Nichapur... Omar entonces estaba más delgado, Abú Alí, simple estudiante, y él mismo, no llevaban túnicas de brocado. ¡Abú Alí!... Su mirada se quedó clavada en el retrato del condiscípulo convertido en visir, el cual, con una expresión de falso profeta, compartía los honores de la pared decorada con el sultán Malek Shah. Hasan se levantó de súbito, fue a plantarse delante de las efigies y con las piernas separadas y los brazos en jarras, lanzó, más sarcástico que nunca, un “¡gloria al campesino!... ¡gloria al turco!...”.

Tras ello, y en medio de una interminable carcajada, puso pies en polvorosa, dejando a sus espaldas una concurrencia estupefacta.

Al atravesar la serie de patios de la mansión de Omar, el hijo de Sabbah oyó un lánguido canto que procedía de una de las numerosas estancias. La voz acariciadora de un muchacho que debía de ser bien joven le sirvió de guía. Pronto encontró a Omar, que fumaba narguileh con los ojos cerrados al tiempo que se dejaba mecer por el canto de un adolescente que tocaba el setar. El poeta abrió los párpados y divisó a Hasan:

—Ven... Ven a mi lado... Escucha a este tesoro cantarme los amores muertos.

El niño, de cabellos casi rubios, continuaba imperturbable con el cálido modular de su voz:

Que el copero sea Un adolescente de labios de rubí...

—¿Conoces este poema, mi buen Hasan? Lo compuse un día como hoy en que la Providencia me había permitido oír y admirar a unas conmovedoras criaturas del Eterno...

Que en vez de vino, Bebas el agua de la vida eterna Que Venus participe en la fiesta, Que Cristo sea tu invitado, No hay alegría Si el corazón no está exento de pesares.

Hasan, silencioso, apenas parecía sensible a las palabras del poeta. Se levantó y, siempre impasible, se dispuso a salir de la estancia.

—¿Adónde vas, hermano? ¿Acaso mi compañía te disgusta?

—¡Nada de eso! Pero no me siento de humor como para dejarme seducir por un querubín de tez lechosa. Necesito reflexionar.

Jayyam hizo un signo con la mano al niño que quería decir que debía marcharse.

—¡Te veo de repente muy sombrío!

¿Es que no estás satisfecho de tu nueva vida? ¿Alguien te ha ofendido, tal vez?

El hijo de Sabbah ordenó al criado negro que trajese un ajedrez a la mesa de juego.

—¡Hasan, hermano mío, sabes bien que estás más dotado que yo para este juego! ¡Acepto la partida, pero me inclino por adelantado ante tu luminosa estrategia!

—La estrategia es el fundamento mismo de la evolución del ser –dijo Hasan con aire grave al tiempo que adelantaba un peón.

Sentado a la árabe, con los codos sobre la mesa y la cabeza entre las manos, el poeta observaba a su amigo, sabedor de que el juego no era más que un medio para abordar un tema que, sin duda, le preocupaba.

Hasan prosiguió:

—¡A lo que parece, Abú Alí, bueno, debería decir el Gran Nezam–ol-Molk –y al pronunciar estas palabras sonrió–, ha sido más fino estratega que yo!

—¿Adónde quieres ir a parar, mi buen Hasan?

—Omar, bien sabes que siempre he albergado por ti sentimientos amistosos fuertes y sinceros. Hemos compartido una vida estudiantil que nos ha unido irremisiblemente, pero, lo que son

las cosas, esta tarde, mientras bebía té en un establecimiento, los recuerdos se me han aparecido como fantasmas temerosos de hundirse en el olvido.

—¿Y?...

—¿Te acuerdas de Yaacub?

—¿El judío de Samarcanda?

—Aquel que acusaron de haber robado los pergaminos del maestro Al Tarek.

—¡Sí, y qué!... ¡Me parece que lo expulsaron de la universidad por aquello!

—¡Y eso fue una enorme injusticia!

—¿De qué injusticia hablas? Hasan, ¿has perdido la cabeza?

—Omar, por la misericordia del Creador, escucha mis palabras, que no mienten: Yaacub no robó nunca nada de lo que pertenecía al imán Al Tarek...

—¡Por las barbas del Profeta! ¿Y cómo lo sabes tú?

—¡Vi a quien hizo el hurto!...

¡No era sino el mismísimo Abú Alí!

Estupefacto, Omar hizo un movimiento que desequilibró la mesa haciendo que las fichas se mezclasen sobre el tablero. –¿Cómo te atreves a difamar a quien me hace el beneficio de sus favores?... ¡A pesar del afecto que te profeso, no quiero seguir escuchando!

El poeta se levantó y, seguido de su sirviente negro, que trataba de alcanzarlo, desapareció.

—¡Un día u otro tendrás que escucharme! –vociferó Hasan, quien, sin moverse, enderezó delicadamente alfiles, caballos, torres, damas y reyes, para terminar la partida que ya no estaba seguro de ganar.

Pasó una semana antes de que el hijo de Sabbah volviese a ver al poeta.

Éste evitaba los lugares a los que el joven tenía costumbre de ir.

No obstante, aquella mañana, mientras daba de comer a los peces de uno de los tres bonitos estanques embaldosados de mosaico celeste, vio al criado del poeta que salía por una de las puertas de la

habitación. Lo llamó:

—¡Eh! ¡Tú! ¿Me oyes? ¡Ven acá!

El nubio, vestido de rojo, se acercó, temeroso, y se inclinó en silencio.

—¿Y tu amo, dónde está? –inquirió Hasan.

—En su cuarto de trabajo –respondió el negro, inclinándose de nuevo.

—Llévame a su presencia –ordenó el muchacho.

Atravesaron la vasta mansión del poeta. Las mujeres se alojaban en el ala sur del edificio y los hombres, en la norte. Hasan y el criado recorrieron los apartamentos del poeta hasta llegar a una estancia a la que el amo de la casa le gustaba retirarse por largos intervalos de tiempo.

El nubio llamó tres veces y el propio Omar abrió la puerta. Pálido, ligeramente aletargado, con las facciones tensas, pareció sorprenderse con la presencia de su amigo, a quien acogió sin el entusiasmo habitual:

—¡Pasa!... Estaba trabajando en un proyecto que me gustaría someter a tu consideración.

Reinaba un gran desorden. Daba la impresión de que algunos pergaminos se habían dejado caer al descuido sobre el suelo y la mesa, y se veían rollos apilados en un hueco de la pared que hacía las veces de biblioteca.

Hasan hojeó algunos escritos advirtiendo entre los mismos unos cuantos tratados de álgebra, cálculos astronómicos, ensayos sobre medicina y esbozos de dibujos y poemas. Un tubo de madera rematado por un zócalo y colocado sobre el borde de la ventana llamó su atención. Tomó en sus manos el objeto al intervenir Omar:

—¿Te interesan mis inventos? Es una lente de aumento que he fabricado gracias a unos manuscritos antiguos hallados en Egipto. Se trata de un artefacto elaborado a partir de un cristal finamente tallado y que me permitirá, cuando lo haya perfeccionado, escudriñar el cielo nocturno.

El hijo de Sabbah aplicó el ojo contra el objeto, que dirigió hacia el parque.

—¡Veo, mi querido Omar, que no has perdido tu espíritu inventivo!

—¡Cierto que no! Pero tiene unos límites que las luces de tu entendimiento podrían ayudarme a franquear...

¡Fíjate! El sultán desearía instaurar un nuevo calendario y me ha confiado su realización, lo que no es nada fácil. Éstos son algunos bocetos.

Me gustaría que los estudiases y me dieras tu parecer sobre su

consistencia.

Hasan cogió los pliegos y, hundiendo la vista en los escritos, se instaló confortablemente sobre los cojines.

No obstante, el gesto del poeta no le pasó desapercibido: vio que Omar sacaba de un pequeño mueble una licorera que contenía un líquido bermellón con el que llenaba un vaso hasta los bordes y se lo bebía de un trago. El muchacho ya sospechaba cierta propensión a la bebida en su amigo, pero ahora comenzaba a discernir en su cara los estragos de la misma. Entonces dijo en voz alta:

—¡Oh, creyentes! El vino, los juegos de azar, las estatuas y tirar al blanco son una abominación inventada por Satán; absteneos y seréis dichosos... Así dice el versículo noventa y dos de la quinta sura del Corán...

—A lo que yo, hermano, respondo:

Bebe vino, pues largo tiempo descansarás bajo el barro Sin un amigo, sin un compañero, cónyuge ni pareja.

He aquí un secreto sobre el cual mejor callar:

El tulipán ajado no se abrirá jamás.

¡Privarme del vino sería como privarme del amor! ¡No puedo prescindir de mis fuentes de inspiración!

Hasan meneó la cabeza contrariado.

—Tu trabajo es muy interesante.

Si lo deseas, acepto echarte una mano.

—¡Por fin vuelves a ser tú, amigo mío, ven a mis brazos!

—Con una condición...

—¡No me asustes otra vez! ¿Cuál?

—Ver a Abú Alí.

—¡Claro que lo verás! Ha estado muy ocupado estos últimos días, como sin duda habrás oído, acompañó al sultán en una cacería por las montañas.

Tendrá que estar de vuelta dentro de dos días.

—¡Muy bien!... Dentro de tres días lo veré, pues.

—Trataremos de entrevistarnos con él lo antes posible, ¡te lo prometo!

El hijo de Sabbah no pudo evitar el esbozo de una cínica sonrisa. Pensaba que era grotesco que aquel campesino de Abú Alí se hiciese esperar tanto ¡y que un día u otro se las pagaría!

No dejó entrever nada al poeta.

Simplemente, antes de despedirse le dijo:

—Hazle saber que será un honor para mí ser recibido en su casa ¡y que me alegrará tanto estrecharlo entre mis brazos en recuerdo de nuestra pasada complicidad!

Omar, finalmente tranquilizado, abrazó a Hasan jurando que nada valía tanto como la amistad.

El hijo de Sabbah había vuelto a sus vagabundeos por Ispahán, y uno de ellos le condujo hasta una callejuela que en seguida reconoció. Se aventuró por ella y se detuvo delante de una pesada puerta de madera de dos batientes adornados con dorados clavos. Dio dos golpes en ella con la aldaba de cobre. Un criado de expresión estúpida apareció en el quicio. Ante el porte altivo de Hasan hizo una inclinación y lo invitó a pasar al jardín.

Abolfazl vino a su encuentro, pero al momento no lo reconoció.

—¿Qué se te ofrece, noble extranjero?

—¡Esto sí que es bueno! ¿Tanto he cambiado en tan poco tiempo?

—¡Hasan, hijo de Sabbah! ¿Será posible?

—¡Como el día sucede a la noche y la primavera al invierno!

—¡Qué metamorfosis! ¡Pasa! ¡Esta vez estoy seguro de que tienes que contarme un montón de cosas!

Los dos hombres optaron por instalarse sobre unas esterillas con que el criado había cubierto las avenidas del patio interior. A la sombra de una morera empezaron la charla.

—Abolfazl, no he venido para contarte mi vida; además, ¿acaso no sabes tú más de ella que yo mismo? He venido a escucharte.

—¿A escucharme? ¿A propósito de qué?

—Necesito saber. Quiero conocer la verdad. Tengo la impresión, desde que soy huésped de los allegados del sultán, de haber perdido el sentido de la realidad. Háblame de Nezam–ol–Molk...

—¿Qué deseas saber del gran visir?

¿No estás tú en mejores condiciones que yo de forjarte una opinión del hombre con quien te rozas cada día?

—Todavía no he hallado el momento de verme con él. Dime... ¿Cómo está considerado por el pueblo? ¿Es leal y justo?

Abolfazl agachó la cabeza y pareció vacilar antes de responder.

—¿Sabes que podría morir por haber pronunciado las palabras que voy a confiarte si algún oído indiscreto decidiese informar a las autoridades?

—... Aquel que engaña comparecerá con su engaño en el día de la resurrección. Entonces cada alma recibirá su recompensa por las obras que haya hecho y nadie será tratado injustamente, dice el versículo ciento cincuenta y cinco de la sura tercera. ¡Habla, amigo, por lo que más quieras!

Abolfazl lanzó una mirada a derecha e izquierda y dijo bajando la voz:

—Nezam–ol–Molk es duro. Intransigente. Intolerante. Desde que los turcos selyúcidas, a través de Arp Arslam, difunto padre de nuestro actual sultán, le otorgaron su confianza, ha cambiado mucho. Al principio favorecía la cultura persa, luego, aunque el opresor no haya intentado nunca cambiar nuestras costumbres, se fue poniendo del lado de los suníes, vigilando estrechamente a los pocos armenios, cristianos, arameos, coptos, israelitas o drusos que nos llegan del Cáucaso, Siria u otra parte. Mi sobrino Rahim, acusado de ser un adepto del zoroastrismo, se pudre en una mazmorra por no haber satisfecho la suma exorbitante que se le exigía cuando estaba descargando sus mercancías, en la plaza mayor, el día de mercado. Y, sin embargo, este hombre acepta los bakchichs de los ricos comerciantes judíos, que lo adulan.

¡Sí! Su venalidad es cosa patente.

Hasan escuchaba con atención.

—¿Por qué los judíos gozan aquí de tantos privilegios, siendo así que se les persigue en el Cáucaso, Turquía, Egipto o África?

—¡Han sabido integrarse perfectamente en nuestro país! Tomemos el caso de Ispahán: aquí han construido Yahudieh, su ciudad, al otro lado del río, y en ella han prosperado, abriendo comercios y edificando escuelas.

Se dice que son ellos quienes han financiado las obras de los dos puentes sobre el Zayendeh Rud, las de la mezquita del Viernes o las de Shayah. Se dice incluso...

—¡Sigue!

—... que sacan a flote las arcas del sultán Malek Shah cuando están vacías o cuando tiene que poner un ejército en pie de guerra.

—Así pues, ¡dinero!

—No olvides que en el pasado algunos de nuestros reyes se casaron con princesas judías, lo cual explica igualmente la tradición de respeto por la comunidad israelita.

La imagen de Yacub se recortó nítida en la memoria del hijo de Sabbah, quien, sin poderse dominar, se levantó y clamó:

—Que los que sacrifican la vida en este mundo a la vida futura combatan en la vía de Dios... Señor, apártanos de esta ciudad de malvados, envíanos de tu parte un defensor, danos un protector.

Alertados por las expresiones vehementes del joven, acudieron

algunos criados. Abolfazl se levantó y, con un gesto de su mano, hizo salir a los curiosos. Hasan, súbitamente exaltado, abrazó violentamente al hombrecillo, quien bajo los efectos de la sorpresa, parecía un muñeco desarticulado.

—Abolfazl –prosiguió Hasan–, ¡únete a mi causa! ¡Yo, Hasan, hijo del digno Sabbah, fiel chiíta de Rey, en el nombre de Alá, y en memoria de mis antepasados, derribaré al invasor turco y a los perros de los traidores y haré renacer los valores ancestrales de mi país!

El muchacho soltó su presa, y acto seguido, lívido y con la mirada extraviada, vaciló llevándose las manos a la cabeza. Abolfazl, más encorvado que nunca, le agarró por un brazo:

—¡Hasan! ¡Hasan! ¡Cálmate, te lo ruego!

Inspeccionó el entorno y añadió en voz baja:

—Hijo de Sabbah, amigo mío, es hora de que te vuelvas a tu casa. Sólo, no olvides que el camino de la sabiduría está sembrado de asechanzas, de dificultades, de huidas y de lágrimas. ¡Prudencia! Guarda tus pensamientos y observa a los hombres.

Otórgales tu confianza con parsimonia. ¡Que Dios te proteja!

Hasan conservaba escasos recuerdos de sus crisis, o, quizás, deseaba olvidarlas. Sus imprevisibles excesos le habían costado que se le diese de lado en los medios intelectuales de Nichapur o entre algunos notables de Rey. A Omar Jayyam le divertía tal cosa y hallaba en aquel apasionamiento una fuente de inspiración:

Se nos habla de un maestro salvaje Se le atribuye un rostro oscuro como el humo del Infierno ... A lo mejor es una buena persona...

Cuando, aquella mañana, el hijo de Sabbah franqueó la verja del Palacio real, el centinela, aquel gigante que unas semanas atrás le había dado un empujón, le presentó armas. Hasan, sumido en sus pensamientos, en un primer momento no se había fijado en él.

Se paró en seco, dio media vuelta y volvió sobre sus pasos yendo a plantarse delante del mocetón inmóvil.

Éste, intrigado por la fijeza y el silencio del joven, se atrevió:

—¿En qué puedo servir a... su...

Excelencia?

Hasan se acercó hasta pegarse al soldado, y con la frente a la altura de su barbilla, puestos los ojos en los suyos:

—¿Cómo me has llamado?

—Pues... Excelencia...

—¿Podrías repetirlo más fuerte?

—Perdón... ¡No comprendo...!

Hasan le pellizcó la mejilla y empezó a retorcerle cruelmente la carne:

—¿Es que has perdido el oído? ¡Te he pedido que lo repitas más fuerte!

—¡Ay! ¡Ay!... ¡Excelencia!...

!’Excelencia’!... !’Excelencia’!

—¡Muy bien! ¡Has comprendido la lección!

Y diciendo estas palabras le asestó un violento puñetazo en el estómago que hizo doblarse al coloso. En tanto que éste resoplaba como un buey, Hasan se frotó las manos y añadió:

—¡No olvides nunca quién soy!

Encontró a Omar en su gabinete de trabajo rodeado de una docena de sabios astrónomos, que, en lo sucesivo, lo iban a secundar en la elaboración del calendario deseado por el sultán.

El único calendario existente era el de Muhtadid, al que los iraníes habían puesto siempre muchos reparos.

Era, pues, necesario que el que se crease fuese perfectamente coherente, con conmemoraciones y festividades de fecha fija y no móvil como en el calendario árabe. El poeta, que la víspera sólo debía de haberse dedicado a las divinas libaciones, se había pintado los ojos con el tradicional kh4l, lo que acentuaba su fatiga y la palidez de su tez.

—Hasan, por la gracia de Dios, permíteme que te presente a esta venerable concurrencia.

Él había leído en las miradas...

curiosidad, hostilidad, indulgencia.

El más viejo de todos tomó la palabra.

—Que el Todopoderoso te proteja, a ti, a los tuyos y a sus descendientes hasta la séptima generación. Sé bienvenido a nuestro grupo y que tu luz y la nuestra alumbren el camino de la sabiduría.

Hasan hizo una inclinación, y los otros, que se sentaban en cuclillas, le respondieron inclinando la cabeza a su vez.

El hijo de Sabbah intervino:

—Me siento muy honrado por la invitación y es con inmensa alegría con que acepto unirme a vosotros. Mi amigo Omar Jayyam –y lo designó con un gracioso gesto de la mano– me había ya hecho referencia a este proyecto y me ha hablado de unos manuscritos

tojáricos...

—Exacto –volvió a decir el viejo del pequeño rostro arrugado al que sólo amenizaban dos ojos extrañamente chispeantes.

Nuestras investigaciones nos han permitido llegar a la conclusión de que la única base susceptible de sernos útil reside en el antiguo calendario del pueblo del Tojaristán.

Hasan no podía apartar la mirada del diente amarillento y descarnado de la mandíbula inferior del anciano. Le costó trabajo dejar de mirarlo así como de prestar divertida atención a los pocos pelos de su pobre barba blanca, los cuales se agitaban febrilmente.

—¿Cómo llamaréis la obra una vez terminada?

—¡El yalaliano, y ello en honor de Su Grandeza el sultán Yalaleddín Malek Shah! –replicó Omar, cada vez más reverencioso–. Pero ¡basta de trabajo, venerables condiscípulos!

¡Ha llegado la hora de tomar un refresco!

Dio un par de palmadas que hicieron aparecer al nubio seguido por otros cinco criados.

—Es el momento de la música, si gustáis...

Un murmullo de satisfacción se dejó oír a la llegada de dos adolescentes provistos de un kamanché, un ud y un santur, quienes se instalaron en silencio en un rincón de la estancia y que, en perfecta armonía, empezaron a entonar prolongadas melopeas. Hasan sorprendió el deseo en la mirada de uno de los sabios, que no le quitaba ojo al tocador de santur y a quien escuchaba rascándose maquinalmente la parte superior del muslo.

—Beso vuestros pies, Grandeza...

El nubio permanecía inmóvil en el marco de la puerta, encorvado y con la mano sobre el corazón. Aguardaba una reacción que se hacía esperar.

—¡No te quedes ahí! ¿Qué quieres?

Nezam–ol–Molk estaba echado sobre un sofá. Se había quitado el turbante y las babuchas, y mordía voluptuosamente las uvas que iban enjuagando en una copela dos muchachas apenas púberes. Su camisa de seda roja aparecía ampliamente abierta sobre un pecho muy velludo, y su cabello entrecano había sido cortado recientemente. Sólo la barba y el bigote seguían negros como el azabache, cuidadosamente peinados en torno a una boca de expresión libidinosa y que se abría a intervalos para tragar la fruta.

—Bueno, ¿qué pasa? ¡Responde!

—¡Grandeza! Mi amo me ha encargado traeros estos obsequios,

señal del respeto que os profesa.

—¡Está bien! ¡Está bien! Dirás a tu amo que le doy las gracias. ¡Que la salud sea con él!

Un criado acudió a hacerse cargo de los presentes, que depositó a los pies del visir. No obstante, el nubio no se movió.

—¿Qué sucede ahora?... ¡Me parece que te ha dado a entender que podías marcharte!

—Es que... Tengo otro mensaje para Su Grandeza.

—¿Por qué no lo has dicho antes?

Te escucho.

—Mi amo desearía visitar a Su Grandeza al anochecer con objeto de presentarle sus respetos y a un visitante que está en Ispahán desde hace poco.

El visir mostró su interés incorporándose con la ayuda del codo.

—¿Un visitante? ¿Y... cómo se llama?

—Que Vuestra Grandeza me perdone, pero mi memoria es flaca...

Alí... A no ser que sea Hussein.

—¡Pedazo de animal! ¿Es que no hay más que la nada en ese cráneo de ébano? Acércate.

Encorvado y descalzo, el nubio se dirigió asustado al sofá y cayó de rodillas delante de Nezam–ol–Molk.

El gran visir recobró su lánguida postura:

—Y ese visitante... ¿Es joven?, ¿o viejo?, ¿alto?, ¿o bajo? Descríbeme su cara.

El sirviente levantó temerosamente la cabeza, lanzó una mirada al notable, luego a las dos huríes y dijo:

—Grandeza, el hombre es un poco más alto que mi amo. Parece más joven y más robusto.

Volvió a agachar la cabeza y prosiguió:

—Tiene el pelo ondulado, negra la barba y se pone furioso con frecuencia.

—¡Vaya, vaya! ¡Has omitido hablarme de la cicatriz!

El nubio, asombrado, alzó la cabeza y preguntó:

—¿La... cicatriz, Grandeza?

El visir se inclinó súbitamente hacia adelante y, con expresión próxima a la cólera, insistió:

—No te hagas el sordo, progenie de sapo, la cicatriz que le atraviesa el pómulo izquierdo. La que le causó el puñal de un armenio

ofendido.

El criado hacía girar unos ojos espantados.

—Así es, Grandeza. Ese hombre tiene una cicatriz.

Aquello significaba que Hasan Sabbah estaba en la ciudad... Invitado, sin duda, por el generoso poeta.

Aquella noticia inquietaba al visir, como si presintiese alguna oscura desgracia. No dejó traslucir nada y dijo alegremente:

—Corre a decirle a tu amo que lo espero, así como a su amigo, a la hora del rezo. Tras lo cual, cenaremos juntos. ¡Anda! Desaparece.

El nubio se levantó con toda la presteza de que fue capaz y se despidió andando hacia atrás y con múltiples inclinaciones de cabeza.

—¡Hasan Sabbah, conque esas tenemos! –murmuró Nezam–ol–Molk–. ¡Veremos qué se propone!

A un chasquido de sus dedos apareció un criado de encrespada cabellera rojiza y con la piel tachonada de efélides.

—Heme aquí, mi amo.

—Yaffar... Vas a ir a rondar la casa de Omar Jayyam, el poeta.

Quiero que vigiles a su huésped y que cada noche me informes de todo lo que hace.

—Bien, mi amo.

El hombre se dispuso a cumplir la orden y el visir, en un intento de apartar las ideas que le atormentaban, atrajo hacia sí a una de las dos muchachas, la hizo caer sobre el sofá y empezó a besuquear su cuerpo.

A Hasan, cuando recibió la invitación, le costó mucho disimular la satisfacción que sentía por la sola idea de aquella entrevista tan esperada.

No es que le produjese una gran alegría el abrazar a aquel palurdo de Abú Alí, pero presentía que aquel reencuentro tendría decisivas consecuencias. Vistió sus mejores galas y, en tanto que un pequeño armenio le ayudaba a revestir su fez con un turbante de seda amarilla, se sorprendió a sí mismo tarareando un aire que hacía un montón de años que no había vuelto a oír.

Los jardines y la residencia del visir habían sido iluminados con objeto de recibir dignamente al poeta Jayyam y al hijo de Sabbah. Éstos fueron conducidos por dos negros, portadores de antorchas, hasta la escalinata de la vasta y blanca mansión, donde les aguardaba el criado de crespa cabellera y manchas en la piel, quien se inclinó invitándoles a entrar, cosa que hicieron. Lo que descubría Hasan a su paso era suntuoso.

Cojines y colgaduras aparecían esmeradamente bordadas, en tanto que veladores y mesillas exhibían el cincelado de sus preciosas maderas. Desde las alfombras de seda salvaje hasta las decoraciones de los platos y jarros, todo había sido concebido con el mismo gusto por la estética y el refinamiento.

Entre un ruido de roce de telas, el visir fue al encuentro de los dos amigos, con los brazos abiertos.

—¡Bendito sea Dios! ¡Estoy tan emocionado! ¿Cómo hemos podido esperar tanto tiempo sin que nos hayamos reunido?

Estrechó contra su pecho al poeta y luego se volvió hacia Hasan, que esquivó el abrazo inclinándose al mismo tiempo que se llevaba la mano al corazón.

—¿Ha pasado mucho tiempo por el hombre sin que nadie se acuerde de él?

—Ese versículo de la sura setenta y seis es oportuno en un día como este –replicó Nezam–. Alá es grande y siempre junta a sus servidores.

Hasan se reincorporó y advirtió que diez hombres, consejeros y criados, rodeaban al visir.

Abú Alí Hasan se había convertido en Nezam–ol–Molk, pero el cutis de su cara seguía tan picado de viruela como siempre, y la expresión de su mirada se había hecho, sin duda, más pérfida.

—Omar, mi dulce poeta, mi alegría de verte se renueva sin cesar.

—Y tu amistad es un don precioso que admiro y respeto –añadió Jayyam llevándose la mano al corazón.

—Hasan, veo que el Señor te ha protegido. ¡Sé bienvenido! Amigos míos, para honrar la clemencia y la misericordia del creador Todopoderoso, ¡recemos juntos!

Los criados fueron en busca de tres alfombras que depositaron ceremoniosamente antes de desaparecer.

—¡Nezam, por mi vida, acepta que te dé las gracias! –exclamó Omar–.

¡Esta comida está deliciosa!

Unos eunucos habían servido yawdaba, pastel de hojaldre regado con jugo de ave. A continuación habían llegado los asados de pollo sutilmente perfumados con pimienta, menta y estragón, luego unas cortadas de una carne que Hasan observó atentamente antes de llevársela a la boca. El visir, que había advertido la vacilación del joven, dejó de masticar y preguntó, tratando de quitarse con el dorso de la mano los granos de arroz que se le habían quedado prendidos

en los pelos de la barba:

—Por la grandeza del Profeta, ¿qué te sucede, hijo de Sabbah?

—¿No es onagro, esto?

—Por vida mía, es tan onagro como yo soy el gran visir de este país.

—Es... un fastidio –prosiguió Hasan sosteniendo la cortada entre las puntas del pulgar y el índice.

Nezam–ol–Molk dejó de nuevo la comida en su plato, buscó con la mirada el asentimiento del poeta, que parecía no entender nada, y finalmente, sin poder ocultar más su inquietud, preguntó:

—¿Se puede saber qué es... un fastidio?

—Vamos a ver, amigo mío, es un fastidio porque el Profeta ha dicho:

“Comed los alimentos que Dios os concede, alimentos lícitos y buenos, y temed a este mismo Dios en que creéis”. Pues bien, la carne de burro no se considera lícita, y ¿qué es el onagro sino un burro salvaje?

Nezam, ofendido, hacía esfuerzos por dominar la cólera.

—En primer lugar, amigo, debes saber que la carne de burro está considerada lícita por determinadas escuelas de teólogos... En segundo lugar, ¿desde cuándo te has vuelto tan puntilloso?

—Soy musulmán y chiíta, Abú Alí.

Respeto los preceptos de mi religión.

Igual que tú. A menos que... hayas dejado de ser verdaderamente musulmán.

Es decir, chiíta...

Nezam se levantó.

—¿Cómo te atreves a proferir semejantes palabras y, además, en mi casa? –dijo con rostro congestionado.

—¡Ea, ea! –intervino Omar–. Queridos, mis muy queridos, ¡os lo ruego!, ¡no echéis a perder nuestro reencuentro! Reconoce, Hasan, que has ido un poco demasiado lejos y pide perdón por tu ofensa. Los tiempos han cambiado. Ya no estamos en Nichapur.

—Abú Alí, ¿te gustaría que te pidiese que me concedieses tu perdón?

—Sí... Me gustaría –replicó Nezam, indignado, al tiempo que se le acercaba Yaffar, dispuesto a intervenir en auxilio de su amo.

—Entonces... que Su Grandeza tenga la bondad de otorgarme su clemencia... y su perdón –declamó, apenas sarcástico, el muchacho.

—¡Está bien... concedido! –murmuró el visir volviendo a

sentarse.

El poeta trató de desviar la conversación:

—Mi buen Nezam, se dice por ahí que vuelves de una cacería al parecer realizada en compañía de Su Grandeza el sultán. ¿Por qué no nos la cuentas?

—Con mil amores, pero envueltos por las emanaciones del incienso.

Entonces los eunucos retiraron prestamente las mesitas que se habían dispuesto delante de los invitados, a fin de que éstos pudiesen pasar al salón.

Arrellanados en un confortable sofá, se sentían embriagados por el humo aromático que despedía el tradicional pebetero en tanto que tres músicos se ponían a tocar y un copero escanciaba en sendas copas de cristal tallado un líquido rojo que no era otra cosa sino zumo de uva ligeramente fermentado.

El visir, temiendo las reacciones del hijo de Sabbah, no lo perdía de vista mientras hablaba.

Les contó su caza en los montes Zagros, donde libremente retozaban manadas de antílopes, gacelas y onagros. Allí, el sultán y él mismo, montados en unos purasangres árabes, habían accedido a un sitio minuciosamente elegido por sus hombres y una indicación real había dado orden a los monteros de liberar de su jaula a una pantera domesticada, a la que se le habían vendado los ojos, con objeto de asistir al desigual y atroz combate de la fiera con sus aterrorizadas presas.

Añadió que le gustaba cazar osos y leones, pero mucho menos la caza menor porque sus actuales halconeros no le convencían. Hasan escuchaba distraídamente a aquel hombre que llevaba en el anular de la mano izquierda una sortija rematada por una enorme esmeralda que hacía girar alrededor del dedo con ayuda del pulgar.

Hablaron largo tiempo... Omar parecía disfrutar con aquella reunión, en tanto que resultaba más difícil adivinar los verdaderos sentimientos de Nezam–ol–Molk, a quien el kh4l, debido al calor y a la transpiración, le corría por los párpados.

Hasan, siempre taimado, había disfrazado en beneficio suyo las realidades de su vida en Rey. Los dos hombres lo escuchaban al tiempo que se mondaban los dientes sirviéndose de briznas de paja de arroz; luego, como ya era muy tarde, y después de murmurar “doy gracias a Alá”, se despidieron abrazándose cordialmente.

Antes de retirarse, el visir le dijo al muchacho:

—¡Que el Todopoderoso guíe tus pasos! Me alegro de que estés entre nosotros.

Y al decir esto, sus ojos eran como los de la serpiente dispuesta a caer sobre su víctima al primer error.

Capítulo tercero

La gloria

—Te felicito, mi buen Hasan. ¡Te felicito! –exclamó Omar después de haber estudiado detenidamente los planos concernientes a la construcción de la cúpula de Gombadé Jaki–. ¡Tu inventiva es inestimable!

El sultán había expresado el deseo de hacer restaurar el eiván norte de la mezquita del Viernes. Así pues, el gran visir había ordenado a los arquitectos más reputados de Ispahán que elaborasen un proyecto, al mismo tiempo que le había sugerido al poeta, conocido por su ingeniosidad, que esbozase algunas ideas. ¿No se habían seguido acaso los consejos de Jayyam en el arreglo de Meidané Sabz, la gran plaza contigua a la mezquita, o en la mejora del eiván sur? Esta vez, con la complicidad de su amigo, estaba seguro de obtener el beneplácito de todos los dignatarios de la Corte.

De modo que trabajaba con ánimo alegre y risueño, mientras que Hasan no abandonaba su expresión grave y su gesto adusto. De vez en cuando, Omar, sin ser visto, lo observaba y experimentaba por el muchacho una inmensa compasión ante su incapacidad para gozar de los placeres que brindaba la vida. ¿Cuándo lo había visto extasiarse ante el cuerpo de una mujer o de un joven efebo? ¿Cuándo, abandonarse a la risa, embriagado por algún néctar salido de las viñas de Shiraz?

¡Nunca! Hasan era presa de los mil tormentos causados por una ética severa que se imponía a sí mismo y que soñaba imponer a su entorno.

Se hallaban entregados a la tarea de trazar meticulosamente las líneas del domo de una mezquita, cuando cuatro guardias hicieron irrupción en el gabinete de trabajo.

Apenas el nubio había tenido tiempo de correr a advertir a su amo de una visita inesperada, cuando ya los soldados se habían apartado a un lado y otro de la habitación para dejar paso a Nezam–

ol–Molk, quien se dirigió hacia Omar con los brazos abiertos de par en par:

—Mi dulce poeta, perdona la intrusión, pero me moría de ganas por saber lo que estabas haciendo.

Tras un rápido abrazo, el visir se volvió hacia Hasan diciéndole, al tiempo que le ponía la mano en el hombro:

—¡Hasan! Me consta que has puesto tu parte en este proyecto. ¡Veamos si has sabido conservar tu talento!

A estas palabras, hizo ademán de apoderarse de los manuscritos que reposaban sobre la mesa, pero una mano que le aferró violentamente la muñeca detuvo el impulso:

—Que Vuestra Grandeza me perdone, pero este boceto es un tosco borrador necesitado aún de pulimiento.

La actitud de Hasan cayó como un jarro de agua fría cuya impresión se apresuró a disipar el poeta:

—¡Pero, amigo mío! ¿Qué importancia tiene? Nezam sólo quiere hacerse cargo del giro que va tomando nuestro proyecto. ¡Sin duda, sabrá disculpar las torpezas!

Poco a poco, el joven fue aflojando la tenaza de su puño bajo la mirada ofendida del visir, quien, sin decir palabra, pero bruscamente, se apoderó de los planos. Podía verse cómo al escepticismo le sucedía el estupor, y luego, tras una palidez que intentaba enmascarar unos celos mal disimulados, se dejaba adivinar la ira contenida en una voz temblorosa:

—Interesante... interesante. Pero hará falta tiempo para captar todos los detalles.

De un gesto, ordenó a sus guardias que recogieran los pergaminos. Omar, estupefacto, con el qalam en la mano, asistía, mudo, a la desafortunada intervención.

El hijo de Sabbah no tardaría en reaccionar:

—¿Cómo te atreves a hacer tal cosa?

El muchacho se había plantado delante del visir con ojos amenazadores.

—¡Quítate de mi camino, Hasan!

¿Acaso pretendes dictarme lo que debo hacer?

Luego, pegando su rostro al del joven:

—¿Acaso olvidas que estoy oficialmente encargado por Su Grandeza el sultán de controlar las obras que se emprenden en esta ciudad? ¡Mírate!

No tienes más poder que un escarabajo. ¡No tengo por qué soportar tus cambios de humor!

Empujó suavemente a Hasan, quien, sin poder dominarse, se lanzó sobre él echándole ambas manos a la garganta.

Despavorido, Omar dio un paso atrás, en tanto que los guardias agarraban al joven insolente sin apenas conseguir reducirlo. Nezam, vacilante, se apoyó en la mesa, mientras que Yaffar, más servil que nunca, lo sostenía con sus brazos.

—¡Soltadlo! –murmuró al tiempo que se pasaba la mano por el cuello una y otra vez–. ¡Soltadlo!

Los soldados obedecieron y el visir prosiguió:

—¡Si no hubiera sido por los recuerdos que guardo, ya habrías perdido la vida! ¡No se te ocurra otra vez permitirte semejantes extravagancias!

Dicho esto, hizo una seña con la cabeza a los guardias, que lo rodearon en el acto antes de salir de la habitación.

Yaffar lanzó una última mirada de odio a Hasan, quien, furioso y aturdido, apretaba los puños. Omar, consternado, se había sentado en el sofá preguntándose por primera vez si había hecho bien mandando a aquel mensajero a Rey.

Aquella misma noche, el hijo de Sabbah se internó por uno de los callejones de Ispahán, a la sazón más sombrío que su espíritu, y entró en un establecimiento que vendía consuelo bajo todas sus formas. El ambiente estaba lleno de humo y reinaba un intenso calor. Se veía a hombres bebiendo y manoseando a mujeres de mala vida, que les respondían con risas ahogadas. Un georgiano rechoncho se le acercó:

—¡Siéntate donde quieras! ¡Estás en tu casa... siempre que tengas con qué pagar, claro! –y estalló en una risa forzada–. ¿Qué bebes?

Lanzó en torno una mirada de desconfianza y, adoptando un aire falsamente confidencial:

—Tengo un excelente vino de Ghazvín, ¿o preferirías aguardiente?

Hasan respondió sin prestar gran atención:

—Tráeme un té de menta.

El georgiano, un tanto decepcionado, insistió:

—Té... de menta... De acuerdo...

Hizo ademán de alejarse, y luego:

—¿Te apetece compañía? Tengo unas chicas soberbias, recién llegadas de Nichapur, Astara, Tus y Bujara...

Me las han traído esta mañana. Mercancía fresca, pagada a precio de oro.

—¿Nichapur?

—Sí. Nichapur. ¿Te interesa ver?

El muchacho hizo un discreto gesto afirmativo cediendo a un arrebato de nostalgia a la sola evocación de aquel nombre.

El propietario del local desapareció por unos instantes para reaparecer acompañado de una criatura con el rostro cubierto por un velo, y que, reacia, era conducida sin grandes miramientos.

—Aquí la tienes, forastero. Te dejo que adivines los tesoros que se ocultan bajo estos velos. ¡A menos que quieras descubrirlos! Pero, hay que pagar por adelantado...

Hasan se sacó de la manga una moneda de oro que arrojó a aquel hombre gordinflón. Éste bizqueó a la vista del metal y se deshizo en reverencias.

La muchacha había sido empujada al lado del hijo de Sabbah, quien advirtió la admirable silueta que ofrecía bajo la transparencia del tejido.

—Así que vienes de Nichapur...

Ella esbozó un gesto afirmativo.

—Allí fui yo estudiante... Hace tiempo.

La joven alzó la frente volviéndose hacia él.

—Te preguntarás qué hace aquí esta noche un hombre de mi condición. Bueno... digamos que he venido a buscar un poco de calma. La echo tanto de menos.

Le rodeó la cintura, pero ella esquivó su mirada.

—No eres muy decidida para ser una chica de éstas. En fin... para ser una...

Le cogió la mano.

—Es extraño. Tengo la sensación de que no me eres desconocida.

Ella susurró una palabra en la que él creyó reconocer “Hasan”, pero se dijo que era totalmente imposible una cosa así. Entonces, cogió la cara de la muchacha entre sus manos y en el momento de quitarle el velo para darle un beso, se echó hacia atrás, sorprendido como cuando, al despertar, no sabe uno, por un instante, discernir el mundo de los sueños del de las realidades.

—Pero, ¿es posible? ¡Laleh!

Laleh, el joven esplendor turkmeno de quien Omar Jayyam se había enamorado años atrás en Nichapur, estaba allí, delante de él.

¿Cómo ella, considerada entonces como la perla de la ciudad, había podido llegar a ser vendida?

—¡Hasan! ¡Dios sea alabado!

Estalló en sollozos y se apretó contra su pecho.

—Laleh, por lo que más quieras, deja de llorar. ¡No puedo soportar el llanto de una mujer! Tiene el don de crisparme los nervios.

La muchacha se contuvo y con sus grandes ojos negros empañados le dirigió una mirada de súplica a la que él se sabía incapaz de resistir.

—¡Cuéntame cómo el destino te ha traído a Ispahán!

Entonces, Laleh inició un relato adornado con todo el hechizo de su acento:

—La desgracia me persigue desde que tengo doce años. En aquel tiempo vivía yo con mi padre, tejedor en Eshgh–Abad. La naturaleza ha sido pródiga conmigo, dotándome al nacer de rasgos agradables. Desde que la sangre fluyó de mi vientre poniéndome en sazón de ser tomada por esposa, numerosos pretendientes se presentaban en la tienda, o bien mandaban a ancianos para que éstos formulasen la petición de matrimonio. Mi padre estaba orgulloso de mi belleza, y había hecho que me enseñasen el arte de la danza y de la música. Por añadidura, su negocio era próspero, de modo que exigía un partido que ofreciese numerosas ventajas. Uno de los comerciantes más ricos de la ciudad, habiéndose enterado de mi existencia, se hizo representar, una buena mañana, por una decena de hombres de barba venerable. El asunto no disgustó en absoluto a mi progenitor, que vio en él el medio de un rápido ascenso social. Sin ni siquiera consultarme, cerró el trato y el matrimonio fue proyectado para cuatro semanas después. Recuerdo la primera vez que vi a mi prometido. Me habían engalanado con sedas multicolores para recibir a aquel viejo, desfigurado por un enorme lobanillo en medio de la mejilla. En cuanto se hubo marchado supliqué a mi padre que no me separase de su lado, que no permitiese que me llevase consigo un hombre que me causaba horror. Todo fue inútil. Me pasaba los días llorando y arrastrando en mi pena a mi pobre madre. Finalmente llegó el día de la boda. Más de quinientas personas habían acudido a presenciar mi desgracia entre risas y alegría. Había tejedores de Chardyú y de los confines del Karakum. Los ricos de Eshgh–Abad me habían ofrecido suntuosos presentes. Se me había bañado, depilado, untado con los ungüentos más raros, que mi novio había mandado buscar hasta Bujara. Se me había agrandado los ojos y teñido las uñas con henna... Así que estaba muy hermosa. Pero mi corazón estaba roto y el asco se adueñó de mí durante la noche de bodas, en que tuve que soportar el sufrimiento que me infligían los brutales asaltos de mi marido. Yo era su cuarta esposa, pero renunció a las otras para arrastrarme cada noche a su lecho. A partir de entonces fui presa de una melancolía que ni sus regalos ni su bondad podían disipar. Se me habían quitado las ganas de cantar, las ganas de bailar y hasta el eunuco que me custodiaba y que trataba de arrancarme una sonrisa con sus payasadas, me dejaba fría. Entonces brotó en mí una idea. Huir…

Hasan escuchaba conmovido y sin perder detalle el relato de la

bella.

—Y ¿dónde podías ir?

—No tenía la menor idea, y antes que nada necesitaba un cómplice. Pensé entonces en mi eunuco, en Obeida.

—¡Pero él corría peligro de muerte! ¿Cómo iba a aceptar?

—Por dinero... y por cariño... sin duda. Nuestro plan consistía en conseguir llegar a Machad, para lo que había que contar con la difícil travesía de los montes Aladaqh, iríamos en mulo con víveres en cantidad suficiente como para permitirnos llegar a destino sin grandes dificultades.

—¿Qué pensabais hacer al llegar a Machad?

—A decir verdad, no pensaba en nada. Quería irme lejos, donde nadie pudiese encontrarme.

Salimos por la noche. Yo había echado en la bebida de mi marido una pócima a base de hierbas que, estaba segura, le haría dormir profundamente.

Obeida me esperaba con las dos mulas a unos metros de casa.

Caminamos durante tres días sin atrevernos a creer en la esperanza que se nos ofrecía.

—¿Conseguisteis llegar a Machad?

—No –Laleh se echó a llorar–.

Una noche sin luna en que acampábamos a pocos kilómetros de Darreh–Gaz, unos hombres a caballo al mando de mi marido nos dieron alcance. Allí tuvo fin nuestra huida.

—¿Te volvieron de nuevo a Eshgh–Abad...? ¿Y qué fue de tu eunuco?

—Le cortaron la cabeza allí mismo y arrojaron su cuerpo por un barranco.

—¿Y tú?... A ti te perdonaron, por lo que veo.

—Si así puede decirse. Fui entregada como pasto de aquellos hombres hasta Eshgh–Abad y, una vez allí, me pusieron en venta en el mercado de esclavos.

—¿Y así fue como te compró un mercader de Nichapur?

—Me olvidé de mí misma en aquella vida de Nichapur, bailando para los comerciantes ricos o vendiendo placer a estudiantes como tú. Hasta el día en que...

Calló y bajó la cabeza.

—¿Hasta el día en que? ¡Continúa, por favor!

—Hasta el día en que encontré a un hombre al que le di no sólo mi cuerpo, sino también mi corazón.

—¡Vaya, vaya! Un hombre feliz –bromeó Hasan, que sentía brotar de lo más hondo un sentimiento de celos.

—Lo amé desde el primer momento en que lo vi y él me amó con la misma rapidez.

—¿Y qué ha sido de él? –inquirió el muchacho muy sorprendido de recibir las confidencias de una mujer.

—No lo sé... pero me han dicho que era rico y famoso en este país.

—Esto se va poniendo interesante... Dime su nombre.

—Antes de que lo sepas, debo decirte que cuando él se fue de Nichapur, perdí el apetito y el sueño. El amo del figón estaba descontento de mí y me pegaba. De nuevo, traté de huir varias veces, con el resultado de que se me volviese a vender. Pero Alá, en su infinita clemencia, ha escuchado mi corazón herido y ha permitido que te encontrase aquí esta noche.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué nuestro encuentro sería una señal de Alá?

—¡Porque ese hombre era tu amigo el poeta!

—¡Por las barbas del Profeta!...

¡Hakim Omar Jayyam!

Hasan se rió de tan buena gana que la bella Laleh se ofendió.

—¿Cómo puedes reírte de mi desgracia? –exclamó ella con voz sollozante.

—¿Pero qué desgracia?... Laleh, preciosa mía, empiezo a creer, yo también, que la misericordia de Alá ¡ha propiciado nuestro encuentro!

Llamó desde lejos al georgiano.

—¡Tus deseos son órdenes, noble extranjero!

—¿Por cuánto me vendes esta chica?

—Es que... No está en venta. Me la han entregado esta mañana y...

—No me has comprendido bien.

Quiero comprártela y tu precio será el mío.

—Me ha costado mucho... muchísimo.

Y además se la tengo prometida para mañana a un jefe militar.

—Le dirás a tu jefe militar ¡que se vaya al diablo! ¿Qué me dices de esto?

Agitó ante los ojos aturdidos del gordinflón una bolsa de cuero adamascado de apetitoso tintinear metálico.

—¡Sea! De acuerdo en cederte a la moza!

—¡Eso está mejor!

Salieron del local y recuperaron el purasangre que un chiquillo andrajoso había aceptado guardar por una moneda.

Hasan ayudó a la muchacha a subir al caballo, montó a su vez, y se lanzó al galope a través de las callejas que lo separaban de Palacio. Laleh, arropada en la capa del muchacho, se apretaba contra él sin hacer preguntas.

Llegados a las proximidades de la mansión del poeta, se metieron por un soportal y Hasan, que había saltado a tierra, pidió a dos criados que hacían guardia que cuidasen de la muchacha hasta que él volviese a buscarla.

Una suave música procedente de uno de los salones llamó su atención al cruzar el umbral de la casa. Omar tenía visita, y sus amigos ocupaban algunos sofás bebiendo vino y charlando.

Ante ellos, dos muchachas bailaban con un movimiento ondulante de caderas a los sones del zarb y del q1nún de dos músicos ciegos.

Jayyam, aparentemente borracho, se hacía servir el licor por una adolescente cuya boca quería alcanzar agarrándola del pelo.

Divisó a Hasan en el marco de la puerta y levantó la voz sobre el estruendo que reinaba:

—¡Hasan! ¡Querido mío, amigo!

Únete a nosotros. ¡Mira qué hermosuras nos ha regalado nuestro amigo Nezam–ol–Molk! Una manera de demostrarme su amistad. ¡Para que veas que no es una mala persona! ¡No adoptes esos aires de severidad! ¡Ven!

Hasan avanzó muy lentamente en dirección del poeta, cuyos ojos de color malva, extrañamente ribeteados, parecían pintados sobre un rostro de extraordinaria palidez.

—¿Me permites, mi gentil poeta, que te demuestre que tampoco yo soy una mala persona y que con un presente dé testimonio, a mi vez, del cariño que te profeso?

—¿Un presente, dices?

¡Ah! ¡Goza del tiempo que aún nos queda Antes de bajar, también nosotros, al polvo, Dormir bajo el polvo, polvo en el polvo, Sin vino, sin canción, sin quien cante y sin fin!

¿Y dónde se halla ese regalo?

—¿Estás preparado para recibirlo?

—¡Si soy digno de él!...

—Déjame ausentarme el tiempo de ir a buscarlo.

—¡No te prives, mi buen Hasan, no te prives!

Laleh aguardaba, rodeada por los criados, a la luz de los hachones de un patio interior. El joven la tomó de la mano y la condujo hasta la habitación. Vio, a su paso, las colgaduras y los muebles que la rodeaban, siempre sin saber quién sería el dueño de la casa, tal vez algún burgués rico dispuesto a comprarla. Cuando llegaban al umbral del salón, Hasan corrió el velo de la muchacha y la agarró por la muñeca en el momento de entrar en la habitación, donde los invitados, cada vez más borrachos, retozaban en compañía de las huríes ofrecidas por el visir.

Omar se levantó de su esterilla y exclamó, muy divertido:

—¡Anda! Pero... ¡si es una mujer!

—Mi buen Omar, quería hacerme perdonar mi carácter a veces un tanto desconfiado y darte las gracias por el purasangre que he encontrado esta mañana delante de mi vivienda. Así que decidí ofrecerte una flor hecha mujer, pues, cuando hayas observado bien, te darás cuenta que esta criatura no se parece en nada a las que te rodean esta noche.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Y qué tiene de tan especial?

—Te confío la tarea de descubrirlo por ti mismo.

Hasan retrocedió unos pasos dejando a Laleh, sola y temblorosa, en el centro de la habitación.

Todas las miradas convergían sobre la joven turkmena en tanto que los músicos seguían tocando y que hombres y mujeres dejaban escapar murmullos y risas.

—¡Contemplemos, pues, a ese tesoro!

Omar se levantó con dificultad y, vacilando ligeramente, se acercó a Laleh, que se sentía desfallecer.

Dio una vuelta a su alrededor imitando a un perro con su hembra, lo que tuvo un efecto hilarante entre la ociosa concurrencia. Finalmente, le levantó la cabeza a la muchacha, que la mantenía agachada, y le quitó el velo que le cubría casi totalmente la cara. Una sacudida le recorrió el cuerpo a la vista de aquel lindo y familiar rostro y, lívido, dejó escapar:

—¡Laleh!... ¡Mi Laleh!

Ella perdió el conocimiento y cayó a los pies del poeta, que se arrodilló para tomar en sus brazos aquel cuerpo tan querido.

Los músicos habían dejado de tocar y a una señal de Hasan, los invitados se fueron yendo en el mayor de los silencios.

Omar Jayyam, con lágrimas en los ojos, volvió a levantarse llevando en los brazos a la hermosa, que todavía no había vuelto en sí, y, mientras se dirigía a su habitación seguido por el nubio, se detuvo delante del hijo de Sabbah y le dijo muy emocionado:

—¿Cómo podré agradecerte la felicidad que me das?

Las reuniones de trabajo para la elaboración del nuevo calendario o las concernientes a los proyectos arquitectónicos eran ahora más frecuentes.

Locuaz, Omar, había comunicado a todos los escribas y sabios implicados su próximo casamiento con Laleh, "joven virgen turkmena", cuyas desdichas se había guardado muy bien de contar.

Hasan había reanudado el estudio de los planos confiscados y luego devueltos por la guardia del visir. No había vuelto a tener la ocasión de encontrarse con Nezam, pero se había propuesto hacerle una visita. Cuando no escribía, le gustaba sumergirse en la lectura de algún tratado astrológico o dogmático. Podía entregarse a ella horas y horas hasta que sentía pesados los párpados. Las cuestiones religiosas siempre le habían atraído, y no pocas veces, en la rebotica paterna de Rey, se había empeñado en querer convencer, gracias a su incomparable don de palabra, a los agnósticos e incluso a los descreídos, que nunca volvían una segunda vez.

Un día, tras haber sometido sus bocetos al juicio de un Omar Jayyam aparentemente satisfecho, sintió deseos de estirar las piernas aprovechando el aire tonificador del crepúsculo. Se detuvo en las caballerizas para admirar a aquel soberbio semental suyo, luego salió del recinto del parque regio con intención de sumergirse en el clamor de la ciudad.

Dirigió sus pasos hacia la plaza mayor, desde donde le llegaban los efluvios de perfumes de rosas y de golosinas calientes. Tomó por callejuelas en que se vendían especias, esencias raras y lukums tibios, y aquellos aromas no dejaron de recordarle su infancia pasada junto a una madre que lo colmaba de turrones y dulces de miel.

Aquella noche se decidió por el mercado de las telas, abriéndose paso entre los burdos yutes y las sedas preciosas. ¿Se trataba de una impresión o había una sombra que se le adelantaba y que no era la suya? Varias veces se había vuelto para comprobar que, aparte de los mirones y de los charlatanes delante de sus mercancías, nadie parecía prestarle la menor atención. Entró en una taberna frecuentada por caravaneros que, tras meses de marcha por pistas rocosas y picos casi inaccesibles, traían productos de China, India o Afganistán. Le gustaba intercambiar algunas palabras con ellos, a

veces trabajosamente, pues algunas lenguas le eran poco familiares.

Había caído la noche cuando emprendió el camino de vuelta a Palacio.

Las callejuelas que tomaba estaban cada vez más desiertas, de modo que el ruido de unos pasos que no eran los suyos le llamó la atención. Las sombras habían crecido y cada recodo adquiría un aspecto amenazador. Estaba seguro de que alguien le seguía y pensó inmediatamente en esos pordioseros que recorren la ciudad como fantasmas durante la noche en busca de un imprudente a quien desvalijar. No tenía el menor deseo de ser uno de ellos y se apresuró a esconderse detrás de la pared de una vivienda que hacía esquina a dos pasadizos.

Pudo oír con toda nitidez la respiración agitada del individuo que había apretado el paso y que, aparentemente, había perdido a su presa. Esperó a que la persona llegase a su altura para asestarle un puñetazo en la nuca que le hizo perder el equilibrio a la vez que lanzar un grito. Cuando el desconocido estuvo en el suelo, se arrojó sobre él y el pugilato que siguió se vio interrumpido por la voz aguada del hombre:

—¡No!... No... ¡Por lo que más quieras, señor, ten piedad de mí!

—¿Piedad, dices? ¡Y esto de propina!

—No, no, señor hijo de Sabbah...

Por lo que más quieras...

Hasan paró en seco el combate y, en la semioscuridad que reinaba, trató de distinguir las facciones del temerario.

—¿Cómo sabes mi nombre, patán?

—Es que... soy Yaffar... ¡El criado de Su Excelencia mi amo el gran visir Nezam–ol–Molk!

—¡Conque esas tenemos! ¿Y por qué me seguías a estas horas? ¿Para mandarme al otro barrio y poner el desgraciado accidente a cuenta de alguien vagabundo?

—No. Te equivocas... ¡Te equivocas!

—¡Di más bien que pensabas que yo llevaba una bolsa bien repleta!

—¡No, te digo! Cumplía... cumplía órdenes.

—¿Órdenes? ¿Y de quién?

El rufo, que seguía en el suelo y en una postura bien incómoda, guardaba silencio.

—¿Hablarás de una vez o prefieres una paliza?

—No... No... Lo diré todo. Cumplía órdenes de mi amo.

—¿Quieres decir que tu amo te había dado orden de agredirme?

—No de agredirte. De seguirte...

sólo de seguirte.

—¿Por qué? ¡Contesta! ¿Por qué?

—¡Por mi salvación! Te juro que no sé nada.

—¡Muy bien! ¡Vamos a preguntárselo!

Levantó al sirviente de las manchas rojizas asiéndolo por el pescuezo y de este modo deambuló por las calles de Ispahán hasta llegar a las inmediaciones de Palacio. Allí, los soldados que hacían guardia delante de la residencia del visir le interceptaron el paso.

—¡Dejad vía libre! –gritó Hasan–.

¡Vengo a devolver lo que pertenece a Su Excelencia!

Los centinelas se miraron desconcertados ante aquel pobre Yaffar, hirsuto y mantenido en pie por el cuello de su túnica y dejaron pasar a los dos hombres que de semejante guisa llegaron a la escalinata de la mansión. Varios criados salieron alertados por los gemidos del aterrorizado sirviente.

Hasta Nezam, el visir en persona, acudió intrigado por la agitación que reinaba en su casa.

—¿Pero esto qué es? ¿Qué pasa aquí?

—¡Nada, soy yo, Excelencia! –gritó Hasan abriéndose camino entre los curiosos–. ¡He venido a devolverte lo que es tuyo!

Y diciendo esto, tiró al rufo de los crespos cabellos a los pies del visir. Yaffar se arrodilló:

—Perdóname, mi buen amo... Perdóname.

—¡Sal de mi vista, siniestro idiota! –ordenó Nezam, quien apenas contenía su cólera–. Hasan, ¿quieres hacerme el honor de entrar un momento?... Tenemos cosas de qué hablar, me parece.

—También a mí me lo parece, así que acepto encantado –replicó el interpelado inclinando la cabeza y llevándose la mano al corazón.

Se trasladaron al salón, donde un pebetero de plata cincelada desprendía vapores de jazmín. Hasan se sentó cerca de la mesa, enfrente del visir.

Las marcas de la viruela en el cutis de Nezam se acentuaban a la claridad de las lámparas de aceite.

—Si quieres empezar, mi buen Hasan, te escucho.

—Iré directamente al grano: ¿por qué me has hecho seguir?

El visir se levantó e hizo un movimiento para que sus amplias mangas cayesen hacia atrás.

—¿Crees que tu actitud en casa de Omar Jayyam haya sido más digna de elogio? Hay en el fondo de ti tal deseo irrefragable de

echarlo todo a rodar que hace que no vaciles en emplear la violencia precisamente con quienes se consideran tus amigos.

Al pronunciar estas palabras, hizo como si reprimiese un sollozo y adoptó un aire compungido.

—Alá es testigo de lo que siento haberme comportado así, pero tu intervención parecía... tan injusta.

—¿No te devolví los documentos?

¡Concédeme el derecho a interesarme por los trabajos que ordeno!

—A propósito... ¿cuál es tu opinión sobre el particular?

—Excelente, desde luego –masculló Nezam–, rodeando con sus dedos amorcillados su cilindro de rezos.

—O sea, que no dudas de mis capacidades –inquirió Hasan entornando ligeramente los párpados.

—Por supuesto que no –replicó el visir.

—¿Qué dirías si las pusiese al servicio de Su Grandeza el sultán, y por lo tanto al tuyo?

Nezam–ol–Molk abrió desmesuradamente los ojos:

—¿No es lo que ya haces?

Hasan se puso de pie a su vez y, mirando al suelo al tiempo que daba algunos pasos, dijo, como si hablase consigo mismo:

—Mis pretensiones no son, creo, desmesuradas. Me gustaría que se me confiara algún cometido sin tener que pasar por la autoridad, afectuosa, lo reconozco, de Hakim Omar Jayyam.

Además, disfruto de la vivienda que ha puesto tan amablemente a mi disposición, pero ahora que va a tomar esposa, y que su harem crece, tendré que abandonar el sitio. No te haré mención de nuestro antiguo pacto, sé que tus recuerdos están vivos, pero las ambiciones modestas del poeta no son las mías... Ya sabes cuánto sobresalía yo en matemáticas, astrología o teología; por lo mismo, solicito, al amparo de tu alta benevolencia, poder demostrar mi utilidad.

El visir, sintiéndose a un tiempo inquieto y halagado, no sabía qué responder. Se acercó al joven:

—Ven a verme mañana, poco antes de que se ponga el sol... Habré tenido tiempo de reflexionar y de consultar a nuestro bien amado soberano.

Hasan se inclinó, cogió la mano del visir para besársela y desapareció a grandes zancadas, con aquel aire marcial que Nezam veía con poca simpatía.

Cuando llegó a la vivienda del visir, a la noche siguiente, salió a recibirle el atemorizado Yaffar, en quien algunas equimosis faciales recordaban las desventuras de la víspera. Condujo al muchacho a la sala de trabajo de Nezam–ol–Molk, custodiada por gigantes armados, que se apartaron a la vista de los dos hombres. El criado dio tres golpes en la pesada puerta de marquetería antes de empujar los batientes de la misma.

Nezam estaba sentado sobre almohadones, sosteniendo el narguileh en la mano y sorbiendo con delicia por el tubo, que dejaba escapar una ligera nube azulada. No dijo nada y, con un gesto, invitó a su antiguo condiscípulo a que se sentase a su lado, antes de despedir a Yaffar, quien, inclinándose, volvió a cerrar los dos batientes.

—La paz sea contigo, Hasan. Y seas bienvenido.

—¡Que Alá proteja a Su Excelencia! ¡Las gracias te sean dadas por el honor que me haces!

Nezam depositó su pipa y le puso amistosamente al amigo una mano sobre la muñeca, mientras que con la otra cogía una tetera hirviendo que estaba colocada sobre unas brasas encendidas, vertiendo un poco de su contenido en un vaso. Luego se lo alargó a Hasan, quien, a su vez, tomó el recipiente y, después de echarle dos hojas de menta en el vaso de dorados arabescos, vertió a su vez en él el líquido oscuro y humeante con infinitas precauciones a fin de que ni una gota salpicase la alfombra de seda celeste.

Hablaron... De la buena marcha de los asuntos de Estado, de las grandes obras de embellecimiento de la ciudad, de las preocupaciones que causaban las tribus turkmenas y uzbekas en el norte, del peligro que representaban los mongoles que se aproximaban a las fronteras del imperio, de los renegados que so pretexto de enseñar religiones foráneas actuaban como espías a sueldo de los enemigos del Sultán.

Se abordó el controvertido tema de la recaudación de impuestos, lo que resultaba cada vez más difícil en una ciudad por la que transitaban centenares de caravanas, y, por último, se consideró la necesidad de buscar el medio de domesticar el Zayendeh Rud, el cual, en época de crecida, arrasaba todo a su paso: puentes, casas y cosechas. Luego, Nezam carraspeó antes de proseguir:

—Hablemos ahora del asunto que te ha traído aquí. ¿Sigues conforme con aportarnos tus luces?

—¡Por la bondad de Alá! ¡Más que nunca!

El visir se interrumpió un instante, tomó un sorbo de té después de haberse introducido previamente un terrón de azúcar en la boca. Luego se levantó y se dirigió a una mesa baja sobre la que descansaba una caja de plata cincelada. Se apoderó del minúsculo

cofrecillo metálico y se lo tendió a su amigo:

—¡Ábrelo!

Intrigado, Hasan se levantó a su vez para hacerse cargo del objeto, cuya tapadera levantó. En el interior se encontraba la mitad de una llave de complicado dibujo.

Nezam esgrimió la otra mitad, que se había sacado de la manga.

—Esta llave permite el acceso a la biblioteca del sultán. Ninguna mitad puede funcionar si no se une con la otra. Ni tú ni yo podemos, solos, acceder al recinto. ¡Sígueme!

El visir dio tres palmadas y las hojas de la pesada puerta se abrieron.

Yaffar, apareció con los brazos cruzados a la espera de órdenes:

—Condúcenos a la gran biblioteca.

Los tres hombres recorrieron un largo pasillo antes de llegar ante un tapiz que representaba una escena de caza. El sirviente descorrió la tela, que tapaba una puerta de ébano.

Nezam introdujo con delicadeza la doble llave en la cerradura, la hizo girar de derecha a izquierda y empujó el panel con el hombro. Yaffar, presionando con ambas manos, ayudó a su amo a mover el macizo batiente. El solícito criado descorrió con premura las cortinas y abrió el ventanal central.

Hasan no daba crédito a sus ojos.

Ante él se extendían miles de obras, manuscritos y pergaminos. Las estanterías estaban adosadas a la pared tapándola hasta el techo. Mesas, escritorios, repisas y pupitres desaparecían bajo escritos y colecciones de todo tamaño. Incluso el suelo estaba cubierto de documentos alineados o en montón. Tanta riqueza no la tenía la célebre biblioteca de Nichapur. Satisfecho del efecto causado en su huésped, el visir lo sacó de su estupor:

—¡Aquí tienes, pues... tus dominios, mi buen Hasan! En tus manos pongo estas maravillas. ¡Tú serás su dueño y señor y sólo dependerás de mí, de mí sólo! Tómate el tiempo que necesites para conocer estos tesoros y cuando sepas lo que contiene este lugar ¡vuelve a verme!

—Y... ¿cuál... cuál será mi cometido? –balbuceó el muchacho.

—Hacer un inventario de estas obras. Será largo y fatigoso, pero tu juventud y tu entusiasmo vencerán, a buen seguro, todos los obstáculos. Te dejo en tu feudo. Yaffar se queda contigo. Una vez que hayas terminado esta primera inspección, entrégale la mitad de la llave, que él me devolverá. La otra mitad consérvala siempre contigo.

Se alejó unos pasos. Luego, se volvió una última vez para decir.

—Cada mañana, Yaffar te abrirá esta puerta. Gracias al cerrojo

podrás encerrarte para que nadie te moleste. Para salir, no tienes más que tirar de este cordón y Yaffar, con la mitad de mi llave, acudirá a echarle, con tu ayuda, el candado a la puerta.

Él te indicará igualmente el sitio en que podrás hacer tus abluciones, comer y descansar, si hace falta.

Nezam–ol–Molk giró sobre sus talones y desapareció por el pasillo.

Tras unos instantes, Hasan se volvió hacia el criado, y pensó que le era muy desagradable tener que depender de él. No obstante, le puso buena cara, persuadido de que no tardaría en encontrar la forma de prescindir de sus servicios. Bien mirado, aquella función de bibliotecario no era más que el comienzo de una ascensión que haría de él, un día, un hombre indispensable al sultán, y relegaría a un papel secundario a aquel destripaterrones de visir.

—Dime, Yaffar, ¿hace mucho que estás al servicio de tu amo?

El sirviente, sorprendido y turbado porque el hombre que lo había maltratado la víspera se dirigiese a él con tanta afabilidad, balbuceó:

—Su... Su Grandeza se... dignó fijarse en mí y hacerme el inmenso honor de tomarme a su servicio hará...

un año... Entonces yo estaba de criado... Que Alá lo proteja –y se inclinó ligeramente– de Su Grandeza el sultán.

—¿De dónde eres? ¿Dónde vive tu familia?

Yaffar se irguió un poco y tosió un par de veces, aparentemente conmovido por el interés que se demostraba a su humilde persona.

—Somos... somos originarios de la región de Ispahán... Venimos de las montañas, al norte de la ciudad. Somos... somos pastores... Mis tres hermanos lo siguen siendo.

Hasan había dejado de escuchar al sirviente, que disimulaba mal su turbación ante el cúmulo de mentiras que estaba profiriendo. Porque mentía.

Su acento no era el de la gente de Ispahán, sino que más bien parecía proceder del Jorasán, al norte del país, donde se encontraba Nichapur.

El hijo de Sabbah no insistió.

—Yaffar, vas a tener mucho trabajo aquí, con todos los libros que hay que cambiar de sitio. ¿Sabes leer?

—No. Nunca fui a la escuela. Pero... sé contar.

—Pues tendrás que aprender a descifrar las escrituras.

Hasan imaginó que el pelirrojo era lo bastante venal como para traicionar al visir, llegado el momento. Así que decidió jugar todas las bazas.

Pasó revista a los huecos de las paredes y a las estanterías de la habitación, contemplando los ensayos en persa o árabe que trataban de religión o de filosofía, los textos que relataban el período preislámico, los escritos sobre Zaratustra, el original del ‘Libro de los reyes’ de Abol Ghasem Ferdowsi, el relato poético épico más grande del país. Sobre un velador descansaban, en lamentable estado, varios pergaminos atribuidos a Mani, textos judíos y cristianos, y, más lejos, los de los poetas estudiados en la universidad: Rudaki, Daghighi, Farroji y Manucheri.

Descubrió, incluso, documentos de Nasser Josrow y coranes iluminados de Mobarid y Jatafa.

—Dime, ¿están aquí todas las obras que esconde Palacio?

—¡Oh no, señor! ¡En los aposentos del sultán bienamado, que Dios guarde –se inclinó–, hay más todavía! ¡De todos los países del mundo!, de China, de Mongolia, de India, de Grecia, de Egipto. Hay hasta grabados y bordados. He estado allí... con mi amo.

Hasan se rascó maquinalmente su barba afeitada, echó un último vistazo a las obras que lo rodeaban, y finalmente pidió al criado que cerrase las ventanas y corriese las cortinas.

—¡En vista de esto, mi buen Yaffar, presentaos aquí mañana cuando amanezca, que tengo un enorme trabajo por delante!

Cada mañana, desde hacía semanas, Hasan entraba en la gran biblioteca para no salir de ella hasta la puesta del sol. Ayudado por unos cuantos criados, había inventariado cientos de obras. Yaffar lo esperaba para abrirle la puerta, le llevaba té tres o cuatro veces al día, lo tenía al tanto de las visitas del visir y, por último, todas las noches acudía en busca de la media llave que debía entregar a su amo.

Hasan se sentía contento de que se hubiese puesto a su disposición una vivienda. Próxima a la biblioteca, gozaba de la sombra de los sicomoros, gran baza en el calor agobiante del verano. Espaciosa y dotada de todas las comodidades, representaba, junto con ‘Tufán’, su caballo, el orgullo del hombre joven que empezaba a hacerse un sitio, por muy modesto que fuese todavía, en el reino de Persia. Continuaba viéndose a menudo con Omar, quien vivía el perfecto amor con una Laleh rodeada por las obras del poeta. El hijo de Sabbah, aunque había hallado cierto equilibrio en aquella existencia confortable, no había renunciado a sus repentinos accesos de cólera, los cuales, no obstante, se habían hecho más raros. Prestaba poca atención a los placeres de la carne, pues encontraba más voluptuosidad en la lectura de los escritos dogmáticos, lo que no quiere decir que alguna hurí deslizada subrepticiamente en su lecho por el poeta no despertase con sus sabias caricias aquel cuerpo demasiado austero.

Llegó el día en que sintió despuntar el hastío. En lo sucesivo conocía perfectamente las obras que había clasificado y pronto su tarea se redujo a la redacción de algunas misivas. No tardó en comprender que los favores del visir sólo habían servido para ahogar su ambición y encerrarlo en una jaula de oro. Con todo, era libre de ir y venir a su aire, sobre todo desde que había conseguido sobornar a Yaffar, quien había mandado fabricar para él una mitad de llave idéntica a la suya. El criado no acudía ya a abrirle la puerta al amanecer y hacía creer al visir que volvía de la biblioteca cuando le devolvía el objeto cada noche.

Así pues, Hasan había reanudado sus vagabundeos, interrumpidos durante meses.

De un carácter que se había ido haciendo cada vez más arisco a causa del aislamiento cotidiano a que se veía sometido, había pasado a convertirse en un solitario meditativo.

Omar Jayyam no había dejado de percatarse de ello y de sentirse inquieto.

El hijo de Sabbah se vestía modestamente para sus escapadas fuera de los límites de Palacio. Entonces, se transformaba en el más mirón de entre los mirones, el más pordiosero de entre los pordioseros, y gustaba como nunca de sentarse en cualquier taberna a escuchar las quejas de los que eran víctimas de impuestos demasiado altos, o de los que habían sido detenidos, incluso torturados sin motivo, por la tropa.

Hacía suya la indignación de estos hombres y alocados pensamientos se apoderaban de él. Entonces se veía pintado, a su vez, en los muros de la ciudad, como un combatiente glorioso, sable en mano, admirado y estimado por haber liberado al país de los felones y los turcos.

A veces, un ruido de voces le hacía salir de sus fantasías y se ponía a mirar incansablemente cómo los mercaderes que cerraban sus tratos manejaban el ábaco con extraordinaria destreza y hacían desaparecer en sus mangas las monedas de plata y bronce.

Cualquiera que fuera el negocio, éste se concluía con la presentación del narguileh y un gran vaso de té hirviendo hasta los bordes que era sorbido ruidosamente.

A veces resonaba un eructo, seco o prolongado, acompañado por un ‘Al hamdo–l–Allah’ “gracias a Dios sean dadas”.

Capítulo cuarto

En palacio

Miríadas de espejos adornaban las paredes desde el suelo hasta el techo.

Incrustados en la marquetería o en la madera esculpida, encajados en cuerno o marfil, jugaban con la luz del sol o el resplandor de las velas transformando el inmenso salón en un firmamento.

Los cortinajes azules con motivos bordados en oro habían sido confeccionados en las más bellas sederías; los artesonados castaños, amarillos o blancos daban réplica a los floridos mosaicos. Cubrían el suelo magníficas alfombras.

En la parte de la estancia que se abría al parque se habían dispuesto mesas bajas de maderas preciosas y marfil, veladores cubiertos por delicados tapetes de seda y cojines multicolores armoniosamente distribuidos por los rincones de la habitación.

La otra parte era el salón del trono. Allí se podía admirar el sitial tallado en ébano, al que el sultán había exigido que se le insertasen rubíes, esmeraldas, zafiros y diamantes.

Tres escalones permitían su acceso.

Los brazos en sus extremidades representaban dos rugientes cabezas leoninas.

Aquella mañana, Malek Shah vestía su indumentaria para las solemnidades:

Un manto de seda blanca con pasamanos azules y amarillos haciendo juego con un turbante rematado en un penacho dorado que fijaba un rubí de gran tamaño.

A sus pies, Nezam–ol–Molk y el Gran Consejo en pleno felicitaban respetuosamente al soberano con motivo de su cumpleaños.

El visir leía un texto esmeradamente caligrafiado por Hasan Sabbah sobre pergamino subrayando sus frases con inclinaciones del cuerpo en señal de sumisión.

—¡Que el Todopoderoso conceda a Vuestra Majestad mil años más de vida!

A lo que los ministros repetían a coro:

—¡Mil años más!

Malek Shah, con su tez ligeramente amarillenta, bigote y barba oscuros, cejas hirsutas y diminutos ojillos, escuchaba atentamente el informe sobre el estado del reino. Todo en él era perfecto: los impuestos se pagaban en medio de la general alegría, las cosechas habían sido excepcionales, las obras en la ciudad avanzaban según el calendario previsto, las tropas habían alcanzado numerosas victorias en las fronteras contra el enemigo mongol y afgano y estaban a punto de concluir con éxito unas investigaciones científicas de primer orden.

Terminado el discurso, Nezam dio unos pasos con objeto de prosternarse a los pies del sultán, sobre una de cuyas babuchas aplicó sus labios. Los ministros lo imitaron esperando a que cada vez el rey posase delicadamente la mano derecha sobre sus cabezas.

Igualmente acudieron a rendirle pleitesía, unos tras otros, los jefes militares, los doctores de la fe y algunos ediles locales. El sultán dio las gracias haciendo, por primera vez desde que reinaba, una breve alocución en persa. Desde la muerte de su padre, cuatro años antes, Malek Shah venía expresándose en su lengua nativa, el turco, y transmitiendo a la corte iraní sus órdenes y deseos por medio de un intérprete.

A continuación, el sultán bajó lentamente los escalones de su trono, tomó de manos de un sirviente una pequeña bolsa, cuyos cordones aflojó con torpeza, y de cuyo interior extrajo algunas monedas de oro que fue distribuyendo entre cada uno de los asistentes antes de dirigirse a las mesas en las que se ofrecían bebidas y dulces.

Un eunuco cogió una pequeña copa en la que escanció vino y se la tendió al monarca. Éste se la bebió de un trago y se secó la boca y la barba con el reverso de la mano. Le fueron presentados cuatro platillos, en los cuales escogió dos dátiles, algunas almendras saladas, un higo y un pastel de miel.

Rápidamente se tragó las golosinas y se limpió delicadamente las manos con un paño que le presentó un esclavo negro.

Se volvió hacia el visir y le hizo señas de que se acercase.

—Bien, Nezam. Te agradezco tus palabras amables.

El gran visir se inclinó cerrando los ojos de satisfacción. Malek Shah prosiguió:

—He oído decir que habías tomado a tu servicio a un hombre muy brillante.

¡Parece que, por añadidura, se trata de un amigo del poeta Omar Jayyam!

¿Es cierto?

Nezam–ol–Molk, que había vuelto a enderezarse, tuvo una tosecilla antes de responder:

—Es la pura verdad, Grandeza.

¡Que Alá os guarde! Está a mi servicio desde hace poco.

—Se me ha dicho que tú probablemente lo conociste en otra época y que esa es la razón de que lo hayas nombrado bibliotecario.

—Así es, Majestad.

—¿Y cómo se llama ese joven?

—Se llama Hasan, Majestad, y es hijo de Alí Sabbah, honrado

comerciante de Rey.

—¡Ah! Muy bien. Muy bien.

¿Piensas presentarlo en la corte?

—Pues... sí pensaba, Majestad.

Pero cuando haya pasado un período de prueba. Si lo permitís.

—¡Por supuesto, Nezam! Esperemos, pues, un poco todavía.

El soberano, seguido por un gran número de sus cortesanos, salió de Palacio para dar unos pasos por las alamedas esmeradamente cuidadas del parque. Nezam–ol–Molk, a quien la idea de presentar a Hasan en la corte lo llenaba de disgusto, avanzaba con gesto sombrío, mirándose los pies.

Malek Shah saboreaba ruidosamente un racimo de uvas, cada uno de cuyos granos consideraba con atención antes de engullirlo. Cuando hubo terminado, se mojó la punta de los dedos en una copela de opalina llena de agua con limón y se pasó las manos húmedas por la barba y las mejillas con objeto de refrescárselas.

El cortejo avanzaba lentamente con el monarca a la cabeza acompañado por un lacayo que agitaba un inmenso espantamoscas multicolor en tanto que otro era portador de una sombrilla.

Tres pasos más atrás venía el primero de los ministros seguido por los dignatarios, que caminaban con las manos cruzadas sobre las barrigas y hablaban en voz baja, mientras un tocador de ney dejaba escapar las notas melodiosas de su instrumento.

De repente, y como por encanto, acudieron corriendo, primero por decenas, luego a centenares, hombres y mujeres que no dudaban en pisotear el césped con tal de rendir homenaje al sultán, inclinándose a su paso. Las madres empujaban a sus proles mendigando para ellas una caricia en la que veían una señal benéfica del destino.

La guardia aseguraba la protección del soberano tratando sin contemplaciones a los que osaban acercarse demasiado, en tanto que otros, que habían obtenido una palabra amable, o incluso alguna moneda, se retiraban entre múltiples reverencias y alabanzas al Todopoderoso.

Más lejos, bajo una bóveda, algunas vírgenes escogidas entre las mejores danzarinas de la ciudad ondulaban al ritmo del tamboril y de los crótalos.

La transparencia de sus vistosos velos dejaba entrever las curvas de sus cuerpos perfectos.

A un gesto del visir, se hizo silencio y las muchachas se quedaron inmóviles. Malek Shah se acercó a ellas y su atención se centró en la más pequeña, que tenía una larga cabellera rubia. La recorrió detenidamente con la mirada y alargó su gruesa mano ensortijada hacia aquel dulce y extremadamente pálido semblante, al

que golpeó suavemente con la punta de los dedos antes de pasearlos por el pecho y las caderas.

Le sonrió y sus ojos diminutos se iluminaron con un brillo extraño.

Ella bajó la cabeza. Él le levantó la barbilla, volvió a sonreírle y le hizo un signo discreto al chambelán, que acudió por la bella a fin de llevarla a Palacio.

Los músicos volvieron a sus instrumentos, las danzarinas se animaron de nuevo, en tanto que el rey y su séquito bordeaban un bosquecillo y entraban en una de las estancias de la majestuosa mansión, totalmente decorada con arabescos de mosaico.

En una habitación contigua a la de Malek Shah, una muchachita rubia de grandes ojos azules se preparaba para compartir el lecho regio. Cuatro mujeres la bañaban y extendían esencias de flores sobre su cuerpo virgen y diáfano. Llamaron a la puerta. Un eunuco negro introdujo la cabeza e hizo una señal. Su Majestad se impacientaba.

Hasan, embebido en la lectura de algún tratado zoroástrico, se sobresaltó al oír los golpes en la puerta de la biblioteca en que se encontraba.

Vio aparecer la cara de un Yaffar más hirsuto que nunca, quien, con sus inclinaciones exageradas y su sonrisa estúpida, venía a anunciarle la visita de su amo, el gran visir.

Sorprendido, el hijo de Sabbah se levantó llevándose la mano al corazón cuando vio aparecer a Nezam, cuyo semblante reflejaba una inquietud mal disimulada.

—¿A qué debo el honor de esta visita inesperada, mi buen visir?

—Acabo de dejar hace un momento a Su Majestad el sultán, que Alá guarde, quien ha mencionado tu nombre.

—¿Cómo ha sabido el turco... Su Majestad de mi existencia?

—El Palacio es un pueblo con sus rumores y sus cotilleos. Quiere que seas presentado en la corte de aquí a unas semanas. Sus deseos son órdenes y a partir de ahora debemos prepararte para la ocasión.

Hasan dio algunos pasos hacia la ventana. Sentía un gran alivio. Por fin su paciencia iba a verse recompensada. Por fin iba a salir de aquel aislamiento en el que vivía hacía meses y meses e iba a poder poner sus talentos al servicio del Estado. Estaba ya dispuesto. Esbozó una sonrisa mirando los árboles, que ya se habían revestido de sus tonalidades otoñales.

—Los que creen y hacen buenas obras obtendrán una recompensa magnífica... –pronunció en voz alta sin volverse.

—¿Decías? –prorrumpió Nezam.

—Perdona, sólo hablaba conmigo.

Pero, a propósito, ¿en qué debería prepararme para ser presentado a Su Majestad?

—Estaría bien que... tomases esposa.

—¿Que tomase esposa? Y eso, ¿por qué? –preguntó el joven un tanto sorprendido por la sugerencia del visir.

—Su Grandeza el sultán podría sentirse... atraído... por tu presencia. Así que no estaría mal que fueras más expresivo en la forma de manifestar tus inclinaciones. Además, estás de sobra en edad de casarte.

—¡No es esa la cuestión! No tengo las menores ganas de casarme. ¡Y no conozco ninguna mujer que me seduzca hasta el extremo de querer hacer de ella mi esposa!

—Lo tengo todo pensado.

Nezam dio unos pasos en dirección a un ángulo de la estancia y, sin volverse, dijo acariciándose la barba:

—Mi hermano mayor, que murió de una caída de caballo en el Jorasán hace unos años, era abuelo varias veces. Entre sus nietos hay una niña llamada Maryam, más linda que un sol y en edad de merecer, pues tiene trece años. Hace muchísimo tiempo que no la he visto, pero me han contado que es encantadora, canta como un ruiseñor y posee unos modales exquisitos. Además, sabe preparar los platos más raros; en una palabra, que es ella la que te conviene.

Hasan lo interrumpió:

—Escúchame bien, Nezam: no tengo la menor intención de casarme, ni con la nieta de tu hermano ni con ninguna mujer de Ispahán. Te he obedecido, cumpliendo tus deseos, en lo que concierne al trabajo en esta biblioteca.

No sé por qué se te ha ocurrido la idea de que me case, pero si hay alguna razón, la descubriré.

La mirada del visir se hizo más dura y el tono de su voz más cortante:

—Alá es testigo de que no hay otra razón que la que acabo de exponerte.

Está claro, hijo de Sabbah, que tu espíritu es tortuoso y tu amistad poco de fiar. ¡Te casarás con la nieta de mi hermano! ¡Es una orden!

Dicho esto, desapareció entre un crujir de telas dejando a Yaffar que se encargase de cerrar los batientes de la puerta. Hasan, irritado, barrió de un manotazo una de las estanterías que tenía delante, tirando al suelo los manuscritos que se amontonaban en ella, luego se marchó a casa de su amigo Omar Jayyam con la esperanza de recobrar un poco la calma.

—¡No comprendo tu furia, Hasan!

¿Por qué te resulta tan insoportable el hecho de casarte con la pequeña Maryam?

—¡Porque es idea de ese palurdo que me tiene bajo su yugo hace meses!

¡Si cree que convirtiéndome en un miembro de su familia voy a dejar de rebelarme en lo sucesivo contra él, está muy equivocado! ¡Pues nada, y menos una mujer, me detendrá!

El muchacho daba vueltas por el cuarto de trabajo del poeta como un león enjaulado, sin parar de echar pestes.

—Hasan, ¡por favor! Siéntate en ese sofá... Tengo que comunicarte algunas preocupaciones mías.

El hijo de Sabbah se paró en seco, lanzó una mirada a Omar, que se había arrellanado en unos almohadones, e hizo otro tanto.

—Soy todo oídos, amigo mío, ¿cuál es el motivo de tu pesadumbre?

—Vamos allá. Desde que has llegado a Ispahán has cambiado mucho, mi buen Hasan. La metamorfosis se ha acentuado desde que trabajas en la biblioteca. Te has entregado a la lectura y al estudio días enteros, ignorando el juego y las diversiones.

Has huido de los amigos, repartiendo tu tiempo libre entre los doctores de la fe y las galopadas a lomos de tu caballo 'Tufán'. ¡Mira qué chupadas están tus mejillas y cómo se han agrandado tus ojeras! En fin, he sabido que tus noches están llenas de sueños extraños y pesadillas. Tus criados, alertados por tus gritos, te encuentran con los ojos despavoridos y la cara chorreando de sudor; ¿qué es lo que te atormenta?

El joven se levantó de un salto:

—¿También tú te dedicas a espiarme? Me reprochas que no dedique tiempo a divertirme, y tú, ¿qué religión practicas, bebiendo vino y no rezando nunca?

Omar se levantó a su vez:

—¡Hasan, vuelve en ti! ¿Cómo te atreves?

—¡Sí, contesta!... ¿o es que eres un impío?

Y el muchacho, irritado ante su propia impertinencia, atravesó la puerta atropellando a Laleh, que, más radiante que nunca, traía, sobre una bandeja de plata, una humeante tetera.

A la noche siguiente, Hasan fue presa de cierta agitación. Hacía una hora que había sucumbido al sueño, cuando se vio sentado a una mesa delante de un libro, como tenía por costumbre. El libro narraba la vida del profeta persa Zaratustra. De repente, le circundó una luz

tan intensa que le costaba trabajo distinguir los objetos que le rodeaban. Tuvo que entornar los ojos para poder soportar aquella claridad, que poco a poco se fue esfumando. Aturdido, se frotó la cara, cuando sintió, a su espalda, una presencia. Este sueño lo tenía desde hacía varias semanas e, indefectiblemente, la misma escena se repetía una y otra vez.

Hasan se volvía y descubría un personaje, muy alto, un pastor sin duda, a juzgar por la pobreza de su indumentaria. El hombre pronunciaba unas palabras inaudibles y, cuando él iniciaba unos pasos en su dirección, el individuo salido de otros tiempos desaparecía en un halo de luz blanca.

Aquella noche, la historia conoció una variante. Hasan se levantó y le pidió al hombre que repitiese las palabras que no conseguía entender.

Entonces percibió distintamente las palabras del desconocido:

—Hasan, hijo de Sabbah, tus oídos no saben todavía oírme, ni tus ojos verme. Pero llegará el día en que alzarán un ejército en mi nombre y en mi nombre combatirás por la dignidad de nuestro pueblo. Como tú, también yo fui débil, pobre de ganados y pobre de hombres.

Hasan cayó de rodillas y alzó los brazos hacia el profeta:

—¡Oh, Zaratustra, gran maestro, guíame por el camino de la verdad!

—El camino de la verdad no es otro que el trazado por Ahura Mazda, juez supremo del combate que libran Spenta Mainyu, el espíritu sano que alienta en ti, y Ahra Mainyu, el mal espíritu que te inspira. Sacrifica al brillante soberano Ap1m Napat, genio de las mujeres, y acepta unir tu suerte con el hijo del Norte. Hijo de Irán, el día en que has de servir a la causa se acerca.

A estas palabras, el hombre–Dios desapareció por los aires.

Hasan, jadeante, se incorporó en su lecho, desconcertado ante los criados que habían acudido a sus gritos.

Los esponsales se celebraron dos semanas más tarde. El gran visir había organizado la fiesta en su residencia, donde se dejaron oír los sones del ney, los del santur y los del kamanché.

Durante toda la ceremonia, la muchacha, que a Hasan le resultaba encantadora, permaneció sentada entre su madre y su tía. El hijo de Sabbah, confortablemente instalado entre Nezam–ol–Molk y Omar Jayyam, saboreaba cogollos de cidra negándose con

obstinación a probar cualquier vino que fuese y mimando celosamente con la mirada a la niña de ojos malva que iba a ser suya.

Las primeras escarchas del invierno habían cubierto la ciudad, invadida por los cuervos famélicos.

Hasan había perdido prácticamente todo interés por sus funciones de bibliotecario y secretario. Cuando no leía, deambulaba por los pasillos de Palacio, en medio de escribas atareados y soldados indiferentes.

Cada mañana, con el canto del gallo, se incorporaba a su universo de pergaminos, libros y mapas. Desde los tratados sobre el ismaelismo hasta las glosas chiítas, su espíritu se llenaba de todas aquellas palabras cuidadosamente caligrafiadas, y cuando, agotado, abandonaba el lugar con los ojos enrojecidos por la fatiga, sentía que le invadía la duda.

Sin que Mahoma dejara para él de ser profeta, las palabras de Zaratustra, hijo de Persia, encendían en su corazón el fragor de la esperanza y, más que nunca, se sentía el heredero, en la tierra de Irán, del poder benéfico de Ahura Mazda, fuerza de la luz.

De tiempo en tiempo pensaba en Maryam. Trataba de imaginar su cara, de la que el velo dejaba adivinar sus rasgos regulares. Los ojos y la boca no los descubriría sino en el tálamo nupcial. ¿Se acostumbraría él a aquella presencia femenina a su lado?

¿Qué podría él contarle? Con objeto de poner término a aquellas preguntas sin respuesta, se envolvía en una larga capa negra y se lanzaba a las calles de Ispahán en la hora en la que se encendían las antorchas.

El bazar de Ispahán, inmenso mercado cubierto que daba a los cuatro costados de la plaza mayor, comenzaba a quedarse vacío. Los vendedores habían abandonado el lugar en el transcurso de la puesta del sol, según órdenes del gobernador de la ciudad.

Únicamente los tenderos tenían autorización para no cerrar el tiempo que tardaban en echar sus cuentas, ordenar el género y limpiar sus dakkas, pequeños tenderetes bajos y mal iluminados que cerraban con tablones protegidos por unas barras de hierro aseguradas en sus extremos por medio de candados.

Caldereros, herreros, armeros, orfebres, sastres, zapateros, panaderos, asadores y taberneros esperaban la llegada del asas, el hombre encargado de hacer respetar la paz y la tranquilidad.

El bazar, vasto recinto de cuatrocientos metros de largo por trescientos de ancho, se cerraba en cada una de sus entradas con sendas verjas de hierro cuyas llaves tenía en su poder el asas. Éste, una vez caída la noche, no permitía que nadie entrase en el recinto sin que antes no hubiese dicho el santo y seña, que por motivos de prudencia, se renovaba cada día.

Aquella tarde Hasan había aprovechado el que todavía las

verjas permanecían abiertas para entrar. Cada cual estaba atareado contando las ventas de la jornada y nadie se fijó en él. Se habían encendido las antorchas pues era ya noche cerrada, momento favorito de los bandidos que, cual gatos, se introducían en el recinto y se ocultaban entre las tiendas ya vacías.

El muchacho avanzaba por aquel dédalo apresurando el paso. Montones de desperdicios cubrían el suelo como únicos testigos de la agitación del día y él ignoraba la razón que le había decidido a cruzar el bazar aventurándose por pasadizos oscuros o débilmente iluminados por los rayos lunares. Miraba con atención el suelo cuidando de no tropezar. ¿Su vista cansada le acababa de jugar una mala pasada o realmente había percibido una sombra que se había desvanecido rápidamente a sólo unos pasos de allí? Iba a internarse por otra callejuela cuando un violento golpe en la nuca le hizo caer. Se oyó a sí mismo gritando de dolor y apenas su cabeza se hubo golpeado contra el suelo cuando trató de incorporarse, pero otro golpe, propinado por un pie, le dio en la barbilla y le hizo desplomarse atontado por la sacudida.

Una mano lo agarró por el pelo sin miramiento alguno y al tratar de levantarle brutalmente la cabeza, pudo distinguir, gracias al débil resplandor de un hachón, tres siluetas que lo rodeaban.

El que lo tenía cogido por el pelo estaba en cuclillas. Otro sostenía una antorcha tan cerca de su cara, que Hasan sintió el calor de la llama cegadora quemarle la piel.

Oyó una aguda risa burlona:

—¿Está muerto? ¡Ji, ji, ji! ¿Está muerto?

Su voz era la de un hombre anciano, probablemente cretino, y cuyo acento delataba procedencia azerí.

—¡Nada de eso! ¡Porque Alá lo quiere, respira aún!

Diciendo estas palabras, el hombre se apartó, lo que permitió a Hasan distinguir las caras de sus agresores, ahora iluminadas.

Vestidos de harapos, debían de haberse emboscado hacía rato a la espera de un imprudente. El que sostenía la antorcha lo miraba con ojos de animal rematados por una frente minúscula.

Llevaba abundante cabellera sujeta por una cuerdecilla.

El más alto de los tres, que no había pronunciado palabra, hizo desistir a Hasan de cualquier movimiento aplastándole el estómago con un pie.

El viejo, que no paraba con su risita, tenía tan surcado de arrugas profundas aquel rostro sin edad, que éstas trazaban dibujos insensatos. Se había puesto de súbito en cuclillas y, sacando un puñal de entre los pliegues de sus harapos, colocó el cortante filo en el cuello del muchacho:

—¡Ji, ji, ji! ¡Di, forastero!

¿No tendrás algunas moneditas para estas pobres almas olvidadas de Alá?

Hasan no pudo evitar hacer una mueca de asco al acercársele aquel hombre que lo inundaba con la fetidez de su aliento y la peste de su cuerpo.

—Voy a registrarlo –eructó el cómplice de ojos bestiales.

Palpó brutalmente la ropa de su víctima antes de lograr que cayesen algunas monedas, de las que se apoderó con toda rapidez y mostró a los otros.

El viejo habló de nuevo:

—¡Ji, ji, ji! ¡Un extranjero tan bien vestido como tú tiene que esconder otras riquezas! ¿Dónde las has puesto?

Hasan guardó silencio y oyó la voz del más alto, que decía:

—No perdamos tiempo. Tenemos que irnos. ¡Córtale el cuello!

El viejo volvió a reír a más y a mejor, exhibiendo los pocos dientes rotos que quedaban en aquella boca sin labios, y murmuró, al tiempo que hacía una ligera presión con el filo del puñal:

—¡Guárdame un sitio en el paraíso de Alá!

El hijo de Sabbah cerró los ojos al comenzar a sentir ese escozor de la piel que es rajada lentamente.

Resonó un alarido. Cuando abrió los ojos, vio la antorcha volar por los aires y caer apagada unos pasos más allá.

Unos individuos, surgidos de la oscuridad, se habían arrojado sobre los bandidos y les propinaban una paliza.

Hasan se levantó de un salto para alcanzar al más fornido de los tres, que emprendió la huida.

—¿Conque querías que me degollasen? –le vociferó–. ¡Te voy a matar!

Lo golpeó con tal violencia que el hombre, bañado en sangre, estaba ya sin conocimiento cuando cayó a tierra.

Uno de los desconocidos que había acudido en ayuda de Hasan lo agarró por la muñeca:

—Ya es suficiente, le has dado una buena lección, déjalo. Está muy maltrecho, y los otros no valen mucho más.

A pesar de la débil claridad, que sólo dejaba transparentar algunos aspectos de la callejuela, el hijo de Sabbah trataba de distinguir los rasgos del hombre esbelto y joven que le hablaba mientras que su compañero, mucho más alto, se mantenía un poco retirado.

—Ven con nosotros, el bazar está cerrado y el asas podría buscarnos las vueltas. Nuestras tiendas están a dos pasos. Esa es la

razón de que hayamos oído que estabas en un apuro.

¿Qué podrían estar haciendo en una dakkas cerrada a aquellas horas de la noche? ¿Acaso se trataba de juegos clandestinos? ¿O de alguna reunión secreta? El joven les siguió en silencio.

No lejos de allí, se detuvieron delante de un tenderete del que no se filtraba el menor rayo de luz. Uno de los hombres dio tres golpes secos en uno de los tablones, que se desplazó ligeramente dando lugar a la aparición de un ojo que lanzó una mirada de desconfianza antes de abrir y permitir el paso de los tres compadres. En el interior de la tienda se almacenaban pesados rollos de paño, de raso y de algodón. Hasan dedujo que se hallaba en el bazar de los sastres. Bajaron varios peldaños hasta llegar a un semisótano perfectamente acondicionado.

Atornasolados tapices colgaban de cada una de las paredes y, alrededor del tradicional korsi, sobre el que humeaba una tetera, se habían dispuesto cómodos cojines.

La luz difusa de una lamparilla de aceite iluminaba las caras de cuatro individuos, que estaban sentados con sendos vasos de té en la mano.

El más joven de ellos le presentó la extraña compañía:

—Mis amigos: Yúsef, Adi, Hakim, Naím y Hossein, que hace un momento nos ha hecho una demostración de cómo metía en cintura a algunos mendigos, y yo mismo, Rahmán.

Este último podría tener unos veinte años, acaso menos. De grácil estatura y vivaz aspecto, poseía una mirada muy franca que inmediatamente agradó a Hasan.

—Rahmán... Hossein... ¿Cómo podré agradeceroslo? Os debo la vida –dijo llevándose la mano al corazón–.

Yo soy Hasan, hijo de Sabbah, natural de Rey.

Rahmán, a quien sus compañeros miraban un tanto descontentos, rogó a su huésped que se sentase.

—Estás herido, Hasan. ¿Quieres un poco de agua fresca para limpiarte el corte en la garganta?

—Te doy las gracias, pero, como ves, la herida no es grave.

Luego, mirando en su torno:

—¡No me esperaba que las dakkas estuvieran habitadas!

—En realidad, no lo están. Nosotros vivimos todos al otro extremo de la ciudad, pero al llegar la noche, cuando queremos reunirnos, este sitio es más seguro.

—¿Quiere esto decir que vuestra reunión es secreta?

Los hombres empezaron a sentirse inquietos y a lanzarse miradas de interrogación. ¡Aquel extranjero era muy curioso!

—Eso no es asunto tuyo, hijo de Sabbah –replicó Hakim, un hombre corpulento de barba rojiza y que mordisqueaba unos dátiles secos.

—Disculpadme. En absoluto quería ofenderos –respondió Hasan–. Pero algunos amigos míos se reunían así para cantar al poder del profeta de la tierra de Irán, el glorioso Zaratustra.

—No somos seguidores del zoroastrismo, si es lo que insinúas, oh, Hasan –expuso parsimoniosamente Rahmán–. Somos... –se interrumpió mirando a los inquietos reunidos–.

Somos... ismaelitas.

Una gran algarabía sucedió a estas palabras. Indignados, los adeptos vociferaban y Hakim gritó por encima de los demás dirigiéndose a Rahmán:

—¡Por todos los profetas! ¿Has perdido el juicio? ¡Confiarse así a un extraño del que ni siquiera te consta que no sea un espía a sueldo de Nezam–ol–Molk!

—Si hablo sin temor es porque siento que puedo tener confianza en Hasan –replicó el interpelado.

Hasan tomó la palabra:

—¡Escuchadme! ¡Os lo ruego, escuchadme! Hace un momento que Rahmán me ha salvado la vida. Desde ahora soy todo suyo.

Se interrumpió un momento, miró con atención a su auditorio y prosiguió:

—A decir verdad he tenido ocasión varias veces de estar en presencia del visir. Así pues, lo conozco. Es cierto que es taimado y cruel. Todos sabemos la represión que ha instaurado y las exacciones ordenadas por él. Ha vendido su alma a los turcos, o sea, al diablo. Pero las cosas pueden cambiar y deben cambiar si estáis dispuestos a depositar alguna confianza en mí.

—¿Cómo podrían cambiar, oh, hijo de Sabbah? ¿Qué te propones hacer? –intervino Naím, un muchacho rubicundo y de barba rala.

—Derribar a Nezam–ol–Molk, ocupar su lugar y aniquilar el poder de los selyúcidas.

Un murmullo se levantó, inmediatamente interrumpido por los ladridos del perro del asas, que pasaba por el callejón.

—O eres un loco, o hablas en serio, hijo de Sabbah –replicó Yúsef a media voz–. Pero, por todos los imanes, tus palabras me hielan y me pregunto si Rahmán ha hecho bien trayéndote aquí.

Hasan se había sentado y permanecía silencioso bajo la mirada

inquisitiva de sus compañeros. Rahmán le había alargado un vaso de té; sin dejar de mirar el amarillento brebaje, dijo, como hablando consigo mismo:

—Hace unos años, cuando vivía en Rey, conocí, entre los clientes de mi padre, a un hombre a quien recordaré toda la vida que Alá tenga a bien concederme. Respondía al nombre de Ernich Zarrab y profesaba esa doctrina que tanto amáis, la de los bathinianos de Egipto.

Los ismaelitas se miraron estupefactos y sin perder palabra.

—Este hombre conocía todos los antiguos misterios y pasábamos veladas enteras discutiendo. Por supuesto que él refutaba los dogmas que me habían enseñado, pero sus palabras me causaban una gran impresión. Algún tiempo después caí enfermo. Unas calenturas se apoderaron de mi cuerpo y mi espíritu se abrió a auténticas revelaciones. Tuve entonces la convicción de que aquel hombre decía la verdad, pero quiso el destino que yo siguiese otras vías que me condujeron a Nezam–ol–Molk.

Hakim, que no cesaba de acariciar el ámbar de su sortija con sus dedos regordetes, prorrumpió:

—Sin duda eres sincero, hijo de Sabbah, y debes saber toda la verdad.

El hombre que tú dices conocer nos persigue sin descanso. A los esbirros del sultán les manda que nos hostiguen dondequiera que estemos obligándonos a entregarle nuestro oro y nuestros bienes. No hay salvación para el ismaelita descubierto, quien de este modo se convertirá en la presa de los tiranos, que le obligarán a negar su fe y a ser esclavo de ellos. ¿Dónde queda nuestra dignidad a tal punto escarnecida por el invasor?

Los presentes asintieron. Yúsef, repantingado en los cojines, prosiguió:

—No puedo más que sumarme a las palabras de Hakim. Fíjate en mi caso, Hasan. Soy un honrado comerciante, trabajo duro para dar de comer a mi mujer y a mis hijos, y se me obliga a satisfacer unos impuestos tan altos como los que deben pagar los judíos, y esto sólo por el derecho a trabajar.

Nuestros hermanos chiítas son los primeros en atropellarnos cuando protestamos. Desgraciadamente, se han vuelto más injustos que esos perros de turcos sunitas de los que se han hecho tan adictos.

Adi, Hakim, Hossein y Rahmán hicieron un gesto afirmativo con la cabeza, en tanto que Naím, con objeto de dejar claro el desprecio que sentía por las gentes de Palacio, escupió ruidosamente en dirección al suelo.

Adi, un hombrecillo de nariz aguileña, apuntó con el índice a Hasan y prorrumpió:

—Cuando pretendes que nuestra salvación está en tu poder, ¿significa eso que tendremos que esperar aún mucho tiempo?

—El tiempo que necesite para ganarme la confianza del sultán. A menos que... Pero eso no depende más que de vosotros.

Los rostros adquirieron una expresión de sorpresa. Hakim continuó:

—¿En qué depende de nosotros?

¡Explícate!

Tras un breve instante de silencio, Hasan juntó sus manos sobre los labios y acto seguido se puso a hablar sin dejar de mirar fijamente su vaso de té, que descansaba sobre el korsi:

—Dentro de cinco días, Malek Shah irá a Naím y, sin duda, a Yazd. Estará un mes fuera de Ispahán y me consta que el visir sólo le acompañará dos semanas, lo que nos proporciona todo el tiempo necesario para elaborar un plan. O lo que es lo mismo, pasar a la acción.

Se hizo un espeso silencio, y de entre los secuaces, rígidos como estatuas, sólo Rahmán reaccionó:

—Por la grandeza de Ismael, ¿hablas en serio?

—¿Tengo aspecto de bromear?

—¿Así pues, te propones derribar el poder con la ayuda de cinco humildes comerciantes?

—La eficacia no depende del número que se sea; ahora bien, ¿no seremos acaso capaces de encontrar hombres fiables y valerosos?

—Sí... claro. Pero tenemos poco tiempo y...

—Tenemos veinte días para organizar nuestra acción, es un plazo suficiente si nos ponemos al trabajo desde mañana.

—Pura locura –exclamó Adi–. No contéis conmigo. ¡Mi cabeza no será hermosa, pero estimo mucho conservarla sobre mis hombros!

—Entonces, sigue tu camino –respondió Hasan–. ¡Aquí no hay sitio para los cobardes!

—Tiene razón –remachó Rahmán ante un Adi enfurruñado–. Todos los días de Alá nos lamentamos de las injusticias que padecemos; así que ahora que tenemos la posibilidad de mostrar nuestra determinación y poner término a tanta bajeza, no escurramos el bulto, seamos valientes.

Los hombres se consultaron unos a otros y la habitación se llenó de murmullos.

—El plan es audaz, el riesgo no pequeño, ¡pero estoy contigo, hijo de Sabbah! –dijo Hakim tras haberse acariciado su barba rojiza.

—¡También yo! –añadieron Yúsef, Adi, Naím, Hossein y Rahmán.

Adi, el más reticente de los cinco, se preguntó:

—Pero... ¿Tenemos alguna posibilidad de éxito, y qué debemos hacer?

Hasan se sirvió otro vaso de té y respondió, antes de colocarse un terrón de azúcar sobre la lengua:

—Necesitamos una treintena de hombres, y armas.

—¿Treinta hombres bastarían para acabar con la guardia de Palacio? –preguntó Yúsef.

—El sultán se ausentará con la mayor parte de su ejército. Además, la guardia acompaña al visir durante su salida. Así que sólo tenemos que neutralizar a los soldados de Palacio, que no tardarán en rendirse. El número de hombres es menos importante que la estrategia que usemos. Tenemos que dar la impresión de ser innumerables. Exterminaremos a los que osen resistir, el resto se unirá a nuestra causa. Ha llegado a mis oídos que la mayor parte de los militares no han cobrado su soldada desde hace varias semanas.

—¿Cómo sabemos lo que habremos de hacer? –inquirió Rahmán.

—Reunámonos otra vez aquí mañana al caer la noche. Traeré un plan junto con mis instrucciones.

Estaba a punto de amanecer cuando los conjurados abandonaron el lugar divididos entre el miedo y la excitación.

Durante varios días se reunieron en casa de Hakim, Yúsef o Naím, hasta que finalmente Hasan se limitó a verse con Rahmán, convertido en su segundo para aquella operación, que habían fijado para doce días más tarde.

Se había reclutado a treinta hombres entre los ismaelitas y los mercenarios más acostumbrados a manejar las armas, las cuales, numerosas y variadas, se almacenaban en la dakkas de Rahmán.

Los planes habían sido estudiados y los cinco comerciantes eran los responsables de un grupo de hombres que en ningún caso debían saber de la existencia de Hasan Sabbah.

Éste, cuando se produjese la invasión del Palacio, tenía previsto mantenerse al margen y no intervenir hasta la fase final. Dejaba transcurrir las noches insomne, pasando revista una y otra vez a cada detalle de aquel “golpe de Estado”, gracias al cual iba a dirigir el Imperio persa. En sus sueños ya no veía al profeta Zaratustra, de lo que dedujo que aquel proyecto le acaparaba demasiado la mente. Pasaba mucho tiempo rezando y Yaffar lo sorprendió a menudo contemplando lo invisible durante el estudio. Estaba demacrado y los que le rodeaban, Omar entre ellos, pensaron que el hijo de Sabbah era presa de alguna oscura enfermedad.

La mañana del día fijado, Hasan, que sentía crecer en él una

agitación sin igual, se dirigió a las caballerizas. El Palacio estaba en calma y, viendo aquellos guardias que conversaban alegremente, le costó trabajo imaginar que, al cabo de unas horas, estarían muertos sin duda. Montó a 'Tufán' a horcajadas y lo lanzó al galope hasta las puertas de la ciudad, que franqueó, hundiéndose en el desierto. Los caravaneros y campesinos que lo vieron pasar envuelto en una nube de polvo no podían imaginarse que en las entrañas de aquel hombre ardía el fuego de la ambición y el poder.

Horas más tarde regresó al parque real y corrió a encerrarse en su cuarto de trabajo.

Poco antes del anochecer y estando tendido en su estera fue arrancado de sus cavilaciones por los primeros gritos procedentes de Palacio. Se le hizo un nudo en la garganta y, antes de cerrar los ojos, cogió su cilindro de rezos. Se luchaba a pocos metros de allí y un ruido de cristales rotos sucedió a grandes alaridos.

Sonaron tres golpes violentos en la puerta. Oyó la voz de su sirviente:

—¡Excelencia! ¡Excelencia! ¡Venid rápidamente! ¿No oís la matanza?

Hasan se levantó de un salto y divisó detrás de Asad, su criado, a Al–Mostafá, uno de los consejeros de la corte.

—La desgracia ha caído sobre nuestras cabezas, hijo de Sabbah –dijo–.

Los traidores se han introducido en Palacio por decenas para asesinarnos.

Hasan fingió terror:

—¡Que Alá nos proteja! Pero, ¿quiénes son?

Al–Mostafá, seguido de un eunuco que sollozaba, prosiguió:

—A lo que sabemos, parece que actúan en nombre del imam Ismael. Hay que dar orden de sacar de aquí a los familiares del sultán, los dignatarios y los harenes. ¡Ven conmigo!

Hasan siguió al consejero, después de haber ordenado a los criados que corriesen a la biblioteca y echasen los cerrojos para evitar su saqueo.

—Voy a dar orden de que intervenga la guardia de reserva –dijo Al–Mostafá, jadeante a causa de lo rápido de la marcha.

—¿La guardia de reserva? –preguntó el hijo de Sabbah, sorprendido por no haber previsto tal eventualidad.

—¡Sí, tenemos refuerzos, a Dios gracias!

—Y ¿serán suficientes esos refuerzos? –preguntó de nuevo el joven, cada vez más inquieto.

—No temas, acabarán con todos esos perros, por numerosos

que sean.

En un recodo del pasillo, Hasan, con expresión alucinada, se sacó de la manga un largo puñal e inmovilizó a Al–Mostafá con el brazo izquierdo mientras que con la mano derecha le segaba la garganta.

Se tambaleó al ver cómo el hombre se desplomaba a sus pies. Luego, con las ropas manchadas de sangre, siguió el largo corredor vacío para internarse por una galería que lo condujo al primer piso, desde donde pudo disponer de una vista general de la situación.

El espectáculo que se le ofreció era horrible. Montones de cadáveres cubrían el suelo nadando en un gran charco de sangre y prolongados lamentos se alzaban bajo la bóveda de mosaico. Hasta sus oídos le llegó un ruido de lucha procedente del ala sur de Palacio y bajó la gran escalinata, saltando por encima de los cuerpos inertes y mutilados. Tropezó con el de un hombre, cuyo terrible rictus y la mirada ensangrentada parecían dirigirse a él. Le dio un vuelco el corazón al reconocer a Hakim, cuya sortija, que adornaba un dedo rígido para siempre, había perdido su ámbar. Volvió a subir la escalera de mármol pensando que alguno de los conspiradores trataría de ponerle al corriente de la evolución de la situación, se internó de nuevo por la galería en dirección a su cuarto de trabajo y, finalmente, echó a correr con la sensación muy precisa de que le iba a estallar el corazón. Al mismo tiempo que divisó el cuerpo sin vida de Al–Mostafá, oyó los pasos de un hombre que venía en sentido contrario. Temió ver aparecer a Asad o al eunuco del consejero áulico, que enseguida habrían adivinado en él al asesino del dignatario. Con mano febril, agarró de nuevo el puñal y se dispuso a eliminar al molesto testigo.

Vio a Rahmán, herido en el brazo, y con las ropas hechas jirones.

—¡Por Ismael, nuestro imam venerado, Hasan, por fin te encuentro!

¡Te he buscado por todas partes!

—¡Rahmán, por la gloria del Profeta! ¡Estás vivo!

Lo abrazó brevemente.

—¡Soy, ay, de los pocos que quedan! La partida está perdida. Tenemos que huir...

—Pero... ¡Es imposible! –murmuró el hijo de Sabbah, que no podía resignarse a ver desvanecerse sus sueños.

—No tenemos elección. En unos instantes la guardia habrá recuperado el control de Palacio. Créeme, nuestra salvación está en la huida.

Hasan contempló el cuerpo del consejero áulico y comprendió que nunca podría justificar aquella muerte. Entonces tuvo una idea.

Le tendió su puñal a Rahmán y le dijo:

—¡Utilízalo en mí!

—¿Te has vuelto loco?

—Haz lo que te digo y no hagas preguntas. ¡Hiéreme sin quitarme la vida!

El joven ismaelita cogió el estilete y lo hundió en el brazo de su amigo, quien no pudo contener un grito.

—¡Sigue, sigue, por lo que más quieras!

Con mano temblorosa, Rahmán lo acribilló a puñaladas en puntos no vitales. Hasan, vencido por el dolor, se desplomó. El otro emprendió la huida en tanto que el hijo de Sabbah perdía el conocimiento.

Al despertarse aquella mañana, Hasan tuvo la sorpresa de descubrir a Nezam–ol–Molk, Yaffar y Asad, que discutían no lejos de él. Los dos criados estaban arrodillados. Intentó en vano incorporarse en el lecho. Le pesaba la cabeza y una sensación de dolor le recorrió todo el cuerpo.

—¡Mi amo vuelve en sí! ¡Mirad!

¡Vuelve en sí! –exclamó Asad, maravillado, en tanto que los otros dos hombres se acercaban.

—¿Cómo te encuentras, amigo mío? –le preguntó el visir con tono condescendiente.

—No... No del todo bien.

—Es lo menos que pueda esperarse.

¡Por la clemencia de Alá, que hayas sobrevivido tiene mucho de milagroso!

—¡De milagroso! –corroboró Yaffar, a quien una mirada desaprobatoria de su amo hizo callar.

—¿Qué... qué ha pasado exactamente? –inquirió con voz débil el joven.

—¿Cómo? ¿No te acuerdas de nada?

¡Por las barbas del Profeta, unos felones trataron de hacerse con el poder aprovechando mi ausencia y la de Su Grandeza, que Alá guarde! Pero, afortunadamente, los refuerzos de la guardia aniquilaron a esos perros.

—¿Des... Desde cuándo me encuentro en este estado?

—Desde hace cuatro días, según dice tu sirviente.

—Así es, mi amo –añadió Asad muy agitado–. Son cuatro los

días que lleváis presa de fiebre alta y delirios. Pero los cuidados que os he prodigado os han salvado. Han sido extractos de plantas...

—¡Cállate, cara de sapo –le interrumpió Nezam–, tu amo ha tenido la suerte de no haber sido herido mortalmente, eso es todo!

Asad se inclinó, pero en sus ojos se leía cierto resentimiento hacia el visir.

—Y ¿quiénes... quiénes eran los felones?

—Por lo que sabemos, ismaelitas que han tenido que contar forzosamente con complicidades dentro de Palacio.

—¿Por qué lo dices?

—Su intervención estaba perfectamente calculada para neutralizar la guardia habitual, entrando por puestos clave que sólo gente del interior podía conocer. Pero actuaron ignorando la existencia de refuerzos... lo que ha sido causa de su perdición.

Hasan emitió un gruñido tratando de incorporarse.

—¿Han podido capturarse supervivientes?

—¡Por la gracia del Creador, sí!

Uno solo, pero no carente de interés –dijo Nezam echando hacia atrás sus largas mangas–. Parece que era uno de los jefes de la insurrección.

—¿Qué es lo que te permite afirmarlo?

—El testimonio de nuestros soldados. He podido entrever al hombre esta mañana, hasta anoche no llegué, se niega a hablar, pero sus carceleros saben mostrarse... ¡convincentes!

Hasan, inquieto, se agitó en su lecho, lo que le provocó una mueca de dolor. Nezam adelantó hacia él su cara picada de viruelas:

—¿Qué es lo que te atormenta, mi buen amigo? ¡No te preocupes! He ordenado una investigación y trataremos a ese perro como él lo ha hecho con nuestros hombres.

El hijo de Sabbah simuló adormecerse y Nezam le dijo a Asad antes de salir, seguido de Yaffar:

—Cuando se despierte, dile a tu amo que lo veré mañana por la mañana.

—¡Mi amo! ¡Mi amo! ¡Cometéis una gran imprudencia! –exclamó Asad al ver los esfuerzos que hacía el bibliotecario tratando de tenerse en pie.

—¡No querrás que me pase en cama el resto de mi vida!

Hasan avanzaba pasito a pasito, doblándose de dolor y sintiendo que sus entrañas se desgarraban a cualquier movimiento.

Llamaron a la puerta. Vio aparecer al nubio, seguido de un Omar Jayyam más pálido que nunca.

—¡Qué felicidad me da verte así!

¡Hace poco luchabas con la muerte, y hoy ya te veo levantado! ¡Déjame que te abrace!

—¡Esperaba a Nezam y apareces tú!

¡Te confieso que mi alegría es tanto mayor!

—Hasan, ¡ha sido terrible! ¡Te confieso que he pasado mucho miedo!

—¿Quién puede alardear de no haber sentido miedo delante de tales acontecimientos?

—¿Quién te hirió?

—No... No pude verle la cara.

—Por la gracia de Alá, te salvaste. Hubieras podido correr la misma suerte que ese pobre de Al–Mostafá, que te acompañaba.

—Me gustaría no hablar de eso.

—Lo comprendo, Hasan, lo comprendo. Había venido a ofrecerte un regalo, muy modesto desde luego, pero que me gustaría que conservases en recuerdo mío.

El poeta le presentó una sortija de plata cincelada rematada por una cornalina tallada. El joven sintió un escalofrío; a tal punto aquella joya le recordaba la atroz visión del dedo de Hakim. Se la puso en el anular:

—¡Tu gesto me llega al corazón, mi buen Omar!

La entrada del visir, seguido de un Yaffar cada vez más hirsuto, lo interrumpió.

—¡Qué felicidad! –exclamó Nezam abriendo los brazos–. ¡Nuestro hombre ya levantado!... ¡Hasan, eres una fuerza de la naturaleza!

A su risa le siguió la de Jayyam, mientras que Hasan permanecía rígido como una estatua.

—Había venido para hablarte de nuestro prisionero, pero, ya que tus piernas parecen sostenerte, creo que será más oportuno que vayamos juntos a verle.

—¿Por qué quieres que lo vea?

—Sin duda te acordarás de haberte cruzado con él, pues fue capturado saliendo del ala en que Al–Mostafá y tú fuisteis agredidos.

El poeta intervino:

—Mi querido Nezam, ¿no sería más prudente esperar uno o dos días? Me parece que, dado el precario estado de salud de nuestro amigo, semejante visita podría fatigarle.

—No –dijo Hasan–. Esperar no cambiaría nada las cosas, es mejor que lo vea ahora. Te sigo, Nezam.

Salieron de la casa del joven en dirección a la parte oeste del parque real, donde se encontraban unas dependencias de Palacio. Bajaron varias escaleras hasta llegar a un subterráneo que alumbraban unas cuantas antorchas. El acre olor a moho y el frío húmedo que reinaba allí les sobrecogió.

Hasan avanzaba con dificultad sostenido por Asad. Al fondo del corredor cuatro hombres montaban la guardia. Éstos, a una indicación del visir, abrieron las rejas sólidamente cerradas con candados. Un poco más lejos, un viejo que se envolvía en una manta y llevaba un manojo de llaves, anduvo unos pasos en dirección a otra reja, detrás de la cual un individuo ensangrentado se acurrucaba en un rincón del calabozo.

La comitiva penetró en el recinto, de donde huyeron a toda velocidad varias ratas hambrientas. La penumbra y las marcas de la tortura dificultaban la identificación del hombre, siempre inmóvil. El visir ordenó a un soldado que lo iluminase con su hachón y Hasan sintió de repente que le fallaban las fuerzas. Ante él yacía aquel a quien él le debía la vida, su cómplice y amigo Rahmán.

Nezam se volvió y dijo:

—¿Reconoces a esa carroña?

El hijo de Sabbah negó con la cabeza, demasiado turbado como para responder.

—¿Qué pasa? ¿Acaso te ha impresionado el trabajo de nuestros... especialistas?

—Nada de eso... pero... Todavía estoy débil...

Rahmán, con la cara tumefacta y la expresión desencajada, clavaba los ojos en el suelo del calabozo, indiferente a todo.

El visir se inclinó hacia el prisionero y le gritó:

—¿Cuándo te vas a decidir a hablar?

Ante su silencio, le propinó tal bofetada que todos pudieron oír el ruido de la cabeza al chocar contra la pared.

—Déjame que lo intente yo... –dijo Hasan al mismo tiempo que hacía una señal a los allí presentes para que se apartasen.

Se acercó al herido, tratando de atraer su mirada. Cuando creyó ver en ella un destello de complicidad y desesperación, se agachó de forma que no pudieran oírle y murmuró:

—Resiste, amigo mío, resiste. Te sacaré de aquí en seguida.

—¿Y bien? –exclamó Nezam desde el otro extremo de la celda–;

¿qué te ha dicho?

—¡Nada! Está demasiado maltrecho para hablar. Hay que dejar que se recupere un poco.

Dicho esto, Hasan se cogió al brazo de Asad y la comitiva salió de aquel lugar inmundo una vez que el viejo hubo cerrado las rejas sin dejar de escupir.

Capítulo quinto

El Sultán

Cuando ya sus heridas estaban cicatrizadas, Hasan recibió una más, cierta mañana, con el anuncio de la muerte de su padre, lo que lo sumió en un gran dolor. No había sabido nada hasta tres semanas después de que Alí Sabbah hubiese sido enterrado en los confines del desierto, en la puerta meridional de la ciudad de Rey. Entregó a una caravana que salía hacia el norte un poco de dinero para su madre, y le envió al mismo tiempo la noticia de su casamiento con una joven de la familia del gran visir y requiriendo información acerca de su joven hermana Masumeh, a la cual él vigilaba celosamente, convencido de los deseos que despertaba. La había enseñado a leer y a escribir, y había exigido que no fuera prometida a nadie.

“Se casará con un gran señor”, solía decir, orgulloso de su alumna, la cual mostraba bastante talento para el bordado y el dibujo.

Precisamente pensaba en ella sentado sobre un cojín de terciopelo y seda en compañía de Nezam–ol–Molk y Omar Jayyam. El visir andaba taciturno desde que había sabido de la misteriosa evasión del prisionero después de que un cómplice, desconocido hasta el momento, hubiese puesto alguna droga en la bebida de los guardias y de los carceleros. Sentada entre su madre y su tía, Maryam esperaba en otro salón.

Un ghadi, sobre cuyas rodillas descansaba una escribanía, oficiaba la ceremonia, a la que asistían dos testigos jurados, al tiempo que se disponía a redactar el acta matrimonial.

Desde hacía tres días, un grupo de criados andaba muy ocupado en la vivienda de Hasan con los preparativos de la llegada de la joven. Se habían colgado de las ventanas cortinajes de seda, espesas alfombras de Naín cubrían el suelo y el visir había acudido para comprobar que el nuevo decorado era digno de su sobrina nieta y hecho disponer en uno de los veladores un samovar de plata traído de Yazd.

El hijo de Sabbah no poseía demasiados bienes susceptibles de contentar a la familia, la cual exigía una dote decente, pero Nezam se las arregló de modo que el mehr satisficiese a los reunidos.

En una casita situada al otro extremo de Palacio, un grupo de ancianas mujeres preparaban a Maryam para la boda. Eran cuatro a frotarla en un baño de agua tibia y jabonosa, símbolo de purificación de la joven prometida, que tenía un talle delgado y unos senos muy firmes. Enjuagada, sacada del agua y secada sin olvidar ninguna parte de su cuerpo; meticulosamente depilada y untada con ungüentos y perfumes raros, dos peines de marfil resbalaron por su oscura cabellera que le cubría toda la espalda al tiempo que gotas de ámbar y almizcle impregnaban cada mechón alisado de su pelo. Cuatro horas duraron los preparativos. La niña, de arreboladas mejillas gracias a los cosméticos, no pestañeó cuando se le aplicó kh4l alrededor de los párpados.

Sus labios también fueron pintados de rojo y teñidas con henna las uñas de las manos y los pies.

Tras un baño más largo de lo habitual, Hasan olía a los nuevos bálsamos que le había proporcionado Omar Jayyam. Se había peinado esmeradamente pelo, barba y bigote mientras Asad le ayudaba a vestirse y, para la ocasión, lucía su primer turbante de gala que remataba un penacho adornado con un dije.

Su entrada en el salón donde esperaban los invitados del gran visir causó una gran sensación.

En la estancia vecina, la novia, vestida de oro y rosa, se contemplaba tímidamente en un psique, en tanto que el ghadi se empeñaba en soplarle al oído de quien quería escucharle el montante del mehr ofrecido por el futuro esposo a su familia política, y que levantaba murmullos de asombro.

La puerta que comunicaba con los dos salones había permanecido abierta.

El funcionario salmodió unos versículos del Corán y los dos testigos recogieron el consentimiento de ambos jóvenes tras haberles formulado las preguntas del ritual: ¿Deseaban sinceramente aquella unión? ¿Se unían por su propia voluntad? ¿Actuaban libres de toda coacción? Por tres veces Hasan y Maryam contestaron afirmativamente. Al son de la flauta y el tamboril, los testigos firmaron en el registro y el ghadi desapareció seguido de sus asesores. Hasan estaba ahora casado, tenía veintiún años y no experimentaba ni orgullo ni satisfacción.

Las bailarinas arrojaron a los esposos y a sus invitados granos de arroz, sal, azúcar en polvo, harina, habichuelas, caramelos y monedas de oro y plata.

La mansión vibraba en cánticos y alabanzas cuando hizo su aparición Maryam. Súbitamente callaron las voces y la ceremonia adquirió entonces un aspecto muy solemne. Una muchacha se

adelantó con paso menudo y colocó una corona de azahar y jazmín sobre la larga cabellera de azabache de la desposada. Ésta se detuvo delante de su marido e inclinó la cabeza. El hijo de Sabbah, a una señal del visir, levantó delicadamente el velo de seda salvaje y lo replegó sobre la frente de la bella. Un clamor se alzó en el salón en el momento en que Hasan descubría por primera vez el rostro de la que iba a compartir su existencia. La tomó de la mano y la hizo sentar a su lado. La niña, intimidada por aquella multitud que sólo tenía ojos para ella, lanzaba aquí y allá miradas asustadas.

Un coro entonó las melopeas del himeneo a tiempo que un grupo de hombres ejecutaba una serie de danzas campesinas. Nezam–ol–Molk tomó la palabra con motivo de la ceremonia de entrega de regalos. Echándole el brazo por encima del hombro al joven, le dijo:

—¡Gloria a ti y a tu joven compañera! ¡Que el Todopoderoso os bendiga haciendo fecunda vuestra unión y apartando de vuestro camino los peligros de este mundo! Consideradme vuestro padre. ¡Mi casa está abierta por siempre para vosotros!

El visir le besó en la frente jaleado por la alegre concurrencia.

Jayyam presentó a la pareja varios rollos de pergamino añadiendo:

—He aquí, Hasan, amigo mío, algunos escritos que te interesarán, tú a quien tanto apasionan los textos cifrados.

Los dos hombres se abrazaron afectuosamente.

—Mi puerta y mi corazón están abiertos para ti. ¡No lo olvides nunca!

Durante una hora se dieron los parabienes a los desposados al ritmo del zarb y del dombak. Luego, cuando el último invitado se hubo inclinado en un saludo ante ellos, se dirigieron a una sala contigua donde se había instalado un gran bufete.

Cada mesa estaba adornada con flores de azúcar que rodeaban cincelados platos llenos de almendras tostadas, pistachos salados, dulces de fruta, así como gran cantidad de pasteles, procedentes de todas las provincias de Oriente. Las mujeres se arremolinaban en torno de Maryam mirándola con admiración y chillando. Sobre aquella incesante cacofonía dominaban los gritos estridentes de la madre de la novia. Hasan, por su parte, iba conociendo a la mayor parte de los notables de la ciudad, militares, funcionarios, comerciantes o cortesanos musulmanes. Los pocos judíos invitados a la fiesta habían hecho obsequio de un cofrecillo conteniendo joyas de gran valor al tiempo que deseaban al joven una vida en paz y armonía.

Fue en el curso de esta recepción cuando al hijo de Sabbah le llegó el rumor que circulaba en Palacio: el sultán Malek Shah, cuya inclinación hacia las personas del sexo masculino no era ya ningún secreto, había abandonado a su amante, un semita de Etiopía, para

colmar de favores a un muchacho llegado de la India y cuya tez cobriza y sonrisa inmaculada despertaban sus sentidos. El individuo parecía muy apreciado y cada cual añadía su comentario.

El día tocaba a su fin. El visir y sus allegados se habían retirado, unos tras otros los invitados abandonaban el parque real y los militares volvían a sus campamentos. Ya solos, algunos amigos íntimos continuaban con sus libaciones y discutían animadamente entre el estallido de sus risas. Omar, aparentemente borracho, regresó a su domicilio sostenido por dos encantadoras criaturas que trataban de mantenerlo de pie. Cuando hubo llegado a la puerta, se volvió, tambaleándose, y exclamó:

—Yo te saludo, oh, Hasan, compañero de los buenos y malos tiempos.

Sé feliz y ama a tu joven esposa.

Pero ¿dónde está la mía? –dijo buscando a su alrededor–. A modo de presente, escucha el poema que acabo de componer para ti:

Beberé tanto que un olor a vino fuerte Saldrá de la tumba en donde dormirá mi cuerpo, Y que la gente, al pasar al lado del cementerio, Si está apenas achispada, caiga borracha perdida.

Dicho esto, desapareció en medio de la noche, víctima de un hipo inoportuno que hizo que, por primera vez en aquel día, se dibujase una sonrisa en los labios del hijo de Sabbah.

Una decena de mujeres ocupaban la casa. Unas preparaban té en tanto que otras ordenaban las ofrendas. En el sótano se había calentado agua para el baño de la recién casada.

La madre de Maryam se inclinaba sobre el tálamo nupcial. Se habían puesto flores sobre las sábanas de lino y en el suelo descansaba una serie de frascos de perfume así como una escudilla de agua tibia y paños plegados.

La mujer dio dos palmadas para indicar a las jovencitas, que entre risas ahogadas estaban plantadas en el marco de la puerta, que la visita había terminado. Luego, volviéndose a Hasan:

—Hasan, hijo de Sabbah... –dijo con una leve reverencia–. Te confío a Maryam, mi hija. Hónrala y respétala como su padre hizo conmigo. Que Alá todopoderoso os bendiga y os guarde.

Y dirigiéndose a la muchacha:

—Maryam, mi niña, ¡honra y respeta a tu marido y conságrate a él como yo me consagré a tu pobre padre!

Tras un breve instante de silencio, preguntó con voz débil:

—¿Desearíais mi presencia?

Hasan le hizo comprender con un gesto lo inútil de la misma. La mujer se inclinó de nuevo y salió.

El hijo de Sabbah se sentía turbado delante de aquel ser inmóvil y resignado.

—¿Quieres... Quieres darte un baño?

Maryam afirmó con la cabeza.

—Ve a hacerlo... te espero.

La muchacha, con gráciles andares, emprendió el descenso de los escalones que la conducían al lugar de la ablución.

Hasan recorrió su mansión ahora metamorfoseada en honor de la joven belleza. Luego, se aflojó el cinturón, respiró hondamente y se quitó la camisa y las babuchas.

El ruido de un ligero chapoteo atrajo su atención. Se dirigió hacia el cuarto que acogía la intimidad de su esposa, quien, desnuda, se enjabonaba y perfumaba voluptuosamente. La espió sin ser visto y sintió que su corazón latía más fuerte turbado por el deseo que le invadía. Se deslizó entre las sábanas y contempló largamente las sombras oscilantes que dibujaban las llamas de las velas en el techo.

Los efluvios de un perfume lo sacaron de su letargo y vio a Maryam de pie en el marco de la puerta. Se había envuelto en un velo negro y mantenía su rostro en penumbra.

Hasan, con un gesto, la invitó a que se le reuniese en el lecho, ya calentado, y no tardó en arrancarle la ropa. Con sus dedos acarició rozándole aquel cuerpo joven y firme que su boca golosa recorrió. Maryam dejaba escapar leves gemidos, no se podría decir si de placer o de miedo. Él apagó la vela y se arrojó sobre la muchacha. Un grito prolongado rasgó la quietud de la noche, seguido de un jadeo interminable al que puso fin un silencio total.

En Palacio había dejado de hablarse del golpe de Estado que había precedido a una serie de detenciones ordenadas por el gran visir. Todos los escribas, soldados, funcionarios o cortesanos sospechosos de tener relaciones con cualquier ismaelita habían sido largamente interrogados.

Algunos no habían vuelto jamás, ya porque se pudrían en húmedos calabozos, ya porque no habían sobrevivido al trato administrado por los “especialistas” turcos del sultán. Durante mucho tiempo Hasan experimentó los recelos de Nezam, que no consiguió demostrar su implicación. De vez en cuando pensaba en Rahmán, a quien, gracias a un ardid, había conseguido sacar de la mazmorra ayudado por Abolfazl y sus cómplices. Le constaba que el joven ismaelita vivía tranquilamente en algún lugar de la India, sin riesgo de represalias.

Doce meses después de la llegada de Hasan Sabbah al seno del Palacio de Ispahán, el sultán lo mandó buscar.

Aunque Nezam–ol–Molk había tratado de ganar tiempo aduciendo una oscura dolencia del muchacho, Malek Shah acabó impacientándose y ordenando que se le trajese a su presencia. Fue Yaffar el que, jadeante, corrió a anunciar al hijo de Sabbah que el gran visir deseaba (urgentemente) verse con él. Los dos hombres cerraron la pesada puerta de la biblioteca para dirigirse a la residencia de Nezam–ol–Molk, a quien encontraron tenso e incapaz, en apariencia, de disimular su malhumor.

—¿Qué sucede, oh, mi buen visir? –inquirió Hasan no sin ironía–. ¿Te ha ofendido alguien?... o... ¿Acaso te ha... hecho daño algo?

—¡Por lo que más quieras! ¡Deja ese tono que no se propone otro fin que el de exasperarme! –le interrumpió Nezam, que no tenía el menor deseo de mostrarse afable.

El hombre se puso a recorrer la estancia a grandes zancadas a la vez que pasaba frenéticamente las cuentas de un cilindro de rezos que apretaba entre sus manos juntas a la espalda.

—Hasan... He... –tosió varias veces– considerado que es el momento oportuno para tu encuentro con nuestro bienamado soberano.

El joven sintió desaparecer su sonrisa burlona, a la que sucedió una expresión de seriedad. Se incorporó:

—¡No parece que esto te haga muy feliz, gran visir!

—No te engañes, hijo de Sabbah, me siento muy orgulloso de ello.

¿Acaso no eres tú mi amigo?

Intentó un gesto caluroso, que pareció fingido. Tampoco Hasan fue más sincero al declarar:

—¡He ahí, mi buen Nezam, el medio para reconciliarnos después de todas las desavenencias que nos han enfrentado!

—¿Qué desavenencias? –exageró hipócritamente el gran visir–. Escucha, amigo mío, no ha sido nada fácil conseguir esta audiencia... –su tono se suavizó–. Pero me las he compuesto para que nuestro monarca nos la concediese ¡ya que tus méritos no son ningún secreto!

—¡Recibe mi agradecimiento, gran visir!

—¡Me siento dichoso! ¿No te parece lógico que el esposo de mi sobrina nieta, por consiguiente miembro de la familia, sea presentado a nuestro soberano?

—¿Y cuándo tendré el honor de ser recibido?

—Dentro de tres días. El tiempo preciso para que los sastres te hagan un traje digno de la ocasión.

Hasan volvió a su cuarto de trabajo satisfecho y sin dejarse engañar por las mentiras de Nezam. De sobra sabía que debía aquella entrevista únicamente a la voluntad del monarca, y su semblante se ensombreció ante la idea de la mala jugada que el visir sin duda se disponía a tenderle.

Dos fortísimos golpes fueron asestados a una puerta de marquetería cuya altura rebasaba los cinco metros. La aldaba, así como las bisagras, estaban recubiertas de oro macizo. Los paneles de ebanistería se abrieron sobre un océano de luces deslumbrantes.

Desde hacía largos minutos Hasan Sabbah y Nezam–ol–Molk aguardaban en el salón contiguo a que el soberano, cuya siesta constituía una preciosa costumbre cotidiana, se dignase recibirlos. Era frecuente que un joven efebo compartiese el hecho real durante aquel corto descanso, al cual le seguían las abluciones, los rezos y las audiencias de la tarde.

La primera de ellas se celebraba siempre a requerimiento del gran visir, quien la utilizaba para presentar a Malek Shah emisarios extranjeros, artistas locales o funcionarios probos y beneméritos.

—¡Alá bendiga Vuestra Sublime Grandeza, que el Todopoderoso guarde a Vuestra Augusta Persona y la colme de bienes!

Nezam–ol–Molk hizo un signo discreto al hijo de Sabbah a fin de que éste lo siguiese, al tiempo que él mismo caía, inclinándose, a los pies del sultán.

—¡Levántate, Nezam–ol–Molk –exclamó éste con un fuerte acento turcoy preséntame a tu protegido!

—Permitidme, mi rey bienamado, que os presente a mi secretario y bibliotecario Hasan Sabbah, a quien conozco hace años.

El visir, mientras hablaba, empujaba al muchacho absorto en la contemplación del decorado, los consejeros y el Turco, incontestablemente favorecido en sus efigies en los muros de la ciudad.

—¡Acércate! Acércate, Hasan –dijo nuevamente el soberano, cuya voz nasal y mirada libidinosa apenas disimulaban la súbita emoción ante tanto encanto juvenil. Vestía Hasan Sabbah una túnica de seda azul que realzaba la expresión intensa de sus ojos de azabache.

—Me han dicho que has estado enfermo. ¿Te encuentras mejor ahora?

El muchacho lanzó una rápida mirada interrogadora hacia el visir, quien hizo como si no comprendiese la insinuación del monarca.

—¡Alá cuida de mi salud como yo deseo que lo haga con la de Vuestra Grandeza!

—Igualmente se me ha informado que tú conoces a nuestro gran visir desde hace muchos años al igual que has sido condiscípulo

del poeta Omar Jayyam.

¿Es cierto?

—Vuestra Grandeza dice palabras de verdad. Tuve, en efecto, el inmenso honor de realizar estudios semejantes a los que nuestro gran visir y el poeta Omar Jayyam siguieron en Nichapur.

—¿Es verdad que destacabas en matemáticas y ciencias y que sobresalías en el dominio de las lenguas y religiones extranjeras?

—Vuestra Grandeza me honra –contestó Hasan llevándose la mano al corazón e inclinándose–. Fui un modesto estudiante ávido de saber.

Malek Shah alzó su turbante a fin de rascarse enérgicamente la calva cabeza y tras colocar de nuevo en su sitio el adorno satinado, prosiguió:

—¿Por qué te interesas en religiones que ni siquiera honran a nuestro bienamado Profeta?

Hasan clavó la mirada en la cornalina del anillo que le había regalado el poeta y dijo:

—Conviene estudiar las demás religiones con sus mesías y sus profetas para darse cuenta de la magnificencia del Corán y de sus suras: “Mahoma no es el padre de ninguno de vosotros.

Es el enviado de Alá y el sello de los Profetas...”.

—Versículo treinta y ocho, trigésimotercera sura –prorrumpió el monarca, orgulloso de poder exhibir sus escasos conocimientos–. Termina con “¡Alá todo lo sabe!”

—¡Exacto, Grandeza! ¡Alá todo lo sabe, y yo, simple mortal, que no sé gran cosa, debo continuar, por lo mismo, el estudio de las religiones para demostrar a los infieles y a los impíos que la salvación sólo puede venir de la obediencia al Corán y de la veneración de Alá!

El sultán se pasó la mano por la barba y observó el efecto producido por la réplica del joven en los consejeros y cortesanos presentes. Un murmullo recorrió la sala y Malek Shah preguntó:

—¿No es peligroso sumirse en el estudio de religiones ajenas?

—¿Peligroso..., Grandeza?

—¡Sí! ¡Peligroso! ¿No se corre el riesgo de dejarse llevar por algún encanto que finalmente arrastre a una conversión... intempestiva?

—El que siguiese la doctrina de ese Jesús de Palestina es que no habría recibido la gracia de Alá...

Si las palabras de ese agitador lo subyugan, quiere decir que él mismo es un causante del mal ¡indigno de ser musulmán y de pronunciar el nombre del Profeta!

—¿Y qué decir de esas sectas que nos... acosan?

—¿Sectas, Grandeza?

—¡Sí! Esas sectas que actúan en nombre de un islam descarriado. Como esos ismaelitas que entraron en palacio a sangre y fuego durante nuestra ausencia.

Hasan, turbado por aquella observación, bajó los ojos palideciendo.

—¡Yo... yo fui víctima de ellos, Grandeza!

En aquel momento preciso, uno de los consejeros que se mantenía detrás del sultán se acercó a éste y le cuchicheó unas palabras al oído. El hombre regresó a su sitio y Malek Shah dijo:

—¡Cierto! ¡Cierto! Tú fuiste víctima de ellos...

Luego, sin apartar la mirada del muchacho y con aire pensativo comentó:

—Has tomado esposa, recientemente...

—Así es –intervino Nezam–ol–Molk–, Hasan, hijo de Sabbah, se ha casado con la nieta de mi hermano mayor, ¡una niña deliciosa y que puede ofrecer a su marido todo lo que un hombre podría desear de una mujer!

—Es muy amable de tu parte dar estos detalles, gran visir, ¡pero mi pregunta no iba dirigida a ti!

—Que Vuestra Grandeza se digne perdonar mi atrevimiento –replicó Nezam, que, inquieto, se enfurruñó.

El sultán se volvió hacia Hasan, quien no comprendía nada del interés que demostraba el Gran Turco por la pareja.

—Estoy casado con una joven que me colma de satisfacción.

—Así pues, ¿eres feliz?

—Si Vuestra Majestad me permite la sinceridad, ¡no veo por qué emparejarse con una mujer puede hacerle a uno feliz!

Un clamor, desde el que estallaron risas y gritos de indignación, se levantó en la estancia. El soberano se echó a reír:

—¡Ja, ja, ja!... ¡Ah! ¿Sabes, hijo de Sabbah, que tu compañía no me es nada desagradable? Pronto nos volveremos a ver.

Tras estas palabras, Malek Shah con un gesto de la mano ordenó a los asistentes que se retirasen, lo que cada uno hizo de espaldas invocando la bondad de Alá y cubriendo de alabanzas a un sultán indiferente.

El tórrido calor del verano traía agotados animales y personas que cruzaban a pie el Zayendeh Rud, hasta tal punto había bajado su curso. Maryam estaba encinta y su madre permanecía largas horas a

su lado ayudándola en los quehaceres domésticos y recibiendo a los visitantes que le llevaban golosinas.

Hasan pasaba la mayor parte del tiempo en la biblioteca, en su cuarto de trabajo o en las calles de Ispahán, exigiendo, cuando se acercaba por su casa, la presencia de su esposa, a la que había llegado a maltratar cuando, por culpa de un eunuco palurdo o de un borrico asmático se retrasaba en volver del mercado. Poco importaban a Maryam aquellos accesos de cólera y las violencias de su marido; estaba enamorada de él y si bien no osaba demostrarle durante el día su ternura, sabía que, llegada la noche, después de apagar la vela, la arrastraría a un mundo de voluptuosidad. A ella le hubiera gustado hablar con él, compartir sus preocupaciones, sus satisfacciones, decirle que lo amaba, pero prefería ejecutar en silencio las órdenes que él le daba, preparar la comida, el baño, limpiar la ropa y sacudir las alfombras, que él inspeccionaba con una sonrisa única cada vez que volvía. ¿Buscaba, tal vez, las huellas de una visita sospechosa o se empeñaba, movido por algún placer perverso, en soliviantar a su joven mujer? Resultaba difícil comprender al hijo de Sabbah, que, a pesar de sus excesos, tanto en la exaltación como en el mutismo, ejercía una seducción a la que a pocos hombres o mujeres les era dado sustraerse. Adorado u odiado, sólo exacerbados sentimientos era lo que despertaba en sus interlocutores.

Cuando nació el hijo y supo de boca de la comadrona que Maryam acababa de darle un varón, Hasan alzó los brazos al cielo y gritó girando sobre sus talones:

—¡Gloria al Todopoderoso, gloria a Alá! ¡Por su clemencia y su misericordia ha permitido que yo engendrase un varón! ¡Que lleve el mismo nombre que nuestro Profeta!

La matrona encendió fuego a pocos pasos de la cuna con objeto de ahuyentar a los malos espíritus. En cuanto a Maryam, considerada como impura durante cuarenta días, no debía poner los pies en la puerta de la casa ni lanzar una mirada a las colinas circundantes, pues con su mancilla podía secar fuentes, torrentes y arroyos.

Asad fue quien llevó la noticia a su amo: un emisario de Su Grandeza el sultán Malek Shah quería hablar con él:

Hasan soltó el libro que leía y se dispuso a recibir a un mensajero de adusto semblante.

—Su Grandeza el sultán, que Alá guarde, desea veros. Me ha encargado pediros que acudáis a su residencia antes de la puesta del sol.

—Di a Su Grandeza que allí estaré, según su voluntad.

El hombre dio media vuelta y el hijo de Sabbah se acercó pensativo a la ventana. Probablemente Nezam no había sido puesto al corriente del súbito deseo del imprevisible soberano.

Hasan, al mismo tiempo que contemplaba las hojas de los sicomoros que se estremecían bajo la brisa, comprendió que, en la gigantesca partida de ajedrez que se había entablado desde su llegada a Ispahán, aquella jugada podía suponer su victoria.

La compañía del monarca se reducía a unos pocos consejeros y eunucos muy atareados en la cámara donde Malek Shah había decidido recibir al joven.

Éste se inclinó ante el Turco envuelto en una túnica de hilo de oro y tocado con un dorado turbante.

—Hasan... Hasan... Ya eres padre. ¿Estás orgulloso?

—¡La dicha de tener un hijo es comparable a la que me procura el honor de estar en vuestra presencia!

—Bien... Bien... ¿Compartirías mi merienda aceptando un vaso de té?

—¡Que Alá guarde a Vuestra Grandeza y la colme de bienes por el placer que se digna concederme!

Uno de los consejeros indicó al muchacho un sofá que un eunuco se apresuraba a rodear de veladores en los que estaban depositadas una tetera y unas golosinas.

El soberano observaba atentamente a aquel invitado de esbelto aspecto y mirada seductora que cogía el vaso que le tendía un criado con una mano de largos y delicados dedos.

—Me han dicho que has aprendido a hablar mi idioma nativo.

—Si Vuestra Grandeza se digna perdonarme los errores que puedan deslizarse en mi conversación, me sentiría feliz continuando esta charla en turco.

El sultán hizo un imperceptible movimiento de cabeza que denotaba la satisfacción que experimentaba oyendo al hijo de Sabbah, quien, como todos pudieron comprobar, dominaba perfectamente la lengua de los selyúcidas.

Imperturbable, contestaba a las preguntas más diversas que le formulaba el soberano al tiempo que bostezaba ruidosamente o se rascaba la barba.

Malek Shah manifestó un repentino deseo de levantarse, lo que movilizó a cuatro eunucos que se las vieron y se las desearon para izarlo sin hacerse insultar. Hasan ya estaba de pie cuando el Turco le hizo señal de que se aproximase. El joven no mostró ninguna de las inquietudes que lo atenazaban ante la idea de tener que rechazar las insinuaciones de su monarca. Éste le puso amistosamente la mano en

el hombro, ante la estupefacción no disimulada de los consejeros, que no estaban acostumbrados a ver al rey hacer gala de tanta familiaridad con un funcionario de Palacio.

—Hasan, me complace mucho verte y discutir contigo. Eres inteligente.

Muy inteligente. Mereces mucho más que el cargo que mi gran visir te ha confiado. Haré de ti un ministro, pero... ¡cada cosa a su debido tiempo!

Malek Shah dio una voz para llamar a uno de sus consejeros, Musa alH1kim:

—Escucha, mi fiel Musa, quiero que Hasan sea ascendido al rango de gran consejero y que pueda asistir a las reuniones de mis visires. Pongo en él toda mi confianza y estoy seguro de que no tendré que lamentarlo. Informa a mi gobierno de su próximo nombramiento y de su presencia en la reunión que se celebrará dentro de unos días.

Musa al–H1kim asintió con la cabeza e, inclinándola:

—Cumpliré –dijo– la voluntad de Vuestra Grandeza.

Luego, dirigiéndose a Hasan, que sentía el fuego intenso de la alegría quemándole:

—Recibe mis parabienes, hijo de Sabbah, por haber sabido dar satisfacción a nuestro bienamado soberano que Alá guarde.

Hasan hizo una inclinación:

—¡Sabré mostrarme digno de la confianza que Su Majestad ha tenido a bien otorgarme!

Besó la mano del sultán, que no pudo reprimir un escalofrío de placer y que, con dedos temblorosos, acarició la mejilla del guapo mozo.

Maryam soltó una risa contenida cuando aquella noche su marido se precipitó en la habitación en que estaba terminando un bordado, la levantó en sus brazos poderosos y la hizo girar entre gritos y risas. Luego la echó sobre la cama y la poseyó con una ternura infinita. En el momento en que él se disponía a abandonar la estancia, ella sintió la necesidad de decirle la fuerza de sus sentimientos:

—¡Hasan, mi marido!

Él se volvió bruscamente y clavó una mirada despiadada y penetrante en la muchacha.

—¿Sí, mujer?

Maryam bajó la cabeza, en silencio.

Hasan desapareció como un rayo.

Nezam–ol–Molk pisaba el suelo con paso rápido seguido de su guardia y de Yaffar, que trotaba detrás tratando de alcanzar a la comitiva. Había sabido la noticia por boca de Musa alH1kim y no le abandonaba la cólera a la sola idea de que aquel exaltado de Sabbah se hubiese salido con la suya.

¿Cómo era posible que el sultán hubiese depositado su confianza en un personaje tan cauteloso y que, sin duda, trataría de sembrar el desorden y la cizaña en el seno del Gran Consejo? Él se sentía en la obligación de poner en guardia al monarca con objeto de que éste diese marcha atrás antes de que no fuese demasiado tarde.

Los militares que guardaban las dependencias de Malek Shah se hicieron a un lado al paso del gran visir, quien, con mirada sombría y aspecto irritado, franqueó la puerta del gran salón. Se inclinó ante el sultán, el cual, sorprendido, dejó caer el trozo de carne que saboreaba ruidosamente entreabriendo sus labios grasientos:

—¿Y bien, gran visir? ¿Qué es lo que ocurre para que vengas a perturbar mi comida sin haber sido invitado?

—Que Vuestra Grandeza perdone esta intrusión, pero solicito una audiencia inmediata.

Musa al–H1kim, que se había acercado a Nezam, le susurró al oído:

—Espero que el motivo sea lo bastante serio como para no irritar a Su Majestad, que no está de humor.

—Pero, ¿qué pasa, digo? –interrogó el sultán, que detestaba que se le molestase durante las comidas.

—Mi intervención tiene por finalidad advertir a Vuestra Grandeza de un peligro que corre.

—¿Acaso hay intención de atentar contra mi vida?

—No exactamente, Majestad.

—¡Entonces, habla, gran visir! ¡Y procura que tus palabras sean convincentes si no quieres incurrir en mi cólera!

Nezam–ol–Molk se acercó al Gran Turco:

—He sabido del próximo nombramiento de Hasan Sabbah al Gran Consejo.

—¡Así es!... ¿Y qué más?

—Si Vuestra Grandeza me permite que le dé mi opinión: es un error.

El sultán dejó de masticar y alargó sus dedos hacia el aguamanil que sostenía un criado. Tras enjuagarse las manos y la barba, hizo una señal para que retirasen lo que quedaba del festín e invitó al gran visir a que se sentase a su lado. Yaffar se ocupó del

confort de su amo, a quien no le abandonaba una expresión de inquietud.

Malek Shah ladró unas cuantas órdenes en su lengua materna y la mayor parte de los asistentes abandonó la estancia. Musa al–H1kim se situó detrás del sultán para, impasible, asistir a la entrevista.

—¡Conque tú, gran visir, desapruebas mi decisión! Sólo deseo que el atrevimiento que te lleva a declarar que he cometido un error se base en argumentos sólidos.

—Hasan Sabbah es una persona recelosa. Lo conozco lo bastante como para saber que es capaz, con su carácter imprevisible, de las cosas más inesperadas. ¡Por lo tanto, me permito dirigir a Vuestra Grandeza el ruego de que reflexione acerca de un nombramiento que podría ser causa de no pocos disgustos!

—He hablado mucho con al–Sabbah.

Es un hombre inteligente y valeroso, cuyo consejo podría sernos de gran utilidad. Por lo demás, ¿no es ese el motivo de que tú lo hayas escogido para marido de tu sobrina nieta?

Nezam, turbado, tomó aire, miró al techo y respondió:

—Escoger el marido digno de guiar a una niña y escoger un consejero de Estado son dos cosas muy distintas, Majestad. Y luego está el hecho de que no sabemos si este hombre no ha...

—Si este hombre ¿no ha qué? ¡Continúa, visir!

—Mis sabuesos y yo mismo no estamos seguros de que no haya participado en el golpe de Estado.

—Pero, ¿qué estás diciendo? ¿Cómo iba a poder participar en el golpe de Estado y estar a punto de perder la vida tratando de defender a Palacio?

¿Acaso has perdido el juicio?

—Hasan es inteligente. Tremendamente inteligente. Pero, astuto y perseverante, es igualmente capaz de trazar los planes más diabólicos.

—Por el Profeta, ¡cuidado con las palabras que empleas!

—Simplemente quiero indicar a Vuestra Grandeza que no debéis fiaros del hijo de Sabbah, que no es nada de lo que pueda parecer.

—Gran visir, tengo una gran confianza en ti; no obstante, quiero que sepas que no retrocederé en mi decisión: Hasan Sabbah será nombrado gran consejero en la próxima reunión de hombres sabios. Musa al–H1kim será el encargado de organizar esta sesión que presidiremos juntos.

Nezam–ol–Molk no dejó transparentar el sentimiento provocado por aquel fiasco que le iba a obligar a asistir a la victoria de un Hasan al cual cada vez se le concedía más poder. Consultó con la mirada a

al–H1kim, quien le hizo comprender, alzando las cejas sin que el soberano lo viese, lo difícil que era oponerse a las decisiones de éste.

El gran visir hizo un signo a su guardia y a Yaffar de que se preparasen y con una inclinación de la cabeza le dijo a Malek Shah:

—¡Vuestros deseos son órdenes, Majestad! Tan sólo recomendar a Vuestra Grandeza la más absoluta desconfianza en relación con el joven Sabbah y decirle que estoy a su disposición para intervenir en el caso de que la integridad del mismo suscitase alguna duda.

—Bien, bien... –murmuró el sultán arremangándose súbitamente la manga para rascarse un codo eczematoso.

Al día siguiente, Hasan fue a casa del poeta Jayyam. Lo encontró entregado al estudio de un mapa celeste:

—¡Qué alegría verte de nuevo, Hasan, amigo mío! ¿Qué me traes ahí?

—Un ejemplar del 'Libro de los reyes' de Ferdowsi. He pensado que te gustaría sumergirte en su lectura.

—Estupenda idea –dijo Omar tomando con ambas manos la obra, llena de preciosas miniaturas–. Siéntate y hablemos un poco.

El poeta, que estaba al tanto del próximo nombramiento del hijo de Sabbah para el Gran Consejo, advirtió la serenidad de su amigo.

—¡Enhorabuena, hermano, por esta ascensión al reino de Persia! Pues, sabio entre los sabios, vas a sentarte en el consejo de los sabios y

Si tu corazón es sabio No estropees este soplo presente Lo que te queda de vida Es el único bien precioso.

—Soy consciente de ello, amigo mío. Pero, ¿sabes?, el Turco es sumamente puntilloso por lo que hace a la administración del país. Insignificante como guerrero, al revés que su padre, se pasa la vida exigiendo informes sobre gastos e ingresos del Estado. Tengo una clara impresión de que consejeros y visires dejan correr la redacción de sus escritos y tienden al trabajo aproximativo ante la enormidad de las tareas encomendadas. Sin duda podré ser útil aportando datos precisos.

—Sé prudente, Hasan. Vas a meterte en un terreno que todavía desconoces, aunque tu competencia sea indiscutible. Tu exceso de celo te acarreará más antipatías que simpatías, de modo que no estaría mal que mitigases tu ardor porque...

El hijo de Sabbah no le dejó terminar:

—¡Oye, oye! Déjate de lecciones.

Su mirada se hizo más sombría y el ritmo de sus palabras más entrecortado:

—¿Te tomas por Nezam? Omar, ya no soy ningún jovenzuelo a quien recordar la conducta que debe seguir.

Sé lo que tengo que hacer y en qué camino me meto. Al elegirme para reflexionar sobre asuntos de Estado, ¿no demuestra el Turco que hasta ahora no he cometido demasiados errores?

—¡Cierto, amigo mío! Mis palabras no quieren ofenderte en absoluto, sólo quería ponerte en guardia contra...

—¿Contra la corrupción?

—No he dicho tal cosa. Además, ya sé todo lo íntegro que eres...

—Lo soy. Eso es lo que le molesta a ese campesino que es el gran visir, quien lo es mucho menos que yo.

—¡Eso hay que demostrarlo! ¡Y si tú atacas a Nezam–ol–Molk, estás atacando a todos los visires!

—¡Cada cosa a su debido tiempo!

Tales son exactamente las palabras del soberano. De momento, tengo que ejercitarme.

El nubio vino a buscar a Omar Jayyam pues la mesa ya estaba puesta y Laleh suspiraba por su esposo. El hijo de Sabbah se despidió del poeta, pero, en vez de volverse a su domicilio, montó en ‘Tufán’ para trasladarse al centro de Ispahán, donde, desde hacía poco, se encontraba a menudo con una muchacha llamada Zainab, quien por amor del joven caballero al caer la noche se deslizaba discretamente a través de una ventana del harem en que estaba encerrada.

Capítulo sexto

La huida

Las fiestas de Año Nuevo habían sido suntuosas al finalizar aquel mes de marzo de 1077. La naturaleza había renacido antes de lo acostumbrado y las aguas del río acarreaban légamos y linos fértiles que se distribuían gozosamente por los campos.

Por primera vez desde hacía no pocos meses, el reino conocía una paz compartida con sus vecinos del norte y del este y con sus tribus interiores, siempre díscolas y poco inclinadas a obedecer a un monarca extranjero. Se habían emprendido algunas transacciones entre los distintos jefes, y Malek Shah, aconsejado por su gran visir, les había concedido algunas prerrogativas.

Aquella mañana se iba a ahorcar a un cierto jeque Abbas, cuya influencia era reconocida en la región de Yazd. La incertidumbre en cuanto a sus orígenes hacía que se le considerase ya como

musulmán, ya como seguidor del zoroastrismo. La plaza mayor estaba invadida por miles de personas, entre las que se encontraban numerosos ediles locales que también habían acudido para presenciar el suplicio. Las tiendas permanecían cerradas y Nezam–ol–Molk lucía al lado del sultán sobre un estrado izado durante la noche. El gran visir se levantó y arengó a la multitud:

—En nombre de nuestro todopoderoso y bienamado Shah, que Alá guarde, tengo a bien hacer saber a los habitantes de nuestra ciudad que los muy honorables jefes de tribus y de ciudades aquí presentes han aceptado las condiciones y ofertas hechas por nuestro gran rey. A cambio, nuestro bienamado rey, que Alá guarde, les ha permitido conservar sus armas, cobrar tributos y vender sus cosechas a la ciudad. Los muy honorables jefes se han comprometido a dejar pasar las tropas reales por sus tierras y, en caso de guerra, suministrar a los ejércitos de nuestro gran rey caballos, camellos y los más robustos de sus hombres jóvenes con el fin de constituir una milicia invulnerable con que defender nuestros campos y nuestras montañas.

Su voz fuerte y su índice acusador apuntando en dirección de los atentos espectadores sembraron una vaga inquietud en la concurrencia.

—Hay uno que no ha querido escuchar las palabras de verdad y prudencia de Su Muy Graciosa Majestad.

Hay uno que ha osado proferir inmundas calumnias sobre nuestro augusto soberano. Hay uno…

La voz del visir quedó ahogada por el zumbido de una multitud colérica, que levantaba los puños y lanzaba piedras en dirección a una jaula de hierro rodeada de soldados.

Nezam–ol–Molk alzó los brazos y pidió silencio, pero todo fue en vano.

“¡Muera!” y “¡que lo cuelguen!”, se aullaba a más y mejor. El visir, impotente, se volvió hacia Malek Shah:

—Majestad, el pueblo está furioso.

Vos sólo sois capaz de hacerlo callar.

El sultán, siempre en silencio e inmóvil, alzó la mano, lo que bastó para calmar a aquella marea humana.

Hizo una señal al visir, quien gritó a los soldados:

—¡Que traigan al prisionero!

Seis guardias llevaron la jaula hasta los pies de la tribuna. Un hombre ensangrentado y cargado de cadenas fue arrancado de su interior y arrojado al suelo. Un clamor se levantó de nuevo cuando el rey ordenó:

—¡Que lo cuelguen!

El detenido fue arrastrado por los pelos hasta un patíbulo izado delante de la mezquita. Se le pasó una cuerda alrededor del cuello y el hombre, colgado rápidamente, se debatió por unos segundos antes de quedar inmóvil entre los hurras de la multitud. El jeque Abbas había dejado de existir. Cada cual gritó su alegría al son del tamboril. Luego, el gran visir alzó la mano pidiendo silencio.

—He aquí lo que les pasa a quienes traicionan a nuestro rey, que Alá guarde. He aquí lo que les pasa a quienes no escuchan la palabra del Todopoderoso. ¡He aquí lo que les pasa a quienes se pierden por el sendero de la mentira!

La asistencia rugió:

—¡Viva nuestro bienamado rey!

¡Viva Malek Shah, el rey de reyes!

¡Mueran los enemigos de nuestro país!

El gran visir conocía los puntos flacos de aquella multitud. Sabía que ofreciéndole de tiempo en tiempo la cabeza de algún traidor y exhibiendo al monarca en un decorado ostentoso, se daba por contenta.

Cuatro mocetones se encaramaron a la tribuna y, tras apoderarse de unos sacos que desataron a una señal del Sultán, arrojaron su contenido de monedas de bronce y plata, provocando un peligroso remolino de gente. Malek Shah contempló desdeñosamente a sus súbditos, que se pisoteaban unos a otros, no dudando en morder el polvo con tal de encontrar un pedazo de metal enterrado en él. A continuación se eclipsó discretamente dejando al pueblo entretenido en matarse entre sí por aquel mísero pasto.

Hasan Sabbah se había convertido en un personaje familiar de pasillos y gabinetes de trabajo del Palacio Real, sin descuidar por ello, cuando tenía tiempo, sus correrías por Ispahán, sus amores secretos con la audaz Zainab y sus visitas a Abolfazl. Éste le daba noticias de Rahmán, que llevaba una vida apacible cerca de Agra, en la India.

Desde que lo habían hecho consejero, el hijo de Sabbah estaba autorizado a informarse acerca del estado de las finanzas del país, lo que dejaba poco margen a Nezam–ol–Molk para extraer dinero de las arcas del reino como tenía por costumbre. Para facilitarle la tarea, el sultán Malek Shah le regaló al joven un ábaco de ébano con incrustaciones de marfil, que no ofreció ningún secreto para un experto en matemáticas como él.

A veces, el monarca mandaba que se le pidiese calcular los ingresos de alguno de los territorios del reino, los recursos en agua potable o las previsiones relativas a la producción de té o de arroz en

las provincias del norte. Hasan presentaba mucho antes de que expirase el plazo acordado el resultado de sus investigaciones, lo que tenía por efecto poner término al malhumor habitual del Turco. Éste, tras el nombramiento del hijo de Sabbah para el consejo de sabios, había esperado a que pasase un período de prueba antes de concederle una audiencia bien sorprendente:

—¡Acércate, acércate, al–Sabbah!

Bajo la mirada alentadora de Musa al–H1kim y la poco cordial de Nezam–ol–Molk, Hasan se inclinó a los pies del sultán, que le dio a besar su ensortijada mano.

—Me gustaría hacerte un regalo para demostrarte que nos sentimos satisfechos y confiamos en ti.

—El más bello regalo que Su Majestad me hace, ¿no es precisamente su satisfacción y confianza?

—¡Está visto que sabes encontrar las palabras que me aportan serenidad!

Dime, Hasan, qué es lo que te agradaría tener y yo haré de manera que tu deseo sea cumplido.

Divertido por el súbito capricho del monarca, Hasan pensó, al principio, en formular una petición absurda que ofendiese al gran visir, quien con aire marrullero no apartaba un instante la vista de la punta de sus babuchas. Pero abandonó la idea, reservando para Nezam un chasco mucho mayor. Le asaltó entonces la extravagante idea de hacerse traer un ajedrez. Musa al–H1kim indicó a un criado que trajese el de ébano con incrustaciones de oro y marfil que descansaba sobre la mesa de juego.

Sorprendido, Malek Shah contemplaba al hermoso joven, que había cogido las dos cajas de marquetería donde estaban colocados reyes, reinas, alfiles, caballos, torres y peones.

—Dígnese Vuestra Grandeza sostener este tablero.

El criado esperaba con inquietud a que el monarca se apoderase de la pieza de ebanistería que le presentaba, en tanto que el Turco buscaba con mirada interrogadora un gesto de aprobación en los ojos de sus consejeros, quienes murmuraban su estupefacción ante la inesperada actitud del hombre de Rey.

El sultán colocó el tablero sobre sus rodillas y lo mantuvo fijo entre sus dedos regordetes.

—¿Qué es lo que te propones con todas estas rarezas, mi joven amigo?

—¡Ahora lo verá Vuestra Majestad!

Hasan se sacó del bolsillo unos cuantos granos de trigo y, con infinitas precauciones, depositó uno sobre la primera casilla negra, medio tapada por uno de los pliegues grasientos del real vientre. Luego depositó otros dos en la casilla blanca contigua mirando a

hurtadillas al asombrado monarca, al que ahora rodeaban consejeros y visires igualmente asombrados.

El hijo de Sabbah continuaba poniendo granos de trigo, cuyo número duplicaba a medida que los iba colocando en las casillas.

El sultán emitió un sonoro suspiro y dijo:

—¡Basta! ¿Qué pretendes demostrarme?

—Vuestra Majestad me ha preguntado qué deseaba. He aquí mi deseo: recibir de Vuestra Grandeza tantos granos de trigo multiplicados tantas veces como casillas tiene este tablero.

La reacción de los asistentes no se hizo esperar: cada cual expresaba su estupefacción, por no decir su indignación, ante petición tan extraña.

—Si lo que quieres son unos cuantos sacos de trigo, los tendrás...

¿Cuántos pretendes? –soltó el sultán, ligeramente irritado.

—Si Vuestra Grandeza me permite, ni todos los campos de trigo, ni todos los sacos amontonados en los sótanos y en los graneros serían suficientes.

—¡Ya basta, al–Sabbah! Mi paciencia tiene sus límites. ¿Qué te propones enseñarme?

Hasan, haciendo gala de una calma poco habitual en él, sacó su ábaco y explicó a la concurrencia que, multiplicando el número de granos por dos en cada casilla, se obtenían ciento veintiocho para la primera hilera, treinta y dos mil al final de la segunda y ocho millones al final de la tercera. De ese modo, a partir de la cuarta, la cifra alcanzaba los dos mil millones; la última representaba una cifra seguida de veinte ceros.

—Veo que te gustan los números, al–Sabbah...

—Siempre me han fascinado, Ilustre Grandeza. Desde mi más tierna infancia... Nosotros los inventamos hace siglos... Otros pueblos los utilizan...

Malek Shah escuchaba irritado.

—Toda la ciencia moderna viene de Persia, rey bienamado; la astrología, el álgebra, la medicina y más, se vienen sirviendo de ella desde... Las cifras no tienen secretos para mí, ni por otra parte para el gran visir...

Hasan lanzó una mirada a Nezam–ol–Molk, cuyo semblante denotaba indignación.

El hijo de Sabbah volvió a guardarse el ábaco.

—Me siento muy honrado de que Vuestra Majestad haya manifestado su voluntad de querer satisfacer algún deseo mío, pero

si Vuestra Grandeza me lo permite, tomaré ejemplo del versículo doscientos sesenta y tres de la sura segunda: “Los que gastan sus riquezas siguiendo la senda de Alá son como el grano que produce siete espigas, cada una de las cuales da cien granos. Alá aumenta los bienes de quienes le aman. Es inmenso y sabio”.

Por eso, el único presente que Vuestra Grandeza pueda concederme es su confianza en la voluntad que tengo de ayudarle a vigilar las cuentas del reino asegurándome de que nadie malverse parte de los ingresos.

—¿Qué debo entender con ello?

¿Que habría entre mis visires hombres de poca fe que estarían abusando de mi bondad?

Hasan advirtió cómo la inquietud se reflejaba en las miradas relampagueantes de ira de ciertos miembros de la concurrencia.

—No me consta, Majestad... Pero solicito humildemente el derecho a no bajar la guardia.

El sultán dejó el tablero de ajedrez con sus granos de trigo y dijo al tiempo que se ajustaba el empenachado turbante:

—¡Qué hombre más extraño eres, al–Sabbah! Mi difunto padre, el sultán Alp Arslan, que no se dignaba ejercer un control particular de las finanzas del Estado, fue engañado por viles personajes que se enriquecieron para, a veces, traicionarlo. No quisiera yo reiterar sus errores, de modo que al demostrarme tu escaso interés por los favores materiales y tu sentido de la integridad y de la fe, me has convencido de que te deje actuar a tu manera, y simplemente pedirte que me informes cada semana de tus cálculos y observaciones. ¡Bueno, basta por hoy!

Uno tras otro, consejeros y visires acudieron a besarle la mano, en tanto que unos eunucos preparaban el trono de madera esculpida, que coronaba un baldaquino y que una docena de sirvientes tenían orden de trasladar dignamente después de haber ayudado a que se instalase en él con toda comodidad.

Tras la entrevista, en los pasillos de Palacio habían surgido numerosos conciliábulos. Todos hablaban de la audacia de Sabbah, unos con admiración, otros con desdén. Hasan pasaba indiferente al lado de sus detractores, cuando una mano le aferró el brazo:

—¡Estarás orgulloso, Hasan!

Nezam–ol–Molk, con una sonrisa llena de hiel, se dirigía al joven con la secreta esperanza de humillarlo ante los visires atentos a la escena.

—¡Suéltame el brazo, gran visir!

De momento no tengo por qué darte ninguna explicación, pero lo haré con gusto en cuanto me lo dicte el deber.

Se alejó, pero Nezam no tardó en alcanzarlo y aferrarlo de

nuevo por el hombro:

—¿Qué te propones, hijo de Sabbah? ¿Escarbar en cada uno de nosotros a ver si descubres algún traidor o algún corrupto? ¿En qué guerra quieres meterte? ¿Y contra quién?

Hasan asió violentamente el brazo de su interlocutor y lo apartó del hombro:

—¿De qué tienes miedo, Abú Alí?

¿De que se descubra que el ejemplar Nezam–ol–Molk, tan apreciado por el difunto sultán Alp Arslan y por su hijo Malek Shah, no es más que un vulgar traficante?

El gran visir agarró a Hasan y lo arrastró hasta un gabinete de trabajo aparentemente vacío. Una vez allí, lo arrinconó contra la pared:

—No eres más que una cucaracha indigna de la confianza del soberano, Hasan Sabbah. No permitiremos tus manejos.

El muchacho descargó un golpe con su cabeza contra la mandíbula del visir, que fue a caer de espaldas unos metros más allá. Yaffar había acudido y saltado por detrás a la garganta de Hasan, quien se deshizo de su agresor asestándole un codazo en el estómago.

El rufo, encorvado de dolor, se quedó sin resuello y, perdiendo el equilibrio, se desplomó. Nezam–ol–Molk se incorporó lentamente frotándose los maxilares antes de arrojarse de nuevo sobre el hijo de Sabbah, quien le dio un puñetazo que lo dejó sin sentido.

Hasan, jadeante, iba a salir de la estancia cuando vio aparecer en el marco de la puerta a Musa al–H1kim, el cual había asistido impasible a la escena. Los dos hombres se miraron largamente en silencio antes de que el primero se alejase del lugar obligando a hacerse a un lado al consejero para dejarlo pasar. Al–H1kim ayudó al gran visir y a su criado a que volvieran en sí y se guardó muy bien de decir palabra a nadie de la riña de que había sido testigo.

Desde que el sultán le asignara servicio de escribas y secretarios, Hasan se había instalado en uno de los despachos de Palacio, donde pasaba la mayor parte del tiempo investigando en los innumerables manuscritos cifras que le permitiesen verificar la exactitud de las cuentas presentadas por los visires. El trato de los cortesanos había cambiado en relación con él: algunos evitaban saludarlo, mientras que otros se complacían en conservar su trato. Nezam–ol–Molk, apenas repuesto de la ofensa y de los golpes recibidos, había decidido prescindir del joven, dando pábulo a los interrogantes de quienes no comprendían nada de semejante cambio de actitud. Yaffar, más timorato, inclinaba el busto en cuanto aparecía

el hijo de Sabbah, diciéndose que si un día, a vueltas del destino, tenía que cambiar de amo, habría de afrontar señores como aquel.

Maryam veía poco a su marido, que, cuando pasaba por su domicilio, se interesaba sobre todo por el hijo, quien había heredado los lindos rasgos de su madre.

Hasan rechazaba las invitaciones a las fiestas que daban sus amigos, el más fiel de los cuales seguía siendo Omar, siempre tan sorprendido por las reacciones del muchacho. ¿Por qué había decidido éste aquella lucha contra la corrupción? ¿Qué pensaba sacar en limpio y cuáles eran sus planes?

Otras tantas preguntas sin respuesta que desasosegaban al poeta y le confirmaban la razón que había tenido en mantenerse alejado de los asuntos de la política y del poder.

Fue Yúsuf, uno de los secretarios de Hasan, quien vino a avisarle: un muchachito de Ispahán llamado Avani había oído hablar de cierto tráfico de mercancías procedente de los bienes de Palacio. El hijo de Sabbah quiso saber más cosas y ordenó convocar cuanto antes al adolescente.

—Si Vuestra Excelencia me permite, le sugeriría que se encontrase con él en la ciudad de Ispahán, pues me extrañaría que este dependiente tuviese valor suficiente para venir a hablar del asunto que nos ocupa ¡entre estas paredes... reales!

—Tienes razón, Yúsuf. Arréglatelas para que podamos vernos con este Avani antes de que caiga la noche en el sitio que quiera.

Yúsuf se ajustó su caftán de tela y desapareció tras el marco de la puerta.

Hasan sabía que los numerosos desvíos de las mercancías recibidas con motivo de la percepción de diversos impuestos estatales beneficiaban a no pocos consejeros y visires.

Nezam–ol–Molk no era sin duda el último en gozar de aquel enriquecimiento fraudulento. El hijo de Sabbah, con los ojos clavados en la punta de su qalam, disfrutaba imaginando el destierro e incluso la condena del hombre de Jorasán, quien, de este modo, legaría, muy a su pesar, su cargo al hombre joven de Rey, haciendo de él el gran visir.

—¡Basta de sueños! ¡Todavía queda mucho por hacer! –dijo en voz alta de un modo que llamó la atención de uno de los escribas que estaba ocupado en sumar las cifras alineadas en largos pergaminos

extendidos sobre tablillas de madera tallada.

Yúsuf reapareció jadeante y satisfecho de lo que se había enterado:

Avani estaba dispuesto a dar múltiples detalles sobre los trueques que se realizaban a orillas del Zayendeh Rud cuando caía la noche y esperaba a su interlocutor en una de las tabernas de la ciudad vieja.

—Dime, Yúsuf, ese Avani, ¿es digno de confianza?

—Sin lugar a dudas, Excelencia.

Trabaja para el primo de mi cuñado, que no ha tenido nunca motivos de queja.

Cuando la luz del sol empezaba a perder intensidad y el astro incandescente no era más que una bola roja hundiéndose en el horizonte, el hijo de Sabbah, seguido de su consejero, se dirigió a los viejos barrios de Ispahán, tomando la precaución de no despertar la atención de su entorno.

Se cruzaron con mercaderes y desocupados que se apresuraban a volver a sus casas, mientras que los mendigos se acurrucaban en el polvo de las callejas dispuestos a pasar la noche.

Se veían caravaneros que acampaban delante de chabolas en ruinas y que, con la mirada perdida, calentaban la escasa pitanza al fuego ralo de las llamas. Los dos hombres llegaron ante un cafetín de tan mal aspecto que Hasan comprobó al tacto que llevaba el puñal escondido bajo los pliegues del caftán. Penetraron en un local en el que los efluvios de una cocina que prometía poco y el humo de los narguiles recargaban el ambiente. Hasan y Yúsuf recorrían con la mirada el sombrío lugar, cuando un hombre corpulento, calvo y de ojos oblicuos vino a su encuentro:

—¿Espera a los señores un ispahaní llamado Avani?

—¿Dónde está? –preguntó Yúsuf, en tanto que su compañero contemplaba al que debía de ser el propietario, probablemente de origen mongol, de aquel poco recomendable lugar.

—Seguidme –les dijo el hombre al tiempo que levantaba una cortina que separaba la sala principal de otra habitación aparentemente más pequeña y muy oscura.

Un adolescente con aire asustado estaba sentado en un rincón. Al ver a los visitantes, se levantó lentamente.

Después de llevarse la diestra al corazón, hizo una inclinación de cabeza y los invitó a tomar asiento. Hasan se quitó la capa, que arrojó al suelo, al tiempo que Yúsuf se dirigía al joven:

—¿Qué sabes que pueda interesarnos?

—Avani ha visto muchas cosas que bien podrían resultarle funestas. Por eso, Avani quisiera tener la seguridad de que no le

pasará nada como consecuencia de sus confidencias.

Hasan agitó una bolsa de prometedor tintineo:

—He aquí algo que hará huir las penas. ¡Habla!

El muchacho contó cómo, mientras paseaba a orillas del Zayendeh Rud, le habían llamado la atención unas luces que parecían flotar sobre las aguas del río. Al acercarse subrepticiamente, pudo constatar que no eran otra cosa sino hachones que sostenían unos individuos agachados en improvisadas embarcaciones sobre las que se amontonaban innumerables sacos de tela.

Unos cuantos hombres daban órdenes en voz baja, en tanto que unos barqueros se hacían cargo en sus balsas del cargamento antes de transportarlo al barrio judío.

—¿Al barrio judío? –interrumpió Hasan.

—Sí. De hecho Avani pudo ver a los hombres dirigirse río abajo hacia Yahudieh. Incluso ha oído a los judíos hablando en su lengua a los traficantes.

—¿Viste alguna cara? ¿Oíste algún nombre?

—La noche era muy oscura. Y Avani estaba demasiado lejos...

—¿Pero? –exclamaron Yúsuf y Hasan a un tiempo.

—Pero Avani oyó mencionar un nombre.

—¿Cuál? ¿Vas a hablar o tenemos que arrancarte las palabras de la boca?

El jovenzuelo, que tenía una manera algo extraña de formular sus frases, cruzó las piernas bajo el busto y se aclaró discretamente la garganta.

—Oí nombrar a un tal Yaffar Bahari.

Yúsuf, perplejo, interrogó con la mirada al hijo de Sabbah, quien parecía rebuscar en su imaginación la cara que podía evocar aquel nombre que no le era en absoluto desconocido.

Yúsuf se volvió hacia el adolescente:

—¿Es eso todo lo que nos puedes decir?

—Avani ha dicho todo lo que sabía.

Hasan le arrojó, como le había prometido, la bolsa llena de monedas de bronce y de plata, recogió su capa y, seguido de su consejero, abandonó el local. De camino tropezaron con los cuerpos de algunos caravaneros dormidos, hasta que uno de ellos, hirsuto, levantó la cabeza mascullando palabras de enfado hacia los extranjeros que habían osado turbar su sueño. Al discernir, gracias al halo lunar, la cabellera del hombre, Hasan pegó un brinco y se quedó rígido al tiempo que cogía uno de los pliegues del caftán de su compañero:

—¡Por la grandeza de Alá, Yúsuf!

Ya sé quién es Yaffar Bahari...

—¡El cielo sea bendito! ¿Habéis descubierto, Excelencia? Y... ¿quién es?

—Yaffar Bahari no es otro que el criado de Nezam–ol–Molk. Y si Yaffar está implicado en este tráfico, hay muchas probabilidades de que su amo lo esté también.

—Pero, Excelencia, ¿con el tráfico de qué podría enriquecerse el gran visir?

—De eso vamos a enterarnos yendo a la margen del Zayendeh Rud. Al lugar mismo en que Avani vio las embarcaciones.

—Pero, Excelencia, eso está al otro lado de la ciudad.

—Vamos por mi caballo sin pérdida de tiempo. El asunto es de gran importancia y cada minuto, precioso.

Los dos hombres pasaron por las caballerizas de Palacio y, montando a 'Tufán', salieron a galope rebasando el puente que unía las dos orillas.

Yúsuf fue el primero en divisar unos resplandores.

—Mirad, Excelencia. Allí... las luces...

Siguieron a pie después de dejar atado a un tronco de árbol al purasangre; cuidando de no ser vistos, se acercaron reptando al borde del río.

Una vez allí, permanecieron inmóviles para no perder detalle del ir y venir de los hombres que arrojaban la carga de las mulas sobre las lanchas.

—Es el trigo y la cebada de los graneros de Palacio –murmuró el hijo de Sabbah al oído de Yúsuf, que hundía su barba en la hierba fresca.

Los pocos hachones no permitían distinguir más allá de las siluetas de los individuos que andaban atareados en torno a las márgenes del Zayendeh Rud, cuyas aguas, más serenas en aquel sitio, facilitaban el paso entre los dos barrios de la ciudad.

—Esta gente vende los bienes del sultán a los judíos de Yahudieh –murmuró a su vez Yúsuf impresionado–.

Imaginad, Excelencia, la ira de nuestro bienamado monarca cuando se entere.

—Nuestro deber es llevarle la noticia así como las pruebas de lo que le anticiparemos.

—Pero, ¿cómo lo haremos? –se aventuró a decir el consejero de Hasan, a quien lo incómodo de la postura obligaba a apoyarse en los codos.

—La mejor prueba debe estar... viva –respondió el hijo de Sabbah.

Hasan se arrastró de nuevo seguido por un Yúsuf poco acostumbrado a unos ejercicios que le hacían pasar no pocos apuros.

Se apostaron en un talud que permitía observar mucho mejor y oyeron con toda claridad el ruido de la hierba rozada por los pasos de un hombre que llegaba por detrás. Contuvieron la respiración hasta que el individuo, que no había adivinado su presencia, tropezó en el tobillo de Yúsuf, momento que aprovecharon para abalanzarse sobre él, amordazarlo y arrastrarlo en la oscuridad sin despertar la más mínima sospecha en los que seguían franqueando el río.

El hombre, que había cesado en su resistencia, se dejó poner, cual muñeco lleno de ligaduras, sobre el caballo y, en medio de un silencio marcado por la emoción y la satisfacción, los dos compinches y su prisionero regresaron al parque real.

El desconocido, al parecer judío a juzgar por su acento, contempló las paredes de la celda en que acababan de encerrarlo y acto seguido cayó de rodillas y en tono de súplica les dijo a los carceleros que permanecían al otro lado de la reja:

—Por lo que más queráis, grandes señores, dejadme salir. ¿De qué puede ser culpable mi humilde persona?

—Eso es precisamente lo que nos vas a decir –respondió Yúsuf.

—¿Qué hacías a estas horas de la noche en un sitio habitualmente desierto? –inquirió Hasan.

—Volvía a mi barrio... a Yahudieh... Volvía de la taberna y...

Yúsuf lo interrumpió:

—¿Y por qué no utilizabas el puente que está a pocas leguas de allí?

—¿Es que pensabas ir a nado? –prosiguió Hasan.

El hombre hundió la cabeza entre las manos y dejó escapar unos sollozos.

—Te quedan unas horas antes de que salga el sol. ¡Tal vez te muestres más hablador! –añadió Hasan, alejándose.

Yúsuf le siguió los pasos tras ordenar a los guardianes que no permitiesen que nadie se acercase al prisionero.

El hijo de Sabbah, tendido en su lecho, no conseguía dormirse. Maryam, se debatía en un sueño agitado, lleno de sobresaltos que le cubrían la frente de sudor.

Con las primeras luces del día Hasan se encontró con su secretario, que lo esperaba cerca de la entrada de su domicilio y,

juntos, se dirigieron a los calabozos de Palacio. El prisionero se arrojó a los pies de los dos hombres y empezó a gritar:

—Grandes señores, os lo suplico, tened piedad de mí. Os diré todo lo que sé pero, por lo que más queráis, dejadme ir con mi mujer y mis hijos.

—¿Cómo te llamas? –preguntó Hasan.

—Mi nombre es Shaul. Soy zapatero remendón en Yahudieh.

—¿Quién está a la cabeza de esos traficantes del Zayendeh Rud?

—Es Shemuel, un sastre que conozco y que vino a buscarme. Yo no quería. Pero la recompensa que se nos asigna es tentadora.

—¿Y quiénes son los que os suministran la mercancía?

—Hay persas. Y turcos. Pero no sabría deciros sus nombres.

Yúsuf se acercó al hombre con aire amenazador:

—Dime, Shaul, ¿te gustaría que te ayudase a refrescar la memoria?

—Por lo que más quieras, gran señor... Por lo que más quieras. Se trata de un tal Bahari, que actúa en nombre de su amo. ¡Pero no sé cómo se llama este amo suyo!

Hasan y Yúsuf se miraron impresionados y satisfechos por la confesión del judío.

—¿Qué vais a hacer conmigo? ¿Me vais a dar suplicio?

—¿Estarías dispuesto a repetir estas palabras en público?

—Si mi testimonio es el precio de mi libertad, sin duda alguna, grandes señores.

—Entonces, aguanta un poco; no tardaremos en mandarte a buscar.

En el momento de salir de aquel lugar inmundo oyeron los gritos de Shaul implorando que no lo abandonasen.

—Nuestro hombre tiene la lengua bien larga. No será difícil hacerle hablar delante del monarca –observó Hasan.

Durante la mañana que siguió a esta entrevista, el hijo de Sabbah solicitó una audiencia extraordinaria al Gran Turco, quien accedió, por intermedio de sus consejeros, a recibir al joven mediada la tarde. Al H1kim irrumpió en el cuarto de trabajo, donde Yúsuf, más febril que su amo, daba órdenes a los escribas.

Hasan rebuscaba documentos relativos a los sacos de cereales que aparentemente ya no formaban parte de la propiedad del sultán.

—Dime, hijo de Sabbah, ¿cuál es pues esa noticia que te dispones a desvelar a nuestro bienamado soberano?

—No puedo decírtelo de momento, consejero al–H1kim, pero ten la seguridad de que un rayo que cayese en Palacio no golpearía con más fuerza a los que se encuentran en él.

—Ten cuidado, Hasan. No le des jamás la espalda al tigre aunque éste tenga por costumbre comer de tu mano.

Musa al–H1kim, como solía, desapareció en silencio con una extraña expresión en el rostro.

La segunda visita fue la de Nezam–ol–Molk, precedido por dos guardias y seguido de Yaffar:

—¿Qué es lo que me dicen, Hasan Sabbah? Al parecer, ¿vas a hacer unas revelaciones de algo?

El cinismo del gran visir desagradó al muchacho, que respondió sin interrumpir sus cálculos:

—Te han informado correctamente, gran visir. Conocerás al mismo tiempo que nuestro bienamado soberano el fruto de nuestras investigaciones.

—¡Vaya! Y ¿cuál es ese “fruto”?

—Por las barbas del Profeta, ¿no habrás perdido esa paciencia que causa la admiración de los que te rodean?

—Al contrario de la clemencia de Alá, esa paciencia tiene sus límites y mucho me temo que no los hayas traspasado hace tiempo.

—Y ¿qué debo temer? –inquirió Hasan dejando el legajo de pergaminos que sostenía–. ¿Tan despiadada es tu cólera?

Ya Nezam deshacía el camino andado, pero antes de traspasar el umbral se volvió y lanzó en un tono más duro:

—¡Sólo teme que los “frutos” de tus investigaciones no vayan a ser los de tu imaginación!

Durante la hora de la siesta, Hasan, que no había abandonado su cuarto de trabajo, vio llegar a Asad, su sirviente, seguido de uno de los guardias de la cárcel, lívido y con muestras de gran turbación:

—¿Qué ocurre? –exclamó el hijo de Sabbah presintiendo una desgracia.

—Pues que... Excelencia... el prisionero judío...

—Sí. ¿Qué le ha sucedido?

—Ha sido hallado... Muerto...

Estrangulado.

—¿Cómo?... ¿Qué estás diciendo? –gritó Hasan–. Había dado órdenes.

¿Quién estuvo después de nuestra marcha?

El soldado, al que Hasan sacudía enérgicamente por el cuello de su jubón, respondió balbuciendo:

—No he visto a nadie, Excelencia... A... A la hora de llevarle un pedazo de pan... el viejo abrió las rejas... y... se puso a llamarnos...

y...

Hasan lo soltó, dio unos pasos hacia la ventana, que le ofrecía la calma de los sicomoros, y hundió la cabeza entre las manos sintiendo brotar su odio por los que le habían traicionado. Aunque no podía designarlos, estaba claro que eran doblemente culpables. Por más que quisiera le era imposible demostrar ante el sultán su villanía. Decidió adelantar la audiencia concedida y se dirigió a grandes pasos hacia las estancias reales con intención de exponer el revés sufrido a quien, sin duda, respondería encolerizado. De camino se cruzó con el gran visir, que salía del salón del trono y mostraba una imperceptible sonrisa en los labios:

—Hasan, mi buen Hasan, ¿qué te sucede? ¡Pareces mucho menos sereno que esta mañana! ¿Alguien busca pendencia contigo?

—Tu victoria es efímera, gran visir, pues acabaré por desenmascararte.

—No capto el sentido de tus palabras. Participas en un juego peligroso. ¡Pudiera ser que te costase la vida!

—¿Me estás amenazando, gran visir?

¿Acaso te propones acabar conmigo como has hecho con ese pobre judío al que has mandado estrangular hace una hora apenas?

—¿De qué me hablas? ¿Qué judío?

¿No tendrás fiebre o habrás excepcionalmente abusado del vino?

—¡Ya basta, Abú Alí! ¡El asco que me inspiras corre parejo a tu rango! Si llegases a asesinarme, siempre habría un alma pura para dar testimonio de tu culpabilidad.

—A no ser que desaparecieses víctima de la daga de algún marido cornudo. ¿Conoces a Alí Tehrani?

Hasan clavó su mirada en los ojos de su interlocutor sin responderle.

—¡De sobra lo sabes, Hasan! Alí Tehrani es ese ciudadano al que tú le tomas la más joven de sus esposas.

¿Crees que se sentiría muy feliz si se llegara a enterar?

El hijo de Sabbah escupió a la cara del gran visir, quien, sin perder la calma, se la secó antes de seguir su camino.

La reacción del sultán era previsible. Consideraba aquel fracaso como una ofensa e instaba a Hasan Sabbah a que estuviese en condiciones de suministrar los detalles de sus investigaciones en el curso de la próxima reunión de su consejo. Decidido a guardar silencio de sus proyectos, el hijo de Sabbah se juró reunir todas las pruebas suficientes para acusar a Nezam–ol–Molk de corrupción.

El gran chambelán anunció:

—¡Su Grandeza, nuestro soberano bienamado, Luz del Reino, Benefactor de nuestro Pueblo, el Muy Grande Malek Shah, que Dios guarde!

La asamblea, dividida en dos filas, esperaba la entrada del monarca.

Este último avanzaba con pasos menudos y los cortesanos, inclinándose, dispusieron de todo el tiempo para admirar sus babuchas sembradas de rubíes y zafiros. A una orden del gran maestro de ceremonias, volvieron a incorporarse y cada uno, siguiendo al sultán, que se había instalado sobre unos confortables cojines, tomó asiento.

Los criados acudieron con manjares y bebidas en tanto que los músicos hacían vibrar sus setaras con nostálgicos sones y las bailarinas movían ondulantes las caderas y los blancos y largos brazos. Hasan cruzó algunas palabras con el encargado de las caballerizas y el montero mayor, que se habían sentado a su lado, y tuvo un sentimiento de alivio al ver llegar, después de los sorbetes y la fruta, los tradicionales aguamaniles con sus correspondientes paños bordados para secarse las manos.

A una indicación del maestro de ceremonias, los asistentes se sentaron alrededor del sultán Malek Shah, quien en aquellos momentos se mondaba los dientes con la ayuda de una brizna de paja de arroz. Un eructo restalló en el silencio de la sala y la concurrencia prorrumpió en un "'Al hamdol–Allah'!".

Su Majestad estaba ahíto y ahora se acodaba en un mueble bajo recubierto por un tejido de hilos de oro.

—¡Quiero que sepáis cuán disgustado estoy! –dijo–. Si os he invitado a compartir mi comida, es para hablaros de un tema que me aflige.

Malek Shah se irguió para observar atentamente a su corte y a sus visires, impresionados por el tono inusitado de su soberano.

—Creo que soy bueno y generoso con todos vosotros, como lo fue mi padre, el difunto sultán Alp Arslan.

El gran chambelán respondió:

—Es cierto, oh, gran rey, que sois bueno y generoso.

—¡Dios os guarde y haga que se cumplan vuestros deseos! –prorrumpió la asamblea.

El déspota levantó la mano requiriendo silencio.

—Estoy disgustado porque algunos de mis consejeros me han informado del estado en que se encuentran las finanzas del reino y de la deplorable conducta de determinados súbditos que no dudan en burlarse de mi benevolencia.

Se oyeron algunos murmullos y el tono del rey se hizo más severo:

—Cuál no será mi tristeza al saber que entre vosotros se esconden personas codiciosas y sin escrúpulos. He sabido también que los ingresos procedentes de los impuestos se malversan a menudo, que no se aplican los aranceles y que, en ciertas provincias, las arcas están vacías. Ha llegado a mis oídos que se ha dejado de pagar a los soldados y que sus jefes se mostraban llenos de arrogancia. Esto se tiene que terminar.

Los murmullos se hicieron cada vez más intensos.

—¡Silencio! He decidido, siguiendo el parecer de consejeros honrados, ordenar una investigación sobre las finanzas de este imperio. Quiero conocer hasta los menores detalles: a cuánto ascienden nuestras riquezas lo mismo que nuestras deudas; el estado de nuestras cosechas, de nuestro comercio... Cuál es el de nuestras reservas... Y quiero una respuesta rápida... ¡muy rápida!

Los asistentes comentaban en voz baja las palabras del monarca, en tanto que Musa al–H1kim le hablaba al oído. El sultán levantó de nuevo la mano:

—¿Cuánto tiempo será necesario para que obtenga una contestación a mi demanda? ¿Tienes tú idea, gran visir?

Nezam–ol–Molk lanzó una mirada asesina al hijo de Sabbah y respondió, tras levantarse e inclinarse respetuosamente:

—Vuestra Grandeza comprenderá que se trata de un trabajo... especialmente arduo y delicado, y que tendré que consultar, a este respecto, con los miembros de esta asamblea.

—Gran visir, se te ha nombrado para este cargo por tu sabiduría y perspicacia. Esperaré, pues, el plazo que me propongas.

Nezam recorrió la reunión echándose hacia atrás sus largas mangas:

—Muy Augusta Grandeza, me parece que el trabajo requerido podría extenderse a unas... doce lunas. Si ponemos en contribución a expertos, matemáticos, funcionarios y economistas, todos, por supuesto, bajo el control de los emisarios de los gobernadores de

cada provincia.

El rey seguía sin inmutarse y se acariciaba maquinalmente la barba contemplando uno tras otro a cada uno de los visires, temerosos de ser objeto de una pregunta del Gran Turco. Ésta no se hizo esperar. Malek Shah apuntó con su ensortijado índice a uno de los ministros encargados de controlar los gastos del país:

—Y tú, ¿qué dices?

—Augusta Grandeza, pienso que el plazo propuesto por Nezam–ol–Molk será necesario para la elaboración del citado informe.

Otros visires asintieron, mientras que la mirada del sultán se cruzaba con la de Hasan. El semblante del Turco se iluminó:

—El consejero al–Sabbah, de quien todo el mundo conoce su talento para los números, ¿es de la misma opinión?

Todas las miradas convergieron sobre el joven, que se levantó:

—Si Vuestra Augusta Grandeza se digna recibir mi parecer, se lo daré.

—Te escucho... Habla.

—Este parecer mío difiere del de Nezam–ol–Molk y los visires aquí reunidos.

Nuevos murmullos se extendieron por la sala.

—Si Vuestra Majestad lo permite, me atrevo a decir, con todo respeto, que el estado de las finanzas del reino podría saberse... en menos de dos lunas.

En medio del creciente clamor, Hasan pudo oír: “Está loco”, “qué impudicia”, o incluso: “¡Pide disculpas por tu atrevimiento, Sabbah!”

El rey se irguió:

—Acércate, Hasan. ¡Vamos! Ven.

Y no tengas reparo en repetirme lo que acabas de afirmar.

Sabbah se acercó al trono ante una asistencia estupefacta y clavó sus ojos en los del soberano:

—Me reafirmo, con infinito respeto hacia Vuestra Grandeza, en que es posible daros satisfacción en menos de dos lunas.

—¿Tú sabes qué suerte les aguarda a los que ironizan a costa del rey?

—En absoluto es tal mi propósito, Majestad. Simplemente, he calculado que con el informe de los economistas, funcionarios y matemáticos del reino, y con mi equipo de consejeros y escribas, necesitaríamos menos de seis semanas para elaborar el informe definitivo sobre el estado de las finanzas del imperio.

—¡Es imposible! ¡Qué desvergüenza! –exclamó el gran visir

tomando por testigo a la sobrecogida asamblea.

—¡A callar! –vociferó el Gran Turco.

Éste se levantó en medio del silencio enrarecido de una asistencia petrificada y clamó a toda voz:

—Sea, Hasan al–Sabbah, te concedo el plazo de cuarenta días para redactar el informe concerniente a la situación financiera del reino. Te ayudarán en esta tarea todos los secretarios y expertos necesarios.

Dentro de cuarenta días, esta asamblea y yo mismo te esperaremos en este sitio con los resultados de tus investigaciones. Si, por el contrario, se pone en evidencia que te has burlado de mí y que no has sido capaz de cumplir con tu compromiso, correrás la suerte de los que se atreven a engañar a su soberano, la luz del Reino: serás colgado.

—Que Vuestra Grandeza se digne una vez más concederme su confianza.

Doy las gracias a Vuestra Grandeza por la alegría que me proporciona encomendándome tan importante misión y haré de modo que no tenga que arrepentirse.

En medio de un silencio sólo interrumpido por el ruido del aire azotado por el espantamoscas de un esclavo nubio, el rey hizo un ademán con la mano ordenando retirarse a quienes le rodeaban. Hasan regresó en solitario a su morada bajo las miradas poco amistosas de quienes veían en él un desenfrenado deseo de poder absoluto.

Escasamente conciliador, incluso poco sociable, se había forjado la reputación de un incorruptible exaltado cuyas reacciones eran siempre imprevisibles. Omar Jayyam se reunió con él en el parque:

—¡Hasan, querido! ¡Amigo mío! ¿A qué situación tan molesta te has dejado arrastrar? ¿Por qué lanzar ese reto insensato?

Hasan apoyó su mano en el hombro del poeta, mientras que visires y cortesanos los adelantaban entre risas burlonas y cuchicheos.

—Todo saldrá bien, Omar. No creas que he lanzado tal desafío sin tener idea del modo de enfrentarme a él. Mis secretarios y escribas son competentes y dignos de confianza.

¡En cuarenta días todo estará listo!

—¡Que Alá te oiga! ¡Pero tu suerte no es nada envidiable!

—¿Qué dices? ¡Dentro de cuarenta días conoceré la gloria y la admiración de todos!

—¡Ay, amigo mío! Si sales airoso, el gran visir, sus consejeros y sus financieros serán en ese caso tus enemigos jurados. ¡Si fracasas, morirás!

El hijo de Sabbah se quedó callado y se limitó a coger la cabeza de su amigo y acercarla a su frente antes de desaparecer a grandes pasos.

Maryam estaba sentada en un rincón del dormitorio dando de mamar a su bebé. Hasan se detuvo en el marco de la puerta y, por primera vez, se sintió enternecido a la vista de la madre y el niño. Al advertir la presencia del marido, la joven ocultó su seno.

—La naturaleza te ha dotado bien, mujer mía. ¿Sólo el pequeño puede disfrutar? –le dijo sonriendo.

Maryam sintió que se estaba sonrojando.

—¿Has visto por casualidad a mi criado? –continuó él.

—¡Estoy aquí, amo! –oyó gritar desde la otra habitación.

—Ah, escucha, Asad, voy a comer rápidamente porque no puedo perder tiempo y tengo que ponerme al trabajo.

Mientras daba fin a su escalope de gacela con mostaza que había preparado con esmero su esposa, Hasan oyó voces que parecían proceder del patio de acceso a la vivienda.

Mandó a Asad a informarse del altercado que enfrentaba a varias personas. El sirviente regresó asustado:

—Hay varios hombres que quieren ver a mi amo.

—¿Qué es lo que quieren de mí? –inquirió el hijo de Sabbah, después de indicarle a Maryam que se retirase.

—¡Dicen... que vienen a mataros!

—¡Sólo eso! –exclamó Sabbah levantándose.

—Por favor, amo, no salgáis. ¡Van armados y los vigilantes no consiguen dominarlos!

—¡Si verdaderamente quisieran matarme, no dudes de que ya estaría muerto!

Cuando acudió al umbral de la puerta, oyó que un hombre a quien no conocía lo interpelaba.

—¡Ah! ¡Por fin tú, Hasan Sabbah! ¡Ven aquí, mala ralea, a que te ensarte como a un borrego!

Hasan ordenó a los vigilantes que lo dejaran pasar. El desconocido iba acompañado por cuatro amigos suyos armados con puñales.

—¿Quién eres tú que te permites alterar mi casa?

—Un hombre ofendido llamado Alí Tehrani. Tú eres el que te has permitido alterar mi casa cometiendo adulterio con mi esposa más joven.

—¿Qué cuento es ese? En absoluto conozco a tu mujer.

—Y yo te digo que la conoces, y mucho. El nombre de Zainab ¿te resulta extraño?

—No... Tengo que reconocer que me es familiar.

—¡Entonces, serpiente, lo confiesas!

—Sí. Confieso tener una prima que se llama Zainab... ¡Pero vive en Rey!

—¿Es que te propones burlarte de mí antes de que te mate?

—Escucha, Alí Tehrani, ignoro quién te ha metido en la cabeza semejante idea, pero estoy casado con una flor que acaba de darme un hijo por la voluntad de Alá. No dudo de las cualidades de tu Zainab, pero si tomase una nueva mujer, ¡por las barbas del Profeta que lo haría con una que fuera virgen!

Los vigilantes de la mansión se echaron a reír en tanto que Tehrani adoptaba un aire enfurruñado.

—¿Quién, pues, te ha ido con tal disparate?

—Un hombre a quien no conozco. De pelo lanoso y cara picada. ¡Ah, como lo encuentre! ¡Juro mandarlo al otro barrio! –dijo el hombre apretando los dientes.

El hijo de Sabbah identificó a Yaffar en la descripción. De modo que Nezam–ol–Molk había tratado de asestarle otro golpe. Sería necesario redoblar las precauciones.

—Bien. ¡Vuelve con tu prenda y perdónale una falta que no ha cometido!

—Es que... ya es demasiado tarde.

La he cedido a un mercader que la pondrá en venta en cuanto amanezca.

Los hombres se marcharon por donde habían venido y a Hasan no se le quitó una idea de la cabeza: enviar con las primeras luces del día a su criado a la plaza mayor para comprar a la muchacha y tenerla durante algún tiempo en casa de Abolfazl.

Durante días y semanas, Hasan trabajó sin descanso en el gabinete que ocupaba con sus escribas y secretarios en el interior de Palacio. Se encerraba allí a primera hora de la mañana dedicado a la lectura y relectura de informes, documentos, proyectos y listas de gastos remitidos por los gobernadores de cada provincia, así como de las notas redactadas por el visir responsable de las finanzas y del comercio. Día tras día repasó las columnas de cifras alineadas por los encargados de las escrituras en las grandes ciudades del reino. Verificó y controló sumas y restas, evaluó las cosechas, los gastos ordenados por Palacio, los beneficios del comercio en curso con los países vecinos, las deudas o los créditos con los prestamistas judíos o los usureros caucasianos. Exigió ver las reservas en oro o piedras

preciosas guardadas en las salas custodiadas del edificio que hacía las veces de banco estatal.

Pidió, en fin, al gran chambelán, al gran visir y al gran maestro de ceremonias que le hiciesen una lista muy precisa de todas las joyas y obras de arte del sultán que él consideraba bienes del imperio. Aunque indignados por tales peticiones, todos cumplieron las órdenes. ¡A cuántos campesinos, aparceros, tenderos, caravaneros, banqueros, comerciantes, militares, religiosos y jefes de tribu no visitó con objeto de conocer mejor la rentabilidad de sus funciones y escuchar sus quejas! Sus noches eran bien cortas y sus jornadas de trabajo bien agotadoras.

Al cabo de treinta y ocho días de un trabajo impresionante, Yúsuf, portavoz de los secretarios y escribas, le anunció que el trabajo estaba terminado.

El hijo de Sabbah, que no quería disimular su júbilo, se concedió un día de descanso con el fin de comparecer plenamente sereno. Recorrió, sin mayor objeto, los pasillos de Palacio, suscitando los comentarios interrogativos de los escribas, consejeros y visires con quienes se cruzaba. Todos se preguntaban, en aquel trigesimonoveno día, si había salido con éxito de su cometido, y cuando alguno se aventuraba a plantearle la cuestión siempre respondía:

—Mañana por la tarde lo sabréis en el salón del trono.

Por supuesto, despertó la curiosidad de Nezam–ol–Molk, quien encargó a su fiel Yaffar que tratase de averiguar más cosas.

Empezaba a anochecer cuando Hasan se dirigió una última vez a su gabinete de trabajo con el propósito de poner orden en los folios que le iban a servir para su informe ante el sultán y su consejo.

Los reunió antes de dejarlos en una estantería y abandonó el desierto lugar.

Mientras avanzaba por los largos corredores de Palacio, le asaltó de repente una duda. ¿Y si alguien tuviese intención de sabotear su obra durante la noche? Volvió sobre sus pasos para comprobar que la puerta del gabinete estaba bien cerrada y llamó a un guardia con objeto de asegurarse la vigilancia nocturna del mismo.

Regresó a su domicilio con una sensación de alivio.

Una hora después, un ruido que parecía proceder de la parte oeste del piso llamó la atención del guardia.

Acompañado de otro soldado, corrió a comprobar que el estrépito no lo provocaba algún merodeador sospechoso.

En aquel tiempo dos hombres salieron de las sombras y se dirigieron al lugar en que estaba guardado el fruto del largo trabajo de Hasan y sus colaboradores. Uno de los dos individuos había encendido una vela, que iluminó con su halo sus crespos cabellos, mientras que el otro, provisto de un enorme llavero, probaba una

llave tras otra en la cerradura del recinto prohibido. Para su gran satisfacción, la puerta cedió y los indiscretos se internaron en el oscuro gabinete.

Malek Shah había convocado a visires y consejeros en el salón del trono para escuchar la lectura tan esperada.

Se dirigió a Hasan:

—De acuerdo con lo que sé ¡has cumplido tu palabra, al–Sabbah! Estoy impaciente por conocer los resultados de tus investigaciones... ¿Puedo ya felicitarme o debo dejarme invadir por la inquietud?

—Sepa Vuestra Grandeza que será necesario hacer algo si queremos mejorar las finanzas del imperio. Nos resultará difícil afrontar una guerra o unas obras de importancia sin tener que recurrir a los usureros.

El rey lo interrumpió con un gesto.

—¡Bien, bien! ¡Te escuchamos, Hasan al–Sabbah!

El hijo de Sabbah inclinó la cabeza y puso manos a la obra. Mencionó los gastos disparatados y las inversiones imprevistas, los daños causados por la sequía y los pillajes, los abusos de determinados visires y cortesanos, los tejemanejes y la corrupción, en fin, que hacían posible que los comerciantes de la ciudad se enriquecieran fraudulentamente. El monarca asentía al tiempo que se acariciaba la barba y lanzaba miradas de sospecha en su torno. Algunos miembros de la concurrencia agachaban la cabeza, en tanto que otros escuchaban, atentos y sorprendidos.

Hasan proseguía imperturbable la lectura de su informe, cuando, de repente, titubeó al llegar a una palabra, volvió a leerla de modo diferente, tartamudeó, contó las páginas que aún le quedaban y, finalmente, se interrumpió.

En el salón se alzaron murmullos de sorpresa, y el soberano inquirió:

—¿Qué es lo que te sucede, al–Sabbah? ¡Sigue, haz el favor!

—... Perdonad, Majestad... ¡Pero no puedo!

—¿Ah, no? ¿Y cómo es eso?

—Porque... me han cambiado los folios... algunos han desaparecido incluso.

Se oyeron risas aquí y allá, y el sultán, congestionado, empezó a perder la paciencia.

—¿Qué insinúas, al–Sabbah?

—Afirmo, Grandeza, que alguien ha entrado esta noche en mi

despacho y ha saboteado mi trabajo.

Ante las reacciones indignadas, Hasan creyó oportuno expresar una última súplica a su rey:

—Si Vuestra Grandeza se digna concederme una hora, sólo una hora, juro poner en orden mis papeles.

El monarca, fuera de sí, se levantó:

—Ni una hora, ni un minuto, ni un segundo te concedo de más para que sigas ofendiéndome.

Nezam–ol–Molk se había levantado también para dirigirse, en medio de un incomparable escándalo, al sultán Malek Shah:

—Pido a Vuestra Majestad que ordene la detención inmediata de este hombre que ha osado insultar a la Luz del Reino diciéndose capaz de realizar un trabajo para el que no estaba capacitado, por haber desestabilizado la vida pública del país durante cuarenta días, por haber abusado del cargo que le había confiado Vuestra Grandeza...

—Me pongo en tus manos, gran visir –exclamó el Turco.

—¡Guardias! ¡Guardias! ¡Detened a este hombre! –vociferó Nezam en tanto que el hijo de Sabbah esquivaba a los cortesanos que trataban de impedir su huida.

Corrió hacia la ventana más próxima y antes de saltar por el saliente, gritó, amenazando con el puño:

—Me pagaréis la afrenta que me habéis hecho. En lo sucesivo, tú, Abú Alí, y tú, Malek Shah, no tendréis un momento de paz en vuestra existencia. ¡Juro por Alá y su Profeta que os mataré a los dos!

Y diciendo esto, se pasó lentamente el pulgar por la garganta, de derecha a izquierda, mientras en sus labios tensos se perfilaba una extraña sonrisa.

Cuando los guardias y los cortesanos llegaron a la ventana, Hasan se había esfumado en el crepúsculo.

Segunda Parte

El Cairo

Capítulo primero

La espera

La falúa estaba atracada a un puente de madera y algunos hombres, encorvados bajo el peso de los sacos de trigo, iban y venían

invocando el nombre del Todopoderoso para darse ánimos.

Hasan, sentado en la orilla, los contemplaba en silencio. La inmensidad del río le fascinaba y su tráfico le seducía. Cuán lejos quedaban el Zayendeh Rud y sus contadas embarcaciones.

Cuán lejos quedaban Ispahán, su Palacio y sus intrigas. Cuán lejos la dulce Maryam y su hijo, cuán lejos Jayyam, cuán lejos Persia.

Treinta meses después de su llegada a la corte de Malek Shah se encontraba solo. Había errado por los caminos, huido de los soldados y recibido la revelación. Había sido recibido triunfalmente en El Cairo en aquellos finales de agosto de 1078, precedido por una fama venida de Bagdad, de Damasco, de Alepo. Perseguido por turcos y persas, había hallado amparo entre los árabes, a los que no amaba particularmente, pero que habían visto en él al erudito y al iniciado de autoridad indiscutible.

Hasan buscaba la calma y el descanso al borde del gran río. Allí iba a leer y meditar y a sacar nuevas energías antes de afrontar a las multitudes ávidas de respuestas a las sempiternas preguntas que formulaban.

La noche de su huida de Ispahán había corrido hasta el agotamiento.

Ágil y rápido, había sacado una confortable ventaja a los soldados que le perseguían. Se había detenido no lejos del bazar, cerca de los fardos de algodón, sobre los que decidió instalarse. Las gélidas brumas del alba y las llamadas a la oración del almuédano lo sorprendieron en su sueño. Estaba embotado por el frío y se sentía débil a causa del hambre. Pegado a las paredes y evitando a los primeros desocupados, se internó por una serie de estrechas callejuelas que lo condujeron hasta la vivienda de Abolfazl.

Al tercer aldabonazo la puerta se entreabrió y apareció el amo de la casa.

—¡Entra! ¡Entra rápido, amigo mío! Sé lo que te ha pasado. Aquí nadie vendrá a buscarte.

El cálido té matinal ya estaba dispuesto y unas cuantas pastas todavía tibias fueron servidas a los dos hombres.

Abolfazl, quien, después del segundo vaso, posó delicadamente el recipiente sobre la mesilla y se secó la boca con el dorso de la mano, rompió un silencio sólo interrumpido por el ruidoso sorber de la humeante infusión, y, sin levantar la cabeza, dijo:

—Sabía que vendrías, pero te esperaba antes. Te quedarás aquí el tiempo necesario para que los hombres de Su Majestad se olviden un poco de ti. Después, ya pensaremos.

Tras lo cual, invitó a Hasan a que le siguiese hasta el fondo del jardín, donde estaba disimulado bajo las ramas de un sauce llorón un discreto edificio. Había instalado allí Abolfazl su biblioteca así como

un mapa del universo surcado de signos cabalísticos y planos dibujados sobre tejidos de seda.

—Aquí es donde me gusta retirarme a trabajar. Este sitio me da paz y serenidad. El tiempo que te quedes podrás leer y meditar a tus anchas.

Designando un rincón de la estancia tapado por una cortina:

—He hecho que te pongan una cama y te preparen un sitio para las provisiones...

Levantó sonriente la cabeza hacia el muchacho.

—Como ves, sabía que vendrías.

Fíjate en esta trampilla que hay en el suelo. Es invisible gracias a la alfombra, pero te será útil en el caso de que personas ajenas no deseadas se aventurasen a registrar el lugar.

Bien. Te dejo hasta la noche. ¡Que Alá te guarde!

El hijo de Sabbah juntó las manos e inclinó la cabeza:

—Que el Todopoderoso te colme de favores. Recibe mi agradecimiento por todo lo que haces por mí, Abolfazl.

—¿Quieres ver a esa Zainab comprada en el mercado de esclavos?

—No, amigo mío..., no le digas que estoy aquí.

Acto seguido cerró la puerta gracias a la llave que le había entregado su anfitrión y se tendió en el lecho con objeto de entregarse a un sueño profundo. El dueño del lugar no volvió hasta la puesta del sol, y lo hizo con los brazos cargados de vituallas y bebidas frescas.

—¿Qué tal has descansado? Como ves, traigo yo mismo nuestra cena porque no me gusta que mis criados entren en esta habitación.

Los dos hombres comieron con buen apetito sin cruzar palabra y dejando volar sus pensamientos en alas del canto de un ruiseñor o del pregón de un vendedor ambulante de sandías y melones.

Abolfazl fue el primero en romper el silencio:

—Parece que el sultán y el gran visir te están buscando activamente.

Los piquetes han sido reforzados y tus señas personales transmitidas a los oficiales que guardan las salidas de la ciudad. Incluso se ha ofrecido una recompensa muy tentadora al que permita tu captura.

Hasan había dejado de masticar y, siempre silencioso, miraba a su interlocutor a la espera de otras informaciones.

El adepto al zoroastrismo se interrumpió, aparentemente cortado, y lanzó una mirada furtiva al hijo de Hasan antes de

proseguir:

—Se dice que hay orden de... eliminarte.

Los dos hombres continuaron su comida sin hablar. Compartieron una pera y bebieron un vaso de zumo fresco.

Luego, Hasan tomó la palabra:

—Te estoy muy agradecido por la protección brindada, amigo mío, pero quiero que sepas que me marcharé cuando llegue la noche. No puedo poneros en peligro a ti y a tu familia. Ya encontraré el medio de salir de la ciudad.

—Pero ¿cómo te las arreglarás con los innumerables centinelas y patrullas? ¡No sería nada prudente que te aventurases por Ispahán! Espera algunos días y...

El hijo de Sabbah no le dejó terminar la frase:

—Mi decisión está tomada, la vigilancia de los guardias de Palacio no decaerá tan pronto. No tardarán en registrar tu casa y hallarán forzosamente indicios que permitirán tu detención. Es necesario que me marche.

Abolfazl se encogió de hombros en un gesto de resignación:

—Si tal es tu deseo, no puedo oponerme. Lamentaré tu partida, pero tu decisión es sin duda la de la prudencia.

Se acordó que Hasan saldría de la ciudad dos horas después de los rezos de la noche, momento en que se produce el relevo de la guardia y los soldados aflojan su atención. Con la ayuda de un plano y un mapa el adepto al zoroastrismo indicó al joven el camino que debía seguir. Debería dirigirse hacia el este durante tres días, apartándose de los caminos y de las caravanas, hasta la pequeña ciudad de Nain. Una vez allí, lo acogería un tal Yadollah, un zapatero remendón, primo de su mujer, que tenía tienda cerca de la escuela coránica y donde podría descansar un poco durante cuarenta y ocho horas antes de reemprender la marcha, siempre en dirección este a fin de llegar a Yazd, en los confines del desierto. En Yazd le tenía que entregar una nota a un cierto Vojdan–Alí, herrero establecido a la sombra de la mezquita del Viernes, el cual le daría alojamiento el tiempo necesario para recuperar fuerzas y continuar hacia su destino.

Los dos amigos se separaron con un largo abrazo. Hasan era consciente de que, en lo sucesivo, se iba a encontrar más solo que nunca, armado únicamente de un cuchillo para defenderse en el caso de que alguien tratase de atentar contra su vida.

Una hora le costó llegar al río.

Se arrastró por la orilla atento a cada vibración de las hojas y a la menor sombra que se perfilase bajo una luna a la que cubría un velo. Se desnudó con infinitas precauciones, anudando su cinturón alrededor de sus efectos personales y poniéndose el bulto sobre la cabeza. Lentamente fue entrando en las frescas aguas hasta

sumergirse en el Zayendeh Rud. Se dejó llevar por la corriente, intentando ayudarse, de tiempo en tiempo, con el movimiento de las piernas. Pasó al lado de una gran fogata de ramas secas en torno a la cual se calentaban algunos soldados. Tras no pocos esfuerzos alcanzó la otra orilla del río. Le castañeteaban los dientes, hasta tal punto era intenso el frío de la noche.

Bordeando prudentemente los montes que dominan Ispahán por su parte oriental, y en cuya cima el ejército había instalado un puesto de observación en un antiguo templo del Fuego, Hasan prosiguió su huida, y cuando el sol hizo su aparición en el horizonte, ya se encontraba lejos del peligro.

En lo sucesivo evitó las caravanas, no dudando en esconderse en cuanto percibía el menor movimiento en el horizonte. Hacia mediodía se concedió un descanso a la sombra de una peña, de la que huyeron lagartos y serpientes. Antes de entregarse a una pequeña siesta tomó unas cuantas galletas y un poco de uva. Le despertó la risa sardónica de una hiena, a la que ahuyentó tirándole piedras.

Se le habían agotado los víveres de que le había provisto Abolfazl. Siguió, a buena distancia, una caravana que se dirigía hacia el este, observando los boñigos de los camellos y caballos y los rescoldos todavía humeantes. Sabía que estaba a una hora de los últimos jinetes, que probablemente marchaban a la India o al lejano Oriente.

Atenazado por el hambre, se dedicó a buscar algún hueso mal roído de pollo o cordero que los nómadas hubiesen abandonado con los restos de su comida. Según sus cálculos, debía de estar a una jornada de Nain.

Aquella noche no pudo conciliar el sueño. Envuelto en una tela de lino y algodón, arrimado a una roca, reflexionaba en los acontecimientos que le habían hecho pasar del rango de dignatario al de proscrito y presentía que de aquella situación debía extraerse una enseñanza. Su espíritu divagaba y se sentía ligero como una pluma, hasta el punto de que un soplo celeste lo arrancó de su caparazón humano. Volando por los aires, distinguió, desde lo alto, su pobre cuerpo rendido, arrimado a aquella roca. No tenía en absoluto la sensación de estar soñando sino, al contrario, de estar despierto y libre del peso de una carne que le impedía surcar el aire como deseaba.

Convertido en un espíritu puro, se sorprendió a sí mismo contemplando la cima de una montaña que se recortaba, majestuosa, en el horizonte, y experimentó unas ganas súbitas de trasladarse a ella. Lo que hizo franqueando las barreras rocosas.

Luego, sintió que había llegado el momento de recuperar su

envoltura humana y entró en su cuerpo dormido. Al instante abrió los ojos y vio a su lado un hombre al que no conocía, si bien tuvo la sensación de haberlo encontrado anteriormente. Pobremente vestido, el desconocido, que parecía salido de una época lejana, se dirigió al hijo de Sabbah en estos términos:

—Oh, hijo de Sabbah, a la lucha; convoca tu alma a la línea de fuego.

¿Acaso no somos la flecha y la lanza de los únicos verdaderos creyentes?

Tú no puedes permanecer por más tiempo detrás del negro velo que cubre a la humanidad. Sé, para los hombres que buscan, como la luz de la mañana, esa luz que rasga las tinieblas. Oh, Hasan, amigo mío, soy yo por quien suspiras, yo, el antepasado de nuestra raza, y si tú eres de los nuestros y quieres seguir el camino de la luz eterna con nosotros, nosotros los puros de todos los tiempos y de todas las esferas, no te lamentes, no te arrepientas de nada, tú, que crees haberlo perdido todo, porque tú eres el elegido, a ti te espera una suerte gloriosa, y pronto vas a encontrar a los hombres que te darán fuerzas. Tú conocerás el Secreto de los secretos y, si alcanzas este conocimiento, sabrás que todo el Haber y todo el Consistir de los mundos ¡es menos que nada!

El viejo profeta se desvaneció tan misteriosamente como se había aparecido. Hasan oteó el horizonte y divisó una caravana que desaparecía en la lejanía levantando una nube de polvo.

Luego, se restregó los ojos y se pellizcó la muñeca y el muslo para convencerse de que no estaba dormido. Se sentía débil; diríase que su cuerpo era presa de parálisis. Se levantó con dificultad y buscó entre las piedras una ancha y plana, que desenterró para quitarle el polvo. Sentado a la árabe, y valiéndose de su estilete, grabó minuciosamente el texto que le había transmitido quien él pensaba ser Zaratustra y cuyas palabras habían quedado inscritas para siempre en su espíritu: “El hombre–Dios, el Profeta de los profetas, Zaratustra, el conocedor del camino hacia Dios, así me habló…”.

Terminada la transcripción, envolvió la piedra en un paño, la deslizó entre sus humildes pertenencias y reanudó la marcha hacia el este hasta divisar, al caer la tarde, los primeros minaretes de Nain. Dio gracias a Alá por haberle abierto el camino.

Sin dificultad encontró el tenderete de Yadollah, el zapatero remendón, primo de Abolfazl, establecido en el centro de la población. Supo que el hombre estaría ausente unas horas y decidió esperarlo a unos pasos de allí, bajo una palmera en el jardín de la escuela de Teología. Al cabo de un rato, que se le hizo muy largo, vio un individuo cubierto de polvo que se disponía a entrar en la tienda y supuso que se trataba de Yadollah. Hasan se levantó y dirigió un gesto indeciso al zapatero, quien se detuvo, vaciló un momento y fue a su encuentro. El hijo de Sabbah le mostró el papel arrugado:

—¿Eres tú Yadollah, el zapatero?

El desconocido asintió.

—Vengo de parte de tu primo de Ispahán, Abolfazl, que me ha dado este mensaje para ti.

El hombre lanzó una mirada furtiva a derecha e izquierda y luego, tras descifrar minuciosamente la caligrafía de su primo, observó con desconfianza al protegido de éste y le dijo en voz baja:

—¡Sígueme!

Yadollah, que no parecía muy hablador, condujo al muchacho a través de un laberinto de callejas y jardines, para, finalmente, entrar en un pasadizo cubierto por una bóveda baja y poco iluminada. Desembocaron en un patio al que daba frescor un chorro de agua que desde el centro circulaba por unas acequias que irrigaban un césped medio seco. Una espaciosa vivienda ceñía el apacible lugar.

—¡Bienvenido a esta casa que mi mujer, mis hijos y yo compartimos con mis tres hermanos y sus familias!

A los ojos de Hasan, deslumbrados por la luz de un sol ardiente, les costó trabajo adaptarse a la penumbra que reinaba en la amplia estancia modestamente amueblada.

Una mujer cubierta por un velo corrió a refugiarse en una habitación contigua en tanto que un adolescente de resplandeciente cabello y mejillas adornadas de escasos e indisciplinados pelos salió al encuentro de los dos hombres.

—Este es mi hijo. Se llama Yadollah, como yo.

Luego, dirigiéndose al niño:

—Corre a avisar a las mujeres de este lugar que preparen una cama para Hasan, que es nuestro invitado.

El muchachito no se lo hizo repetir dos veces y desapareció en el acto esquivando los pocos pufs esparcidos por el suelo.

—Yadollah, te agradezco de todo corazón tu hospitalidad y tu ayuda, pero sólo me quedaré una noche. Mañana quiero reemprender camino en cuanto amanezca.

—Haz como mejor gustes, Hasan, pero los amigos de mi primo Abolfazl son siempre bienvenidos en casa.

Durante la cena, el hijo de Sabbah dispuso de todo su tiempo para discutir con los hermanos de Yadollah, uno de los cuales era carpintero, otro alfarero y el más joven, dotado para el dibujo, trabajaba en casa de un miniaturista de la ciudad.

Una muchacha apenas púber, que servía los platos con esmero preparados por las mujeres, sólo tenía ojos para aquel hermoso forastero de Ispahán, lo que provocó la irritación de su padre el carpintero:

—Vamos, Jadiyé, cabeza de chorlito, ¡date prisa y mira lo que haces!

¿No ves que tiras la comida?

El hijo de Sabbah había adivinado que debajo de aquel velo de color rosa se escondía la travesura y le divertía aquella falta de maña, más bien poco frecuente en una muchacha acostumbrada a las tareas domésticas.

Yadollah habló largo y tendido de la vida en Nain, y dejó entender que a los seguidores de Zaratustra se les molestaba mucho menos que en Ispahán.

Hasan escuchó con mucha atención a todos, sin aludir en ningún momento a su huida y destino final de la misma.

Al caer la noche, los habitantes de la casa se retiraron a sus respectivas habitaciones. Hasan compartía la del hijo de Yadollah y otro chiquillo del que ignoraba si era hermano o primo del anterior. Estaba a punto de sumirse en un sueño reparador, cuando sintió una presencia extraña en el cuarto. No hizo movimiento alguno susceptible de informar al desconocido de que estaba despierto y comprobó que los dos niños dormían al escuchar su respiración lenta y regular. Dejó que la sombra se aproximase a su cama y en el momento en que la misma se inclinaba, asió el brazo del intruso para hacerlo caer al tiempo que le tapaba la boca para evitar que se alterase el silencio doméstico.

Con gran sorpresa constató lo pequeño de la estatura y lo sedoso de la cabellera de su agresor:

—¿Jadiyé?... ¿Eres tú?

—¡Ay! Sí. Soy yo. ¡Pero me haces daño!

Hasan la soltó y le preguntó con un tono que quería ser severo:

—¿Qué haces aquí, mocosa?

—¡Chsst! Vas a despertar a mis primos. Sólo quería hablarte.

—Por la misericordia de Alá, ¿sabes que si tu padre se enterase de que estás en mi cama, nos destriparía a los dos? ¿Qué es lo que tienes que confiarme de tanta importancia?

La chiquilla se ajustó los velos y el hijo de Sabbah tuvo la oportunidad de admirar su amplia frente comba.

Ella se arrodilló delante de Hasan, que se había sentado intrigado ante tanta audacia.

—Escucha, amo, creo haber comprendido que estás pasando por una situación delicada.

—¡Eso no es cosa de mujeres, y mucho menos de una jovencita! ¡Vuélvete a tu cama sin más tardar si no quieres que me enfade!

Lo intenso de los murmullos había perturbado, sin duda, el

sueño del más joven de los muchachos, que se dio la vuelta en la colchoneta ruidosamente.

—¡Escúchame antes de enfadarte!

Sé que has huido y que en cuanto amanezca mañana reemprenderás tu camino.

Yo puedo ayudarte a que no te topes con los soldados siguiendo itinerarios que sólo yo conozco.

—¡Qué te parece! ¿Y a qué precio?

—A un precio bien modesto para ti e inestimable para mí: ¡llevarme contigo!

Hasan no pudo reprimir una carcajada, que a punto estuvo de despertar a los ocupantes de la habitación.

—¡Chsst! ¿Por qué te ríes? ¿Qué hay de raro en que quiera salir de esta vida sin horizontes para ir al descubrimiento de los esplendores de la tierra? Tú eres mi única oportunidad... ¡te lo suplico!

—¡Estamos buenos! ¡Por las barbas del Profeta, sin duda es la primera vez que me encuentro con una diablesa como tú! ¡Lo siento, pero tienes que entender que tengo que irme solo y que deberás esperar a que pase otro desconocido para probar suerte!

Jadiyé se puso de repente a aporrear con sus puños el pecho del joven, que la sujetó sin dificultad.

—¡Eh! Cálmate, fierecilla, y vuelve a tu cuarto si no quieres que informe a tu padre de tus proyectos.

Ella se levantó bruscamente en la semioscuridad y, tras arrancarse el velo que retenía su cabellera, dijo:

—Te arrepentirás. Sí, te arrepentirás de no haberme escuchado. ¡Día llegará en que me necesites!

Desapareció en silencio, arrastrando el velo por el enlosado en forma de damero y cruzó la puerta sin siquiera volverse. Fue el canto de los pájaros lo que indicó a Hasan que era tiempo de partir y dejar atrás la quietud matinal de la casa y a Jadiyé, que, sin duda, lo estaría espiando. Yadollah le entregó un saco con víveres y lo encomendó a uno de sus amigos, que salía para Yazd al frente de una caravana. El hijo de Sabbah dijo llamarse Maschalah y ser primo de la mujer del zapatero.

Durante dos días con sus noches, avanzó al ritmo de la docena de camellos y la veintena de hombres y mujeres que componían la caravana, cruzándose de tiempo en tiempo con algún rebaño de corderos trashumantes o alguna larga comitiva de esclavos procedentes del sur y que llevaban a vender en los mercados afganos, turcos o del norte de Persia. Al tercer día, un grupo de militares los detuvo. Los soldados se instalaron alrededor de una fogata y compartieron la comida de los comerciantes, en tanto que el

antiguo consejero real se mantenía a distancia y dispuesto a huir a la menor señal de peligro. Al quinto día, la ciudad de Yazd apareció en el horizonte. Había sido preciso atravesar un accidentado macizo montañoso lleno de acantilados abruptos, escarpados senderos y bestias salvajes. A la entrada de la ciudad tres hombres armados montaban la guardia. Una a una controlaron las mercancías transportadas. Tras recibir del jefe de la caravana algunas monedas de bronce, permitieron al convoy franquear la puerta occidental de la población. Hasan se esfumó y fue en busca de la herrería de un tal Vojdan–Alí. Media hora más tarde estaba bebiendo té en compañía de su anfitrión.

—Dime, Hasan Sabbah, ¿qué tal está Abolfazl?

—Abolfazl está muy bien, ¡alabado sea el Todopoderoso! Me ha ayudado mucho y es gracias a él que hoy sigo vivo.

El herrero miró de nuevo la nota que le había entregado el joven forastero, remitida por su amigo de Ispahán.

—Abolfazl siempre ha actuado mucho contra la injusticia, y dentro de nuestra comunidad zoroástrica forma parte de los poseedores del saber.

Alzó la vista hacia Hasan y prosiguió:

—En Yazd la mitad de la población es fiel a los preceptos de Zaratustra, lo que no nos impide vivir en armonía con los que, como tú, son fieles al Corán.

El hijo de Sabbah asintió maquinalmente con la cabeza, pues su espíritu, todavía atormentado por la herida de la afrenta, sólo se alimentaba del sabor de la venganza, olvidado de la fe islámica tradicional.

Veía de nuevo a Ernich Zarrab, que le había predicado la doctrina de los ismaelitas, a Rahmán, que se había visto obligado a exiliarse en la India, y, en fin, a Abolfazl y sus amigos zoroastrianos, que no vacilaban en ponerse en peligro por protegerlo.

¿Era el hambre, la sed o la fatiga lo que le había permitido oír a Zaratustra, o era verdaderamente una señal del cielo abriéndole otra vía?

Decidió quedarse una semana en Yazd ayudando a Vojdan–Alí en su quehacer diario. Tuvo que aprender a torcer las barras de hierro, atizar el fuego, soportar el ruido ensordecedor de los martillos golpeando el metal.

Por la noche, antes de poder conciliar el sueño, releía en la piedra plana el mensaje recibido en el desierto. Decidió pasarlo a pergamino, para lo cual compró un trozo, que lavó cuidadosamente antes de ponerlo a secar al sol. A continuación, con un qalam y tinta negra copió con sumo cuidado cada palabra de la divina enseñanza.

Antes de marcharse de la ciudad, le dio las gracias

efusivamente a su huésped y le regaló la piedra grabada explicándole su origen. El hombre se quedó boquiabierto y después de examinarla detenidamente clavó sus ojos desorbitados en su interlocutor al tiempo que murmuraba:

—¿Quién eres tú, hijo de Sabbah?

El joven le puso la mano sobre el hombro:

—¡Un hombre que te debe mucho, Vojdan–Alí!

Hasan se había tenido que cortar el pelo, barba y bigote, con lo que había recuperado un aspecto más juvenil, alerta el paso y la mirada impregnada de un brillo extraño. En el momento en que se disponía a traspasar la puerta de la ciudad, se cruzó con un viejo harapiento, aparentemente ciego, que pedía limosna a los que deambulaban por allí: se detuvo, sin saber por qué, ante el hombre de los ojos muertos y arrojó una moneda de plata en su escudilla.

—Gracias te sean dadas, noble extranjero. Que el Todopoderoso guíe tus pasos en el largo viaje que vas a emprender.

—¿Cómo sabes tú que me voy de la ciudad?

—Hay verdades que sólo el corazón puede ver.

—¿Y cuáles son, amigo?

—La serenidad es lo apropiado cuando se tiende a la sabiduría universal. ¿Conoces la montaña de los Leones?

—¿La montaña de los Leones? No, por cierto. Yo...

El anciano le interrumpió:

—Está al norte. Ve en paz. Te esperan allí.

Tras pronunciar aquellas palabras, el hombre se dirigió a otros viandantes, mendigando una moneda o un pedazo de pan y sin prestar la más mínima atención al hijo de Sabbah, quien prosiguió su camino no sin volverse múltiples veces intrigado por la actitud y las palabras del mendigo.

Sentado en una peña, tomaba aliento, pues la escalada del acantilado había sido dura. Estaba tan cansado que su espíritu confuso trastornaba sus sentidos: así, le parecía que andaba en medio de una espesa niebla de la que emergían las laderas escarpadas de unos montes que se alzaban ante él.

Las palabras de Abolfazl bailaban en su mente: “No hay ni virtud ni inteligencia en esos hombrecillos que se creen los príncipes de este mundo”.

Había pagado con su honor el comprenderlas y ahora debía hacer el mejor uso de aquel odio que animaba su alma.

Cubierto de polvo y agotado, divisó a un hombre que venía a su encuentro.

Miró en torno suyo y por más que quiso no vio ningún signo de vida humana en aquel desierto de piedra. Si bien parecía de avanzada edad, el desconocido caminaba con paso ligero. A pocos metros de Hasan le tendió sonriente los brazos:

—Bienvenido, hijo de Sabbah, ¡por fin estás aquí!

¿Desde dónde se habría acechado su llegada y cómo se habrían puesto sobre aviso tan rápidamente?

—¡Gracias por tu acogida, extranjero, gracias! Pero ¿cuál es tu nombre? –se aventuró a decir Hasan.

—¡Mi nombre importa poco! Soy el encargado de llevarte a la entrada del templo donde te esperan los sabios, pues, por fin, ha llegado el momento en que debes ser iniciado en el Conocimiento.

Hasan reanudó la marcha hacia la cima de la montaña siguiendo a su guía, que avanzaba descalzo. No cruzaron palabra el tiempo que duró el paso por un estrecho sendero al cabo del cual se distinguía claramente la entrada de una gruta.

El hombre rogó al hijo de Sabbah que entrase en aquella caverna de paredes lisas y húmedas y en las que estaban suspendidas unas teas encendidas. Éste se adelantó unos metros y se detuvo delante de un personaje que lucía una larguísima barba blanca, el cual con voz grave se dirigió a él:

—¡Bienvenido seas, hermano! ¿Eres tú el que viene de la ciudad que padece el yugo de los invasores malditos?

Hasan asintió.

—¡La paz sea contigo, hijo de la Luz venida de las tinieblas! A ti, que fuiste revelado por Zaratustra, nuestro Profeta, te saludo, en nombre de los Números. ¡Que en tu visión del mundo no haya más ni Finito ni Infinito, que sólo el Amor hecho Templo perdure!... ¡Sígueme!

Le habían hablado en Ispahán de aquella secta de extremistas. El deseo más acariciado de la misma consistía en la desaparición del islam y el restablecimiento de una monarquía irania. Se ensalzaba a Zaratustra mientras se preparaba la venida del Shaoshyant, salvador de los arios, quien, al final de los tiempos, reconocería a los suyos. Los miembros de la secta, llamados caballeros, actuaban con la vista puesta en la creación de un ejército iraní que liberase del opresor al país.

Después de haber recorrido largas galerías apenas iluminadas, los dos hombres llegaron a una puerta custodiada por cuatro colosos armados con arcos, flechas y escudos. Se hizo entrar al joven en una inmensa sala circular donde le esperaba una muy extraña asamblea. Rodeaban la mesa central unos individuos vestidos a la antigua usanza persa en que milenarias tiaras se mezclaban con máscaras de

oro. El que parecía ser el maestre se acercó al visitante:

—Hasan Sabbah, aunque llevas un nombre árabe, sigues siendo el hijo querido de la tierra irania y de Ahura Mazda. Te hemos conocido cuando todavía no eras un hombre, pues los signos favorables te rodeaban. Tu carácter de fuego, tu furor y tu fe en tu país nos han fortalecido en nuestra elección: a ti te incumbe devolver el honor a nuestra raza. Sabemos que eres el hombre que va a preparar el advenimiento de Shaoshyant.

Calló un instante, miró a los miembros de la asamblea y prosiguió:

—Te amenazan grandes peligros, pero al mismo tiempo, si tú lo deseas, serás iniciado aquí en el auténtico Conocimiento, aquel que reside en el mensaje de Zaratustra.

El maestre se levantó y añadió:

—Jamás olvides esto: Mahoma ha sido el profeta de los árabes, Moisés el de los judíos, Jesús el de los cristianos. Pero sólo Zaratustra sigue siendo el único de los únicos, el Verdadero.

Hasan notaba que el corazón estaba a punto de estallarle. El momento era solemne y precioso. Febril, sabía que de la iniciación que iba a recibir dependía su destino. Siguió al maestre a una estancia contigua adornada a la mayor gloria de la Persia imperial.

Leones alados y bajorrelieves se dibujaban a través de los vapores del incienso que se consumía en un altar que habían montado. Siete hombres vestidos de rojo y negro observaban atentamente al recién llegado, en tanto que el maestre le intimaba la orden de mantenerse en el centro de un círculo dibujado en el corazón de la sala. De este modo se fue desarrollando un ritual mágico en que se compartió el pan y el vino colocados en el ara.

Con la ayuda de un puñal de oro se trazó en el espacio que rodeaba a Hasan una serie de signos misteriosos que recordaban círculos, triángulos y cruces.

¿Cuánto tiempo duró la ceremonia?

Hasan no era capaz de decirlo. Puesto a prueba, tanto por el largo viaje que había realizado como por aquellas ceremonias iniciáticas cuyo alcance no podía todavía medir, se desplomó sobre la esterilla de la húmeda celda puesta a su disposición. Las emociones y la falta de sueño le hicieron olvidarse del hambre que lo atenazaba.

Durante un mes iba a vivir a aquel ritmo extraño en que sufrimiento y exaltación se sucedían. Venían a buscarlo no importaba a qué hora del día o de la noche y, después de vendarle los ojos, lo conducían a lugares en que reinaba el olor a incienso y donde personajes salidos de tiempos inmemoriales le interrogaban y le enseñaban los rezos y los gestos sagrados del Conocimiento. Se le privaba de todo alimento, y este ayuno, si por una parte exacerbaba el curso de sus pensamientos delirantes, por otra debilitaba un

cuerpo que unas piernas enflaquecidas apenas sostenían.

Sentado en cuclillas cerca de la estera en que reposaba, había perdido la noción del tiempo que transcurría y, cuando definitivamente desaparecían en él la sed y el hambre, salmodiaba sin cesar aquellas frases tanto y tanto oídas y que se habían convertido en su único alimento:

—Adoramos la memoria de Ahura Mazda para recordar la palabra divina. Adoramos la inteligencia de Ahura Mazda para estudiar la palabra divina.

¿Quién era él? ¿Se acordaba todavía de su nombre?

Trataba de aferrarse a la imagen de Maryam y a la de su hijo, pero los rasgos, apenas imaginados, se desvanecían en el antro del olvido.

Sentía que se transformaba en otro, ese otro a quien se esperaba y a quien se le iba a encomendar una misión.

Aquella mañana fueron a buscarlo como de costumbre, pero no le vendaron los ojos. Su guardián le dirigió una sonrisa que él interpretó como signo de una próxima liberación. Le guiaron hacia una sala que no había visto hasta entonces y cuyos adornos de oro, plata y cristal le obligaron a entornar los párpados, tan insoportable era el contraste con la oscuridad de su celda. Destacando en medio de la asistencia, el maestre, revestido de púrpura, luciendo una tiara aqueménide y sosteniendo un cetro en la mano, hizo señas a Hasan de que avanzase. El joven, sostenido por los dos guías, se prosternó a los pies del personaje, que llevaba una máscara de oro y que le hizo las preguntas rituales. Habiendo obtenido las respuestas deseadas, arrancó los jirones de tela que hacían las veces de ropa en el hijo de Sabbah y lo cubrió con una vestidura blanca ceñida con un cordón rojo.

Un oficiante llevó una pila, que tendió al maestre. Éste cogió una antorcha, que pasó por encima del recipiente haciéndole brotar llamas:

—Nuestro fuego no debe apagarse jamás. Somos los vigilantes de Dios, portadores del mensaje de la Persia eterna. A mí, hermanos, para guardar el Templo.

Los dos guías ayudaron a Hasan a sentarse a la mesa con objeto de que consumiese su primera comida de verdad después de tanto tiempo. Ninguno de los presentes dejó de observarlo mientras mascaba con dificultad un mendrugo de pan y unas cuantas uvas.

Pasado unos instantes, el maestre se quitó la máscara de oro y dijo mirando al auditorio:

—Muy bien, ahora Hasan, hijo de Sabbah, es nuestro hermano. Ha penetrado ya los principales arcanos de nuestro arte.

Luego, dirigiéndose al joven, que había interrumpido su frugal

comida:

—Hasan, ¿estás preparado?

—Sí, mi señor, estoy preparado.

El maestre se hizo llevar un pergamino que desenrolló con precaución, y leyó:

—¡Toda Asia espera un amo! Este amo no deberá reinar desde un trono, sino imponer su omnipresencia por medio de sus fieles. El terror y la muerte deberán hacerse presentes allí por donde pasen sus hombres. Tal es tu misión, hijo de Sabbah.

Hasan puso en tensión las fuerzas que le quedaban para permanecer digno.

El anciano prosiguió:

—¡Tú serás el Príncipe de lo Invisible! Al amparo de nuestra secta has sabido que nuestro propósito no es otro que el de restaurar la religión de los magos de Irán. Queremos que tiemblen los invasores, queremos que renazca la caballería espiritual de nuestra nación. Siempre estaremos ahí, y, cuando te creas abandonado, verás alzarse legiones de fieles.

El maestre dejó el pergamino y miró a Hasan:

—¿Te sientes en este momento capaz de enfrentarte al mundo?

El interpelado, imbuido de una súbita fuerza, respondió con firmeza:

—Señor, formaré el ejército más secreto y más terrible de la tierra.

Mi nombre hará temblar el Oriente de un extremo al otro. ¡Fundaré una orden, más aún, una dinastía!

—Hasan, hijo de Sabbah, la ruta de tu destino pasará por Egipto.

Allí descubrirás otros misterios y aprenderás el arte extraño de las hierbas. Una de ellas se convertirá en arma tuya. ¡Será más poderosa que todas las cimitarras de Oriente!

¡Gracias a tu brazo, su luz brillará de nuevo! Queremos que tiemblen los príncipes árabes, turcos o mongoles y todos aquellos que han pisoteado nuestras antiguas tradiciones. Únete a los cristianos, que son nuestros amigos y nuestros aliados en nuestra lucha contra los árabes y los turcos.

¡Combate la fuerza del león con la astucia de la serpiente! ¡Que nuestro Zaratustra y tu Mahoma te guarden!

Hasan, al emprender la bajada de la montaña de los Leones, se sentía tan aturdido como el que con dificultad sale de un sueño. En el exterior del macizo rocoso reinaba un frío intenso y la nieve se amontonaba en el sendero por el que había subido cuatro semanas

antes. En un recodo del camino divisó al pastor que le había servido de guía hasta la entrada de la caverna, el cual se prosternó a su paso:

—¡Buen viaje, mi amo, y que el Todopoderoso guíe tus pasos!

Hasan le dio las gracias y le preguntó por la ruta del norte. El viejo extendió un brazo hacia la llanura infinita:

—Sé prudente, hijo de Sabbah, pues corres grandes peligros. ¡Que el Todopoderoso te proteja!

Hasan, que tenía frío, apretó el paso. En el momento en que se disponía a morder una galleta, vio a lo lejos una caravana. Dio discretamente alcance a los peregrinos, que se dirigían al santuario de Ghom, en el norte del país, con objeto de honrar la memoria de Fátemeh, hermana del imam Reza, enterrada dos siglos y medio antes. El invierno estaba cercano cuando entró en la ciudad santa. Recordó haberla atravesado en la primavera del año 1075 con motivo de la invitación de su amigo Omar Jayyam con él a reunirse en Ispahán. Ante este pensamiento, lanzó una mirada a la cornalina que llevaba en el dedo y decidió pasar tres noches en aquel lugar antes de llegar a Rey, donde ya nadie le esperaba.

La falúa sacó a Hasan de su ensimismamiento. Tres hombres subieron a bordo, soltaron las amarras y la embarcación se alejó lentamente. Contempló cómo desaparecía por el horizonte y se levantó, dando gracias al Todopoderoso por permitirle aquellos instantes de paz que le traían a la memoria los vividos en Jorasán cuando era estudiante. En aquel tiempo no era raro que durante horas permaneciese encaramado en el tejado de su casa observando la inmensidad de la bóveda celeste y entregado a sus fantasías...

¡Qué lejos le parecía ahora todo aquello!

Capítulo segundo

El exilio

Aquel atardecer del mes de agosto de 1078, Hasan Sabbah y sus compañeros alcanzaban, por fin, la frontera egipcia. A través de ciudades y poblados, la acogida había sido calurosa, afanándose quien más quien menos por estrechar una mano o besar un pie de aquel hombre joven.

—Bienvenido seas, Hasan, hijo de Sabbah. ¡Alabado sea el Todopoderoso por haber guiado tus pasos hasta nosotros!

Los fieles del joven persa abrían paso por en medio de aquella creciente multitud, que a él le parecía tan mísera como la de las comarcas que había atravesado. Los acompañantes escandían frases que la población repetía a coro en honor del visitante.

Aquella gente, ¿era muy distinta de la que había podido observar con motivo de la ejecución de quien habían tomado por él?

Camino de Rey, Hasan se había tomado un descanso en un pueblo cerca de Ghom, donde le informaron de que el traidor de Ispahán llamado Sabbah había sido detenido. La curiosidad del muchacho pudo más que su temor y quiso ver la cara del que había tenido la “mala idea” de parecérsele.

Cuatro patíbulos habían sido levantados delante de la escuela de teología y una muchedumbre ruidosa y excitada se impacientaba.

Un oficial se encaramó al estrado y gritó:

—Alá castiga a los pérfidos y traidores, y estos cinco seres despreciables han conspirado contra nuestro país y nuestro bienamado sultán.

Un clamor malévolo se alzó y gritos hostiles surcaron el aire:

—¡Mueran los traidores!

—De estos hombres, cuatro han querido asesinar a nuestro rey y el quinto juró que lo mataría, lo mismo que a nuestro gran visir. ¡Deben pagar con su vida!

El clamor se hizo más intenso y los cuatro primeros condenados, cuyos miembros estaban trabados con pesadas cadenas, fueron arrastrados hasta la horca, donde los soldados los auparon brutalmente cogidos por el pelo.

Se les pasó una cuerda alrededor del cuello, y un religioso salido de la marea humana y llevando un Corán en la mano se dirigió a gritos a aquellos cuatro infelices:

—¡Arrepentíos! ¡Confesad vuestro crimen! ¡Alá es clemente y misericordioso y os abrirá las puertas de su paraíso!

Uno de los acusados rompió en sollozos y se puso a gritar:

—¡Piedad... piedad!... ¡No he visto nunca al sultán... Piedad!

La concurrencia se puso a reír y le lanzó algunas piedras. Con un movimiento del sable, el general hizo comprender a los soldados que había llegado el momento de accionar las palancas que abrirían las trampillas bajo los pies de los infieles, los cuales patalearon unos segundos antes de inmovilizarse para la eternidad entre la befa de los espectadores.

Le llegó el turno al quinto condenado, que debía de tener una veintena de años. Alto y delgado, llevaba una barba cuidadosamente cortada y un caftán de algodón. Su cabello era negro y rizado y su mirada penetrante sobrevoló aquella multitud que ahora guardaba silencio. Hasan oyó que un hombre de los allí agolpados le decía a su vecino:

—Es el hijo de Sabbah, el antiguo consejero de la corte.

Hasan, sobrecogido e impotente, no apartaba la mirada de aquel inocente.

El oficial dio tres pasos hacia el prisionero y dijo:

—Hasan Sabbah, has proferido amenazas de muerte contra nuestro rey bienamado y su primer visir. Has renegado de su benevolencia y protección. Alá no puede perdonarte.

Hasan hubiera querido gritar, hacer saber que todo aquello no era más que un terrible error, pero era consciente de que le era imposible actuar de tal forma.

Un hombre tuerto y de dientes descarnados vociferaba:

—¡Que le corten la cabeza a ese hijo de puta! ¡Sí, que se la corten sin más tardar!

El hijo de Sabbah no pudo contenerse:

—¿Conoces a ese hombre?

El tuerto soltó una risa burlona:

—¿Es que no has oído al militar?

Se trata de un cierto Sabbah. ¡Un traidor que se proponía exterminar a nuestro rey!

—Sí. Eso es lo que ha dicho el militar... Pero, ¿tú lo conoces?

—¿Yo? No, yo no lo conozco. Pero un herrero que lo había visto en Ispahán lo reconoció formalmente, lo que permitió su detención.

—Y a su madre, ¿la conoces?

—¡No! ¡Pero a qué viene esa pregunta!

—Si no conoces a su madre, ¿cómo puedes saber que es una puta?

—Una cosa sé, forastero: ¡Que tus preguntas estúpidas no van a tardar mucho en irritarme!

Y el individuo se alejó para sumarse al griterío de una multitud delirante.

El general ordenó al condenado arrodillarse delante de un tajo. Se le hizo poner la cabeza sobre un caballete de madera, y un soldado, provisto de un sable, se acercó al joven, que seguía guardando silencio y tenía la vista fija en la multitud.

El militar levantó la afilada hoja por encima del cuello expuesto y a una señal de su superior la bajó rápidamente seccionando, en medio de un silbido, la inocente cabeza, que rodó por el tablado. Oficialmente, Hasan Sabbah estaba muerto. A la sola idea de ello, el muchacho se pasó discretamente la mano por el sudoroso cuello, tragó con dificultad saliva y se alejó del lugar.

Una vez más, aquella noche no pudo conciliar el sueño. Tenía frío y el calor de la lumbre no sirvió de mucho.

Veía el cuerpo decapitado del joven desconocido y sintió que las lágrimas fluían de sus ojos enrojecidos de cansancio. Sus torpes dedos enjugaron en sus mejillas polvorientas el líquido salado que dejaba unos surcos oscuros.

Procuró cerrar los hinchados párpados y se vio como en un torbellino sucesivamente rojo, azul y amarillo, que lo aspiraba. Su cuerpo se hizo más ligero para terminar por desaparecer y abandonar aquella alma atenazada por el dolor de la carne. Podía percibir cada estremecimiento, cada perfume, cada sensación ofrecida por una naturaleza indómita que, por fin, lo consideraba como un recién nacido, dejándolo retozar como al aguilucho fuera de su nido. Cuál no sería su alegría al sentirse tan ligero, tan invulnerable, sin tener que depender ya de los alimentos terrestres y materiales, convertido cada vez más en un espíritu supremo capaz de desafiar vientos y mareas. Una espiral de colores lo atrajo a su envoltura carnal y cuando abrió los ojos, el Profeta de los profetas, el hombre–Dios Zaratustra, estaba a su lado.

—Hasan, ¿quieres que te confíe un secreto muy inferior al de los

Mundos? ¿Por qué el muchacho no dijo ni una palabra antes de morir bajo la cuchilla del verdugo? ¿No te has planteado la pregunta?

Hasan miró a su interlocutor limitándose a menear la cabeza en silencio.

—El hombre era mudo de nacimiento, pero el sayón, cegado por el odio, no vio en ello más que la negativa a confesar. Tu destino, escrito en los astros desde el comienzo de las Eternidades, tenía prevista su muerte para, una vez más, evitar la tuya. Siempre persiguiendo el rostro de Dios, un día pude llenar mi cántaro en su fuente. Acababa de encontrar en la tierra lo que buscaba en el cielo. La bondad divina y el don profético me fueron concedidos y el problema se resolvió para mí, indigno como soy. Yo he venido para anunciar al Salvador, al Resucitador, a Aquel que se encargará de clausurar los siglos. Y tú, Hasan, serás su mensajero.

El hijo de Sabbah sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas y, prosternándose, se dirigió al hombre–Dios en los siguientes términos:

—¡Oh, Señor! Estoy solo en los desiertos. En torno a mí no veo más que bestias feroces y demonios. Los de mi patria no me reconocen. Aspiro a encontrar al hombre perfecto y del hombre mismo, ¿cuándo podré ver su forma gloriosa? Quiero preparar una nueva humanidad, pero ¿habrá alguien en la tierra que alce su voz? Necesito un guía. Tú, Zaratustra, Gran Antepasado, dueño de la duración, tú, que has integrado el seno de la divinidad, ¿me darás el poder y la autoridad? ¿Seré sacerdote y guerrero?

Pues mi lucha es la lucha del hombre en el cielo. Quiero llevar lo Humano hasta el Hombre y llevarlo “hasta las más altas olas de los mares interiores”.

Hasan hundió la cabeza en la arena, sollozando. Sintió que una mano, que no podía ser otra que la del Profeta, se posaba suavemente en su hombro.

Sus dudas se disiparon, su corazón se hinchió de amor, y cuando alzó la cabeza, el ser había desaparecido. Se arropó con su manta y se durmió en un hueco que la erosión había excavado en la roca.

Al día siguiente se unió a una caravana que debía pasar por Rey. Con el alba, la escarcha había blanqueado el pelo de los camellos y la barba de los hombres, que avanzaban encorvados para resistir a las violentas ráfagas de un viento frío procedente de los montes Alborz, en el norte. Hasan se había echado la manta por los hombros y envuelto con trapos los pies. Rezaba sin dejar de caminar, implorando al Todopoderoso y a sus profetas que le concedieran la fuerza suficiente para proseguir aquel viaje hacia la casa de su madre. Dos días con sus noches necesitó antes de avistar los

minaretes de Rey.

Las palabras de Zaratustra eran su alimento: “...tú eres el elegido...

Suerte gloriosa... Pronto encontrarás a los hombres que te dotarán de fuerza... Conocerás el Secreto de los secretos...”.

Hablaba en voz alta, dirigiéndose al Dios del Universo, y su oración era transportada por el cierzo, implacable y silbante.

Cuando se presentó delante de la puerta de la casa familiar, estaba terriblemente enflaquecido. Tuvo que llamar cuatro o cinco veces antes de que el batiente se entreabriera. Tras el chador apareció el ojo desconfiado de su madre.

—¿Qué deseas, extranjero? Yo no soy más que una pobre mujer que llora a su marido y a su hijo. ¡Sigue tu camino!

La mujer volvió a empujar la puerta, que el muchacho bloqueó con el pie.

—¡Espera, madre! ¡Soy yo! ¡Hasan, tu hijo!

La anciana vaciló un momento:

—Mi hijo ha muerto. Me lo han matado. ¡Vete!

—Pero mírame, madre. ¿No me reconoces? ¡Estoy más vivo que el aire que respiras!

La viuda dio un paso atrás. Él se inclinó ante ella y le cogió la mano con intención de besársela.

—¿Hasan? –murmuró la mujer–. ¿Qué milagro ha sido?

—¡El milagro a veces supone la injusticia, madre!

Ella lo atrajo al interior, donde un fuego generoso hacía que reinase un acogedor calor. El korsi estaba preparado y humeaba el té.

Hasan se despojó de su manta y su turbante y rodeó la tetera con sus manos maltratadas por el frío, mientras contemplaba el rostro marchito de la mujer, que se afanaba en silencio.

—¿Dónde están mis hermanos y Masumeh, mi hermana?

La anciana respondió sin dirigir una mirada a su hijo:

—Las cosas ya no son como tú las has conocido...

Se había sentado cerca del samovar y antes de proseguir se bebió un vaso de té. Luego, alzó la cabeza, mirando a su hijo, que se sentaba frente a ella:

—Hace unos días se presentó un hombre. Decía llamarse Mohtachem.

Venía del sur y estaba de paso en Ghom el día de la ejecución. Un hombre de su caravana conocía a nuestra familia. Al llegar a Rey, el extranjero vino a casa para contarme que te habían cortado la cabeza. Dijo que habías traicionado al sultán y al gran visir.

Tomó un nuevo sorbo del caliente brebaje y prosiguió:

—Los hombres son viles e intolerantes. El otro día lanzaron piedras contra el jardín. Nuestro primo el pocero ha dejado de saludarme.

Hasan se entretuvo contemplándose los agrietados sabañones de las manos antes de contestar a la vieja mujer sin dejar de mirarla a los ojos:

—A nadie he traicionado, madre.

Lo que quise fue denunciar a los felones para proteger los intereses de mi país. Pero...

—Pero... no eras más que un ratoncillo ante una manada de elefantes.

¿Nunca cambiarás, hijo mío?

—¿Dónde está Masumeh, madre?

¿Por qué no me has contestado?

—Tu hermana se ha casado. No con un gran señor, como tú querías, sino con una buena persona, un mercader de Rey. El primo de Habibollah.

—¿Cómo se porta con ella?

—Que yo sepa, no tiene quejas.

—¿Y mis dos hermanos?

—El más pequeño se ha ido de Rey con un comerciante que quería abrir un puesto en Ghazvín. Por las noticias que tengo, le va bien, trabaja mucho y gana dinero. El otro es militar. Está destinado en el acantonamiento de Shah Abdol Azim.

Hasan meneó en silencio la cabeza.

La madre prosiguió:

—Y tú, hijo mío, ¡estás, sin duda, casado! ¿Dónde están tu mujer y tu hijo?

Con cierto embarazo habló de Maryam, que debía de consumirse lejos, en su casa de Ispahán.

—Pobre niña –dijo la vieja–. ¿Y tu hijo? ¿Ha salido valiente?

—¡Tan valiente como lo era su padre a la misma edad! –respondió el joven, que, por fin, sonreía–. Maryam espera otro niño. ¡Rezo para que me dé un nuevo varón!

—'Inch.Alá'! –replicó la madre–.

Ya es de noche y tendremos que levantarnos con la aurora, así que coge tu jergón, hijo mío, y ponte aquí, como hacías antes.

Emocionado por recuperar sus costumbres de antaño, Hasan se acostó frente a la puerta, en un rincón de la pequeña estancia. Se

durmió con un sueño tan ligero que el menor crujido habría despertado su atención.

Ahora que estaba de vuelta en su casa de Rey, se imponía la mayor prudencia.

Oficialmente estaba muerto, así que nadie debía verle entrar o salir de la casa de la viuda. Le sería necesario encontrar otro domicilio y se acordó de una dirección que le había recomendado Abolfazl. Hizo el propósito de trasladarse allí al día siguiente sin falta y, ya más tranquilo, se durmió y tuvo un extraño sueño.

Veía dos jinetes, rodeados de un halo de luz, que se venían hacia él.

Los caballos se encabritaron y Hasan preguntó a uno de los dos hombres:

—¿De dónde venís?

—Venimos de una tierra que ha dejado de ser y vamos a un país que va a nacer. Tú, solitario, no te detengas.

Estás aún lejos de haber alcanzado el objetivo y la hora doce se aproxima.

Cuando se disponía a saber más, los jinetes desaparecieron en una nube de polvo.

Hacía ya más de diez días que Hasan Sabbah había vuelto a Rey. No podía salir de casa sin despertar las sospechas de sus vecinos, quienes, por lo demás, se guardaban mucho de lanzarle una mirada a la anciana mujer cuando iba por algo de comida. Él observaba el ir y venir de los desocupados a través de un tragaluz que daba al callejón por donde pasaban los soldados en grupos de a cuatro y hablando ruidosamente. Veía también al aguador de charla con el herrero, que gesticulaba como un muñeco para dar más fuerza a sus argumentos. De repente, algo vino a sobresaltarlo. Delante de la puerta del jardín se recostaba una frágil silueta femenina llevando apretado en sus brazos un niño muy pequeño. Había dejado a sus pies un hatillo y contemplaba inmóvil la casa.

¡Así que Maryam había conseguido salir de Ispahán! Hasan abrió la puerta con infinitas precauciones, y tras cerciorarse que nadie le veía, le hizo una seña rápida y discreta para que entrase. La joven abrió los ojos desmesuradamente como si estuviese viendo a un fantasma, pero no dijo nada. El hijo de Sabbah miró enternecido al niño de mejillas amoratadas por el frío y que avanzaba con pasitos vacilantes y luego se dirigió a su esposa:

—¿Por qué has venido, mujer?

Ella dobló el espinazo, dejó la carga en un rincón, pero no contestó.

El velo, al resbalar sobre sus hombros, dejó al descubierto una larga y sedosa cabellera de azabache, y sus labios, cortados y azulinos, no se abrieron, mientras que su mirada hosca y suplicante esquivaba las preguntas del joven.

—Siéntate delante del korsi y caliéntate al manghal.

Maryam tomó al niño en sus brazos apretándolo contra su pecho en tanto que su esposo le servía, por primera vez desde su casamiento, una taza de humeante té. Luego, le dio una galleta que ella compartió con su hijo, y repitió la pregunta:

—¿Por qué estás aquí? ¿Quién te ha dicho que vinieras?

Con voz apenas audible, respondió la esposa:

—Mi madre me ha echado de casa...

—¿Por qué te ha echado de casa?

Maryam agachó la cabeza.

—Dice que... insultaste al sultán y a mi tío abuelo... que no eres más que un perro. Me puse a llorar, protesté. “¡Tú tampoco eres más que una perra, hija mía! ¡Vete!”, añadió.

La muchacha estalló en sollozos.

—¿Con quién has venido?

—Con una caravana que se dirigía hacia el norte. Mi primo me encomendó al jefe. El camino ha sido largo y penoso. ¡Hemos pasado tanto frío! He estado a punto de perder a nuestro hijo.

Hasan seguía al muchachito, que, andando a gatas, se metía entre los muebles, luego tuvo un gesto de lo menos frecuente, que sorprendió a Maryam. Le puso una mano sobre el vientre y dijo:

—Lo noto moverse. ¡Será robusto!

En cuclillas frente a la bella, cogió su rostro entre las manos y murmuró:

—¿Qué se dice en Palacio de mi partida?

—No lo sé. Mi madre me tenía prohibido salir de casa. Gritaba, vociferaba, diciendo que la desgracia y la vergüenza habían caído sobre ella y su descendencia.

—¿Has vuelto a ver a mis amigos?

¿Qué ha pasado con mi criado?

—Asad se despidió al día siguiente de tu marcha. Sólo Laleh y Omar han venido a llorar conmigo.

Hasan volvió a incorporarse, dio una vuelta por la habitación, contempló la cornalina en su dedo anular, cerró el puño derecho y lo encajó en su mano izquierda.

La puerta se abrió dando paso a la viuda de Alí Sabbah. Maryam se levantó y fue a arrodillarse a los pies de la anciana, que lanzó una

mirada de interrogación a su hijo.

—Madre, te presento a mi mujer y a mi hijo. Han hecho un largo viaje para llegar hasta ti.

—¡Levántate! –ordenó secamente a la muchacha, que había vuelto a coger al niño en sus brazos.

La anciana acercó la lamparilla de aceite y escudriñó ambas caras:

—Si tú los quieres a tu lado, bienvenidos sean; si no, se quedarán esta noche y mañana reemprenderán camino en cuanto amanezca.

—Madre, esta mujer lleva otro hijo mío en sus entrañas. Déjalos quedarse a tu lado. Maryam podrá ayudarte en el quehacer diario.

La madre salió de la habitación sin decir palabra, lo que significaba su consentimiento.

Poco después se sentaban todos a la mesa y observaban al pequeño Mohamad dormido en un jergón cerca del fuego.

Dos golpes sordos retumbaron en la puerta. Hasan se asomó cautelosamente a la ventana pero no vio nada. La tarde daba paso al crepúsculo, que envolvía personas y cosas en un manto de oscuridad. La nieve había dejado de caer y sólo algunas sombras furtivas se deslizaban a lo largo de las paredes. Hasan consiguió distinguir dos formas humanas inmóviles que esperaban, en medio del frío, a que la puerta se abriese. Llamó a Maryam:

—Sal y pregunta qué quieren. Sé prudente y no digas en absoluto que estoy aquí.

La muchacha se echó el velo por la cabeza y se cubrió con un chal de lana. Al abrir la puerta, una bocanada de aire helado penetró en la habitación. De vuelta dijo apresuradamente con los labios amoratados por el frío:

—Son dos hombres que quieren verte. Les he dicho que habías muerto.

—¿Son militares?

Hasan, inquieto, decidió actuar con la mayor prudencia ante el temor de que se tratase de espías a sueldo de los turcos.

—¿Te han mencionado algún nombre?

—Uno dice ser amigo tuyo. Llamarse Ra... Rahmán, creo.

—¡Por Alá y su Profeta!

¡Rahmán! ¡Hazlo pasar y rápido!

Un instante después pudo contemplar a la luz de la lamparilla al

ismaelita, cuya barba, cejas y bigote estaban cubiertos de escarcha.

Los dos hombres se abrazaron con fuerza.

—¡Por la bondad de Ismael, Hasan, amigo mío, mi hermano, qué alegría volverte a ver!

—Rahmán, ¿es posible? ¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—No he dejado de seguirte en espíritu desde tu huida de Ispahán.

Abolfazl nos ha tenido informados de tu periplo. Uno de mis maestros en la India estuvo a tu lado, en la montaña de los Leones. Sabíamos que no podías morir en Ghom.

—¿Y eso por qué, amigo?

—Los maestros nos dijeron que semejante cosa no estaba escrita en los astros.

—¿Llegas de la India?

—¡Qué va! Vengo de Bagdad. Pero déjame que te presente a mi compañero.

Este es Mumin.

Mumin tenía cara de asceta, una tez como de cera y negra perilla. Una expresión de sufrimiento animaba su mirada y sus manos huesudas presentaban largos dedos ensortijados que se movían sin cesar y recordaban los tentáculos de un pulpo.

Hasan invitó a los dos hombres a que se calentasen mientras Maryam preparaba el té. Mumin seguía sin pronunciar palabra y no apartaba la vista del hijo de Sabbah, quien empezaba a inquietarse.

Rahmán se dio cuenta de ello:

—Mumin es un servidor de nuestra causa.

Éste se dirigió, por fin, a su huésped con una voz monocorde y apenas audible:

—Trabajo desde hace muchos años con el jeque Abdel Malik Attach, que es el superior de los ismaelitas en Irak y que ha oído hablar de tu gran valor frente al tirano selyúcida.

Sé que has recibido la iniciación de los caballeros de la montaña de los Leones, cuya lucha está próxima a la nuestra.

Juntó las manos, se pasó maquinalmente la lengua por los labios y prosiguió:

—Tu rango, oh, Hasan, es en lo sucesivo superior al mío. Tus conocimientos y tu erudición hacen de ti un hombre de extraordinaria valía y de quien tenemos necesidad para nuestra causa. Por lo mismo, si lo deseas, es posible para ti unirte a ella. Activamente.

Hasan miró a Rahmán, que no decía nada, y luego le preguntó al hombre de rostro anguloso:

—¿Adónde quieres ir a parar, Mumin?

—Aquí, en Persia, tu futuro, por el momento, no es nada glorioso.

Existe un país en que tu presencia sería mucho más útil y enriquecedora.

Un país que necesita hombres como tú.

Aquellas palabras le trajeron a la memoria otras que pronunciara, un día, el traidor que había provocado su caída.

—¿También tú vas a adularme con objeto de que me maten?

Rahmán lo interrumpió:

—Hasan, te recuerdo que Mumin es un amigo, prudente y digno de nuestra confianza.

—Perdóname.

Mumin alzó la mano dando a entender que no estaba ofendido.

—Dentro de unos días mi maestro estará en Rey. Vendrá a verte y te informará sobre este porvenir que te aguarda. Pero hay que estar preparado por medio de la oración y la meditación. Tú posees la luz que guiará el rebaño de los fieles.

El jeque Attach tenía una cara redonda que animaba a veces un candor casi juvenil a pesar de su avanzada edad. La extremada movilidad de sus ojos le daba un aire de animalejo acorralado. Una decena de fieles se sentaba en el duro suelo de la casa de Hasan, y Abdel Malik Attach, que continuaba de pie, contemplaba al hijo de Sabbah prosternado.

—Levántate, Hasan. Levántate. Y siéntate a mi lado.

Rahmán observó a su amigo mientras respondía a las preguntas del dignatario. ¡Cómo había cambiado desde Ispahán! Su rostro se había hecho más grave, más fascinante, sin duda por el extraño resplandor que brillaba en sus ojos. ¿Parecía más cruel que inspirado? ¿Más visionario que astuto? Nadie permanecía indiferente a aquel carisma y el jeque no era una excepción:

—Hijo de Sabbah, ¿te sientes ya preparado para enseñar la palabra divina?

Hasan se arrodilló:

—Te lo imploro, haz de mí un predicador del ismaelismo y yo me esforzaré por extender a mi alrededor con la ayuda de Alá la buena doctrina, así como el mensaje de los sacerdotes de la montaña de los Leones.

El superior para Irak de los ismaelitas puso afectuosamente su

mano en el hombro del joven:

—La tarea no será fácil pues habrá que afrontar al enemigo que merodea en torno nuestro. A lo largo de cada día que Alá te ofrezca habrás de estar ojo avizor y no dudar en repudiar precisamente a aquellos que te son caros y que podrían, a veces muy en contra de su voluntad, perjudicarte.

Durante una semana, Hasan se encontró en diferentes lugares con el jeque Attach, con quien conversó, estudió y rezó.

—Sé humilde y serás un buen predicador –le decía éste–. Aquí no tienes nada que hacer en lo sucesivo. Tu vía está trazada, tú lo sabes, y te ha sido mostrada en la montaña de los Leones: debes marchar a El Cairo. En el transcurso del viaje, que promete ser largo, habla a quienes encuentres.

Diles la verdad que deben oír y, en nombre de Ismael, reúne a los fieles.

Pasaron días y semanas. Durante su periplo, Hasan se detenía a menudo a predicar, con fe y perseverancia, la palabra que le había sido revelada.

Había cambiado mucho, y los surcos que cruzaban su rostro no habían alterado en modo alguno la belleza de sus rasgos, añadiendo, quizá, cierto misterio a la expresión de su mirada. El año 1078 estaba en sus comienzos cuando llegó a Azerbaiyán. Una comunidad ismaelita de las inmediaciones del lago Orumieh le dio cobijo. Allí permaneció cerca de un mes a causa de las nieves que impedían avanzar por unos caminos de difícil acceso. En el curso de su peregrinación se había hecho acompañar por un grupo de creyentes que lo seguían a pie, unos; otros, a lomos de borrico. Supo que un anciano y un recién nacido habían muerto y, por primera vez, debió celebrar un oficio de difuntos. Hablaba con tal fervor y vehemencia, que algunos, escuchándolo, caían de rodillas, en tanto que otros lo hacían a su paso. Con frecuencia la fama le precedía y respetables dais ismaelitas le atribuían facultades sobrenaturales.

En Alepo les lanzó una advertencia en forma de discurso:

—Amigos míos, mis hermanos, el Turco sigue siendo fuerte y no admite que se pueda glorificar al Todopoderoso de manera distinta a la suya.

Los sunitas han torturado y asesinado a los nuestros y no han vacilado, en algunos pueblos, en violar a nuestras mujeres y masacrar a nuestros hijos.

Tenemos que agruparnos para luchar contra la dominación del

tirano extranjero. ¡Alertad a nuestros hermanos! ¡Armad sus brazos! ¡Y resistid!

¡Resistid al impío y al invasor! Yo os prometo la victoria de la verdad.

En Ispahán apenas se daba oídos a los comentarios de algunos que aseguraban haberse topado con el hijo de Sabbah, más vivo que el sol y predicando la doctrina ismaelita. Unas arcas del Estado casi vacías y un enemigo que amenazaba las fronteras del imperio habían hecho olvidarse al sultán y a su gran visir del que creían muerto desde hacía tiempo.

En los días finales de la primavera, Hasan y sus fieles cruzaron Tierra Santa. Decidieron tomarse un descanso en Acre, donde, durante varios días, pudieron contemplar a placer la inmensidad azul del Mediterráneo, límpida y deslumbrante bajo un sol resplandeciente. Bordearon la costa por Cesarea y Ascalón hasta Gaza, donde acamparon bajo un cielo estrellado. Hasan estaba desvelando a sus compañeros algunos secretos que guarda la Vía Láctea, cuando fue interrumpido por un hombre a quien no había visto jamás y que se mantenía apartado del grupo, reunido alrededor del fuego.

—¿Eres tú Hasan Sabbah, el predicador ismaelita?

—Yo soy –respondió éste–. ¿Qué quieres de mí?

El hombre se acercó y las llamas iluminaron su rostro polvoriento y enmarcado por unos bucles castaños y rebeldes.

—Quiero unirme a ti.

—Acércate. ¿De dónde vienes?

—Soy natural de Hamadán. Hace semanas que te busco.

—Siéntate y comparte nuestra frugal comida.

—Gracias te sean dadas, maestro.

Nuestra secta sólo esperaba tu luz, por eso me he propuesto acompañarte hasta el final de tu viaje. Ya no estamos lejos ahora.

—¿Cómo lo sabes, amigo?

—En los pueblos por los que he cruzado se cita tu nombre y los dais no te olvidan en sus plegarias. Ruegan al Todopoderoso que te proteja para que puedas llegar rápidamente a los confines de la tierra egipcia.

El hijo de Sabbah le dio un apretón en el brazo al desconocido, luego se levantó y se retiró a unos pasos de allí para meditar recostado en una peña. Daba gracias a Alá por haberle permitido adquirir el conocimiento precioso e imploraba al Todopoderoso que

siguiese insuflándole aquella fuerza que le iba a permitir cumplir sin sufrimiento su destino. En sus sueños sentía a menudo la presencia bienhechora y protectora de Zaratustra, cuyos mensajes le daban ánimo para continuar la larga y abrumadora ruta.

Tres días después, cuando se disponía a entrar en el territorio de Egipto, sintió el eco de las palabras del gran maestre de la montaña de los Leones: “Tú descubrirás otros misterios. Tú aprenderás el arte extraño de las hierbas”.

Se detuvo, silencioso, ante aquel desierto infinito e inmaculado que, en el horizonte, se confundía con un cielo vaciado de su azul por un calor tórrido.

Capítulo tercero

La rivalidad

Desde su llegada a Egipto, fiestas, discursos, intercambio de regalos y banquetes suntuosos se sucedieron bajo el gran pabellón del jerife Tahar Kawinmi, en presencia del gran maestre de la logia de El Cairo, superior de los dignatarios ismaelitas.

Una escolta de doscientos jinetes armados acompañaba a la veintena de dais que habían salido a recibir al hijo de Sabbah, aquel joven persa de veintidós años a quien nadie había visto nunca, pero de quien todos hablaban desde hacía meses.

Hasan, que antaño estudiara árabe, lo había practicado poco. Leía el Corán sin comprender todas las palabras ni todas las sutilezas. Pero tras sus etapas en Bagdad y Damasco, había hecho tales progresos, que al llegar a Egipto era capaz de mantener una conversación aceptablemente y a veces de poder prescindir de un intérprete.

El nuevo universo en que se introducía le fascinaba y deslumbraba.

Ciertamente, Persia había sido invadida cuatro siglos antes por las hordas árabes, por las legiones turcas a continuación, y aquellos ocupantes habían llevado consigo un poco de su cultura y de su civilización, pero no era poco lo que todavía separaba al pueblo persa del egipcio: la manera de adornarse, la alimentación, la arquitectura de las mezquitas y de las casas, los ritos protocolarios.

Hasan no se separaba de la compañía de Tahar, hijo de un ministro del Califa. El joven egipcio, que no sabía ni una palabra de persa, hablaba a base de muchos gestos. Cuando no se comprendían, su intercambio verbal se terminaba generalmente con una sonora carcajada.

La sobriedad en el vestir de Hasan contrastaba con el esplendor de su compañero. Colgaban de su cuello y brillaban en sus dedos numerosas joyas. En cuanto a su purasangre, estaba dotado de una silla de montar ricamente adornada de plata y oro.

La travesía del Nilo se había hecho en barco. El hijo de Sabbah no salía de su asombro ante aquella embarcación de dimensiones imponentes capaz de dar cabida a hombres, caballos y mercancías en gran cantidad.

Tenía que reconocer que los egipcios aventajaban a los persas en no pocos terrenos.

La ciudad que tenía delante se extendía por el oeste y el sur hasta perderse de vista. En cada esquina pululaba un mercado; al pie de cada casa se abría un tenderete; en cada barrio se erguía una mezquita. Miles de personas iban y venían en todas direcciones

hablando fuerte y haciendo gestos expresivos. Aquí y allá, en medio de un estruendo ensordecedor, se vendían montañas de fruta y verdura, carne de todo tipo, pescado cubierto de moscas, dulces, tejidos, herramientas y piedras preciosas. Lo mismo que en Ispahán, circulaban los soldados, corrían los niños y los perros vagabundos huían de las pedradas de los más ociosos.

La gente había formado espontáneamente calle a todo lo largo del cortejo que entraba en la ciudad con objeto de honrar la llegada de Hasan a los gritos de “¡Dios es grande!”, “¡bienvenido entre nosotros!”. La procesión no tenía fin. El Cairo parecía mayor que todo lo que él había visto o podido imaginar hasta entonces. Los edificios parecían más altos, las casas estaban admirablemente pintadas. Los jardines y los parques públicos eran más pequeños que los de Irán, y los árboles y las plantas más raros. A Hasan le asombró la presencia de innumerables animales en las arterias de la ciudad: camellos a cientos, elefantes, caballos, vacas, pero igualmente especies que no había visto hasta entonces y que estaban, ya encadenadas, ya en jaulas: osos, monos, leones y tigres, a todos los cuales los niños azuzaban con palos. Una serpiente gigante hizo echarse a un lado al caballo del joven. Tahar se rió de buena gana y le puso afectuosamente la mano en el hombro en señal de protección.

En aquel mismo instante, una llamarada enorme salió de la boca de un individuo que tenía un jarro en la mano.

Hasan dio un respingo.

—¡Es un mago! Tenemos muchos aquí.

Más lejos, un hombre con un reptil enrollado al cuello se entretenía besándolo en las fauces. En otro sitio, otro animal de cabeza plana se movía fuera de una urna al son de una flauta, escena que ya había visto Hasan en Ispahán. El ruido era intenso, la polvareda omnipresente. Nubes de ella se elevaban en el aire para ir a caer otra vez tiñéndolo todo de ocre, beige y gris. Los olores eran nuevos para el joven persa. Hasta él llegaban los de una tahona o los de almendras tostadas o, a mayor distancia, los de carne a la brasa o leña recién cortada.

Luego, todo se fue haciendo más tranquilo. Una hora más tarde, las arterias eran más anchas, el polvo menos denso, menos estridentes los gritos, la luz del día más viva, mayor la distancia entre casa y casa. A medida que la comitiva avanzaba hacia poniente, éstas se volvían más fastuosas, las mezquitas parecían mejor decoradas, los soldados, más numerosos.

Tahar comentó a su compañero:

—Aquella es la mansión de mi padre. Pronto llegaremos. Estás en tu casa.

El lugar que se le ofreció a Hasan ante su vista era paradisíaco. Se oía el canto de los pájaros, había flores por todas partes hasta perderse en la lejanía y muchachas que brincaban con la cabeza

descubierta.

A la entrada de la residencia, cuatro guardias nubios enormes, el arco al hombro, lanza en mano y vestidos con una túnica amarilla y con sandalias de cuero, permanecían inmóviles bajo un sol que caía a plomo, semejantes a estatuas pintadas en negro por un artista de la época de los grandes faraones.

El personal en pleno estaba delante de la entrada que daba acceso a la propiedad: secretarios, criados, jardineros, guardas, así como eunucos, astrólogos, músicos, artistas y sabios.

—Mi padre, que es muy mayor, descansa a esta hora. Así que yo te haré los honores de la casa y ya lo verás esta noche.

Hasan Sabbah se adelantó a caballo al lado de su amigo, mientras el resto de la comitiva les seguía a pie y al son de los tamboriles. El parque parecía gigantesco. Un jardinero que había trabajado largos años en la corte del sultán Alp Arslan había diseñado aquel maravilloso lugar. Flores, cenadores, macizos de árboles, estanques, jaulas de pájaros, canalillos y animales domésticos conferían al conjunto un aire tranquilo y armonioso, que el viajero apreció en todo su valor. Por un instante se creyó en el Palacio del sultán, deambulando entre la residencia de Omar Jayyam y la del gran visir.

Se instaló a Hasan en una casa de cuatro habitaciones cuyas ventanas daban al parque. Con gran sorpresa constató que el Nilo se extendía ante él hasta perderse de vista.

—Aquí estamos en una isla muy grande: el río se divide en dos brazos; al otro lado comienza de nuevo el desierto, que llega hasta Libia.

Se había puesto a disposición del joven una docena de criados que iban afanosos de un lado para otro respetuosamente encorvados ante él. Tahar había pensado en todo. Un hombre de edad, que tenía nociones de persa, hacía de traductor y facilitaba la tarea de unos y otros. En otro tiempo había estado embarcado en un esquife y surcado el golfo Pérsico pescando perlas y coral. Al cabo de diez años había vuelto a Egipto tan pobre como el día de su partida. No obstante, le habló con entusiasmo al hijo de Sabbah de Aden, Omán, Lengeh, Buchir, Bahrein y Basora, otros tantos puertos en que había hecho escala.

—Allí me encontré incluso con cristianos que venían de Europa.

Eran muy altos, tenían la piel y los cabellos claros y los ojos azules.

Ellos rezan a su Dios de una forma distinta que nosotros...

—¿Es verdad que llevan una cruz alrededor del cuello?

—Sí, pero no todos. Algunos la llevan cosida a sus vestiduras, otros, pintada en una pieza de metal, y todavía hay otros que hacen

una señal con la mano, la cual se llevan a la frente, al corazón y a los hombros. Es muy curioso.

Sin duda Hasan se había rozado con cristianos en Bagdad o en Damasco o incluso en Palestina sin advertirlo.

Recordaba las palabras del maestre en la montaña de los Leones: “Ellos son nuestros amigos y nuestros aliados en nuestra lucha contra los árabes y los turcos”.

El hijo de Sabbah se entretuvo paseándose a grandes y lentos pasos por el parque. A aquellas horas de la canícula todos hacían la siesta. El sol estaba en el cenit y valía más andar a la sombra de los grandes árboles. No había conseguido dormirse y reponerse de las fatigas de su largo viaje a pesar de que se había tendido unos instantes en su esterilla. Las imágenes se atropellaban en su cabeza, demasiados acontecimientos se habían producido desde su precipitada salida de Ispahán y su espíritu no había recuperado todavía la paz. Estaba en tierra de promisión, grandes cosas tenían que desarrollarse allí. Sentía la urgencia de vivirlas.

Sin hacer ruido se deslizó fuera de la habitación. Anduvo en dirección del gran río, que fluía majestuosamente de sur a norte. No se veía ni la más mínima embarcación, ni corría el menor soplo de aire. Silencio absoluto. Incluso los pájaros dormían.

Bajó hasta las márgenes y, viendo que no había nadie, se quitó la ropa y se introdujo en la corriente. Se sentía feliz. El contacto del agua tibia sobre su piel le encantó. Dejó flotar de espaldas su cuerpo con los ojos cerrados, mientras alguna que otra nube pasaba sobre su cabeza. Un leve crujido lo sacó de su sopor. Miró hacia la orilla: un hombre viejo se encontraba allí, sentado cerca de su ropa y mirándolo con ojos maliciosos:

—No te vayas muy lejos. No estás solo en el agua. Hay cocodrilos que duermen con un ojo abierto. No se les ve por lo general, o demasiado tarde.

¡Más vale ser prudente!

Poco después, el criado acompañaba al hijo de Sabbah de regreso a su morada:

—El amo te recibirá con la puesta del sol. Te presentará su familia, sus amigos.

Hasan vio que le habían dejado fruta así como ropa ligera comprada en su honor. El dueño de la casa había dispuesto también que le llevasen un cofrecillo con joyas. No daba crédito a sus ojos. No se podía comparar con los pocos trajes que Omar Jayyam había puesto a su disposición a su llegada a Ispahán. Había allí, exquisitamente colocados sobre banquetas, lechos y cojines, pantalones, túnicas, babuchas, cinturones, turbantes, fulares, pañuelos y cintas de los tejidos más raros y de cambiantes colores: sedas, terciopelos, algodones, bordados, lino de Cachemira, hilos de

plata y oro de Persia, lana cardada e incluso estolas de pieles preciosas.

En una mesilla baja, una arqueta de una exquisita madera con incrustaciones de pedrería multicolor atesoraba broches, collares, zarcillos, sortijas, dijes, brazaletes de oro finamente cincelados y cuajados de diamantes, rubíes, esmeraldas, zafiros y turquesas. Nunca hasta entonces había contemplado Hasan tantas maravillas, excepto en la persona de Malek Shah.

En una copela de alabastro se habían dispuesto collares de ámbar y de perlas, algunas de las cuales eran negras. Alargó con precaución la mano con objeto de palpar con la punta de los dedos aquel tesoro y comprobar que era de verdad. Hasan no había llevado nunca alhajas y no tenía intención de hacer una excepción para su huésped.

Incluso las sedas más delicadas y los tejidos más refinados le molestaban, pero, en aquella ocasión, ¿qué hacer?

Todos los trajes eran a cual más bello, del mejor corte y bordados con infinito esmero.

Una voz interrumpió sus divagaciones:

—Nadie los ha llevado hasta ahora.

Son para ti y nos harás a todos un gran honor dignándote vestirte con ellos para saludar a mi padre y a sus amigos.

Hasan dio las buenas tardes al jerife Tahar y le prometió mostrarse a la altura de las circunstancias.

—Pondré mi mejor empeño... Nunca había visto atavíos semejantes, ¡es magnífico! Pero, por las barbas del Profeta, no sé qué ponerme.

El hijo del ministro no esperaba otra cosa: se acercó a su amigo, palpó varias túnicas, revolvió entre los pantalones, cogió unos cuantos cinturones y finalmente dijo:

—Esto es lo que te va. Yo llevo lo mismo. ¡Nos tomarán por mellizos!

Y los dos se echaron a reír. El traje era de seda, y las tonalidades rosa, amarillo pálido, verde claro y turquesa se armonizaban perfectamente.

El cinturón, de terciopelo con piedras cosidas en el tejido. El turbante terminaba en un penacho de pavo real al que se sujetaba un pequeño diamante rosa.

Tahar añadió sin dejar de sonreír:

—Te aconsejo que te pongas estos pendientes y prendas este alfiler en la parte delantera del turbante. El brazalete es muy bonito, llévalo, lo mismo que esos collares de perlas finas que te recordarán a tu país pues proceden de las cálidas aguas cercanas a las costas de

Persia.

Hasan se vistió despacio y con esmero. Temía romper la tela de lo delicada que era. La túnica resbaló por su cuerpo con suavidad y era tan ligero el pantalón abullonado que no tenía la sensación de llevarlo. En cuanto al turbante, su peso no era superior al de una hoja de pergamino. Las babuchas no eran de esparto como en Irán, sino que tenían las suelas de cuero y la parte superior de un tejido bordado y cuajado de diminutas piedrecillas.

Estuvo dudando delante del cofrecillo con las joyas. Su amigo le había aconsejado algunas, pero a Hasan le parecían demasiado llamativas y prefirió prender en su turbante una rosa que le recordaba los tesoros de su país. Renunció a llevar pendientes y a ponerse collar alguno ni pulsera.

Varias veces pasó y volvió a pasar por delante del espejo instalado entre las dos ventanas de su habitación. No se reconocía. Estaba demacrado, unas profundas ojeras habían hecho su aparición y su tez se había oscurecido.

Aquel larguísimo periplo de varios meses lo había marcado y padecía de insomnio. A medida que se acercaba a su objetivo se sentía más inquieto.

Estaba casi tan delgado como cuando abandonó la montaña, cerca de Yazd.

Había tomado por costumbre comer poco, dormir poco y rezar cada vez más, en cualquier momento del día o de la noche, a pie o a caballo, durante el baño o leyendo un manuscrito.

—¡Implora a Ahura Mazda dondequiera que estés! ¡Busca su clemencia y su protección! ¡Sírvele!

La voz suave y mesurada de su viejo maestro le había acompañado hasta las mismas puertas de Occidente.

La mansión del jerife Ibn al–Thami era digna del palacio del rey selyúcida de Ispahán. Todo era allí luz y oro. El salón donde Hasan fue recibido brillaba de mil destellos, cual un inmenso sol en que centelleasen una multitud de diminutos espejos que, delicadamente tallados, tapizaban sus paredes.

En el centro y sobre un sitial instalado en medio de un estrado se sentaba el dueño de la casa: el hombre parecía un pequeño gnomo con la piel picada de viruelas. Sus dientes eran amarillos y sus ojos minúsculos se hundían profundamente en sus cuencas.

Una gruesa nariz, unos labios carnosos y una barba y cabello blancos adornaban aquel semblante duro y marcado por los estragos del tiempo. Su negro ropaje de seda aparecía cubierto de joyas y era tan recargado su turbante que recordaba un portador de signos. El

ministro de gastos y consumo se levantó y bajó dos peldaños en dirección de su invitado. Le abrió los brazos y los dos hombres permanecieron abrazados breve rato. El dueño de la casa era, después del califa y del gran maestre, el primer personaje del ismaelismo y uno de los más poderosos del reino. Acogiendo a Hasan, cuya reputación le había precedido, y brindándole su hospitalidad, había adquirido todavía mayor importancia. La ocasión de aquella presentación oficial del joven persa a su familia y a sus íntimos era lo bastante excepcional como para que se hubiese ataviado con todas sus galas y atributos.

Tahar se había revestido de su indumentaria de ceremonial y puesto sus joyas más preciadas. Ibn al–Thami se apartó con su hijo y su invitado a un rincón de la estancia donde se habían dispuesto unos cuantos cojines. Una treintena de personas acudieron a presentar sus respetos a los allí reunidos: hermanos, medio hermanos, otros hijos, primos, cuñados, sobrinos, familia política y amigos.

Hasan se llevó la sorpresa de encontrar a tres personajes que hablaban un persa irreprochable y que hicieron de intérpretes. Después de las fórmulas de cortesía acostumbradas relativas al viaje, la salud y la comodidad de su alojamiento, el anciano le hizo saber que todo estaba dispuesto para su presentación en la corte del Califa en cuanto el potentado lo permitiese.

Una vez que todos se hubieron sentado, los criados llegaron con bandejas repletas de manjares muy del gusto del joven invitado: faisanes y garzas, gacelas del desierto y antílopes, así como verduras de extraños aromas: hinojo, berenjenas, hojas de parra y frutas procedentes de los más remotos lugares: melones, sandías, plátanos y caquis. Un punto en común con los fastos de Ispahán: todo el mundo se limpiaba los labios con el dorso de la mano o con la manga y eructaba con alborozo una vez terminado el plato.

Esta manera de manifestar satisfacción siempre le había chocado a Hasan, que no era nada partidario de semejantes demostraciones en público, si bien formaban parte de los cumplidos para con el anfitrión a fin de expresarle el placer que se experimentaba compartiendo su mesa.

La comida, que duró dos horas, se vio varias veces interrumpida por panegíricos a cargo de poetas, por danzas llenas de fascinación ejecutadas por artistas que cubrían sus cuerpos con velos multicolores y cuyos movimientos dejaban entrever sus formas, ya unos pechos agresivos, ya unas piernas perfectas. Músicos y domadores de animales también hicieron su aparición, y el viejo ministro parecía encantado con aquellos intermedios.

Luego, a un gesto de su mano, todo el mundo desapareció.

Ibn al–Thami estaba cansado y se despidió de Hasan deseándole las buenas noches. Su hijo Tahar acompañó a éste algunos pasos por el parque y lo invitó a una cacería para el día siguiente, pero el persa declinó el ofrecimiento pues prefería

consagrar ese tiempo a la meditación y a centrarse después de aquellos festejos.

Los dos jóvenes se abrazaron y se separaron. Hasan caminó todavía largo rato por aquel gran jardín que se extendía más allá del recodo del río.

De vez en cuando se detenía para contemplar la luna, que se reflejaba en el agua. El ruido de un pez contra una barca lo hizo sobresaltarse. Estaba consciente de que lo seguían, no para vigilarle, sino para protegerle de un eventual peligro. Se había levantado una suave brisa que hacía balancearse en la noche azul los inmensos álamos. Instantes parecidos los había vivido a lo largo del Zayendeh Rud, que corría por detrás de la mansión de Jayyam, pero allí los perfumes nocturnos eran más embriagadores.

Aquí, a pesar de la magnificencia del sitio, se echaba a faltar aquellos olores enardecedores e inefables.

Durante horas se entretuvo contemplando el ir y venir de las falúas al sur del parque. Tres sombras discretas habían seguido sus pasos fuera de los límites de la propiedad del jeque, pero Hasan no lo había tomado en consideración. Descubría otro mundo, un pueblo que vivía de las riquezas del agua, contrariamente a Ispahán o a Rey, donde la gente no conocía más que el polvo de los campos. Un solo punto en común: el charloteo, los gritos, las órdenes surcando el aire por todas partes. Había niños chapoteando y salpicándose unos a otros, mujeres que, cubiertas por el velo, lavaban la ropa en cuclillas y con los pies dentro del río.

Hasan había ayunado todo el día sin probar una gota de agua. Las pruebas por las que había pasado en la montaña de los Leones lo habían curtido y la copiosa comida de la víspera, debilitado. De repente sintió un poco de frío. El sol comenzaba a ponerse lentamente. Los días iban acortándose y el follaje de algunos árboles ya había adquirido ciertas tonalidades amarillas y naranjas. Decidió regresar.

Su única colación al caer la noche, la tomó a solas con Tahar. El joven egipcio, tras las consabidas cortesías relativas a la salud y el alojamiento, le habló del califa:

—No esperes encontrarte con un personaje tan joven y fuerte como pueda serlo el rey selyúcida instalado en el trono de Persia.

—¿Es muy mayor? ¿Está enfermo?

—Ciertamente ya no es muy joven, pero todavía va de caza, se baña en el río y de tiempo en tiempo rinde culto a algunas muchachas. Yo más bien diría que no está del todo bien.

—¿Y cuál es su enfermedad?

Tahar dudó un instante y respondió:

—No está lo que se dice verdaderamente enfermo... Más bien, cansado de espíritu. A veces se le ocurre decir cosas fuera de razón.

Hasan no insistió y bajó púdicamente los ojos. ¡Así pues el califa fatimí estaba loco!

El hijo del ministro prosiguió:

—Deberé ponerte al corriente de lo que pasa en Palacio, pero, por lo que más quieras, guarda el secreto. Mejor será que estés informado antes de conocer a los otros dignatarios.

El califa Mostansir es nieto del más grande de los reyes que la corte de Egipto haya conocido en siglos, el califa Hakim, que fue un hombre sabio y perspicaz, reinó largo tiempo y guerreó lealmente. Hakim rechazó siempre el yugo de los turcos, al contrario de los reyes abbasíes de Bagdad, que se pusieron bajo el escudo protector de sus generales. Hakim no cesó de considerar a los abbasíes como unos saqueadores y unos jugadores de ventaja que ayudaban a los selyúcidas a aprovecharse de los inestimables tesoros de tu tierra y del Afganistán. El califa Hakim, a pesar de estar muy enfermo y de sus intermitentes crisis de demencia, Dios lo tenga en su seno, supo proporcionar todo su brillo y toda su magnificencia a mi país. Las artes y la arquitectura, el auxilio a los más desvalidos, la modernización del ejército, la traída de aguas, todo se lo debemos... ¡Que en paz descanse!

El joven se tomó un respiro, se comió un dátil y puso manos a la tarea de contarle la historia del reino. El bienamado soberano estaba gravemente perturbado, como lo había estado su padre, a quien hubo que eliminar antes de que cumpliese los treinta años. La familia de Tahar venía estando al servicio de los califas desde hacía generaciones y lo venía haciendo con lealtad y dedicación. Su padre había conocido tres reyes y aportaba su experiencia al soberano actual. Cuando Mostansir sucedió a su progenitor, no estaba lo suficientemente preparado, su educación no había terminado todavía, era muy joven. Muy pronto, el padre de Tahar se dio cuenta de que padecía trastornos mentales, que hablaba solo, que tenía fuertes dolores de cabeza. Un día, preocupado, se atrevió a preguntarle. La contestación del joven rey fue muy clara:

“Escucho a mi abuelo y hablo con él”.

Fue la consternación de la corte y de sus allegados. Se tomó la decisión de no hablar de aquella enfermedad, pero el secreto fue mal guardado. El superior de los ismaelitas veía en ello un signo de Dios y quería destituir al rey. Al–Thami, por el contrario, deseaba protegerlo, rodearlo de cuidados y favorecer a su descendencia puesto que todo hacía pensar que sus hijos estaban totalmente sanos. Hacía años que, al califa, no estando ya en condiciones de seguir dirigiendo el país, para gran júbilo de sus enemigos, había habido que buscarle un hombre fuerte: al–Yaiush fue el elegido.

Tahar esbozó para Hasan el retrato del poderoso jefe de los ejércitos:

—Nació cristiano en las montañas del Cáucaso. No se parece a ninguno de nosotros: alto, delgado, el pelo muy negro, pero los ojos de un azul mágico; tiene la piel casi blanca; no lleva barba, tan sólo bigote. Nada se sabe de sus padres ni de su familia, pero algunos armenios de El Cairo y otros venidos de Siria han confirmado que su verdadero nombre era Bedressi y que había empezado la existencia como esclavo en casa de un rico comerciante de Damasco.

De gran inteligencia, supo ganarse la confianza de su amo, se ocupó de sus asuntos y demostró que era un excelente administrador. Declarado libre, aprendió a leer y escribir y se interesó en lenguas extranjeras, especialmente turco y persa; se inició también en las artes de la guerra y, habiéndose mostrado valiente en el combate, a los treinta años fue nombrado gobernador de Damasco. Allí es donde adoptó –o se le dio– el nombre de Bedr al–Yemali, que quiere decir “astro de belleza”. Ya verás, es muy guapo. Es algo que no se le puede negar. Se ha convertido al ismaelismo y tengo que reconocer que es uno de los más fervientes adeptos a nuestras creencias. El califa Mostansir, teniendo necesidad de un buen estratega para su ejército, que tenía litigios fronterizos con los turcos y los abbasíes, convocó al gobernador de Damasco y le propuso convertirse en el jefe de sus ejércitos. Bedr se encerró tres días en casa del gran maestre de la logia con objeto de reflexionar y dar una contestación: aceptó.

—Y todos los egipcios, ¿lo han acogido bien?

—Por supuesto era un extranjero que venía a dar órdenes a los soldados y oficiales del califa. Pero, sobre todo, también era un enemigo de los turcos y eso contaba antes que nada en aquella época de tensiones. Nombrado emir, tomó el nombre de al–Yaiush, fue colmado de honores y favores, se enriqueció rápidamente y sus eventuales adversarios, especialmente los antiguos jefes del ejército, acabaron por aceptar esta situación sin decir palabra. Algunos emires hubieron de someterse a regañadientes, ya que había entre ellos antiguos generales que habían servido a Hakim y no aceptaban ser gobernados por un antiguo cristiano que hablaba árabe con acento extranjero y pronunciaba todavía ciertas palabras a la turca.

—¿Y entonces?

—Entonces, astuto y listo como era, convocó a todos los jefes guerreros del reino para hablarles y adularles. Todos se presentaron a la llamada, sin faltar uno. En su honor les dio una fiesta que duró tres días y, en la noche del tercero, cuando todos estaban ahítos y cansados, ordenó a sus hombres de confianza, una especie de guardia personal que se había traído con él de Damasco, que les cortasen la cabeza a todos. Y aquel festín terminó en un mar de sangre. Todos los testigos de la fiesta, mujeres, artistas, criados, todos fueron masacrados y hoy no queda ningún superviviente.

—Y el califa, ¿qué dijo?

—Pasado el momento de sorpresa, felicitó a su nuevo emir afirmando que su abuelo lo había visitado en sueños una vez más y había aprobado aquella matanza por el bien de la nación. Es de señalar que, a partir de aquel día no ha vuelto a haber ninguna rebelión entre los jefes militares, ninguna pelea entre los ministros, ninguna rencilla entre los consejeros del califa.

Este último se ha ido apartando poco a poco de la vida activa del país sin aparecer más que de vez en cuando con motivo de determinadas ceremonias y dejando, por así decir, en manos de al–Yaiush las riendas del Estado.

De modo que hay que poner en su haber la paz que reina entre nosotros, el muy floreciente desarrollo económico, especialmente con los demás países ribereños del Mediterráneo, y una mejora de las condiciones de vida en todas las categorías de ciudadanos, con la práctica desaparición de los pobres.

En cuanto a lo último, Hasan se mantenía bastante escéptico, pues lo que rápidamente había percibido la antevíspera en las callejuelas de El Cairo le demostraba que la miseria, al igual que había visto en Damasco, en Bagdad, lo mismo que en Rey o Ispahán, seguía haciendo estragos, y que este azote había existido siempre desde que el mundo es mundo.

—Háblame de los hijos del califa.

¿Cuántos son?

—Ha tenido ocho, de los cuales tres varones, pero el benjamín murió de una caída del caballo hace tres años. Todo el mundo se había percatado de que se parecía a su padre. Hablaba solo, se reía sin motivo en mitad de una comida y le gustaba exhibirse desnudo delante de los invitados del soberano. Era un excelente jinete, pero ese día montó al revés cogiendo al animal por la cola. Éste partió como un rayo hacia el desierto y por la noche volvió solo. Encontraron el cuerpo del joven príncipe tres días después con el cráneo fracturado por la caída y medio devorado por las fieras. Hubimos de ocultarle la verdad al califa y el emir salió del trance con su acostumbrada habilidad.

Desde entonces, y en señal de duelo, Mostansir ha dejado de llevar joyas y de cortarse las uñas y aunque han pasado años sigue muy afectado por esta pérdida y, a veces, en mitad de una comida o durante la noche, grita su nombre y se deshace en llanto.

Hasan puso una mano en el hombro de su amigo y, a su vez, le contó cómo le había sucedido lo mismo a Malek Shah cuando aún reinaba su padre en Persia. El hijo mayor se ahogó en el río a la edad de cuatro años. Al día siguiente del drama, el príncipe reanudó su vida habitual: “Un niño que se ahoga trae desgracia a la familia.

Habría sido un mal soldado y un mísero sultán. ¡Haz otro

rápidamente!”, le había dicho su padre. Pasado un año, el príncipe le dio un nuevo nieto a Alp Arslan, y otro más poco después.

—Omar Jayyam me dijo que nunca lloró a aquel hijo muerto y que nunca volvió a hablar de él con nadie.

—Este personaje es tan terrible como cuentan los cronistas.

—Tienes razón. Es un hombre duro, autoritario y violento, tanto con los que están a su servicio como con su propia familia. Es temible. Ha hecho ejecutar a un pobre diablo en mi lugar. Cuando supo la verdad, según me han contado, se volvió loco de rabia y mandó decapitar al oficial responsable del error. Parece ser que había dicho a sus cortesanos: “¡Coged a ese individuo! Lo quiero vivo. ¡Yo mismo lo cortaré en pedazos!”. ¡No sé quién de los dos ha perdido el juicio, si tu rey o el usurpador que ocupa el trono de Persia!

Los días transcurrían apacibles.

Cada mañana los mismos criados despertaban a Hasan con fuentes de fruta y refrescos y le preparaban el baño.

Cuando Tahar tenía tiempo acudía a saludar a su amigo y lo invitaba a alguna cacería, un paseo en barca o, si se terciaba, a una carrera de caballos o de dromedarios. Pero el persa declinaba siempre estas invitaciones, pues prefería emplear el tiempo en meditar, leer, redactar textos. Iba a la casa de las ciencias y se pasaba las horas muertas leyendo obras científicas y religiosas. Para su gran sorpresa, pudo constatar que los eminentes persas Razi y Avicena habían sido traducidos al árabe, lo que le encantó.

Hasan discutía a veces hasta la caída de la noche con los dais y los fieles presentes. El edificio se alzaba a unos cientos de metros del lugar de residencia del hijo de Sabbah.

Constaba de dos pisos y lo remataba una cúpula oval. Su total blancura y sobriedad rayaban en lo austero. Un estanque y varios macizos de rosas y de lilas lo rodeaban, y en sus cuatro esquinas crecían otros tantos álamos gigantes cuyo follaje azul verdoso proporcionaba gran frescor. Los árboles, de una especie rarísima, habían sido donados y transportados por un ismaelita que vivía en las estribaciones del Himalaya. Tenía algo de milagroso que hubiesen resistido el viaje, razón por la que los fieles acariciaban sus troncos cuando pasaban ante ellos.

Hasan gustaba de meditar bajo sus ramas temblorosas: aquellos árboles, esbeltos y sólidos, le recordaban Persia, su juventud en Jorasán, los parques de Ispahán.

La casa de las ciencias era a un tiempo lugar de culto y oración, centro de estudio y de investigación gracias a los miles de libros allí conservados y lugar de iniciación al esoterismo. Allí pasaba Hasan las

mañanas y las tardes sin hacer ruido y tratando de pasar desapercibido entre los fieles. Pero en cuanto lo reconocían, la gente lo rodeaba a la escucha de su saber. Él transmitía la palabra sagrada, interpretaba los textos según sus convicciones, daba consejos, contestaba a las preguntas que se le hacían. Cada vez que un fiel quería tomar la palabra, lo invitaba a acercarse, a sentarse a su lado y se disponía a escucharlo. Le ponía afectuosamente la mano en el hombro y el diálogo se entablaba a veces hasta la caída de la tarde.

No obstante, Hasan deseaba ir más allá en sus investigaciones, quería ver vivir y trabajar a la gente, observarla. Un día se abrió a Tahar:

—Quisiera ir y venir por tu ciudad como lo hacía en Ispahán.

—Tendrán que acompañarte mis hombres. Debes ser muy prudente, puede uno toparse con alguna sorpresa. Encontrarse con emisarios de Malek Shah o de su gran visir, con adversarios de nuestra religión ¡o simplemente con fanáticos!

Así fue como algunas tardes, cuando el sol calentaba todavía y la ciudad permanecía soñolienta antes de los primeros frescores crepusculares, Hasan y tres guías recorrían las arterias más sombrías y tortuosas de la urbe, discutiendo con unos, escuchando a otros y predicando la buena doctrina a quien quería prestarle atención.

Algunos habían oído hablar de él, otros lo descubrían por primera vez.

Algunas puertas se le abrían, otras permanecían obstinadamente cerradas.

—Allí vive un judío. Aquí, es un cristiano. Este es armenio...

Era durante aquellas largas caminatas por aquella ciudad que se extendía mucho más allá de los dos brazos del río cuando Hasan se sentía bien.

Trataba de encontrar puntos comunes con Rey o Ispahán. Una primera cosa le había sorprendido inmediatamente:

La enorme diversidad de tipos humanos.

Se daban todas las razas en las calles de El Cairo, lo que no era el caso de Persia, excepción hecha de los caravaneros procedentes de la India o del Pamir, de Arabia o del Cáucaso. Aquí, todos eran sedentarios, todos tenían sus tiendas y, sin embargo, no todos eran árabes. Algunos comerciantes eran negros, lampiños, muy altos y de crespos cabellos.

Más lejos, los había rubios, de nariz fina, labios delgados y ojos a veces azules, a veces verdes. Podía encontrarse obreros de ojos oblicuos y pómulos salientes, rostros cobrizos, pelo graso, venidos de sus lejanas mesetas asiáticas. Los había pelirrojos, con feas protuberancias en la cara, y ojos claros; morenos de nariz aguileña, piel blanca y cabello corto y liso. Esta población sólo tenía un rasgo

en común: todos hablaban árabe y la gran mayoría participaba en los rezos colectivos a la llamada del almuédano.

Los mercados y las tiendas, si bien ofrecían los mismos productos que en Persia, tenían en todo caso mercancías que Hasan no había visto hasta entonces. Sólo sabía de su existencia a través de sus innumerables lecturas.

Excepto algunos manjares nuevos que había descubierto en casa de su huésped, había habido que explicarle cómo se comían las nueces, los mariscos o incluso las alcachofas. Lleno de curiosidad ante sus descubrimientos, siempre quería saber más y preguntaba mucho, lo que maravillaba a la población, que, al fin, veía a una personalidad importante interesarse por los problemas del pueblo, compartir sus comidas y conversar largamente con ella. Hasan procuraba ir modestamente vestido en su deambular por los zocos, pero hasta su ropa más humilde había sido cortada por los sastres de Tahar en los tejidos más refinados. De modo que le era muy difícil pasar desapercibido, sobre todo cuando lo acompañaban los tres guías que hacían las veces de guardias de corps y treinta pasos atrás otros hombres delegados por Tahar vigilaban las idas y venidas del joven persa. Lo que más había sorprendido a Hasan era lo inmenso de la muchedumbre, que si en Ispahán se contaba por centenares, en El Cairo se evaluaba por miles cuando el espacio y la disposición de las casas lo permitían. Las viviendas tenían a menudo dos plantas y a veces más, y en todas las ventanas, en todos los balcones había ropa tendida y gente hablando a gritos. Resultaba difícil abrirse camino por las callejuelas.

Los borricos y las mulas tenían dificultades para pasar con sus pesadas cargas. Aquella superpoblación, en un primer momento había asustado un poco al hijo de Sabbah, acostumbrado como estaba a la tranquilidad. En cuanto traspasaba los límites de la propiedad de su huésped y franqueaba el último portal, se sentía asaltado por el ruido y el polvo, una especie de tierra muy fina y rojiza que se le pegaba a la piel y que eliminaba por la noche gracias a un baño muy reconfortante y en el que con frecuencia le sucedía quedarse dormido.

Así pues, en el transcurrir de los días, sin descuidar en nada sus deberes para con el ministro Ibn al–Thami y su familia, repartía armoniosamente el tiempo entre sus estudios, sus lecturas en la casa de las ciencias y sus largos paseos por aquella urbe de la cual aún desconocía no pocos barrios y misterios. Para no hacer en menos a su amigo Tahar, aceptaba de tiempo en tiempo acompañarlo en la caza con halcón en el desierto, navegar por el Nilo y bañarse en sus aguas profundas o cabalgar hasta las Pirámides, que tanto admiraba y tanto le inspiraban y desconcertaban a veces. La esfinge le intrigaba, pero aquella idolatría no le apasionaba en absoluto. No obstante, el trabajo colosal de los hombres y arquitectos que habían concebido tales maravillas, le dejaba mudo de admiración.

Cierto día Hasan vio interrumpida su meditación por el estruendo de unas grandes voces al que siguió inmediatamente una agitación tumultuosa. Divisó a lo lejos la marcha de una comitiva. Se oyeron gritos ordenando que todos se preparasen para el paso de una eminente personalidad de la corte.

Hasan, rodeado de Ibn al–Thami y otros dignatarios ismaelitas, esperaba no sin impaciencia conocer al hombre más temido de todo Egipto, hasta tal punto se sabía los poderes que le habían sido conferidos por el califa, tan importantes e incluso extravagantes.

El clamor se fue aproximando y Bedr al Yamali hizo su aparición precedido por cuatro hombres sable en mano y cuyos torsos tapaban enormes escudos. Era tan bello e impresionante como lo había descrito Tahar. Hasan se sintió inmediatamente subyugado y pudo comprender que aquel hombre despertase la admiración de todos los que le rodeaban. La robustez de sus miembros estaba en perfecta consonancia con su rostro anguloso, donde el destello de un diente recubierto de oro, joyel supremo en una boca de sonrisa inmaculadamente blanca, reavivaba el resplandor de inteligencia y crueldad que brillaba en su mirada esmeralda.

La quincena de soldados que seguía al jefe de los ejércitos se inmovilizó y al–Yaiush se adelantó hacia Hasan, que no se había movido.

—¡Bienvenido seas a este país y entre nosotros, oh, maestro! –dijo al joven, haciendo una profunda reverencia.

Hasan se inclinó a su vez, irguiéndose a continuación sin apartar la vista del rostro del hombre que lo medía con la mirada.

—¿Tendrías inconveniente en acompañarme un rato por estos jardines?

Me gustaría charlar contigo de algunos temas.

—Estoy a tu disposición.

—Te doy las gracias por ello.

La comitiva se puso en movimiento; Ibn al–Thami y los dais ismaelitas se disponían ya a seguir a los dos hombres, pero el emir al–Yaiush les dio a entender con un gesto de la mano que deseaba pasear solo al lado del hijo de Sabbah. Se dirigieron hacia unos bosquecillos y avenidas que parecían haber sido trazados por una mano divina.

—¿Estás satisfecho con todo lo que se ha puesto a tu servicio?

—Enormemente, permíteme que te lo agradezca. La acogida ha sido muy calurosa y la fe de todas estas personas es inquebrantable, alabado sea Dios.

—Sé que te han abierto las puertas de la casa de las ciencias y que pasas allí mucho tiempo, todas las mañanas y a veces noches enteras. Las enseñanzas que recibes ¿son de tu agrado?

Aquella casa, Hasan la conocía ya en todos sus rincones, puesto que, alternativamente maestro y alumno, enseñaba y aprendía. En el subsuelo se encontraba una sala donde se desarrollaban las últimas enseñanzas. Hasan había descubierto bajo el altar de los sacrificios un subterráneo que unía aquel lugar con el Palacio del califa. Creyó oportuno confiar tal descubrimiento al emir, pero vio que el semblante de éste se ensombrecía.

—Venerado seas, mas no olvides que hay verdades que no debes saber. Tú no ignorarás mi poder en este palacio.

Tengo la obligación de ejercerlo con objeto de proteger al califa contra sí mismo.

Hasan no dijo nada, pero lanzó una mirada interrogadora a su interlocutor:

—Supongo que lo habrás sabido por los que te han acogido desde que honras nuestra ciudad con tu presencia.

El califa, que Alá guarde, vive atormentado. Como sabes, cree que lo visita el alma de su abuelo. Hay ocasiones en que la razón lo abandona; ese es el motivo de que yo haya tenido que adoptar ciertas medidas llegado el caso de que el soberano se viese incapacitado. Las normas de vida en esta corte, al igual que la disposición de ciertas construcciones, las he concebido con el fin de evitar que corra peligro la paz que reina aquí.

El emir odiaba tener que justificarse, y Hasan lo comprendió un poco demasiado tarde. Percibió cierto fastidio en el tono del hombre hacia el cual ya no sentía ninguna simpatía.

—De todas formas –prosiguió al–Yaiush– habrá que pensar en la sucesión del califa algún día, y si su estado continúa degradándose, ese día podría no estar lejano.

Hasan había captado todas las sutilezas disimuladas en aquella réplica.

El armenio tenía, sin duda, puesta la mirada en el lugar que dejaría el monarca después de su muerte.

—¿No tiene el califa Mostansir, que Alá guarde, dos hijos, según me han dicho? –se aventuró a decir el persa.

—Cierto, le quedan dos, los príncipes Nizar y Mostawili, que Alá bendiga.

—Entonces la sucesión no tendría por qué generar ningún problema insoluble –se atrevió a añadir Hasan.

Al oír estas palabras el general se detuvo. Con mirada más sombría que nunca se volvió hacia Hasan y le espetó casi sin poder contenerse:

—Estos asuntos no te incumben, maestro bienamado, y la realidad no es tan fácil de entender...

Tales palabras las pronunció inclinándose respetuosamente.

—Me incumbe a mí, como jefe de los ejércitos de este país, así como a determinados ministros de este gobierno, tomar las decisiones que sean beneficiosas para el futuro de nuestro pueblo.

Se inclinó de nuevo, pero esta vez más levemente:

—Venerado maestro, tengo que dejarte. Esta conversación me ha enriquecido. ¡Bendito seas!

Hasan le dirigió un signo de paz y el emir llamó a uno de los soldados del jardín. Inmediatamente la escolta acorazada surgió a paso de carrera; Sabbah vio desaparecer por el recodo de un macizo al jefe militar seguido de sus hombres.

El persa tuvo la extraña sensación de que un nuevo Nezam–ol–Molk dormitaba, tal vez, en aquel hombre. ¿Un enemigo? No todavía, pero sí ciertamente un rival.

Capítulo cuarto

El hachís

Las semanas transcurrían apaciblemente. Hasan repartía su tiempo entre la casa de las ciencias, las innumerables bibliotecas y algunas cortas excursiones por el valle del Nilo.

El clima, en aquel otoño del 1078, se había vuelto mucho más benigno, aunque muy húmedo. El hijo de Sabbah no acababa de descubrir, en la gigantesca metrópoli, las mil y una facetas de El Cairo debidas al encuentro de tres civilizaciones: la oriental, que había impregnado toda su juventud; la occidental, que, a través de las numerosas obras que leía, le apasionaba y la africana, que no conocía y le deparaba grandes sorpresas.

De vez en cuando se cruzaba con Bedr al–Yemali, pero sus saludos eran breves y cautos: ninguno de los dos apreciaba al otro y la arrogancia del armenio terminaba irritando al persa. Sus poco frecuentes conversaciones se limitaban a unas cuantas palabras de cortesía, a consejos de prudencia y a la inminente eventualidad de

una audiencia ante el califa.

Tahar le había informado que Mostansir estaba en cama desde hacía un mes y que médicos griegos, de paso por la ciudad, le habían encontrado profundos trastornos, excesivos cambios de humor, momentos de intenso abatimiento y estados de anormal exaltación, todo lo cual requería descanso y tratamiento adecuados. Todo era posible a partir de aquella situación visto lo extremadamente caprichoso de la salud del soberano, y sus dos hijos permanecían a su cabecera la mayor parte del tiempo.

Hasan tenía la impresión de que se le ocultaba la verdad, pues incluso el hijo del ministro de gastos y consumo se manifestaba con frecuencia muy reservado en sus respuestas acerca del estado general de Mostansir y su eventual sucesión. Aunque Tahar era amigo suyo y los dos jóvenes tenían muchos puntos en común y grandes afinidades, el egipcio dudaba en responder a las preguntas de Hasan. Tahar pensaba que valía más situarse del lado del comandante en jefe de los ejércitos y aceptar sus miras sobre el futuro que ponerle obstáculos.

Al no ser el ex bibliotecario de Malek Shah más que un extranjero, le parecía evidentemente vergonzoso para un cairota tener que confirmar que su soberano estaba loco. Por la misma razón, Hasan tocaba el tema muy raras veces. Éste sabía que sus más mínimos desplazamientos eran espiados y objeto de informe en altas instancias. Por prudencia, ponía al corriente a los que le brindaban hospitalidad de lo que se proponía hacer y de sus visitas, y se esforzaba en respetar escrupulosamente sus itinerarios, que podían ser ya a una mezquita, ya a una biblioteca, ya a una escuela de teología o quien dice a unos vestigios antiguos. Sus dos pasiones seguían siendo la gran biblioteca, fundada cien años atrás por el califa Aziz, o la un poco más reciente debida a su hijo Hakim, el abuelo de Mostansir, que encerraban obras de excepcional valor. Situada una al lado de otra en el Viejo Cairo, la primera atraía cada día a centenares de investigadores, filósofos, sabios, traductores y extranjeros de paso por la ciudad. El establecimiento albergaba un millón seiscientos mil volúmenes, de los cuales más de veinte mil trataban de viajes y geografía y seis mil quinientos de ciencias matemáticas. La gran biblioteca era sobre todo famosa por su inmenso mapamundi pintado sobre seda blanca y en donde estaban representados continentes, países, mares, ríos y grandes rutas junto con montañas, ciudades santas y otras con sus nombres caligrafiados en caracteres de oro.

Hasan pasaba horas enteras delante de aquella colosal obra de arte aprendiéndose de memoria los lugares e impregnándose día a día de la cartografía del mundo entre Atenas y la India. Tratados e instrumentos de astronomía, globos celestes, antiguos pergaminos egipcios, poemas redactados en persa de Tabaki, Rudaki y Ferdowsi, dibujos, tratados de arquitectura, llenaban todas las salas de aquel imponente edificio custodiado día y noche por soldados armados.

También estudió Hasan los Coranes de Abol–Abbas Mohamed ben Yazid al–Mobarrid y de Yarir ben–Attiya Jatafa, muertos cuatro siglos antes, y tradujo al persa el ‘Libro de las hierbas’ de Gyas al–Din Razavi, que le fascinó. Criticó las “reglas de la vida” de Ahmed al–Mohamad ben Yacub ben Miskawayh, que consideró poco acordes con la ética de un buen musulmán.

El hijo de Sabbah supo por su amigo Tahar que el califa Aziz había comprado a precios muy altos todas las obras publicadas durante los veinte años de su reinado. Del islam entero, agentes y emisarios le hacían llegar todo lo que había sido redactado por la mano del hombre, no sólo libros y pergaminos, sino también cartas, autógrafos y dibujos firmados.

La segunda biblioteca, más pequeña, contenía alrededor de seiscientos mil documentos. El califa Hakim había querido constituir lo que él llamaba al “Palacio del saber” y, excepto dos globos, uno de plata y de un precio incalculable, ideado por el Barmecida Halid, y otro de cobre que había pertenecido a un príncipe kurdo, todas las obras trataban únicamente de ciencia, religión y filosofía. El establecimiento estaba cerrado cuando llegó Hasan a El Cairo, pero éste recibió autorización para ir y venir a su antojo a condición de que lo hiciera acompañado solamente por sus dos ayudantes. Altercados que se transformaron rápidamente en peleas y éstas en refriegas habían obligado al gobierno egipcio a prohibir su entrada durante años. En efecto, determinados tratados eran considerados blasfematorios por los doctores de la religión, otros eróticos y atentatorios a la dignidad del Profeta y otros, en fin, demasiado tolerantes y proselitistas para ciertas religiones extranjeras.

Hasan constató además que se habían arrancado páginas, dañado seriamente otras, rasgado dibujos y tachado frases con pintura para que no se pudieran leer.

Tahar le explicó:

—Mi padre me ha dicho que algunos poemas francos o latinos incitaban al desenfreno, insultaban a nuestro Profeta y lo representaban como un diablo o un ángel negro, lo que es intolerable para un musulmán. Las autoridades religiosas de la época habían rogado al califa que quemase aquellos volúmenes, pero Hakim se negó pretextando que no se destruye lo que ha creado la mano del hombre. Así que fue necesario cerrar todas las salas.

Desde su llegada a Egipto, Hasan había cambiado mucho. Las arrugas le surcaban la frente y numerosos pliegues enmarcaban su mirada hipnótica.

¡Cuánto camino recorrido desde su fuga de Ispahán, ante las mismas barbas del sultán! Había sufrido infinitamente, pero también había aprendido mucho y su corazón había hallado la paz gracias a la llegada de Maryam y sus dos jovencísimos hijos, Mohamed y Hosein. Sentía que había madurado a través de sus largas meditaciones cotidianas y de las horas interminables que pasaba estudiando en la

casa de las ciencias. Allí, rodeado por los doctores de la Ley, que pronto le apreciaron en su justo valor, dejaba correr su inteligencia y el magnetismo que emanaba de toda su persona.

Estaba consciente de los celos que despertaba en no pocos por su forma de hablar, pero se sabía apoyado por el gran maestre de la orden y por el propio califa. Era estimado, admirado, respetado, y jamás abusaba de sus privilegios y de aquella gloria que consideraba pasajera.

Por la noche, después de cenar, le gustaba dar unos pasos por el jardín colindante con la propiedad del ministro Ibn al–Thami. Dondequiera que fuese tenía la sensación de no estar nunca solo. ¿Se trataba de criados encargados de su protección? ¿Se trataba de agentes de Bedr al–Yemali?

Esa sensación de ser espiado la tenía incluso cuando estaba con su compañera y sus hijos y, aunque esta situación le era poco agradable, acabó por acomodarse a ella.

Cuando el frescor hacía elevarse los perfumes terrestres, su espíritu hallaba el reposo. Aquellos aromas los había conocido durante su infancia, cuando en el crepúsculo se mezclaban la esencia del jazmín, de la lila o del naranjo. En aquellos instantes se sentía feliz y alababa al Todopoderoso por sus favores.

Una noche se acercó a un pabellón levantado a la sombra de unos grandes cedros azules, en donde le habían dicho que su huésped almacenaba sus obras más preciadas. Reinaba una gran calma y un ligero escalofrío recorrió su ser.

Hasan trató de discernir, a través de las sombras de cristal pintado que adornaban las ventanas, algún elemento de la decoración del recinto, permanentemente cerrado.

Cuál no sería su sorpresa al descubrir en el interior unas formas humanas aparentemente repantingadas sobre amplios cojines y cuya inmovilidad le hizo pensar en un principio que carecían de vida. Dio un respingo al escuchar el ruido de una risa burlona emitida por uno de los hombres. En aquel mismo instante se abrió la puerta dando paso a Tahar, al que le costó trabajo reconocer.

Con una cara como la cera y la mirada extraviada, parecía presa de la demencia. Hasan optó por deshacer lo andado, pero Tahar lo había visto:

—¿A dónde vas, amigo mío, hijo de Sabbah? Ven para acá. ¡No temas!

Déjate llevar hasta la compañía de los fieles que en este lugar disfrutan de algunos placeres.

Con paso vacilante se adelantó al encuentro del joven jerife, que lo invitó a franquear el umbral, donde estaba colocado un largo sable de hierro damaceno.

Instintivamente pasó por encima del arma y fue acogido con gritos de ánimo. ¿Qué estaban haciendo en aquel sitio? ¿Por qué aquellos hombres tenían la cara tan sonriente y expresión tan beatífica? ¿Por qué uno de ellos cruzaba la estancia con los brazos en cruz como si volase? ¿Por qué aquel otro hablaba a los dioses con la mirada fija en algún ser invisible mientras su cuerpo se agitaba presa de fuertes temblores?

Hasan no tardó en hallar la respuesta: Tahar le ofrecía en aquel momento una copa en que descansaba un líquido incoloro.

—¡Bebe, Hasan, bebe, maestro venerado, y únete a nosotros en unos mundos en que todos los poderes te son concedidos! ¡Mágico licor gracias al cual puedes volverte árbol o pájaro, caballo o serpiente!

Tahar blandía la copa cual un cáliz divino y reía estrepitosamente como si hubiese perdido la razón:

—¡Bebe, Hasan –vociferaba–, bebe, hijo de Sabbah y alcanza, sin perder el alma, los paraísos de Alá!

¡El hachís!

Aquella mixtura de hierbas misteriosas, de la que Hasan sabía que le había costado la vida al califa Hakim a fuerza de abusar de ella. Aquella decocción hecha a base de cáñamo indio capaz de poner al soberano en tal estado de furor que medio siglo después de su muerte seguía estando prohibida.

El hachís... hierbas misteriosas...

Aquellas frases del maestre de la Montaña... "más poderosas que todas las cimitarras de Oriente juntas...".

Hasan comprendió que aquel veneno sutil debía servir a sus designios, pero ¿de qué forma? Todavía tenía que enterarse.

Observó a la singular compañía y tomó bruscamente la copa de manos de Tahar, que giró sobre sí mismo sin dejar de reír.

El hijo de Sabbah contempló el líquido y en el momento en que iba a llevarse el recipiente a los labios oyó claramente una voz que le decía al oído:

—No bebas, Hasan... ¿No has conseguido ya la sabiduría interior?

Miró en torno suyo, pero no distinguió ningún interlocutor susceptible de haberle susurrado tales palabras.

De nuevo dirigió la copa hacia sus labios, pero la voz se hizo oír una vez más:

—No, Hasan, es inútil que pruebes esta bebida. Tú tienes la posibilidad de acceder a esos paraísos sin artificio. Es preferible que trates de conocer la fórmula mágica que compone este néctar. ¡Míralos! ¡Mira todos estos jóvenes en el umbral de la vida y que no

son ya dueños de sí mismos!

Finalmente, Hasan le tendió con un gesto seco el cáliz al jerife, que se apresuró a tragar su contenido.

Aquella voz se iba haciendo insoportable y el hijo de Sabbah se tapaba con fuerza los oídos para no seguir oyéndola. Pero volvió todavía más nítida:

—¡Acuérdate de tu misión! ¡Estas hierbas desempeñarán un gran papel en tu victoria! Gracias a ellas serás el amo venerado de los soldados, que dejarán de pertenecerse.

Estaba claro que el efecto de la droga convertía a aquellos hombres en marionetas y que le hubiera resultado fácil convencer a Tahar de que cumpliese cualquier orden.

Hasan se sentía más fascinado que asustado por el extraño descubrimiento y notó que en el fondo de su ser, y a pesar suyo, brotaba la terrible determinación de trabajar en la elaboración de una sustancia capaz de transformar a simples soldados en seres dóciles entregados a él en cuerpo y alma hasta morir. ¿No era el problema mayor de todos los ejércitos el gran número de deserciones debido a la falta de fe de los soldados en su soberano? Y ¿acaso no estaba él llamado a levantar un ejército invencible?

Sus propios pensamientos le asustaban y se despidió de aquellos jóvenes que en su mayoría habían terminado por dormirse, prometiéndose volver cuanto antes al pabellón del hachís.

Al día siguiente, Hasan vio a Tahar sentado en un cenador. El muchacho estaba leyendo un tratado de astronomía; Hasan se le acercó sin hacer ruido:

—Ven a mi lado, oh, Hasan, hermano. Hace ya por lo menos tres días que no te he visto. ¿Has estado enfermo?

Pasado el primer momento de sorpresa, el persa respondió:

—No, amigo mío, no he estado enfermo, pero sí he trabajado mucho en la casa de las ciencias, a veces hasta altas horas de la noche. ¡Perdóname por haberte desatendido! En cualquier caso, no dudes de que no me olvido de ti ni de tu padre, y de que los dos ocupáis constantemente el centro de mis pensamientos y de mis plegarias.

—Lo sé y ruego igualmente por ti y los tuyos. ¡Que Alá te colme de bienes!

Todavía intercambiaron algunas palabras antes de que un criado se presentase para anunciarle al jerife que su padre lo esperaba.

—Hasta luego. ¡Que pases un buen día!

Luego desapareció detrás de una cortina.

Así pues, Tahar no se acordaba de nada, no conservaba el

recuerdo de haber consumido hachís la noche anterior ni de haberle propuesto a su invitado que lo hiciera. El hijo del ministro parecía, como todas las mañanas, descansado y ligero, afable y sonriente.

Hasan sabía que su amigo no fingía amnesia. Otra vez pisaba terreno sólido, el ceremonial de la noche anterior, los rezos, las fórmulas mágicas, las danzas rituales, el sable sobre el suelo, los gemidos de unos, la euforia de otros estaban totalmente olvidados.

Los sueños se habían desvanecido, lo artificial había cumplido su plazo, el efecto de la droga se había esfumado...

Durante varios días, Hasan compulsó todos los manuscritos de la logia de El Cairo impaciente por encontrar aquellos textos relativos a la hierba mágica que un día llegaría a darle tanto poder. El califa Hakim había abusado de ella hasta morir por su causa, pero ningún documento daba explícitamente las verdaderas causas de la muerte del soberano ni la composición de aquel líquido que el hijo de Sabbah tenía tanta prisa en descubrir.

No podía confiarse a nadie si no quería despertar sospechas o la curiosidad de al–Yaiush. La pócima estaba severamente proscrita desde la muerte de Hakim, y, si al hilo de los años la vigilancia se había relajado un tanto, no era menos cierto que las autoridades contaban con sus espías y que todo abuso era severamente castigado, estándoles reservada la horca a los contraventores.

Esto, evidentemente, no rezaba con los grandes del reino ni con los familiares de Palacio, pero se exigía, no obstante, de los adeptos que no cometiesen ningún exceso y no utilizasen aquella bebida mágica y bienhechora más que como pasatiempo afrodisíaco.

Aquella planta misteriosa era desconocida en Persia y si determinados relatos de viajeros o cronistas se hacían lenguas de las propiedades de una hierba que daba fuerza y poder, las autoridades locales manifestaban sus mayores reservas acerca de aquellas fantasmagorías nacidas en la cabeza de unos cuantos borrachos y en el cerebro de oscuros poetas.

—Donde esté una buena espada que se quite todo lo demás –solía decir Malek Shah, a lo que Nezam–ol–Molk asentía con una profunda inclinación.

Sin embargo, Omar Jayyam no había ocultado a Hasan las delicias que experimentaba fumando su narguileh al tiempo que bebía algunos vasos de vino tinto de Shiraz.

—Es en esos momentos cuando encuentro la inspiración, se me aparecen las mujeres más hermosas y siento que otras fuerzas desconocidas invaden mi cuerpo.

Sabbah siempre había rehusado beber y fumar, pero comprendía que en aquellos instantes de embriaguez pudiese uno sentirse diferente. No faltaban borrachos en las callejuelas sombrías de Ispahán y en los burdeles clandestinos se servía toda clase de

elixires y mixturas afrodisíacas extraídas de esencias de rosas, lilas y girasol.

Mezcladas con vino o aguardiente, hacían que la cabeza diese vueltas y que los consumidores más fuertes no resistiesen. Uno tras otro iban desplomándose, se les vaciaban los bolsillos y se les echaba a la calle. Pero lo que se dice hachís, nada.

Por tres veces Hasan y sus adeptos emprendieron viaje al sur, Nilo arriba, en grandes y confortables embarcaciones con objeto de visitar el Valle de los Reyes y contemplar las maravillas construidas siglos atrás por la mano del hombre. Nunca los acompañó Tahar. Karnak y Luxor fascinaban al hijo de Sabbah, pero sentía una especial preferencia por Tebas, que consideraba más mística y religiosa. Recordaba cómo los asirios y sobre todo los persas de Cambises la habían invadido y saqueado, y lo lamentaba, como lamentaba el incendio de Persépolis por los ejércitos de Alejandro.

Hasan detestaba a los militares en general y a la soldadesca en particular, que so pretexto de conquistar saqueaban, violaban y devastaban todo aquello de que se habían apoderado.

En su época había discutido de esto con Nezam–ol–Molk, que tenía vara alta sobre las tropas del sultán, y no le habían hecho mucha gracia los razonamientos del muchacho. También se acordaba de la farsa que había sido la ejecución en la plaza pública de Ghom y de la atroz muerte de unos pobres diablos por orden de un oficial imbuido de su poder.

Tebas se había librado de las destrucciones. La visión que Hasan obtuvo de ello, le estimuló. Gustaba de recorrer en silencio las arterias petrificadas en el tiempo y el polvo, vacías de todo habitante y repletas de misterios. A través de los textos que había leído en Ispahán y en El Cairo se había enterado de todo lo relativo a aquella urbe que había sido centro del mundo, lugar de encuentro de todos los saberes y de no pocas creencias y que encarnaba tan bien aquel Oriente del Sur donde se mezclaban historia, religión y fantasía.

Los más grandes filósofos habían enseñado allí, los conquistadores la habían asediado, glorificado los artistas.

Cuando descendía el curso del río, el hijo de Sabbah se instalaba en la parte delantera de la nave y pasaba largas horas meditando. Rememoraba las palabras oídas en la montaña de los Leones y sabía que era allí, en aquella tierra lejana, donde se jugaba su destino. Era allí donde, a su vez, tendría que levantar un ejército, afrontar rivales poderosos, convertir a los más escépticos y hacer triunfar sus ideas. La empresa sería inmensa, los obstáculos infinitos, los enemigos innumerables. Nada le asustaba, pero, a veces, llegaba a dudar ante tamaña tarea, pues no podía por menos de confesar que al cabo de todos aquellos meses pasados en Egipto todavía no había

encontrado hombres susceptibles de componer su futuro ejército, lo mismo que los elementos que constituirían la base de su organización y menos todavía los compañeros encargados, junto con él, de predicar, convertir y reunir prosélitos. Aparte de los dais de la casa de las ciencias, aparte de ciertos viejos apegados a sus tradiciones y a su tierra, ningún joven por el momento estaba dispuesto a seguirle fuera del país para acabar con los herejes y los selyúcidas. Se había dado cuenta de ello desde las primeras semanas de su estancia: ¿cómo un egipcio, por muy ismaelita que fuera, iba a aceptar dejarlo todo para enfrentarse con un enemigo en un país que no era el suyo? ¿Cómo un árabe, por muy subyugado que estuviera por las prédicas y los sermones de Hasan, iba a ofrecer su tiempo y su vida por ir a Persia y expulsar a los turcos? Verdad era que los ejércitos de al–Yaiush guerreaban contra éstos, pero en Palestina, no más allá: Hasan sabía que los persas no eran especialmente queridos por los árabes, aunque fuesen de la misma confesión.

Ni la lengua, ni la cultura, ni las tradiciones eran las mismas. Entonces ¿por qué lo habían enviado tan lejos de los suyos? ¿Únicamente por aquella planta mágica, por aquella hierba que volvía loco? A veces, tenía sus dudas.

Había visto sus efectos en Tahar y sus compañeros, pero aquellos pocos instantes de desvarío, de somnolencia, no lo habían convencido nada por el momento. Reconocía que el brebaje tenía consecuencias diferentes según qué persona lo ingiriera y producía reacciones a veces inesperadas. Pero más allá de aquellos éxtasis, de aquellos gestos incoherentes efectuados por adictos sin duda más frágiles que otros, de aquellas palabras insensatas que algunos pronunciaban, había sin duda otra cosa, algo que los demás no habían descubierto aún y que era la clave de todo el misterio.

La decisión estaba tomada: tan pronto como volvió a El Cairo, aceptó la invitación de Tahar de ir al fumadero con la intención de comprender lo que los otros experimentaban.

Por supuesto que Hasan se mantuvo muy prudente y no hizo ningún exceso.

Aquella fuerza interior que los demás buscaban, ya la poseía él desde hacía mucho tiempo sin tener que recurrir a ningún subterfugio, a ningún artificio para sentirse más sólido que el resto.

Pero debía conocer, sin ningún género de dudas, los efectos de aquella planta para, a continuación, sacar todas las ventajas que pensaba exigir a los demás, de modo que, en contra de sus principios, aceptó probarla. Tahar, ya bajo los efectos del placer que le proporcionaban las hierbas, le dijo:

—Por fin, hermano, eres de los nuestros desde ahora... No te resistas... Consúmelas a tu manera, sé feliz, vuela hacia otros

mundos... Olvídate de todo...

Hasan no tenía el menor deseo de olvidarse de nada. Optó por absorber su hachís en forma líquida, en cantidad muy pequeña, contentándose con mojarse los labios de vez en cuando.

Hubo de confesarse que el sabor no era malo, si bien un poco ácido. Había otros que tragaban tabletas que cortaban en minúsculas porciones y tomaban con zumo de fruta. Había, por último, quienes inhalaban el hachís en unos recipientes tapándose la cabeza con un paño y profiriendo gritos de satisfacción al aspirar la cálida poción.

Hasan no dejaba de observar a los que le rodeaban al tiempo que iba sorbiendo en muy pequeñas dosis el contenido de su copa. Nadie se ocupaba de él, entregado como estaba cada uno a su mundo irreal, gritando éstos su placer, ronroneando de voluptuosidad aquéllos, y, en fin, retorciéndose sobre sus esterillas y reclamando la presencia tan pronto de una mujer, tan pronto de un muchacho, los de más allá.

En cuanto a Tahar, parecía ausente. Hasan lo miraba, pero su amigo no lo veía. El jerife permanecía inmóvil, aparentemente sereno. Así continuó, en aquella postura, de codos sobre los cojines, con las piernas encogidas debajo del cuerpo, perdido en sus sueños, sin oír nada, ajeno a todo. Hasan estaba fascinado por aquella especie de parálisis que se había apoderado de su amigo. Le hizo una señal con la mano, pero Tahar lo miró sin reconocerlo, interrogándole con unos ojos desmesuradamente abiertos.

—¡Ven aquí conmigo, Tahar, levántate y ven!

El otro hizo un esfuerzo y volvió a caer sobre los cojines. Intentó moverse de nuevo y Hasan lo ayudó a levantarse.

—¡Sígueme, estiremos un poco las piernas!

Semejante a un autómata, el joven egipcio siguió a su amigo persa.

Anduvieron a pasito hasta el fondo de la sala, sin objeto preciso, rodeando las columnas, las estatuas y un pequeño estanque interior y evitando a los consumidores tirados por el suelo.

después salieron al frescor de la noche. Hasan tuvo frío de repente, pero Tahar no experimentó sensación alguna. A pesar de lo ligero de su ropa, su cuerpo no temblaba al contacto con el aire fresco.

—¡Párate, Tahar!

Su acompañante se quedó inmóvil sin preguntar nada.

—Separa los brazos... lentamente... Quédate con los brazos separados... ¡No te muevas!

El otro, sin decir, palabra, permaneció un buen rato con los brazos en cruz.

—¡Anda así, con los brazos separados!

En medio de la noche, Tahar avanzó en línea recta y en aquella postura.

—Ahora ¡párate y vuelve aquí!

El hijo del ministro dio media vuelta y se dirigió hacia su amigo.

—¡Baja los brazos, despacio!

¡Ponte de rodillas... con los brazos en cruz!

Durante unos diez minutos, Hasan ordenó a Tahar que hiciese los gestos más banales, los movimientos más corrientes, y este último, siempre con el semblante impasible y los ojos abiertos de par en par, sin desviar la mirada a derecha ni a izquierda, actuaba como se le había mandado. Oía, obedecía y no decía palabra.

Hasan tenía ante sí una criatura dócil que se movía a una orden suya, giraba, se levantaba, se arrodillaba y se volvía a levantar. Hubiera podido pedirle cualquier cosa, incluso las más extravagantes e insensatas y Tahar le habría obedecido sin duda. Bajo la influencia de la droga, el muchacho estaba en otro mundo: oía claramente lo que se le decía, pero carecía de toda voluntad y era incapaz de reaccionar.

—¡Da vueltas sobre ti mismo...

más... más!

El egipcio, semejante a una peonza, giraba y giraba sobre sus talones con los brazos separados, los ojos cerrados y sin perder nunca el equilibrio.

Aquello duró dos minutos, tres minutos, en una zarabanda infernal y cuando Hasan le dio orden de parar Tahar se quedó inmóvil, bajó lentamente los brazos y abrió los ojos. No parecía cansado ni la menor gota de sudor perlaba en su frente.

El persa se acercó a él, lo cogió por los hombros y lo sacudió suavemente.

—Tahar, amigo mío, ¿me oyes?

Tres veces le hizo la pregunta hasta que el otro acabó por mover la cabeza de arriba a abajo.

—Ven, volvamos. Tus amigos deben de estar esperándonos.

Y regresaron al edificio donde los demás adeptos proseguían sus sahumerios y libaciones, cantando unos, inertes otros sobre sus pufs, como anestesiados por sus excesos.

Hasan instaló a su compañero confortablemente sobre una alfombra, le puso un cojín debajo de la cabeza y se marchó. El olor de la sala y la gritería que allí reinaba le molestaban.

Le picaba la garganta y tenía irritados los ojos. El aire fresco de la noche le sentó bien. Volvió a su casa caminando a pie, muy

impresionado por lo que acababa de ver. Una vez más recordó las palabras del maestre de la Montaña:

—Esa hierba mágica que allí encontrarás será más poderosa que todas las cimitarras de Oriente...

Ahora necesitaba saber, por encima de todo, el misterio de aquella planta, dónde se cultivaba, cómo se recolectaba y preparaba. Algunos adictos la mascaban, otros la tragaban en forma de pastillas o de líquido; otros, finalmente, aspiraban sus vapores.

¿Le indicaría Tahar la fórmula mágica? ¿Recordaría su amigo lo que acababa de pasar y aceptaría confiarle el secreto de la fabricación? Hasan sólo estaba seguro de una cosa: cuando abandonase Egipto, se llevaría semillas de aquella planta y estaría en el secreto de su preparación. Sin duda alguna, aquella hierba tenía una potencia mágica que le daría a él un poder ilimitado si conseguía producir la cantidad suficiente para volver dóciles a quienes le rodeasen y para aniquilar a sus adversarios. Se imaginaba ya al frente de un ejército totalmente entregado a su causa, echando abajo murallas, destruyendo fortificaciones, exterminando a las tropas enemigas.

Aquella noche no pudo conciliar el sueño y dio vueltas y más vueltas en su cama. Se veía dando órdenes, obteniendo victorias, humillando a Malek Shah y a Nezam–ol–Molk, liberando a su país del yugo selyúcida. Miles y miles de campesinos y tenderos, pero también soldados, hombres de religión y gobernadores se prosternaban ante él y entonaban cantos de alabanza. Se gritaba su nombre, se le aclamaba, la gente quería tocar sus ropas, se le llevaba en triunfo.

—Hasan, hermano, ¿cómo te encuentras? Vengo a saber de ti, pues no te he visto esta mañana.

Allí estaba Tahar, delante de él, fresco y listo para todo, perfumado como de costumbre, y vestido con un bonito traje de gala que no había más que ver.

Una vez más, el hijo de Sabbah debía de haberse quedado dormido de madrugada y había tardado en despertarse. Se incorporó:

—Pero ¿adónde vas tan temprano y vestido de semejante manera? ¿Es a alguna ceremonia?

Tahar sonrió:

—Sí, amigo mío, ha llegado el gran día. Nuestro califa bienamado, que Dios guarde, se ha dignado recibirte hoy y he venido a avisarte. No disponemos de mucho tiempo.

Hasan había saltado de la cama:

—Pero ¿ahora... así de repente?

Pero ¿cómo es posible?

—El califa ha hablado de ti esta mañana. Ha preguntado si estabas en El Cairo. Mi padre le ha dicho que seguías en nuestra casa. Entonces, ha expresado su deseo de verte. Date prisa, el tiempo corre.

No fue necesario esperar demasiado a que Hasan estuviese listo: una rápida ablución, una breve oración; luego, ponerse el traje blanco, anudarse el rojo fajín en torno a la cintura, colocarse en la cabeza un turbante inmaculado y seguir al amigo. Sólo unos cientos de metros separaba la casa del ministro Ibn al–Thami de la residencia real, pero después de un año de estancia en Egipto nunca hasta entonces había pisado aquella avenida bordeada de álamos, buganvillas, macizos de rosas y lilas y parterres florales de los más vivos colores.

A medida que se acercaba, aumentaba el número de soldados armados, de celosos funcionarios que corrían en todas direcciones y de atareados criados. Un oficial salió al encuentro de Hasan y se inclinó respetuosamente ante él.

—Bienvenido al palacio de nuestro augusto soberano. ¡Sígueme!

Las lanzas que interceptaban el paso se separaron y el persa entró en un primer vestíbulo en donde charlaba una multitud de cortesanos que se callaron, doblando el espinazo según cruzaba la estancia. En una segunda sala, otros personajes que discutían lo saludaron igualmente. Hasan lanzó una rápida ojeada a las paredes y el techo: todo era de oro y maderas preciosas. Finalmente entró en el gran salón de audiencias en donde se encontraban una veintena de personas. Al fondo, en un trono sobrealzado estaba sentado un hombrecillo que hablaba con un adolescente instalado a su derecha en un segundo trono. Otro joven personaje, sentado a la izquierda del califa, lo miró sin decir palabra.

Hasan reconoció, un poco desviado, al emir al–Yaiush, luego al ministro de gastos y consumo, al gran maestre de la logia de El Cairo, al encargado de las reales caballerizas, al de las diversiones, al del saber y a otros personajes cuyas caras le eran menos familiares.

Mostansir separó ambos brazos e hizo una señal al joven para que se acercase. Hasan se detuvo a tres pasos del soberano inclinándose ante él y llevándose la diestra al corazón, impresionado por el boato.

En esta postura poco cómoda aguardó a que el señor de aquellos lugares le rogase que se volviese a incorporar.

Con gran sorpresa constató que el rey bajaba de su estrado y salía a su encuentro. ¿Iría a abrazarlo?

El califa pasó por delante de él y dio unas cuantas zancadas por la sala, yendo y viniendo sin motivo aparente, subiendo de nuevo al estrado, volviendo a bajar y parándose delante de cada invitado.

Hasan se había incorporado un poco y trataba de ver con el rabillo del ojo lo que sucedía. Todos los cortesanos presentes seguían el deambular de Mostansín sin decir palabra. El ministro de la guerra e Ibn al–Thami permanecían inmóviles y a la espera.

Las idas y venidas duraron cinco minutos y parecieron no sorprender a nadie. Los dos jóvenes sentados a ambos lados del trono miraban las evoluciones del califa. Uno estaba sonriente, el otro serio.

Por fin, el rey se sentó. Parecía haberse tranquilizado. Hasan había vuelto a inclinarse y contemplaba las pantuflas de su huésped. Brillaban con la pedrería más bella que imaginarse pueda. En sus extremos, dos enormes esmeraldas como ojos de serpiente lanzaban sus destellos.

—¡Bienvenido, hijo de Sabbah!

¡Bienvenido a mi palacio!

Hasan se había erguido pero mantenía la mano sobre el corazón. Miró al potentado a los ojos y un sentimiento de sorpresa que dominó rápidamente recorrió su cuerpo: el hombre bizqueaba y era muy feo. Rondaba la sesentena y era de mediana estatura, medio calvo, de nariz ganchuda, ojos hundidos, mirada febril, larga y mal peinada barba, labios pequeños y dientes grises y picados que asomaban detrás de una sonrisa extraña. Llevaba, echado hacia atrás, un turbante de seda negra y sus vestiduras, azul oscuro y gris, se ajustaban a la cintura por un fajín de terciopelo violeta que habría hecho palidecer de envidia al mismísimo Malek Shah: todo lo que el universo contenía de piedras preciosas estaba prendido en él y brillaba con mil destellos sobre el vientre del califa.

Un penacho en el gorro, una enorme presea en el pecho, media docena de collares alrededor del cuello, brazaletes y sobre todo sortijas en cada uno de los dedos completaban el cuadro que Hasan pudo contemplar. Así pues, el monarca, tras un prolongado luto, había aceptado engalanarse para la ocasión.

Mostansir le indicó que se acercase hasta los pies del estrado. Había colocado ambas manos sobre los brazos del trono, y el persa, no estando autorizado a mirar al rey a los ojos en tanto que éste no le dirigiese la palabra, pudo admirar a gusto los reales dedos: el índice de la mano derecha ostentaba una gran piedra de luna, muy eficaz contra los envenenamientos, el de la mano izquierda, un ámbar no menor, cuyos efectos contra la depresión son conocidos. Los dos dedos medios aparecían adornados con sendas esmeraldas ahuyentadoras de los sueños ingratos, y los anulares con turquesas, eficaces contra la cólera. En cuanto a los meñiques, lucían éstos dos pequeños escarabajos de lapislázuli, que, al decir de los astrólogos, permitían combatir los influjos nefastos, calmaban los insomnios y

curaban las crisis de epilepsia.

Hasan estaba fascinado por aquellas manos de larguísimos dedos que prolongaban unas uñas pintadas e interminables y que se agitaban frenéticamente y que el rey se frotaba tan pronto como al ponerlas en el trono eran presa de convulsiones apenas perceptibles.

La diestra sostenía un cilindro de rezos en oro terminado por una pequeña cola trenzada de hilos del mismo metal.

El persa había observado asimismo que el califa se rascaba constantemente, ya de pie, ya sentado. Cuando andaba, eran los brazos, el pecho e incluso los costados, y cuando se sentaba, los muslos y la nuca. Más tarde supo que padecía de eczemas. Hacía años que los médicos lo cuidaban sin éxito, teniendo a veces que acudir de noche cuando las crisis eran demasiado agudas y un líquido le supuraba de las finas pústulas que él se abría con las uñas.

—Hijo de Sabbah, ¿te gusta mi país?

Hasan se inclinó:

—Ciertamente, Divina Majestad, ciertamente. Me gusta este país y la gente que lo puebla.

¿Qué más añadir? El califa se había puesto a hablar con un cortesano y parecía no prestar ningún interés a la contestación del visitante.

Mostansir se había levantado de nuevo y tamborileaba con sus dedos en la mejilla de uno de los dos eunucos que sostenían el dosel detrás del trono. Ambos servidores, de elevada estatura y negros como el ébano, tenían el torso desnudo y llevaban sendos trapos cubriéndoles las caderas. El monarca se dirigió al fondo de la sala y Hasan lo siguió con la vista, lo que le permitió contemplar la magnificencia del lugar. Miles de espejos cubrían el techo y las paredes de la estancia. No sólo el trono, también los muebles que la adornaban lucían incrustaciones de piedras raras. Las alfombras venían de Persia y los perfumes que embalsamaban el ambiente despedían un aroma desconocido del hijo de Sabbah. Las colgaduras y cortinajes que bajaban del techo eran más ricos que los del palacio de Ispahán y los bordes de las estanterías que contenían libros y de las ventanas parecían haber sido pintados con delicadas capas de oro.

Hasan advirtió entonces que el soberano deambulaba por la sala con un espejito en la mano que le permitía no sólo mirarse de tiempo en tiempo, sino, sobre todo, ver lo que pasaba a sus espaldas. No cabía duda de que el rey estaba loco o, al menos, muy tocado por la enfermedad.

Desde el fondo de la estancia, Mostansir lo apostrofó con voz profunda y algo estropajosa:

—Hijo de Sabbah, ¿conoces a los míos?

Sorprendido por la pregunta, Hasan respondió con cierta vacilación:

—No, Grandeza. No, no conozco a vuestros ilustres hijos.

Una risa hiposa lo interrumpió.

—Los dos están ahí, delante de ti.

A la derecha tienes a mi primogénito, Mostawili. Es un buen muchacho, que honra a su padre y a su madre, reza regularmente y siente una gran pasión por las matemáticas y la botánica.

Hasan miró al príncipe, que le hizo una leve señal de cabeza, mientras su rostro permanecía impasible. Los rasgos del joven eran poco enérgicos, la mirada anodina y el porte altanero.

Guardaba un extraño parecido con su padre y se diría que carecía totalmente de voluntad. Vestido de rosa y rojo del turbante a los pies se daba golpecitos en las rodillas con las manos.

—Mi otro hijo se llama Nizar.

También es un buen muchacho, apenas pasa de los veinte años y está casado.

Sus aficiones son la poesía, la geografía y observar las estrellas.

Enseguida Hasan se sintió atraído por aquel joven príncipe de franco semblante, tez clara y grandes ojos que unas cejas perfectamente dibujadas subrayaban. Este último le hizo un gesto imperceptible con la mano que sólo Hasan advirtió.

—Tengo otros hijos, todos muy guapos y más jóvenes que ya conocerás.

Ahora están con su madre.

El persa notó al califa a sus espaldas, a menos de un paso. Se volvió lentamente e hizo una nueva reverencia ante él.

—Estás lejos de tu país, pero quiero que te sientas aquí como en tu casa. Se te aprecia entre nosotros y no he oído acerca de ti más que alabanzas. Eres un ejemplo para los creyentes, a los cuales aportas tu inmensa riqueza espiritual.

Hasan mantuvo la cabeza agachada, agradeció a Mostansir sus amables palabras y le confirmó su voluntad de trabajar en Egipto.

El monarca se volvió a su trono e hizo llamar a al–Yaiush para decirle unas palabras al oído. El armenio, impecable en su espléndido uniforme de jefe de los ejércitos, se inclinó, volvió a erguirse, miró a Hasan intensamente y dijo:

—Hijo de Sabbah, nuestro gran Califa, que Dios guarde, está algo cansado. Desea que te retires. ¡Ve en paz!

Esto último fue dicho con sarcasmo.

El persa hizo una profunda reverencia y retrocedió a pequeños

pasos sin jamás darle la espalda al déspota.

Cuando estimó conveniente la distancia, se irguió y desapareció por la puerta del fondo.

De aquella entrevista sólo conservó una imagen que le persiguió toda la noche: la del joven príncipe Nizar.

Le parecía puro, honrado, pero muy solo. Se propuso volverlo a ver...

Capítulo quinto

El Príncipe

Aquella mañana, Hasan procuró entrevistarse con Tahar. Se lo encontró sentado a la sombra de un árbol con otros tres hombres de su edad que el persa no conocía.

El hijo del visir levantó la vista y con un gesto de la mano le invitó a acercarse.

—Amigo, ¿quieres unirte a nosotros para una partida de chaquete?

El hijo de Sabbah, que prefería el ajedrez o los juegos de paciencia, le confesó que aquel entretenimiento no le atraía demasiado y que deseaba hablar con él. Tahar se levantó y rogó a sus amigos que siguiesen el juego sin él. Hasan se llevó aparte a su huésped y lo invitó a sentarse en un banco.

—Tengo que hacerte una petición especial que tal vez te sorprenda. Me gustaría tener una conversación contigo a propósito de la velada que pasamos en el pabellón... hace un mes.

Tahar se mostró sorprendido:

—Vaya, vaya. Parece que el hijo de Sabbah le ha tomado gusto al misterioso brebaje.

—La sensación estuvo lejos de resultarme desagradable.

Hasan agachó la cabeza confuso.

Tahar lo miraba sonriente.

—Me hubiera gustado saber de qué manera me sería dable conseguir tu elixir mágico.

Tras un corto silencio, el egipcio le puso la mano en el hombro a su amigo:

—¡Basta con que lo pidas, hermano mío!... Vente con nosotros cuando caiga la tarde.

—Es muy amable de tu parte, pero preferiría disfrutar de él en

mi domicilio...

Tahar se echó a reír abiertamente.

—¡Ja! ¡Ja! ¿Te vuelves reservón conmigo? ¿Con qué extraño personaje te propones compartir esta delicia?

—Reservón siempre lo he sido contigo, ¿no? –respondió Hasan con ironía–. ¿Es que no conoces mi gusto por la soledad?

Los dos jóvenes se encaminaron a casa del visir. Una vez allí, Tahar batió palmas con todas sus fuerzas hasta que su criado se presentó andando con pasos cortos y rápidos. No se le podía echar edad a aquel hombre.

Iba descalzo y vestía ropa de lino gris claro; un cordón alrededor del talle y un turbante blanco sobre su pelo negro completaban su aspecto.

Con mirada obsequiosa y doblándose en dos por la cintura, se quedó inmóvil ante su amo.

—Dime, Yúsef, tu primo es el que sigue suministrándonos el hachís, ¿verdad?

El criado dio muestras de sorpresa y respondió tartamudeando.

—Sí..., mi señor... ¿Vuestra Gracia está, quizás, poco satisfecho?

¿Le preocupa alguna cosa... alguna contrariedad?

Yúsef transpiraba y miraba con inquietud a Tahar y a Hasan alternativamente.

—No temas. ¡Es ex–ce–len–te!

Incluso diría que he advertido una mejoría en su calidad.

El sirviente se encorvó todavía más, encantado y aliviado al parecer por la respuesta de su amo.

—A mi amigo aquí presente, el maestro dai, a quien conoces y también sirves, le gustaría también tener. De modo que cuento contigo para esto lo antes posible.

Yúsef se volvió hacia Hasan a la vez sorprendido e intrigado de que uno de los huéspedes del visir y de su hijo no se sumase a los del pabellón.

—Oh, venerado maestro, ten la seguridad de que a partir de mañana al amanecer tendrás lo que deseas. Esta noche tengo que ir a ver a mi primo y haré de manera que su selección sea la mejor posible.

—Tú eres el primer interesado, Yúsef, el primer interesado –prosiguió Tahar, en un tono entre la amenaza y la broma.

—Dime –añadió Hasan–, ¿cuándo te propones ir a casa de tu primo?

—En cuanto mi amo aquí presente me dé permiso –dijo el criado

titubeando e inclinándose ante Tahar.

—Por mi amigo no tengo inconveniente en dártelo en cuanto anochezca.

Y ahora, ¡anda, desaparece!

Tahar lo despidió dándole un cachete con el dorso de la mano. El sirviente se alejó tan rápidamente como había llegado, y tan pronto como Hasan se hubo retirado, el dueño de la casa fue a reunirse con sus compañeros de juego.

Hasan se contemplaba en el psique de su cuarto, satisfecho de su metamorfosis. La vestimenta que le había cogido a uno de los esclavos sin que éste lo advirtiera no dejaba nada que desear. Podría salir de la casa y confundirse con aquella muchedumbre de criados de la residencia sin hacerse notar.

Se había sentado encorvado para no llamar la atención de los demás sirvientes a unos pasos del portalón por donde vería salir a Yúsef.

De repente lo vio cruzar una pequeña puerta lateral con la misma ropa de lino gris claro, pero calzando babuchas esta vez. Dejó que le tomase cierta delantera, mezclarse con la multitud, y lo siguió a distancia cuando ya el declive del sol agrandaba las sombras.

Andaba Yúsef a grandes zancadas, volviéndose de vez en cuando como si notase que le seguían. En momentos tales, Hasan se escondía detrás de un árbol, de un viandante o de un borrico pesadamente cargado. Así cruzaron los barrios ricos de la ciudad hasta irse adentrando progresivamente por las callejuelas más miserables y populosas de El Cairo.

El persa se había pateado en más de una ocasión determinadas arterias de la urbe sin aventurarse jamás por aquella zona poco recomendable y en la que eran corrientes los crímenes y cotidianos la violencia y los robos. Ni siquiera los rincones más sospechosos de Ispahán llegaban a aquel grado de miseria y desgracia donde tullidos y desheredados de la fortuna compartían a ras del suelo, en medio de barrizales de fango y polvo, inmundos jergones. Así, pudo ver a un niño disputándole a un perro vagabundo un mendrugo de pan. Un poco más lejos, un muchacho, al que le faltaba una mano, desvalijaba a un viejo que exhalaba su último suspiro con la cara hundida en un charco de agua estancada. Una vieja de marchito y pintarrajeado rostro invitaba con la enronquecida voz de boca desdentada a que comprasen sus favores los hombres que pasaban por allí acompañándose de gestos particularmente obscenos.

No por ello perdía de vista Hasan al criado de Tahar, que, de repente, se paró en seco delante de una casa de paredes de ladrillo oscuro. Vio que llamaba a una pesada puerta de madera, tan

repulsiva como las paredes, con cinco golpes dados rítmicamente. ¿Sería allí donde vivía su primo? Abrieron y Yúsef desapareció en el interior de la casa.

El hijo de Sabbah decidió entrar en aquel antro al precio que fuese.

Debía actuar muy de prisa, y echó un rápido vistazo a derecha e izquierda.

Era evidente que pocos se aventuraban por aquel degolladero en aquellas horas finales del día cuando las sombras invadían el lugar.

Hasan atravesó un jardincillo lleno de basura y desperdicios dando un rodeo al edificio. El andar pisando excrementos lo puso furioso. Además tropezó con un cuerpo tirado en el suelo entre dos pacas de algodón podrido y resbaló en un charco de agua salobre antes de llegar, finalmente, a la parte de atrás de la casa en que Yúsef acababa de entrar.

No había puerta ni ventana que permitiesen el acceso. En el suelo encontró algunas piedras y unos cuantos ladrillos y tablones que amontonó con infinitas precauciones a fin de constituir un pequeño andamio al cual trepar y desde el que acceder fácilmente al tejado.

Una vez en la techumbre, se tendió boca abajo sobre las grandes ramas, las hojas de palmera y las cañas que formaban la cubierta. Un ruido de voces subía desde el interior del tugurio. Apartó con cautela la vegetación para ver qué pasaba debajo de él.

Yúsef discutía con un hombre extremadamente barrigudo y paticorto, el cual daba órdenes a unos niños pequeños que no paraban de trabajar. La atmósfera era irrespirable y los efluvios que llegaban a la pituitaria de Hasan, acres y picantes. En el centro de la única habitación del local había cuatro grandes calderos donde hervían a borbotones unos líquidos parduscos.

En aquel reducido espacio se apilaban unos cuantos sacos con flores de adormidera, cáñamo indio y otras plantas que no conocía. Una gran mesa ocupaba la otra parte del recinto donde unos niños enclenques y sudorosos estaban atareados cortando, separando y atando las hierbas cuyo secreto trataba Hasan de descubrir. Todas aquellas mezcolanzas que fermentaban, aquel vapor que se desprendía, el calor insoportable del sitio y el nauseabundo olor que emanaba no parecían incomodar a Yúsef ni a su primo, que seguían hablando en medio de exagerados gestos.

Se produjo una caída: uno de los infantes que revolvía uno de los calderos con un pedazo de madera plano se había mareado y perdido el conocimiento. Se le volvió en sí a base de grandes patadas en los costados y latigazos en la espalda. Los otros jovencitos interrumpieron por unos instantes la tarea para mirar a su camarada, pero ante las voces del patrón en seguida la reanudaron. El niño se

levantó penosamente y recogió del suelo la pala para proseguir su trabajo.

Todos parecían aterrorizados, famélicos y al borde del agotamiento.

Hasan permaneció alrededor de una hora en aquella posición incómoda, con los pies colgando prácticamente en el vacío, agarrado a unas ramas para no caer al callejón y desnucarse. Durante ese tiempo observó minuciosamente la fabricación de las pócimas, los polvos, las píldoras y otras mezclas.

Según progresaba la preparación de aquella planta milagro, grababa en su memoria las diferentes etapas de la elaboración, las dosis y sus composiciones.

Cuando hubo aprendido lo suficiente, intentó bajar de su improvisada percha. De repente sintió unos calambres seguidos de un dolor insoportable en la pierna derecha. Se agarró como pudo a una rama seca y dejó escapar un pequeño grito de dolor que rompió el silencio de la noche. El corazón empezó a latirle con fuerza pues sabía que al otro lado de la pared todos lo habían oído.

El hombre gordo dio la alarma y salió fuera del edificio. Yúsef y unos cuantos niños le siguieron. Todos miraban hacia el tejado y luego por los alrededores.

Hasan logró sobreponerse al dolor y se deslizó por la parte trasera del edificio. Ágil y rápido, había tenido el tiempo justo de desaparecer en la oscuridad en el momento preciso en que las enormes hojas de dos puñales hacían irrupción detrás de la casa.

El hombre gordo estaba fuera de sí:

—Fíjate, Yúsef, alguien ha estado aquí. Mira el rastro que ha dejado...

y esos ladrillos... y esos tablones.

El primo, dubitativo, replicó:

—No te preocupes, habrá sido algún perro suelto o a lo mejor un vagabundo. ¡Anda, vamos!

—Estoy seguro de que alguien te ha seguido.

—Puedes creerme. En todo el tiempo que vengo a tu casa, no me ha seguido nadie hasta ahora.

Y la puerta volvió a cerrarse tras ellos.

Mientras tanto, Hasan proseguía su carrera por el laberinto de callejuelas sucias y oscuras, corriendo al azar. No sabía muy bien en qué dirección iba, pero sólo le animaba un deseo: salir de aquel sitio lo más rápidamente posible y anotar en sus tablillas las fórmulas que retenía en la cabeza.

Hacía horas que había caído la noche cuando penetró con infinitas precauciones en la propiedad de al–Thami y luego en su

casa. Maryam se incorporó en la cama cuando él se desnudó, pero como de costumbre no dijo nada.

Hasan se tendió en el suelo en el otro extremo de la habitación y, a la luz de un candil, se dedicó hasta muy tarde a escribir las fórmulas, ordenar las palabras y esbozar incluso algunos dibujos en unos pergaminos que enrolló con un paño y escondió detrás de unos libros.

Pronto haría dos años que el persa vivía en la corte del califa y, con el paso de los meses, el prestigio de la fama del joven maestro no había hecho más que crecer, extendiéndose más allá de los muros de Palacio. No obstante, algunos dignatarios que rodeaban a Mostansir no ocultaban su envidia hacia él.

Al–Yaiush, sin dejar de mostrarse cortés, no había manifestado nunca ni simpatía ni interés hacia Hasan y éste acabó por temer sus entrevistas con el emir.

Aquella mañana, el hijo de Sabbah salió de la casa de las ciencias acompañado por cinco de sus discípulos.

El sol estaba ya alto y los ismaelitas, vestidos de blanco y ceñidos de rojo, intercambiaban algunas palabras en las avenidas reales.

Alrededor de ellos todo era griterío, agitación, parloteo; se veían soldados armados corriendo en una dirección, criados afanosos, poetas que declamaban sus versos a quienes estaban dispuestos a oírles. Aquel estruendo contrastaba con la calma que emanaba del pequeño grupo de hombres que rodeaban a Hasan.

De pronto se dejaron oír unas voces procedentes de la entrada principal, restallaron órdenes, y algunos hombres corrieron a abrir los dos batientes de la puerta central. Luego se hizo silencio, la multitud se inclinó y Bedr al–Yemali hizo su aparición, más marcial que nunca, a caballo sobre su negro corcel y seguido de una escolta igualmente impresionante.

La coraza y el casco de metal daban al armenio un poderoso aspecto de verdadero jefe militar, altivo y temible.

Al divisar a lo lejos al grupo de ismaelitas picó espuelas y galopó hacia ellos. Tiró de las riendas en el último instante y el caballo se encabritó relinchando en medio de una nube de polvo. Los seis hombres vestidos de blanco no se movieron.

El rostro del emir, más radiante que nunca, estaba vuelto hacia Hasan, a quien el fogoso y sudoroso animal empujó ligeramente. Los discípulos, sorprendidos en un primer instante por la aparatosa escena, trataron de proteger con sus cuerpos al hijo de Sabbah, quien no desvió su vista de la mirada del guerrero. Una vez que se hubo

tranquilizado el caballo, Hasan apartó a sus amigos con el brazo y, siempre en silencio, aguardó las palabras del jinete. Éste soltó una gran carcajada y, señalando a los dais puestos en aquella embarazosa situación, le interrogó:

—¿Temes, acaso, el ímpetu de mi cabalgadura, maestro venerado?

El jefe del ejército mostró la extremada blancura de sus dientes y en tono burlón añadió:

—¡Y yo que pensaba que el cerebro de los animales no tenía para ti mayores secretos que el alma de los hombres!

—Si es cierto que no siempre capto el espíritu de un caballo, no lo es menos que empiezo a conocer a fondo el del hombre y sus oscuros entresijos.

Si en algún momento te gustase hablar acerca de ello, estoy a tu entera disposición y tengo la certeza de que te interesará. Hay casos en que el animal tiene más inteligencia que el hombre y me atrevería a decir que a veces esto me reconforta.

El semblante del armenio se ensombreció; había dejado de sonreír y aunque abrió la boca, ninguna palabra salió de ella.

Era evidente que la contestación del persa lo había dejado cortado.

Sólo fue capaz de gritar una orden; luego, gesticulando de nuevo desde su corcel, que se alzó soberbiamente sobre sus patas traseras y, fustigando al animal con violencia, desapareció a lo lejos, seguido por sus hombres igualmente impetuosos y ruidosos.

Todos los encuentros entre al–Yaiush y Hasan habían sido breves y agitados. El jefe guerrero aparecía con esplendor y estrépito y siempre se marchaba acompañado del mismo estruendo y ardor. Le gustaba hacerse temer en sus desfiles militares y en sus impresionantes alardes de ostentación; sabía que sin estas cosas le habría sido más difícil imponer una autoridad que quería inquebrantable. Disfrutaba viendo a la gente retroceder ante sus excesos, inclinarse ante su poderío y evitar su mirada penetrante. Sólo Hasan se negaba a seguir su juego.

A menudo Tahar fue testigo silencioso de aquellos cara a cara en los límites de la cortesía entre el armenio y el persa y más de una vez intentó moderar los impulsos de su amigo.

Temblaba a la sola idea de sus encuentros. Calibraba hasta qué punto irritaban al emir las provocaciones de Hasan, y, conocedor de cómo al–Yaiush podía hacer eliminar a cualquiera con toda facilidad, con razón o sin ella, suplicaba a su amigo que no traspasase ciertos límites.

Hasan, en su calidad de jefe ismaelita, responsable religioso e invitado del califa no podía consentir que se le ofendiese. En sus

respuestas procuraba ser prudente, reflexionar antes de hablar, evitar cualquier añagaza, pero sabía que su actitud provocaba la irritación del emir.

Tahar tenía que reconocer que el hijo de al–Sabbah siempre había salido airoso, evitando el enfrentamiento, rechazando determinadas incitaciones y pasando la mayor parte del tiempo con los dais y los seguidores de su fe.

Desde hacía poco el ambiente en la corte se había deteriorado. Se palpaba la atmósfera febril que precede a los acontecimientos de importancia.

Corría el rumor, propagado por ministros e íntimos de Palacio, de que el soberano pensaba retirarse ante un poder cuyo ejercicio se le hacía cada vez más pesado y una salud más y más precaria.

Mostansir aparecía rara vez a los ojos de sus allegados y se negaba a cualquier salida fuera de las lindes del parque real. Su pueblo no lo había vuelto a ver y las grandes ceremonias, las fiestas tradicionales, se desarrollaban con la sola presencia de Bedr al–Yemali y de algunos dignatarios. Se rumoreaba que el potentado se pasaba todo el tiempo hablando en voz alta con su abuelo, el califa Hakim, que a los criados les tiraba a la cabeza los platos que no quería comer porque pensaba que estaban envenenados. Torturado por picores, evitaba lavarse, y no paraba de gritar noches enteras, perseguido, según él, por espíritus maléficos que le impedían oír todo lo que su antepasado le decía.

Se hacía urgente tomar medidas y sólo el jefe de los ejércitos estaba capacitado para ello. Él disponía de la fuerza necesaria y también del don que le permitía usar su encanto personal para ganarse el favor de los más eminentes consejeros del reino, adulando a unos, amenazando a otros y prometiendo a los de más allá lo que les quitaba a otros. Pocos eran los que resistían aquella seducción y ninguno quería atraerse sus rayos y centellas.

Las preferencias del emir por el hijo mayor del califa, el príncipe Mostawili, un ser anodino, sin personalidad y muy sugestionable, no ofrecían dudas. A imagen de su padre, no tomaba nunca decisión alguna y aceptaba todo lo que se le proponía.

Esta inclinación del comandante supremo por el primogénito jamás la había exhibido en público ni se la había confesado a ningún confidente. Se limitaba a escuchar las opiniones de unos, las sugerencias de otros, y de este modo lograba hacerse una idea de las preferencias de los visires y de los cortesanos.

Legalmente, la sucesión del soberano debía recaer por derecho en el hijo mayor, pero su carácter, su lado superficial y soñador, planteaban no pocos interrogantes. ¡Excelente oportunidad para al–Yaiush, quien podría manejarlo a su antojo y hacer de él un objeto dócil y obediente!

Nizar, el más joven, sin ser brillante, tenía personalidad, daba

su parecer y contestaba sin dificultad a toda clase de cuestiones. Tenía él sus partidarios, una minoría, sin duda, pero los personajes más destacados de la corte deseaban que, después de tres califas extravagantes, hubiese, por fin, a su cabeza un hombre sensato y responsable.

Hasan había hecho ya su elección y, en respuesta a una pregunta insidiosamente planteada por el armenio, no ocultó su opinión: sus preferencias se inclinaban por el segundón, el único que, con la ayuda, bien entendido, del visir, sería capaz de devolverle al país todo su esplendor y todo su poderío.

Bedr al–Yamali había sonreído maliciosamente y, tras inclinarse ante el persa, se había retirado. Se había enterado de lo que quería: Hasan obstaculizaba sus planes y debía eliminarlo, a él y a sus eventuales cómplices. Al contar el muchacho con el apoyo de los ismaelitas, una comunidad poderosa y rica, debía mostrarse sutil, evitar hacerlo desaparecer brutalmente y, sobre todo, no dejar aún transparentar nada. El tiempo era su aliado. Con objeto de estar seguro de la inclinación de Hasan por el hijo menor del califa, el emir favoreció algunas entrevistas entre los dos jóvenes a fin de que se conociesen y apreciasen mejor. De este modo, Bedr podría, con toda tranquilidad, trazar un plan con sus agentes.

Nizar acababa de cumplir veintiún años. Tenía la tez muy pálida, la nariz fina y larga, ojos enormes y negra barba, poco crecida y bien recortada.

Sus manos eran delgadas y no ostentaban sortijas. Vestía con sencillez, de seda, ciertamente, pero sin ningún atributo que denotase su realeza.

Cuanto más extravagante era su hermano mayor, Mostawili, con sus ropajes de colores llamativos, tanto más deseaba pasar desapercibido el discreto segundogénito.

El príncipe interrogó largamente a Hasan acerca de Persia, la corte de Malek Shah, los invasores turcos, su manera de vivir. Hablaron de astrología, poesía, arquitectura, botánica.

Hasan le recitó poemas de Omar Jayyam, algunos de los cuales habían llegado ya a la corte de Egipto, le dijo que tenía dos hijos, lo que no era el caso de Nizar. Sonrieron cuando estuvieron de acuerdo en que ninguno de los dos tenía verdaderas aptitudes para las carreras de caballos, jugar al polo, disparar con arco o luchar.

El hijo de Sabbah, recordando sus esfuerzos en el Zayendeh Rud para huir de los soldados del sultán, le confesó que apenas sabía nadar. El príncipe, confuso, le confesó, a su vez, que él no sabía en absoluto y que aborrecía el agua.

Agazapados en la sombra, sin perder de vista el menor gesto y procurando captar alguna palabra o frase, los hombres del jefe militar recogían información para al–Yaiush. Confeccionaban su informe diario, indicando, asimismo, los visitantes de Nizar, los regalos que le

llevaban y la duración de las conversaciones. El general tuvo ocasión de comprobar que los partidarios del segundón eran más numerosos de lo que él suponía y que tendría que actuar de prisa.

Hasan estaba encantado con sus conversaciones con el hijo del califa.

Le asombraban sus conocimientos en materia religiosa y su erudición en el campo de las ciencias, de la literatura, de la agricultura del valle del Nilo, de la pesca en el mar Rojo, de los meteoros celestes y hasta de la fabricación de instrumentos de música a base de cañas. Nizar tenía igualmente un gusto pronunciado por el dibujo, la escultura y la arquitectura.

Ya metido en confidencias, le habló a su amigo persa de la enorme fatiga del califa, de sus propias preocupaciones, de las fuerzas maléficas que sentía en su torno. Le comentó los grandes cambios que se iban a producir en Palacio en los meses venideros y le pidió consejo.

Hasan, por el momento, no podía contestarle nada. ¿Tenía el príncipe conocimiento de algo? ¿Había oído algunas cosas que debiera ignorar? ¿Habían amenazado a los que le rodeaban?

Él le garantizó su apoyo e invocó la clarividencia de Dios todopoderoso, que sabría proteger, aconsejar y guiar a Nizar por aquel camino lleno de obstáculos y en el que numerosas serpientes tratarían de morder y escupir su veneno.

Hasan sabía que los hombres de Bedr al–Yemali le seguían a todas partes, hiciera lo que hiciera. Incluso en la casa de las ciencias había observado que extraños adeptos asistían a los oficios y a los debates, sentados un poco a distancia y vestidos con ropas no conformes con la tradición. Pero como el templo estaba abierto a todos resultaba difícil prohibirles la entrada. Estaba persuadido de que entre los criados de su casa había algunos que informaban a los hombres del emir y de que se ejercía sobre ellos toda clase de presiones.

Maryam, su mujer, le había indicado que dondequiera que fuese, dos mujeres totalmente cubiertas por el velo y las caras ocultas con máscaras seguían sus pasos a cualquier hora del día.

Cierta mañana en que el hijo de Sabbah se dirigía a Palacio para encontrarse con el príncipe Nizar, se le hizo saber que el hijo menor del califa se había sentido indispuesto repentinamente y no deseaba recibir a nadie. A Hasan no le inquietó la noticia, pidió que le transmitieran al enfermo sus mejores deseos de un pronto restablecimiento y le comunicó a su criado de confianza que rogaría por la salud de su amo y que volvería al día siguiente para saber de él.

Día tras día volvió a Palacio sin que jamás consiguiera ver a su amigo.

Las respuestas siempre eran las mismas: todavía no estaba restablecido...

Los médicos estaban con él... su padre estaba preocupado... tenía necesidad de reposo... con la ayuda de Dios pronto se levantaría...

Hasan no se creía las noticias que le daban. Estaba seguro de que tenían secuestrado al príncipe y que no podía gozar de libertad de movimientos. Pero, ¿cómo saberlo, y con quién hablar?

En la casa de las ciencias le rogaron que fuera muy prudente. El gran maestro de la logia se lo llevó aparte y le confió bajo secreto que tenía la impresión de que el príncipe Nizar no estaba ya en este mundo, que había tenido noches atrás una especie de visión y que habían sentido como una llamada en medio de su sueño, el grito de un desesperado.

Hasan también estaba convencido de que algo grave había sucedido al otro lado de los altos muros de Palacio, algo a lo que no era ajeno el jefe de los ejércitos. Había dejado de ver a al–Yaiush desfilar a la cabeza de sus hombres, de oír las voces de mando cuando el general pasaba con su guardia, y aquel eclipse repentino de un hombre a quien tanto le gustaba exhibirse y hacerse admirar no auguraba nada bueno. Se había propagado el rumor de que había partido de caza por varios días con eminentes viajeros extranjeros, pero Hasan nunca había oído hablar de que el emir acogiese y honrase a sus huéspedes con excursiones a caballo por el desierto.

—Sé muy prudente –le dijo el maestro de la logia–. Tengo la sensación de que se nos espía y de que molestamos a determinadas personas. No emprendas nada que pueda irritar a Bedr. Es un hombre muy violento y brutal cuando alguien se interpone en su camino.

El verano de 1080 tocaba a su fin y Hasan comenzaba su tercer año en Egipto. Para el pueblo todo iba bien y cada cual se dedicaba a lo suyo.

Para los íntimos de la corte, una profunda sensación de malestar pesaba sobre ellos aunque el silencio era de rigor. Nizar se había volatilizado de la noche a la mañana, cosa que al califa no pareció afectarle. Tal vez no entendía nada de la situación. Mostawili, su primogénito, no había modificado sus hábitos en lo más mínimo.

Seguía alzándole la ropa a las criadas y vistiéndose de colorines. Los confidentes cuchicheaban entre sí y los consejeros áulicos guardaban silencio. Ni el ministro de gastos y consumo ni su hijo Tahar hicieron el menor comentario a Hasan. Este último no dejó de advertir que ya no lo saludaban tan cordialmente como antes y que buscaban menos su compañía.

Ciertamente, los dos tenían un miedo considerable al armenio y

nunca habían ocultado sus preferencias por el hijo mayor del califa. El persa comprendió en seguida el motivo que les ponía violentos: los al–Thami brindaban hospitalidad a un extranjero que apreciaba a Nizar y esto podía irritar a Bedr al–Yamali y, llegado el caso, contrariar ciertos planes suyos.

Saltando del chisme al comentario, de la suposición al rumor, resultaba evidente a los ojos de todos que Nizar había desaparecido. En ningún momento había salido él de Palacio y ni de día ni de noche se había confiado a nadie, ni redactó ningún documento, ni había dejado el menor rastro: sencillamente había sido escamoteado, y aquel misterio, que se esparció por los pasillos de Palacio y luego se propagó por fuera, intrigó primero y más tarde asustó a la población: ¡el príncipe había sido “ocultado” como el duodécimo imam, que había de volver al final de los tiempos!

Hasan sabía que Nizar temía algo y que el peligro rondaba permanentemente. La mirada que el príncipe le había lanzado con ocasión de su última entrevista hablaba por sí sola del desasosiego de aquel guapo mozo que no ocultaba su inquietud por su esposa y el hijo que llevaba en sus entrañas.

Bedr al–Yemali ordenó una investigación. Se registraron todas las dependencias de los diferentes palacios, se revolvió una y otra vez la tierra, se dragó el río, se detuvo a varios vagabundos. Todo en vano. Nizar no aparecía por ningún lado. Cierto que consejeros y confidentes con ideas propias sospechaban no poco del papel del general en todo aquel misterio, pero ¿quién podía acusar a al–Yaiush o a alguno de sus agentes? ¿Quién era lo bastante atrevido como para ponerse el dogal al cuello lanzando sus sospechas sobre el hombre más poderoso de Egipto? ¿Quién iba a llevar tanto luto por un príncipe a quien su propio padre no lloraba y cuyo hermano lo había ya olvidado? Tal vez Hasan, pero lo hizo subrepticiamente para no ofender al jefe del ejército aunque dando a entender al mismo tiempo que no había tragado el engaño.

Dos meses después de la desaparición de Nizar, la casualidad quiso que el persa y el armenio se topasen, prácticamente solos, en un patio que unía las dos alas del palacio. Se saludaron, y, tras las habituales fórmulas de cortesía, el astuto militar lo apostrofó:

—Tu frente muestra signos de preocupación, noble hermano, ¿tienes alguna inquietud que yo pueda curar?

Hasan se llevó la diestra al corazón, se inclinó levemente y dio las gracias al emir por su interés.

—Amigo mío, ¿no es cierto que todos tenemos nuestras preocupaciones...? ¿No te parece que la vida es un largo camino en que, a menudo las penas, a veces las alegrías, estorban nuestra marcha?

Al–Yaiush, que no se conformaba con semejante respuesta, insistió:

—Te noto preocupado. Mis amigos me han hablado también de lo disgustado que estás. Estoy seguro de que yo podría aliviar tu pesar.

Ante estas palabras, el hijo de Sabbah manifestó, sin morderse la lengua, lo que hacía semanas le pesaba en el corazón y con frecuencia le había impedido dormir y a veces rezar:

—Pienso en el príncipe Nizar, y cuanto más tiempo pasa, más me voy haciendo a la idea de que ciertas fuerzas maléficas lo han eliminado.

Al decir esto no dejaba de mirar intensamente a su interlocutor, tratando de detectar la más ínfima turbación. Pero en el rostro del general ni un solo músculo se movió ni se reflejó el menor signo de contrariedad o nerviosismo. Impertérrito, con voz monocorde, baja y ponderada, al–Yaiush replicó:

—Dios nos lo dio... Dios nos lo quitó... ¡Alabado sea el Señor!

Hasan intervino:

—Dios todopoderoso puede recuperar un alma cuando quiere, pero no así un cuerpo. La envoltura carnal queda entre nosotros y sólo el tiempo la destruye.

—Dios ha recuperado todo, de esto no cabe la menor duda.

—La gente sencilla, a la que se hace creer muchas cosas, es lo bastante crédula como para aceptar esta conclusión, pero los sabios, los letrados, tú, yo, no podemos contentarnos con ella. Será muy necesario que los médicos y los astrólogos contesten a esta cuestión –insistió el muchacho.

El jefe del ejército levantó la mano y lo interrumpió:

—Los médicos y los astrólogos se han reunido en varias ocasiones para estudiar todas las posibilidades y están convencidos de que el príncipe ha sido objeto de un acontecimiento sobrenatural que nadie es capaz de explicar.

—Yo y mis amigos tenemos otra idea que creo que tú también conoces.

Hasan se pasó lentamente la mano por la barba, miró a al–Yaiush, cuyos ojos habían cambiado súbitamente de color. Parecía esforzarse por dominar la cólera que le iba en aumento.

—Pensamos que el Todopoderoso no ha llamado a su lado al príncipe Nizar en el gran jardín que acoge a los difuntos por propia voluntad. Pensamos que manos poco caritativas lo han ayudado a llegar a ese jardín, siendo así que hubiera debido seguir todavía al lado de una esposa a la que amaba y de un padre querido. Pensamos que, una vez ejecutada la fechoría, esas mismas manos poco caritativas han hecho desaparecer el cuerpo del joven príncipe...

Hasan no pudo terminar su frase.

Bedr al–Yamali levantó la voz. Volvía a ser el de siempre, violento e irritable:

—¡Basta! Ya he oído lo suficiente. Tú sabes que por lo menos he enviado a más de un bribón al verdugo.

¿Es eso lo que buscas?

En seguida se calmó, se ajustó el turbante, que había estado a punto de caérsele, y recuperó la compostura.

—¿Por qué te pones tan nervioso?

Te estoy diciendo lo que oigo y lo que creo. Tú tienes un montón de cosas que llevar a cabo, no puedes dedicarte a que funcione la máquina del Estado y proceder a una investigación. Te apoyas en hombres que no siempre son muy honrados y que a menudo te ocultan la verdad. Ellos sí saben lo que ha pasado. Acabarán por hablar el día en que hayan bebido más de la cuenta o alguien los compre, quizá lo hayan hecho ya, ¿quién sabe?

El armenio no quiso oír más. A grandes zancadas desapareció tras un macizo de árboles, dando órdenes a gritos y hendiendo nervioso el aire con su sable.

Hasan supo que había dado en el blanco.

Al tercer mes de la desaparición del príncipe Nizar, al–Yaiush dio una gran fiesta en su palacio. Ningún egipcio recordaba haber visto tal lujo fuera de la corte del califa. Un centenar de invitados habían respondido con su presencia al gran honor que les hacía el jefe militar. Algunos ministros, dais y un puñado de cortesanos que habían puesto algún pretexto para no ir, fueron llevados a la fuerza por soldados cumpliendo órdenes. Todos los dignatarios y notables con que contaba El Cairo, con excepción de la familia real, habían sido instalados en cómodos cojines de seda y raso para beber los mejores elixires, fumar las hierbas más finas y saborear los platos más delicados. Las bailarinas exhibieron su arte y su belleza, los músicos tocaron dulces y armoniosas melodías y unos cuantos animales amaestrados asombraron a todos los presentes. Hubo discursos, se leyeron poesías, se cantó y glorificó al califa Mostansir, a su hijo Mostawili y a todos los miembros de la familia real:

—Que Dios los guarde y a toda su descendencia –gritó el armenio.

Y toda la concurrencia repitió al unísono:

—¡Que Dios guarde a nuestro califa y a toda su descendencia!

Hasan detestaba aquel género de manifestaciones. Se acordaba de algunos festines en Ispahán, organizados para adular al sultán. Aquellas borracheras, aquellas orgías, aquellas mujeres retorciéndose medio desnudas le repugnaban y sólo la presencia de Omar Jayyam le

incitaba a ir.

En este caso, no cabía la menor duda de que Bedr al–Yemali se traía algo entre manos. Con toda evidencia, su finalidad no era ni destacar todavía más ni recibir nuevos presentes.

El hombre poseía todo lo que un ser humano pueda desear: poder, gloria y riqueza. El pobretón llegado de Damasco quince años antes se había convertido en una especie de potentado sin corona, pero con un poder y una autoridad ilimitados.

Hasan estaba sentado entre los dais y a la derecha del gran maestro de la logia de El Cairo, quien, al parecer, no apreciaba mucho más que él aquella fiesta en la que el estupro y la lujuria eran de rigor.

Cuando todos estuvieron ahítos, y las bailarinas se hubieron retirado y eclipsado los músicos, el dueño de la casa subió a un estrado y reclamó silencio. La concurrencia, blandamente hundida en los cojines o en los pufs de cuero, se incorporó.

—Amigos míos, os doy las gracias por haber aceptado esta recepción en mi modesta mansión.

Se cruzaron rápidos comentarios y los invitados se miraron sorprendidos.

Por lo que hacía a la modesta mansión, Hasan se había sentido inmediatamente deslumbrado por la magnificencia del lugar. Ni el Palacio de Ispahán, ni menos aún la residencia de Nezam–ol–Molk, que, sin embargo, se contaban entre las más suntuosas, encerraban tantas maravillas, tanta belleza como el palacio del emir. Las maderas más raras, los jarrones griegos y romanos más preciosos, las ánforas gigantes, los espejos con incrustaciones, los cuadros colgados de las paredes, los cortinajes bordados, los muebles decorados, las alfombras de seda y lana, todo era una maravilla y una delicia para los ojos. ¿Cómo un hombre tan brutal había podido reunir en su casa tal cantidad de muebles y objetos tan extraordinarios?

—... No ignoráis que desde hace meses, nuestra corte vive un drama que yo llamaría un milagro: la desaparición de nuestro bienamado príncipe Nizar...

—¡Dios tenga su alma! ¡Que en paz descanse! –prorrumpió la concurrencia.

—El príncipe nos ha abandonado de repente, tal ha sido la voluntad de Dios, y esta ausencia nos ha dejado en un total desconcierto. Estamos tristes, pues amábamos al príncipe Nizar, que era un joven justo y honrado. Felizmente, en su infinita misericordia, el Todopoderoso nos ha dejado a su hermano mayor, el príncipe Mostawili.

—¡Larga vida a Mostawili! ¡Dios guarde a él y a los suyos! –murmuraron los dignatarios.

—Muchos de vosotros amabais al príncipe Nizar... Muchos de vosotros queríais que sucediese a nuestro califa bienamado.

Se detuvo un instante y miró a los invitados. Nadie se movía ni aun respiraba. La concurrencia estaba petrificada.

El emir habló más alto, haciendo acompañar las palabras con gesto:

—Hay traidores entre vosotros.

Todos sois unos traidores. Habéis traicionado la confianza de nuestro soberano y la de su primogénito. ¡El castigo de Dios será terrible! ¡Terrible!

Dio tres palmadas y las dos puertas de doble batiente que enmarcaban la gran sala se abrieron: varias decenas de soldados, vestidos de negro, sable en mano, se precipitaron sobre los invitados. La carnicería fue espantosa; las paredes, las colgaduras, los muebles, las sedas preciosas y las alfombras se inundaron de una sangre que lo salpicó todo.

Hasan y los dais se habían acurrucado en un rincón, inmóviles, incapaces de moverse ni de hablar. De repente, dos hombres de negro se acercaron al hijo de Sabbah y éste recibió un violentísimo golpe en la cabeza.

Perdió el conocimiento.

Tercera Parte

Alamut

Capítulo primero

Vida errante

Otoño, 1090. Las primeras nieves habían aparecido en las cumbres de la cadena del Alborz. Los días se acortaban rápidamente y un afilado frío llenaba el aire mucho antes de que el sol se pusiese. Era el momento preferido por Hasan. La naturaleza se tornaba silenciosa y todos los olores de la tierra ascendían hacia el cielo.

El astro anaranjado se ocultaba tras las crestas de las montañas y los animales salvajes corrían a refugiarse en sus nidos y madrigueras. Sabbah subía entonces a la torre más alta del castillo, abría de par en par su única ventana y salía al balcón, que dominaba un precipicio de unos doscientos metros. En su fondo corría un torrente que se transformaba en cascada para acabar inundando la fértil llanura que se extendía hacia el sur hasta perderse de vista.

Las sombras cubrían toda la inmensidad del paraje, sólo las cimas seguían aún iluminadas y brillantes en el anochecer. Era el momento preciso en que una enorme águila negra remontaba el vuelo para una última caza de liebres o gamos antes de volverse a su aguilera colgada del acantilado en un flanco de la roca.

Alamut...

Hacía poco tiempo que él y sus compañeros habían llegado allí tras diez años de vida errante entre las orillas del Mediterráneo, los desiertos orientales y las montañas de Persia.

Todos los atardeceres, el hijo de Sabbah, revestido con sus atributos de gran maestre del ismaelismo reformado, se entregaba a sus devociones y se dirigía a Dios con fervor para darle las gracias por haberle guiado hasta aquel santuario que llevaba un nombre predestinado: Alamut, lo que significa “el nido del águila”.

Había cumplido treinta y cuatro años y era el guía de una nueva religión que, de acuerdo con sus propios deseos, sólo podía nacer y prosperar en su tierra de origen.

Terminadas sus devociones, se sentaba en el suelo del pequeño recinto de la torre, carente del más mínimo confort, y leía el Corán que le regalara el príncipe Nizar. Un candil, dos cojines, un aguamanil lleno de agua de manantial y un anteojo astronómico componían todo el mobiliario.

A menudo pasaba allí la noche en contemplación. El frío era intenso en aquel lugar, pero no le afectaba para nada. Maryam y los cuatro hijos que le había dado vivían en un piso inferior del edificio con sus íntimos y los discípulos más fieles. El águila giraba enfrente, a lo largo del abrupto escarpe. Aún sostenía, debatiéndose entre sus garras, una liebre. El ave de rapiña parecía totalmente serena y describía amplios círculos en la inmensidad violácea en que morían los últimos rayos de un sol agonizante.

De vez en cuando lanzaba un grito estridente al que respondían unos pequeños buches hambrientos y expectantes.

Cada día era el mismo rito: cualquiera que fuera la presa, el ave rapaz dibujaba, en el frescor del atardecer, inmensos arabescos que duraban una decena de minutos. Luego, con su último graznido, más largo que los otros, se lanzaba en picado hacia su nido en un descenso vertiginoso y perfectamente controlado para frenar su caída a pocos metros de su meta.

Hasan se imaginaba a los tres o cuatro picos abiertos y a la hembra haciendo sitio para que el augusto señor de los aires pudiera posarse cómodamente y presentar la cena. Un estremecimiento de frío recorrió el cuerpo del maestre de Alamut, quien antes de recogerse en la pequeña habitación de la torre, dio por última vez gracias a Dios por los beneficios recibidos en aquel día que terminaba.

Aquella mañana, Maryam le había comunicado que esperaba un quinto hijo.

—Un niño, Señor, un niño más...

¡Cuán largo había sido el camino en aquellos diez años, qué incontables y dolorosas las asechanzas, cuánta sangre y lágrimas vertidas desde aquella comida en la casa de Bedr al–Yamali, en que todos los íntimos y confidentes de Nizar habían sido masacrados por los sicarios del armenio!

Cuando recobró el conocimiento, se encontró en un navío al que azotaba la tempestad. Tenía una herida en la cabeza y los brazos y las piernas atados con cuerdas. Impresionantes olas se estrellaban contra el puente y más de un cuerpo se precipitaba por encima de la borda y desaparecía en el mar.

El agua fría, que le golpeaba a intervalos regulares, le sacó de su entumecimiento y le hizo olvidarse del dolor. Era absolutamente preciso que se soltase de sus ligaduras si no quería que las olas lo arrastrasen a aquellos remolinos. Sirviéndose de un gancho que sujetaba una vela, limó con energía la cuerda alrededor de las muñecas. Tras prolongados esfuerzos consiguió que los hilos fueran cediendo uno tras otro hasta romperse y dejar totalmente libres las manos. Le costó no poco trabajo deshacer los nudos de los pies, pues el esparto estaba mojado. Finalmente, pudo ponerse de pie agarrándose al mástil, la batayola y las cajas amarradas en el puente.

Cayéndose, levantándose y volviéndose a caer, y arrastrándose luego por el suelo liso, oyó gritos que provenían de la cala. Accionó un pestillo, descorrió el cerrojo y entreabrió la trampilla. En aquel mismo instante una ola le golpeó por la espalda y le hizo caer. Su cabeza chocó violentamente contra el bastidor del vano, lo que le hizo perder

el sentido por unos instantes.

Los alaridos que había oído redoblaron. Se arrodilló y en esta postura bajó por el orificio que había abierto. Andando a tientas por la oscuridad, tropezó con un cuerpo y después con otro hasta que sus ojos se fueron habituando y pudo distinguir unas formas agarradas entre sí. Se trataba de mujeres.

—¡Salvadnos! –gritó una de ellas.

—¡Tened piedad de nosotras! –dijo otra.

Media docena de mujeres envueltas en unos velos mojados que se pegaban a sus carnes, con los rostros desencajados por el terror y formando apretado grupo, miraban aterrorizadas a aquel hombre semidesnudo que avanzaba hacia ellas como un ser de otro mundo, tambaleándose, chorreando, sangrando e hirsuto.

—¡No temáis! ¡No tengáis miedo!

Soy Hasan Sabbah y no quiero haceros ningún daño.

Por un momento los gemidos se interrumpieron, para, al cabo de un instante, reanudarse los gritos:

—¡Por lo que más queráis, ayudadnos!

Al volver de la bodega, Hasan oyó una llamada más débil que las demás, algo así como un quejido, lo que le hizo aguzar el oído:

—Tenemos que salvar a la princesa.

Tenemos que ayudar a la princesa y al hijo que lleva... Piedad...

El muchacho se dirigió al azar hacia el fondo del habitáculo con los brazos extendidos y tropezando con los bultos, cajas y cordajes. De repente tocó una cabeza, luego unos hombros y se agachó.

—¿Quién sois? Yo soy Hasan Sabbah. Hablad en confianza.

La mujer de voz juvenil vaciló un momento y dijo:

—Soy la criada de la princesa.

Está aquí ella... Apoyada en mí... aquí...

En efecto, Hasan tocó un cuerpo estirado, inmóvil y caído en un charco de agua.

—Gracias a Dios, está viva aunque enferma y tengo miedo de que pierda al hijo que lleva en las entrañas...

—¿Puedo preguntarte quién es? Acabas de pronunciar la palabra princesa.

La voz dudó nuevamente:

—Mi ama es la esposa del príncipe Nizar, el hijo del califa.

¡Hasan no daba crédito a sus oídos!

La viuda de su amigo estaba allí, a sus pies, apenas vestida y tiritando de frío. A su memoria vino la última conversación que había

tenido con el hijo de Mostansir: “Lleva un hijo mío... pero ¿llegaré a conocerlo?”.

De repente, todo resultó claro en el espíritu del persa: el asesinato de Nizar, la brutal eliminación de sus partidarios, y no sólo de ellos, sino de los íntimos de Mostawili, el embarque de los dais ismaelitas y de determinados extranjeros, en una palabra: el campo libre para Bedr al-Yemali y su camarilla.

El jefe del ejército, al ignorar el estado en que se hallaba la mujer de Nizar, la había dejado con vida y el califa tal vez iba a ser abuelo. Era de todo punto necesario salvar a la mujer y al hijo del príncipe, pero ¿cómo proceder en medio de aquel mar embravecido habida cuenta de que él no entendía nada de navegación y de que ni siquiera sabía nadar? Todo lo que pudo hacer durante tres días con sus noches fue reconfortar a unos y otros, recorrer de arriba abajo el navío y llegar a la conclusión de que, aparte de dos hombres heridos que había conocido en la casa de las ciencias y de las mujeres, no quedaba allí alma viviente. Como pudieron, manejaron las velas, gobernaron el timón y remaron con tal de mantener el rumbo. Y se hizo el milagro. Agotados, hambrientos, con la ropa hecha jirones y transidos de frío, una mañana, antes de la salida del sol, sintieron una gran sacudida bajo la quilla de la embarcación. Hubo gritos, y el pánico se apoderó de todos y la roda se abrió por la mitad. El agua inundó rápidamente la bodega.

Hasan constató que la nave había chocado con un obstáculo considerable.

En un instante corrió hacia las mujeres y los dos hombres:

—¡Agarraos unos a otros! ¡No os separéis! ¡Seguidme! ¡No desfallezcáis! Dios nos ayudará.

Fuera, despuntaba el día y el alba mezclaba sus sombras con los reflejos plateados de un mar finalmente en calma y en el que todavía espejeaban algunos rayos de luna. Allí estaba, próxima, una costa sembrada de rocas.

Hasan hizo varios viajes, cargando con unos, arrastrando a otros, y depositó a los dos hombres sobre la arena, se dejó caer y rezó al Señor.

Una vez más acababa de escapar a la muerte; después de Malek Shah, el califa Mostansir... Después de Nezam–ol–Molk, el emir Bedr...

Las seis mujeres y los tres hombres salvados del naufragio llevaban varias horas tendidos en la arena de la playa y recobraban fuerzas progresivamente.

El día se presentaba caluroso y las ropas se habían secado al

calor de las piedras. La situación era crítica, ya que el grupo no disponía de nada: ni víveres ni efectos personales. La zona donde habían atracado parecía desértica y, después de trepar al promontorio más alto, Hasan comprobó que no había ni rastro de pueblo, ni una caravana, ni un alma viviente a la redonda. Las mujeres tenían sed, la princesa parecía agotada y estaba jadeante.

El persa tomó rápidamente una decisión: acondicionó una pequeña zona de sombra en la que instaló a las mujeres. Luego se dirigió a los hombres:

—Tú, sube la costa hacia el norte y no te detengas hasta que empiece a caer la noche. Tú, dirígete al sur y haz otro tanto. Yo iré hacia el interior y los tres tratamos de encontrar ayuda y comida. Id… ¡y que Dios os acompañe!

Dicho esto, se inclinó ante la esposa de Nizar y le dijo a su criada:

—Quedaos todas a la sombra y no os expongáis al sol. Podría ser peligroso. Cada media hora y con precaución mojad en el mar un pañuelo y refrescaos el cuerpo, pero no bebáis nada.

Humedeceos los labios, la frente, el cuello. Estaremos muy pronto de vuelta. ¡Que el Todopoderoso os proteja!

A continuación se dirigió tierra adentro a través de las dunas y las piedras, en tanto que los dos dais seguían la costa, recitando plegarias e implorando al Señor que les ayudase en su cometido.

Todo estaba oscuro y en silencio cuando Hasan regresó a la playa con un camellero. Horas antes había convencido al jefe de una caravana de que le prestase a uno de sus hombres con quien acudir en ayuda de unas mujeres víctimas de salteadores.

—Seréis ampliamente recompensados, me comprometo a ello.

El jefe envió a su hijo con comida y algo de ropa. Cuando los dos hombres llegaron al hueco de la roca, las seis mujeres estaban tiradas en el suelo semiinconscientes y sus caras presentaban hinchazones y manchas rojizas. Con infinitas precauciones, Hasan y su joven acompañante les dieron un poco de leche, unos dátiles y algunas galletas troceadas. Luego hicieron fuego, extendieron unas mantas y se dispusieron a pasar la noche.

Los dos dais seguían sin volver y cuando, a la mañana siguiente, se hizo necesario abandonar el lugar con objeto de unirse a la caravana, que aguardaba en un punto de agua, Hasan y las mujeres tuvieron que rendirse a la evidencia: aquellos hombres no volverían. Por si acaso, se les dejó comida, bebida en un cántaro y una manta.

Hasan dibujó con piedras una flecha indicando la dirección tomada por las supervivientes y él mismo. Sabía que era en vano y que el Eterno lo tenía decidido de otra manera.

Al día siguiente, el hijo de Sabbah supo que había encallado en las costas de Palestina y que otra vez se encontraba en un territorio administrado por los selyúcidas. La caravana se dirigía hacia Alepo, adonde llegarían al cabo de una semana. Allí podría reponer fuerzas y reconfortarse en compañía de los ismaelitas locales que conocía y había encontrado durante su huida hacia Egipto. Comoquiera que fuese, debía guardar silencio en relación con la presencia de la esposa de Nizar, pues, sin duda, Bedr al-Yemali contaba con agentes suyos en la región. El futuro niño podía convertirse en un obstáculo para el emir si éste había decidido desembarazarse al mismo tiempo del califa y de toda su descendencia.

¡Cuál no sería la sorpresa de Hasan al ver que los habitantes de Alepo lo recibían triunfalmente! El jefe de la caravana había enviado la víspera a uno de sus compañeros de ruta para informar a las autoridades de la ciudad de la llegada del joven maestro y la noticia había circulado rápidamente.

A ambos lados de la puerta abierta que daba al desierto centenares de hombres, mujeres y niños portando ramos gritaban mensajes de bienvenida.

Un hombre entrado en años, encorvado sobre su bastón, se le acercó para besarle la mano:

—Tú honras nuestra ciudad, maestro venerado. ¡Seas muy bienvenido!

Hasan puso su mano sobre la cabeza del viejo:

—Dios me ha guiado hasta vosotros.

¡Alabado sea!

—¡Alabado sea el Señor! –repitió la multitud.

Había mujeres que llevaron copas con fruta, niños con vasos llenos de bebidas, y el sonido de una flauta se elevó por los aires. La puerta de la ciudad volvió a cerrarse y toda la población siguió a la caravana hasta la entrada de la casa de un rico ismaelita, que recibió al persa con respeto y deferencia.

—Me llamo Kamaleddín, maestro bienamado. Esta es tu humilde casa, que está a tu disposición y a la de las personas que te acompañan.

El hombre, encorvado, esperaba a que Hasan le pidiese que se incorporase.

—Te doy las gracias por tu hospitalidad. Eres un hombre bueno y Dios te lo pagará.

Dos días con sus noches estuvo el hijo de al–Sabbah sin aparecer ante nadie. Únicamente un criado acudía de tiempo en

tiempo a llevarle comida y bebida. Se había instalado a las mujeres en el lado opuesto de la vivienda, la cual se encontraba en el centro de la ciudad.

En el jardín hubo incontables idas y venidas. Los dignatarios ismaelitas de Alepo querían ver al joven maestro; militares y funcionarios municipales deseaban hablar con él y algunos persas establecidos en Siria desde hacía generaciones expresarle su bienvenida.

Finalmente, Hasan salió de su habitación. Vestido de blanco, como era su costumbre, ceñido el talle por un ancho fajín, parecía descansado. Con paso menudo se dirigió a la escalinata y en cuanto apareció, flanqueado por su huésped, medio centenar de personas presentes entre los árboles y bosquecillos lo saludaron con devoción.

—¡Vive muchos años, maestro! ¡Que el Todopoderoso te proteja! Quédate mucho tiempo con nosotros.

Hasan se sentó en uno de los escalones y pidió a sus fieles que hicieran otro tanto en el jardín. Tenía frente a él a una multitud abigarrada que no conocía y esperaba en silencio sus palabras:

—¿Sois todos ismaelitas?

Todos afirmaron que lo eran.

—Y los militares que veo allí, ¿pertenecen igualmente a nuestra fe?

Todo el mundo se volvió hacia cuatro soldados armados que permanecían de pie.

—Acercaos, amigos míos, y hablad.

—Hemos abrazado tu fe desde tu llegada. Los cuatro estábamos en las puertas de la ciudad cuando entraste.

Tus palabras, los gestos que hiciste entonces nos convencieron de tu sinceridad. Pasamos toda la noche discutiendo sobre lo que habíamos visto y oído y a la mañana siguiente fuimos a hablar con un dai.

Hasan se levantó y los abrazó uno por uno.

—Bienvenidos con los nuestros.

Durante una hora estuvo hablando a aquella multitud que lo escuchaba atenta.

—Recorred la ciudad y los campos.

Decid, allá donde vayáis, que habéis visto y oído a Hasan Sabbah, gran maestre del ismaelismo, y repetid lo que acabo de deciros. Traed a vuestros amigos, y a los amigos de vuestros amigos, y a todo el que sea.

Cuantos más seamos, más fuertes seremos y aún mejor podremos servir a nuestro Dios.

Había un hombre que no se había movido del suelo.

—Y tú, ¿por qué te quedas sentado mientras los demás se van?

La muchedumbre se había parado y escuchaba. Hasan lo interpeló de nuevo:

—¿No hablas nuestra lengua? ¿Eres mudo?

—Venerado maestro, no me puedo mover solo. Soy cojo y sin la ayuda de alguien no me puedo levantar.

—Si quieres seguirme algún día, debes levantarte tú solo. ¡Vamos, haz lo que te digo!

La gente había vuelto sobre sus pasos; entre ella, curiosos que no conocían a Sabbah.

—No puedo, maestro... No puedo...

Dame tu mano, señor.

—Tú solo te levantarás. Entre los hombres que quieran seguirme, no necesito cojos ni paralíticos. Te lo ordeno, ¡levántate!

El hombre se puso a gemir, a suplicar, a arrastrarse a los pies de Hasan para que lo ayudase a levantarse, pero éste dio un paso atrás.

—Tiende tu mano al Todopoderoso, sólo él puede ayudarte.

El gran maestre se abrió paso entre la multitud y se dirigió al exterior.

Había decidido darse una vuelta por la ciudad e ir a rezar al templo. Una vez fuera, y para gran sorpresa suya, vio ante él un hombre que se le dirigía a grandes voces y en medio de una gran excitación:

—Maestro, puedo andar. Mira, puedo andar sin bastón.

Unos cristianos que se hallaban allí cayeron de rodillas ante Hasan:

—¡Milagro!... ¡El Señor ha resucitado!

—¡Jesús está de nuevo entre nosotros!

—¡Señor, perdónanos!

Hasan, desconcertado por un momento, abrió los brazos y respondió:

—No soy Jesús... ¡Jesús está muerto!

—¡No, maestro, tú estás aquí, entre nosotros! –chilló una mujer.

—Os digo que... soy Hasan Sabbah, gran maestre de los ismaelitas, no soy cristiano.

Una semana más había de durar la estancia del joven persa en casa de Kamaleddín, lo suficiente para verse con toda la comunidad de Alepo, entrevistarse con los dais y dar instrucciones. Varias

decenas de hombres y algunas mujeres decidieron seguirle en su larga peregrinación de vuelta a Irán. Antes, esperó a que la princesa estuviese recuperada de las fatigas del naufragio para pedirle audiencia.

La viuda de Nizar estaba sentada en un cenador rodeada de tres mujeres.

Al llegar Hasan las mandó retirarse con un gesto de la mano y rogó a éste que se sentara a su lado. Primero hubo un prolongado silencio, al que le siguieron las palabras del joven, quien había permanecido con la mano en el pecho ligeramente inclinado:

—Princesa, ya veo que el reposo te ha sentado muy bien y que te encuentras mejor.

—Sí, estoy mejor –dijo ella con una voz suave e insegura–. A ti te lo debo, Hasan. Me salvaste la vida, a mí y a mis compañeras.

El persa se atrevió a interesarse por el hijo que ella llevaba en sus entrañas.

—El Todopoderoso, alabado sea, lo ha preservado y vive en mí.

—He sabido que eras la esposa de mi amigo Nizar y su ausencia me apena.

—Sé quién eres, Hasan Sabbah.

Mi marido me habló con frecuencia de ti. Sabía que no lo abandonarías en los momentos difíciles. Pero no estará a mi lado cuando nazca su hijo.

—Lo estará, princesa, te lo aseguro, como lo está ahora entre nosotros mientras te hablo.

Asustada, la joven miró a derecha e izquierda:

—Hasan, nada veo...

—Tampoco yo, pero siento su presencia. Yo, que soy el gran maestre de los ismaelitas, lo considero como nuestro nuevo imam oculto, el que ha de venir al final de los tiempos a abrirnos de par en par las puertas de un mundo mejor. Nizar ha desaparecido, ahora está al lado de Dios y nos será devuelto más tarde.

La princesa lloraba a lágrima viva; la embargaba la emoción y su rostro era de una palidez infinita.

—Dentro de dos días salgo para mi tierra natal. Antes volveré a saber de ti. Creo que estarás muy bien en casa de Kamaleddín. Es un hombre honrado que te mimará como a una hija.

—He decidido seguirte, Hasan Sabbah. Mi criada también lo hará.

Nuestra vida está con los tuyos, en tierras de Persia. Quiero que mi hijo nazca allí y sea educado con los tuyos, tal como Nizar lo habría deseado.

Hasan, emocionado por aquellas palabras, no dejó traslucir nada.

Fue en Mosul donde, meses más tarde, nació el hijo de Nizar, al que Hasan dio el nombre de su padre. A los dais locales, el gran maestre les dijo:

—He salvado a Nizar y a su hijo de una muerte segura, y sólo yo sé dónde se encuentran. De vez en cuando nos vemos y recibo instrucciones de él. El emir Bedr al–Yemali ha enviado a sus hombres en su busca, pero nunca los hallarán. Dios los protege.

El califa Mostansir lo ha permitido.

Es tan criminal como el visir del ejército. Nuestra religión ha sido mancillada por unas manos manchadas de sangre.

Los dignatarios ismaelitas escucharon el relato que les hizo Hasan de las conjuras que había habido en Egipto y de la matanza de los leales de Nizar. Entonces, el más anciano de los dais pidió la palabra:

—Gran maestre, creemos todo lo que acabas de contarnos y nos entristecen las actuaciones del califa, que es víctima de la locura. No es digno de seguir ostentando en su país la fuente de nuestra fe y el culto de nuestra religión. Nosotros consideramos que, gracias a ti, ha nacido el nuevo ismaelismo. Su sede se establecerá donde termines tu viaje. Por el momento, allí donde tú estés, allí estará ella.

¡Tal es nuestra voluntad y que así sea!

—¡Alabado seas, Hasan Sabbah! A ti te reconocemos en lo sucesivo como nuestro guía y nuestra fuente de inspiración –repitieron a coro los dais.

En aquel final del año 1080, el hijo de Sabbah, al frente de doscientos hombres y mujeres decididos y enfervorizados, reanudó su marcha hacia Oriente, en una nueva etapa errante.

Al entrar en Bagdad todos eran conscientes de que otra vez se hallaban bajo la administración del sultán de Ispahán y de su gran visir Nezam–ol–Molk. Hasan no ignoraba que, aunque muerto oficialmente en la plaza pública de Ghom, sería buscado de nuevo por los hombres de Malek Shah y del primero de sus visires.

Pero su misión le obligaba a volver a Persia.

Con excepción de la criada, nadie, en la larga caravana de émulos que los seguían a través de la nieve y el frío por los montes del Kurdistán, sabía que la frágil muchacha que llevaba consigo un recién nacido era la viuda del príncipe Nizar. Todos desconocían que

aquel niño de pecho envuelto en cálidos pañales y que respondía al nombre de Nizar era realmente el hijo de un mártir al que todos veneraban y del que Hasan se había declarado defensor. Nadie debía saberlo.

El viaje se realizó en condiciones muy penosas y varios compañeros de edad provecta murieron. Pero según avanzaban, Hasan tuvo que rendirse a la evidencia: el grupo crecía y eran muchos los fieles que preferían dejar la soledad de una aldea perdida o de un aprisco por un viaje lleno de promesas y esperanza.

Pasados los montes nevados, el hijo de Sabbah redobló las precauciones.

Allí, de nuevo se hablaba persa y las guarniciones militares estaban enteramente a las órdenes del sultán y sus oficiales.

Hasan evitó en lo que pudo incorporarse a caravanas de mercaderes, mucho más vigiladas por las autoridades que los grupos de peregrinos, generalmente pobres y piojosos, imposibles de esquilmar.

También se abstenía de hacer alto en poblaciones y centros importantes; prefería los pueblos aislados o los linderos de un bosque, lejos de rutas muy frecuentadas.

Y así fue cómo, tras más de cien días de marcha, el gran maestre entró de nuevo en la ciudad de Ispahán, de la que huyera cuatro años antes con los ejércitos de Malek Shah y el gran visir pisándole los talones. Por supuesto que hizo una entrada discreta, sin discursos ni provocaciones.

La primera noche la pasó en el centro ismaelita en compañía de la viuda de Nizar y su hijo. Toda la comunidad acabó por creer que eran marido y mujer, y el hijo de Sabbah no los sacó de su error en ningún momento. Los viajeros fueron alojados en las casas de seguidores entusiastas y Hasan supo, para su gran sorpresa, que la ciudad contaba con más de cinco mil discípulos.

El rumor del regreso de Hasan a la capital real se extendió muy rápidamente y saltando de calle en calle y de tienda en tienda, llegó a Palacio, donde Nezam–ol–Molk seguía gozando de considerable influencia. El visir no se atrevió a informar al sultán, pues temía su reacción. Se decidió por hablar con Omar Jayyam, la persona que, sin duda, más había conocido al antiguo bibliotecario regio.

—Estaba seguro de que volvería un día, no podía ser de otro modo –dijo el poeta. Cuando supe que os habíais equivocado de individuo y habíais hecho ejecutar a otro en su lugar, supe que Hasan regresaría. Confieso que creía que lo haría más tarde, al cabo de una decena de años, cuando todo estuviera olvidado, pero está muy en su carácter. Es un temerario...

—Es un loco, un exaltado. Un ser nefasto y peligroso.

Jayyam, conocido más bien por su pusilanimidad y carácter

obsequioso, siempre dispuesto a adular y a no irritar a sus interlocutores, replicó:

—¿Cómo habrías reaccionado tú si hubieras sido, como él, víctima de un complot, si te hubieran robado tu trabajo y si te hubieran ridiculizado?

¿Te habrías quedado tan tranquilo?

—Pero... ¿qué quieres decir... qué complot?

El poeta sonrió y le dio una chupada a su narguile:

—No seamos hipócritas. Sabes muy bien a lo que me refiero. Él, Hasan, no ha olvidado ni olvidará jamás. Sólo que para él la hora de la venganza no ha sonado todavía.

El ministro se rascó la barbilla:

—Ya que tú lo conoces tan bien, ¿qué me aconsejas que haga? ¡No tengo ganas de convertirme en el hazmerreír de la ciudad!

—De momento, de hacer, nada. Si te provoca, replicas. Suficientes agentes tienes que lo vigilen. Escucha, estate atento, aguza el oído.

Quizá se limita a pasar y se dirige a otra parte. Quizá trama algo. No sé.

Tómate un tiempo antes de actuar. Ya has hecho el ridículo una vez, ¡dos sería lamentable!

Nezam–ol–Molk estaba furioso, pues no le gustaba nada que le hablasen en semejante tono, pero como sabía que Omar tenía razón, se marchó sin replicar nada.

Durante un mes, a pesar de las decenas de espías, confidentes y esbirros infiltrados por todos los rincones de Ispahán, el gran visir no consiguió ninguna información especial acerca de su antiguo condiscípulo.

Hasan vivía en medio de su comunidad y se pasaba el tiempo rezando y enseñando las escrituras. Los ismaelitas le habían dispensado una calurosa pero discreta acogida, sin excesos ni nada que amenazase el orden público.

Aquella calma aparente irritaba al primero de los ministros. Pese a todas las trampas y celadas tendidas, ni Hasan ni sus compañeros se hacían notar. Nezam–ol–Molk acabó, al fin, por encontrar el pretexto que buscaba:

Informes confidenciales remitidos por los gobernadores de Damasco y Bagdad le comunicaron que el joven había huido de Egipto tras haberse afiliado a la secta de los bathinianos, que había conspirado contra el califa y atentado contra su vida, y que, desde

hacía meses, a la manera de un mago o profeta, iba de ciudad en ciudad predicando la buena doctrina, convirtiendo por millares a los árabes a la fe ismaelita, una vez que se hubo autoproclamado gran maestre con el propósito de continuar su obra en Persia.

Demasiado. Tras informar a Malek Shah, hizo que se propagara por las plazas y el bazar de la ciudad que se había puesto precio a la cabeza de Hasan. Emisarios enviados por el visir recorrían Ispahán el día entero, yendo de casa en casa, entrando en las tiendas y deambulando por los mercados con objeto de anunciar la suma prometida a todo el que suministrase alguna información acerca del gran maestre de los ismaelitas y amenazando con el castigo a los que se sorprendiera dándole cobijo o alimento.

Inmediatamente se rodearon e invadieron todos los centros religiosos o científicos de la comunidad así como la biblioteca y las casas de los principales discípulos del joven guía. Se encarceló a hombres, que fueron apaleados y puestos luego en libertad.

Hasan, que había previsto la reacción de Nezam–ol–Molk, le tomó la delantera escondiéndose durante una semana en unos baños públicos con tres de sus hombres de mayor confianza. El lugar era propiedad de un comerciante a quien el hijo de Sabbah le había hecho algún favor en otra época. A cambio de unas cuantas monedas de oro cobijó al fugitivo y sus acompañantes.

Después, una noche, disfrazados de mendigos, los cuatro ismaelitas abandonaron el hamman y se dirigieron a la casa de Abolfazl.

Llamaron a la puerta trasera.

Abolfazl, que padecía una congestión, no reconoció en un primer momento bajo los rasgos de aquel vagabundo sucio e hirsuto al viejo amigo que había huido de Ispahán. Pronto, con gesto torpe, abrió lentamente los brazos y lo estrechó contra su pecho. Por sus arrugadas mejillas corrieron las lágrimas.

El hijo mayor de Abolfazl puso a Hasan al corriente de las detenciones, torturas y encarcelamientos sufridos por su padre después de su partida.

—Apenas si habla; alguna que otra vez pronuncia tu nombre. Le hemos contado tu nombramiento como gran maestre de la orden y tu llegada a la ciudad. No ha podido ir a verte, pero esperaba tu venida. Estos últimos días los soldados del sultán han estado aquí varias veces... Lo han revuelto todo, atropellado a mi familia, destrozado lámparas y jarros, amenazado a gritos. A otros amigos nuestros también los han maltratado y humillado. Como no encontraron nada se fueron furiosos y excitadísimos. Su jefe nos amenazó antes de marcharse: “Volveremos. Nos consta que ese criminal procurará verte, así que mis hombres estarán delante de tu puerta para cogerlo como la fruta podrida que es”.

—Me impresiona ver el estado de tu padre. No temas, nadie nos

ha visto y no nos quedaremos...

—Pero esta es tu casa, maestro.

Mi padre se sentiría humillado si te marchases ya.

—Mi presencia y la de mis compañeros son un peligro para tu familia.

En cualquier momento pueden hacer irrupción los agentes del gran visir y una gran desgracia caería sobre vosotros.

—Quédate al menos esta noche. Mañana decidiremos. A mi padre lo hará muy feliz. Quizá sea ésta la última vez que os veis. Sin duda tendréis que contaros muchas cosas después de tanto tiempo.

Hasan y Abolfazl se pasaron toda la noche charlando. Por la mañana, cuando el hijo entró en la habitación del padre, encontró a los dos hombres dormidos sobre los cojines, agotados por la larga vela, y los dejó descansar.

Hasta la tarde no aparecieron los dos amigos en el jardín. Hasan llevó en brazos a Abolfazl hasta dejarlo instalado bajo un árbol. En la calle vigilaban unos cuantos hombres para avisar al menor peligro y permitir que se eclipsaran el gran maestre y sus tres discípulos.

Al llegar la noche, Hasan desapareció. Antes, abrazó con particular energía a su viejo amigo y éste trató torpemente de besarle las manos.

El hijo del paralítico intervino:

—Vais a ir los cuatro a casa de nuestro amigo Abú Táher, el carpintero. Uno de mis hombres os guiará y os facilitará la salida de la ciudad.

¡Que Dios mire por vosotros! ¡Id en paz!

Hasan no volvió a ver a Abolfazl, que murió semanas más tarde. Los ismaelitas abandonaron Ispahán con la mayor cautela y prosiguieron su largo viaje hacia el este. Bordearon la montaña de los Leones, descansaron algún tiempo en su comunidad de Yazd y a continuación se trasladaron a Kermán, donde llegaron a los seis meses de haber salido de la capital real.

Durante un año el gran maestre y sus compañeros recorrieron la región hasta los confines del golfo Pérsico y hasta más allá de Zahedán, no lejos de la frontera india. Hasan continuó predicando y convirtiendo sin descanso, al mismo tiempo que sólo conservaba en su torno a los más robustos y más convencidos de sus fieles. Las mujeres y los niños estaban extenuados por aquellas marchas agotadoras, aquellos constantes cambios de ciudad y de provincia; muchos ancianos y enfermos insistían para que Hasan y sus discípulos pasasen el invierno a cubierto y en calma. Y así se hizo.

La esposa de Nizar y su niño lo habían seguido dócilmente, mezclados con los otros miembros de la hermandad. Ella compartía tienda con su criada y Hasan rara vez la veía. Éste se preguntaba

dónde podrían encontrarse Maryam y sus hijos. ¿Habrían podido salir de El Cairo? Bedr al-Yamali ¿la habría dejado marchar? En tal caso, estaba seguro de volver a reunirse algún día con ella en Rey, en compañía de su madre, si ésta seguía con vida, o de sus hermanos. El gran maestre no sentía ninguna necesidad de relación física con mujer ni había compartido el lecho con ninguna desde su huida de Egipto. Sus energías las gastaba con los suyos, construyendo pequeños alojamientos en materiales sólidos para sus compañeros, excavando canalizaciones para irrigar los campos, plantando su hierba milagrosa, algunas de cuyas semillas había llevado consigo.

La comunidad ismaelita de Kermán, Zahedán, Zabol y puertos del golfo Pérsico era rica y poderosa.

Las bibliotecas, los centros culturales y los lugares de oración, si bien no tenían la categoría de los de El Cairo, Bagdad o Ispahán, eran numerosos en estos sitios, y los adeptos, sinceros y entusiastas. El año que Hasan pasó en la región estuvo esencialmente dedicado a formar sus primeros grupos de soldados, listos para el combate y para el sacrificio supremo. Reunidos en secciones de seis a ocho elementos, escogió hombres jóvenes y vigorosos, que ponía bajo la autoridad de sus mejores ayudantes a fin de que aprendiesen el manejo de las armas, la lucha cuerpo a cuerpo, la natación, el trepar por una cuerda, el saltar de una roca a otra, el sobrevivir eventualmente en el desierto sin alimentos sólidos ni líquidos durante una semana. Sólo los más resistentes tuvieron el privilegio de formar parte del centenar de individuos que se convertirían en la punta de lanza de los primeros comandos instituidos por Hasan. Fueron muchos los candidatos y pocos los elegidos, pues el gran maestre estaba absolutamente decidido a que los hombres de que dispusiese no solamente fueran los más disciplinados y fieles, sino también los más decididos a la hora de ir hasta el final de sus futuras misiones, con frecuencia arriesgando la vida.

Entre sus mejores elementos y primeros tenientes, contaba con tres personajes entregados a él en cuerpo y alma: Abú Alí, originario de Baluchistán, antiguo esclavo; Hossein Kaini, hijo de un rico comerciante de Kermán, y Hamdán, tendero de Tus.

Hubieron de abandonar bienes y familia con objeto de unirse al gran maestre con el único fin de servir a la causa y propagar la fe por el procedimiento que fuese.

En un año, una legión de hombres entusiastas, a ratos monjes, a ratos soldados, cuyas jornadas comenzaban por rezos y terminaban con el recitado entre dientes de fórmulas mágicas alrededor del fuego, estuvo lista para reemprender la marcha a la primera indicación del jefe. Hasan había recolectado sus primeras plantas de hachís y, al abrigo de miradas indiscretas, hecho sus primeros preparados, tal y como había visto en la casa del Viejo Cairo. A Abú Alí le pidió una tarde que se tomase una tibia infusión, a Hossein Kaini le suministró unas píldoras y a Hamdán le exigió que inhalase unas

vaporizaciones. Los efectos fueron inmediatos a pesar de que las dosis, bajo una u otra forma, habían sido pequeñas. Los tres hombres tardaron dos horas en recuperarse de su experiencia y de ella no recordaron mas que un instante de bienestar acompañado de una gran paz interior y de unas imágenes furtivas que los habían colmado de felicidad. No hicieron ninguna pregunta a su jefe y éste consideró llegado el momento de reanudar la marcha. Había sabido, gracias a informaciones de los viajeros, que Nezam–ol–Molk, asediado por infinitas preocupaciones relacionadas con la gestión y administración del Estado, había acabado por olvidarlo y había levantado las sanciones que pesaban sobre él. Incluso llegó a enviarle un hombre con la misión de informarle de su deseo de verlo si sus pasos lo conducían hasta Ispahán. Hasan desconfiaba de este género de invitaciones que venían de su antiguo condiscípulo, al que consideraba retorcido, perverso y capaz de cualquier villanía.

A finales del invierno de 1083 una larga travesía desde el este del país hasta el oeste había llevado al hijo de Sabbah y sus adeptos a los barrios exteriores de la capital. El viaje se había efectuado sin obstáculos y, una vez más, evitaron unirse a ninguna caravana. Disfrazados de pobres peregrinos, no interesaban a nadie. Iban, sin embargo, armados y transportaban oro y plata recolectados entre los fieles del sureste de Persia.

El gran maestre repartió a los suyos en tres grupos con objeto de que no despertaran la atención de los soldados que vigilaban las entradas de la ciudad y les pidió que lo esperasen tres días y tres noches. A continuación volvió a casa de Abú Táher, adonde convocó, uno tras otro, a los dais más importantes de la ciudad.

Quería conocer hasta en el menor detalle la distribución de los ismaelitas sobre el conjunto del territorio persa, los nombres de los más influyentes, las fuentes de sus ingresos, su situación familiar. Y por encima de todo, obtener la lista de todos los recaudadores de fondos de la secta, sus lugares de encuentro, la implantación del ejército del Sultán en las zonas de fuerte densidad ismaelita.

En la tarde del tercer día, reunió a sus adeptos y conferenció con sus tres lugartenientes. No cabía duda de que la más alta concentración de fieles se encontraba en las montañas del norte del país, pero que también los había en el Juzestán, al sur, en el Farsistán, en torno a Shiraz y en los confines del puerto de Buchir. Él se sentía en la obligación de trasladarse allí y ordenó a Hossein Kaini que lo acompañase. Los otros dos grupos, mandados por Abú Alí y Hamdán, debían dirigirse hacia el norte, uno pasando al oeste de Ghom, y el otro al este, antes de instalarse en Damghán, en la ruta que unía Rey con Nichapur y en donde se hallaba la mayor concentración de ismaelitas de todo el país.

—En todos los poblados por donde paséis, en todas las ciudades

en que os detengáis a descansar, hablad en mi nombre y pedid a los más jóvenes, a los más vigorosos y a los más fervientes que se unan a nosotros. Decidles que estaré con ellos dentro de un año, o tal vez más, para lo que será nuestra marcha triunfal.

Y Hasan se dirigió hacia el sur, habló, predicó, rezó, reclutó y cuando su misión estuvo terminada, subió hacia el norte, donde las multitudes lo recibieron entre ovaciones y muchos le siguieron. Su periplo duró treinta meses, pero siguió en contacto con Abú Alí y Hamdán, al que envió regularmente emisarios.

Fue finalmente en vísperas del invierno de 1085 cuando pudo reunirse con sus fieles. Éstos habían levantado una pequeña ciudad en las inmediaciones de Damghán, donde tuvo la sorpresa de encontrar a Maryam y a sus hijos. Mohamad y Hossein habían crecido y cuando vieron a su padre, del cual se habían separado cinco años atrás, le dijeron:

—Padre, nosotros también queremos ser soldados.

Hasan les sonrió, no les contestó nada y pasó horas interminables hablando con los dais de la ciudad, los comerciantes más ricos, los depositarios del oro y la plata de la ciudad y con determinados jefes militares que acababan de convertirse a la fe ismaelita.

—Nos quedaremos aquí cierto tiempo. No es posible pasar el invierno en otra parte. Los caminos están bloqueados por la nieve y más al norte el frío es intenso.

Al llegar la primavera había trazado un plano detallado de todos los castillos y plazas fuertes de los montes Alborz, cadena que se extendía a lo largo de más de trescientos kilómetros, pues se sentía atraído por unas montañas que pasaban por infranqueables e inaccesibles incluso para los ejércitos más experimentados.

Varias veces discutió con el jeque Abdel Malik Attach, superior de las misiones ismaelitas en Irak, que lo había nombrado su suplente tras su primera huida de Ispahán, y enviado a Egipto.

—No cabe la menor duda de que debemos instalarnos definitivamente entre Ghazvín, Rudbar, Damavand y Gorgán.

El jeque propuso que se quedaran en Damghán. El castillo estaba bien situado, sobre una elevación, y, resguardado por la montaña, permitía ver el desierto en toda su extensión en caso de peligro.

—Si yo he podido llegar tan fácilmente a este castillo, otros, más numerosos y mejor armados, también podrán hacerlo. Lo que yo quiero es una fortaleza en lo más alto de la montaña, inexpugnable e inviolable. Quiero que los míos vivan en paz.

Attach, que jamás había oído hablar de semejante sitio, pensaba que su construcción exigiría años.

—Ese lugar sublime existe. Lo he visto en sueños. Incluso más de una vez. Desde hace mucho tiempo, un hombre viejísimo vive en él y su muerte está próxima. Está por allí, más allá de las montañas.

Y Hasan señaló hacia poniente, en tanto que el sol desaparecía detrás de las cimas nevadas.

El jeque se retiró, pues sabía que no había que contrariar al gran maestre. Pero en su fuero interno pensó que el hijo de Sabbah había perdido el juicio.

El águila negra lanzó un último graznido en la noche violácea. Luego, se hizo el silencio y la naturaleza se sumió en un sueño. Hasan Sabbah dio gracias al Todopoderoso por sus obras y cerró su Corán.

Capítulo segundo

El castillo

Hasan y sus seguidores acababan de pasar un año en la región de Damghán.

Había recorrido sin descanso la inmensa cadena del Alborz, de este a oeste, en busca del castillo de sus sueños. Unas veces con Abú Alí, otras con Hossein Kaini, escalaba las áridas cimas o se aventuraba por los senderos que frecuentaban la cabra montés y el musmón con riesgo de su vida a cada paso, hasta tal punto eran su determinación y su voluntad por hallar aquella fortaleza que le perseguía en sueños.

Sus lugartenientes llegaron a pensar que desvariaba. El gran maestre estaba fascinado por aquellos altos muros que parecían esperarlo en alguna parte, pero que no encontraba.

A veces, durante noches enteras, marchaba hasta las mismas puertas del desierto y, de rodillas, rezaba horas y horas, implorando

ayuda al Todopoderoso.

Una mañana de mayo de 1087 le dijo a Hossein Kaini:

—Te voy a encomendar una misión y no vuelvas hasta que la hayas terminado. Ve con una decena de hombres hacia poniente, recorre todas las montañas que hay en los alrededores de Ghazvín, Rudbar y Damavand. Visita los castillos, habla con la gente, haz preguntas y escucha las contestaciones. A tu regreso te quiero aquí con un informe detallado.

A Abú Alí le dijo igualmente:

—De Sari a Gorgán, inspecciona el más mínimo paraje, sube a las cimas, infórmate. A ti también te quiero aquí antes del invierno. Ve en paz.

Y los dos hombres se pusieron en camino. Durante seis meses el hijo de Sabbah predicó, convirtió, enseñó.

Maryam le había dado una hija, pero no le prestó la más mínima atención.

Damghán se había convertido en una bonita ciudad llena de casas edificadas con materiales sólidos, rodeada de campos hasta perderse de vista, con agua en abundancia y un derroche de rebaños. La población era mayoritariamente ismaelita, pero no existía ningún conflicto de creencias o de cultos con los seguidores de Zoroastro, los armenios, los judíos y los musulmanes, en su mayor parte tenderos, mercaderes ambulantes o agricultores. De tiempo en tiempo, una columna militar cruzaba la ciudad y montaba su campamento extramuros. Una vez avituallada, volvía a emprender la marcha.

Un día un oficial preguntó por Hasan Sabbah.

—¿Lo conocéis? ¿Lo habéis visto?

Corrieron a informar al gran maestro. Éste, confundido entre la multitud, le preguntó:

—¿Querías algo de él? Yo lo conozco mucho. Se ha ido de caza a la montaña y no volverá en mucho tiempo.

¿Puedo darle algún recado?

El oficial vaciló un momento:

—Vengo del este, de Tus, en los confines del imperio. Allí he visto al gran Omar Jayyam, que reside y estudia en esa ciudad desde hace un año y que me ha encargado, si al azar de mis desplazamientos por el norte del país me encontraba con su amigo Hasan Sabbah, saludarlo en su nombre y transmitirle un mensaje de paz.

Hasan se quedó un momento desconcertado:

—Yo creía que el gran Omar vivía en la corte del sultán de Ispahán, ¿no es así?

—Hace tres años que vivía allí, pero realizó un gran viaje hacia el norte. A lo que sé, estuvo en Eshgh–Abad, Bujara y Samarcanda, dedicado a la enseñanza y llevando a cabo magníficas obras de arquitectura.

Particularmente en Tus hizo construir una preciosa mezquita azul según planos propios.

—¿Y tiene intención de volver a la capital?

—No estoy en los secretos del poeta, pero me consta que se propone ir la próxima primavera a Nichapur, donde estudió en su juventud.

El gran maestre se quedó pensativo.

¿Qué creer? ¿Se trataba de una trampa para hacerlo salir de su escondite o era, simplemente, la verdad?

—Muchas gracias, oficial. Ya se lo diré a Sabbah en cuanto regrese.

Se pondrá sin duda muy contento con las noticias de su amigo. ¡Que la paz sea contigo!

Durante mucho tiempo le inquietó a Hasan saber que su antiguo condiscípulo estaba tan cerca. ¿Debía hacerle llegar un mensaje, decirle dónde se hallaba, tratar de verlo, convencerlo de que se uniese a él?

La vuelta de sus dos lugartenientes lo devolvió a la realidad. Hossein Kaini hubo de confesar que no había encontrado castillo alguno digno de su jefe que estuviese situado en una altura y dominando todo el horizonte.

Por el contrario, Abú Alí estaba convencido de haber descubierto el lugar que el hijo de Sabbah buscaba.

—Oh, Hasan, Dios me ha puesto en el buen camino y, en su infinita misericordia, me ha permitido hallar la fortaleza que asalta tus sueños desde hace tantos años. Estoy en disposición de llevarte a ella inmediatamente si tú me lo ordenas.

En un primer momento Hasan se sintió tentado de trasladarse a aquel sitio sin más dilación. Comoquiera que fuese, tuvo que rendirse a la evidencia de que ya las primeras nieves habían hecho acto de presencia y de que sería largo el camino hasta Yenaché, en el extremo oriental de la cordillera de Alborz, en la ruta que conducía a las grandes estepas del Asia Central.

—De todas las fortalezas que me ha sido dado ver, ésta es sin duda la más bella, la más sólida y la más digna de ti. La habitan pocos ismaelitas, pero aquellos con los que he podido hablar y me han dado hospitalidad se sentirían orgullosos acogiéndote y alojándote en su ciudad. Un dai extremadamente anciano vive en ella y querría verte antes de morir.

Hasan consideró más prudente esperar el buen tiempo y, en el

transcurso de los meses de invierno, no dejó de preguntar a Abú Alí acerca de la arquitectura de la fortaleza, la disposición de las torres, la altura de los muros, las vías de acceso. A medida que su lugarteniente le iba dando explicaciones, menos adecuado le parecía el lugar que buscaba desde su salida de Egipto.

En los primeros días de abril de 1088, Hasan, al frente de una treintena de sus fieles, emprendió el camino del norte. Por primera vez desde que había empezado a predicar hubo de enfrentarse con poblaciones hostiles que le cerraban las puertas y le arrojaban piedras. Llegó incluso a ser herido junto con tres de sus hombres.

Le tendieron emboscadas, le escupieron en la cara, pero nada consiguió impedir que el hijo de Sabbah entrase en Yenaché un mes más tarde. La ciudad le desagradó inmediatamente y el castillo no se parecía en nada al que se había forjado en su imaginación.

La casi totalidad de la población era de origen turco y se diría que estaba atemorizada. La gente con la que se cruzaba era desconfiada y no deseaba que se instalase allí. En el castillo lo recibieron cortésmente pero pronto comprendió que el edificio no le iba a convenir. La fortaleza estaba rodeada de elevadas cumbres y no resistiría un cerco en regla. Comoquiera que fuese, Hasan se sintió intrigado por la vivacidad y la belleza de un muchacho de dieciocho años que respondía al nombre de Kia Buzurg Humid y que deseaba seguirle. El adolescente era alto, delgado, de ojos claros y tez pálida.

Saltaba a la vista que se aburría en el castillo y que parecían atraerle las aventuras y el ancho mundo. Hasan lo llevó consigo a Damghán.

—Te estoy muy agradecido, maestro, por haberme tomado a tu servicio y no te daré motivos de queja. El esfuerzo no me da miedo.

Hasan sonrió, lo que hacía rara vez.

—Efectivamente, espero mucho de ti. Por eso te he traído conmigo.

Aquí todo el mundo trabaja, tanto los pequeños como los mayores. Tú me pareces de una salud excelente y Dios te ha dotado de un cuerpo robusto y armonioso.

El joven parecía fascinado por Hasan. Había dejado a los suyos sin manifestaciones de pena y había tirado al primer barranco su ropa para vestirse con los hábitos de la orden sin hacer la más mínima pregunta una vez que el gran maestre lo hubo convertido a la fe.

Sabbah estaba totalmente decidido a salir de Damghán lo antes posible con la intención de atravesar el Alborz de este a oeste. Lo que sus dos lugartenientes no habían conseguido hacer, él lo haría: hallar el emplazamiento inexpugnable e inviolable en donde instalarse con sus seguidores, desde el cual predicar y poder educar a su manera al hijo de Nizar, el imam oculto. De momento, el niño crecía al lado de sus propios hijos. Maryam, tan poco habladora como de costumbre y

que agachaba la cabeza en presencia de su esposo, consideraba una hermana a la viuda del príncipe, no se separaba nunca de ella y le evitaba las tareas más penosas. ¿Tal vez pensaba que la egipcia era una concubina de Hasan y el pequeño príncipe su tercer hijo?

Nadie lo supo jamás.

El hijo de Sabbah había emprendido una larga marcha hacia poniente asistido por Abú Alí y Buzurg Humid tras dejar a la comunidad al mando de Hamdán, Hossein Kaini y Mozaffar Mostawafi, el gobernador de Damghán convertido al ismaelismo y que tenía un ejército a su disposición en caso de necesidad.

A marchas forzadas, durmiendo poco, el gran maestre y su treintena de seguidores bordearon el mar Caspio y se adentraron por la montaña a la altura de Rudbar. Los campesinos del lugar les informaron de que habían oído hablar de un castillo inexpugnable llamado el Nido del Águila y en donde vivía un anciano, duro y desconfiado, a quien nadie había visto jamás. Pero en caso de existir la tal fortaleza, no había quien fuera capaz de decir con precisión dónde se hallaba.

Dos torrentes bajaban desde las altas montañas hacia el mar y Hasan remontó su curso hasta el nacimiento de los mismos, registrando cada cima, inspeccionando cada cresta rocosa y enviando emisarios detrás de cada pico o punto culminante que se recortaba en el cielo. Habían caído las primeras nieves y los hombres avanzaban mucho más despacio. Buzurg Humid se mostró lleno de ánimo y decisión; a Hasan le impresionaron sus cualidades físicas y morales. No retrocedía ante ninguna empresa, jamás hacía preguntas y cumplía todo lo que se esperaba de él.

Una tarde en que el hijo de Sabbah se entregaba a sus oraciones aislado del grupo, el murmullo de un riachuelo vino a interrumpirle en sus meditaciones. Se acercó al lugar de donde procedía aquel ruido y aunque la luz iba declinando, pudo ver que el agua brotaba con fuerza de un enorme peñasco.

Alzó la cabeza y no vio otra cosa que una piedra gris y lisa que parecía bajar del cielo. Comoquiera que fuese, aquel manantial le intrigó: la intensidad con que el agua salía significaba que tenía que haber, bien en la roca, bien en su cúspide, algo así como un lago o al menos un embalse capaz de hacer brotar el agua con semejante presión.

Sus ojos no pudieron distinguir nada pero se propuso dilucidar aquel misterio a la mañana siguiente. Cuando se despertó, horas más tarde, un soberbio espectáculo se ofreció a su mirada: el cielo era de una pureza excepcional, la hierba del suelo aparecía cubierta por una

delgada capa de nieve, y el manantial, que había murmurado durante toda la noche, guardaba silencio. Una placa blanca lo tapaba a modo de cristalino caparazón que quisiese protegerlo del frío reinante.

Hasan alzó la vista. La tarde anterior no se había dado cuenta del esplendor del paraje. Rodeándole completamente, interminables paredes, rocosas e inaccesibles, lo cercaban, separadas entre sí por pequeños pasadizos que un caballo atravesaría con dificultad.

Buzurg se le había acercado sigilosamente:

—Qué hermosura, maestro... En mi vida había visto un sitio parecido.

—¡Alabado sea el Señor! Es infinitamente bello y fascinante. Me hace sentir algo de muy especial y que ya experimenté hace muchos años en el sur del país, entre Naín y Yazd.

—Yazd, ¿dónde es, maestro? Cuéntame.

Hasan puso delicadamente su mano en el hombro del joven.

—Un día te lo diré, en el momento oportuno. No seas impaciente.

—¿Es aquí, maestro, el castillo que andas buscando?

—Puede ser... no sé... Es posible.

Hasan seguía mirando hacia arriba.

De repente, un grito rasgó el silencio de aquella inmensidad glacial y un águila se abalanzó sobre ellos. Apenas si les dio tiempo de ponerse a salvo. El ave rapaz apresó con sus garras un gamo que ninguno de los dos había visto. El enorme pájaro negro se elevó majestuosamente para ir a desaparecer detrás de los picos rocosos.

—¡Es aquí! Siento que es aquí.

¿Pero dónde?

Todos los ismaelitas se lanzaron a la búsqueda. Cada peña, cada piedra, cada orificio de la muralla fue inspeccionado minuciosamente. Las horas transcurrían y a la euforia le iba sucediendo poco a poco el desánimo.

Hasan no cesaba de exhortarlos a que perseverasen.

—No hay la menor duda, es en alguna parte de aquí. Veo el manantial en mis sueños. Y también he visto el águila así como la disposición de las murallas. Tenemos que dar con ello antes de que caiga la noche.

Al final, una grieta en la roca intrigó al joven turco. Se necesitaba tener una vista muy avezada para distinguir que ciertas fisuras en el granito no eran naturales y sí demasiado rectilíneas como para no haber sido trazadas por un arquitecto genial.

—¡Maestro! ¡Ven a ver! Creo que he descubierto algo.

Hasan se acercó al joven y deslizó el índice derecho a lo largo de la hendidura. Ésta dibujaba algo así como un rectángulo de dos metros de alto por uno y medio de ancho. Ninguna herramienta creada por Dios sería capaz de levantar aquella mole inmensa.

Durante tres días con sus noches, interrumpidos por breves intervalos de descanso y oración, la treintena de ismaelitas atacó la roca. Hasan estaba convencido de que aquella puerta dibujada en la muralla por la mano del hombre estaba bloqueada por dentro y de que, una vez desplazada, daría paso a un túnel que debía de atravesar la montaña.

Al término del tercer día, agotados por un esfuerzo incesante y la falta de sueño, los ismaelitas se durmieron sin ni siquiera haber comido. Estaban rendidos y sin aliento. Acurrucados unos contra otros, luchando contra el frío, se habían instalado bajo un ramaje, al abrigo de las miradas indiscretas y del ataque eventual de las fieras.

La luna brillaba intensamente cuando Hasan oyó ruido de voces. Sus fieles no se habían movido ni nadie había abandonado su yacija. Se incorporó con precaución y vio a medio centenar de pasos a tres hombres que hablaban en voz baja. Uno de los personajes encendió una fogata y los tres se calentaron a su lumbre. Se habían sentado a la árabe delante de la pared de piedra que parecían mirar con insistencia.

Despuntaba el día cuando se produjo el milagro: la pesada puerta gris y lisa giró sobre sí misma y dejó ver a dos individuos más, guardianes sin género de dudas, que llevaban sendos venablos en la mano y vestían túnicas al parecer verdes. Sin hacer ruido, Hasan despertó a Buzurg Humid y le explicó la situación en pocas palabras.

—Toma contigo a dos hombres, adelántate hasta esas personas e inventa cualquier pretexto para penetrar en la montaña. Di que sois peregrinos, mercaderes que habéis sido asaltados, lo que se te ocurra, pero adéntrate con ellos en la montaña. Yo me quedaré aquí con los demás y esperaré a que salgas todo el tiempo que haga falta.

—Lo haré lo mejor que sepa, maestro. ¡Que Dios te guarde!

Buzurg escogió a dos hombres, y los tres juntos avanzaron hasta los guardias, que charlaban con los visitantes. Hubo un momento de sorpresa seguido de un apuntar de las lanzas hacia los tres ismaelitas. Hasan estaba ansioso. Finalmente bajaron las armas. Todavía se produjo una discusión acompañada de animada gesticulación hasta que todos desaparecieron detrás de la pared y la puerta de piedra se volvió a cerrar lentamente.

Tras dejar algunos centinelas, el gran maestre y sus hombres recorrieron los alrededores en todos los sentidos, tomando nota del menor curso de agua, de los caminos, de la disposición de las montañas y del emplazamiento de las aldeas. En todas partes se les reservó un buen recibimiento y muchos campesinos se convirtieron a la fe de Sabbah. Al término del segundo día y mientras esperaban el

regreso de los tres hombres que se habían internado en la montaña, tenían trazada una cartografía detallada de la región, la cual contaba como centro económico con el burgo de Rudbar, cuyas autoridades parecían leales a Malek Shah y al gran visir.

Una vez más los ismaelitas se ocultaron detrás de un montón de ramas y piedras que habían apilado. Las horas pasaban, había caído la noche y Buzurg Humid y sus dos compañeros seguían sin volver. ¿Tal vez se les retenía como rehenes? ¿Tal vez se les torturaba? ¿Tal vez había surgido un imprevisto? Entumecidos por el frío, terminaron por dormirse.

Un amanecer blanquecino no acababa de decidirse a despuntar y el cielo era aún de color violeta, cuando Hasan sintió una mano sobre su hombro.

—Maestro, maestro... Soy yo...

Buzurg Humid... Maestro... He vuelto.

De un salto, el gran maestre se incorporó y se ajustó el turbante.

—¡Loado sea el Cielo; estás aquí!

¿Qué ha pasado?

—Mis compañeros se han quedado arriba. Por lo menos los tienen retenidos. Sólo yo he podido volver.

Buzurg titubeó:

—Ahí no son muy partidarios de nuestra religión y nuestros amigos se han ido un poco de la lengua. Hemos encontrado simpatizantes, pero Mehdi Jan, el alida y jefe de esta fortaleza, los ha mandado detener. A mí me han dejado marchar a causa de mi juventud y porque no he predicado.

A lo largo del día, mientras la reducida compañía se trasladaba de nuevo a la costa para regresar a Damghán en medio de una nevada, el joven turco describió con pelos y señales todo lo que había visto. A Hasan le asombraron la capacidad de concentración y las dotes de observación de su segundo.

La gran losa de piedra que obstruía la entrada de la montaña se ponía en funcionamiento desde el interior por medio de un sistema hidráulico muy ingenioso que engranaba unas pesas a la vez que accionaba unas poleas. A continuación se trepaba más de dos mil peldaños tallados en la roca viva e iluminados con antorchas. Cada doscientos cincuenta peldaños había una especie de rellano donde un hombre armado de arco y flechas montaba la guardia. Por último, se desembocaba en la sala principal de una primera fortaleza, que daba acceso a una terraza desde la que se dominaba una aldea habitada por un centenar de personas. Quince o veinte hombres uniformados venían a constituir una especie de guardia; todos eran muy jóvenes y bastante inexpertos. Desde esta terraza no era posible ver el sitio en

que Hasan y sus seguidores se ocultaban. Era demasiado escarpado y demasiado abrupto. A partir de allí se tomaba otra escalera igualmente esculpida en la montaña, escalera que, tras subir mil quinientos peldaños, daba acceso, a su vez, a una segunda fortaleza desde la que podían verse más abajo las cimas y, en días claros, hasta el mar. Tanto la primera como la segunda fortaleza estaban rodeadas de espacios verdes, campos de cultivo y huertos donde pacían animales y corría un riachuelo. Cierto es que los prados estaban limitados, pero con todo permitían a aquellas criaturas sentirse a sus anchas. Una cascada caía desde la fortaleza alta a la fortaleza baja y casas sólidas con callejuelas y tenderetes constituían los bajos de aquel poblado dispuesto escalonadamente. Cohabitaban en él dos poblaciones, pero había poco intercambio entre ambos planos.

La fortaleza superior, menos extendida que la precedente, estaba dominada por un castillo central de difícil acceso a causa de lo alto de sus muros y de una guardia muy atenta a los menores gestos de sus habitantes. Jardines colgantes la rodeaban y la decena de casas que la componían pertenecían a allegados y familiares del señor del lugar. El castillo sólo era accesible para los parientes de Mehdi Jan y para los pobladores que solicitasen audiencia.

—He visto al viejo. Es una persona desabrida que se desplaza poco a causa de una parálisis que parece inmovilizarle las piernas. No siente el menor aprecio por nuestra religión y no acata otro poder que el de Malek Shah y Nezam–ol–Molk.

Una vez en Damghán, Hasan sabía a qué atenerse: esperaría la fusión de las nieves y marcharía con todos sus fieles hacia Occidente. Ya conocía hasta en sus mínimos detalles el plano que le iba a permitir entrar e instalarse en la ciudadela sin violencia ni efusión de sangre. Para ello debía actuar con prudencia, tomarse todo el tiempo necesario y, sobre todo, no despertar sospechas.

Una vez más, un enemigo se interponía en su camino decidido a acabar con él definitivamente: el gran visir, informado por sus espías de las maniobras de los ismaelitas en el norte del país, había ordenado al gobernador de Damghán que se apoderase del gran maestre y sus acólitos y los encarcelase. Le prometía una gran recompensa, pero a condición de que Hasan Sabbah fuera capturado vivo. Lo que Nezam–ol–Molk ignoraba era que Mozaffar Mostawafi había abrazado la religión ismaelita y se había convertido en uno de sus más fervientes defensores. El rey selyúcida, que pocas semanas antes acababa de adueñarse de Bujara, Samarcanda, Merv y Eshgh–Abad, convirtiendo a sangre y fuego a las poblaciones locales, lo que menos se imaginaba era que uno de sus gobernadores pudiese alzarse en rebeldía contra él. Y sin embargo fue de manera muy oficial como Mozaffar ofreció su ayuda y su apoyo al hijo de Sabbah.

—Oh, maestro, vas a necesitar todas tus fuerzas para enfrentarte con el castellano de Alamut, a quien socorrerá el gobernador de Rudbar. Te suplico que aceptes que un centenar de mis mejores hombres te acompañen y protejan. Harán el sacrificio de sus vidas para preservar la tuya y la de los miembros de tu familia.

Durante semanas, Mozaffar intentó por todos los medios convencer a Hasan de que aceptase los hombres que le proponía. Pero el gran maestre se negaba siempre con la mayor energía:

—Yo predico en nombre de Dios.

Mi postulación es pacífica y sólo me siguen hombres sin armas y cuyo pecho es su único escudo.

—Entonces, permíteme atacar a las tropas del sultán con el fin de despejarte el camino y que lo recorras sin peligro. Me han informado de que en Tus y Nichapur se está concentrando un poderoso ejército y que otro llega por el norte. Aún estamos a tiempo de aniquilarlos cogiéndolos por sorpresa.

—Te agradezco mucho tu entrega y tu amor por nuestra causa. Eres un hombre bueno, Mozaffar, pero tendrás que emplear tus fuerzas para hacer frente al enemigo que se acerca. No te preocupes por mí. Tengo armas y ya verás cómo me sirvo de ellas.

Hasan no dijo palabra acerca del hachís que Maryam y algunos fieles cultivaban secretamente en su jardín y cuyas semillas florecían regularmente al llegar el buen tiempo. Pronto se cumplirían diez años desde que erraba con sus adeptos por los caminos de Persia y en todo ese tiempo jamás se había separado de las cajas misteriosas en que transportaba las plantas.

Tan pronto llegaba a una ciudad en la que pensase permanecer varios meses, plantaba las semillas, las regaba personalmente durante una decena de días y luego mandaba a las mujeres de su entorno que controlasen escrupulosamente su crecimiento; siempre desconfiado, conservaba no obstante algunos granos en una bolsita atada a la cintura en previsión de cualquier eventualidad. El invierno precedente, como consecuencia de unas temperaturas extremadamente bajas, varios arbustos se helaron y fue un milagro que se pudieran salvar algunas plantas.

La travesía de este a oeste se llevó a cabo con una extraordinaria prudencia. Hasan envió a sus ayudantes a vigilar las rutas y a inspeccionar pueblos y aldeas. Alrededor de quinientos hombres y mujeres de todas las edades se dirigieron hacia poniente por tres vías distintas: un primer grupo estaba dirigido por Abú Alí y caminó durante tres meses por senderos que discurrían por el sur del macizo del Alborz. Un segundo grupo, al mando de Hossein Kaini, costeó el mar Caspio y atravesó las montañas bordeando los montes Rudbar. El último grupo, guiado por Hasan en persona y Buzurg Humid, se componía en su mayor parte de ancianos, mujeres y niños.

—Nos reuniremos hacia finales de verano en Ghazvín.

Absteneos de hablar demasiado. Evitad las grandes ciudades y juntad todos los ismaelitas que quieran seguiros. En cuanto a mí, hace unos meses que no me habéis visto, ando recorriendo el país de norte a sur y pensáis que actualmente puedo tal vez encontrarme en el golfo Pérsico.

Tres cosas contaban en este momento para el hijo de Sabbah: no hacerse ver y pasar desapercibido entre sus fieles con objeto de escapar a las tropas del sultán; proteger la vida del hijo de Nizar, que era el símbolo de la hermandad y sus adeptos, y preservar las preciosas semillas de hachís que guardaba en su bolsa y de las que iba a servirse en los meses siguientes.

Poco antes de los primeros fríos, y después de haberse dejado por el camino a los más viejos y a los enfermos, los ismaelitas entraron con la mayor discreción en Ghazvín y montaron su campamento extramuros. El gobernador, que obedecía escrupulosamente las órdenes procedentes de Ispahán, no los quería en su ciudad y había colocado soldados en las cercanías de la muralla para prohibirles la entrada.

Hasan, siempre juicioso, se abstuvo de predicar y encomendó la tarea a sus discípulos más cercanos. Sabía que los alrededores abundaban en espías y bandidos a sueldo de Nezam–ol–Molk.

Hubo provocaciones, vejaciones infligidas por los funcionarios de la ciudad, mujeres violadas, hombres apaleados y víctimas mortales, como fue el caso de Hamdán. Pero los ismaelitas callaban; no habían visto a Hasan Sabbah, no sabían dónde se encontraba e ignoraban la fecha de su regreso.

Pudo verse incluso a un oficial más brutal que el resto encararse con el gran maestre, que hacía sus abluciones y decirle:

—¿Tampoco tú has visto a ese criminal de Sabbah?

Hasan se incorporó y, tras inclinarse respetuosamente ante el militar, respondió:

—Lo vi hace varios meses, a finales de invierno. Nos dijo que quería encontrarse con su amigo Omar Jayyam en Tus o Nichapur. Desde entonces nadie lo ha vuelto a ver.

Apenas había terminado la frase, cuando un violento golpe en la cara lo hizo caer de espaldas. Una mujer quiso ayudarle a levantarse, pero él la rechazó:

—Deja, mujer, deja... No tiene importancia.

Un hilillo de sangre le corría desde el labio superior al ponerse de pie:

—Estás enfadado, oficial. Que el Todopoderoso te perdone como yo te perdono. Si estás irritado, golpéame otra vez, pero no la

emprendas con las personas que me rodean. No están mejor informados que yo y...

Un segundo golpe, esta vez en la barbilla, lo derribó de nuevo. El oficial se acercó y le pateó el pecho.

Luego le escupió y se fue.

Todos se precipitaron en ayuda del gran maestre, que no tuvo necesidad de nadie para alzarse del suelo.

Buzurg Humid era uno de los que habían acudido y le dijo en voz baja al oído.

—Maestro, maestro... Mándamelo y lo mato ahora mismo. Maestro, sería un orgullo para mí vengarte.

Hasan le clavó una mirada:

—Si lo tocas, toda nuestra comunidad será masacrada. Esa cara de odio no se me olvidará nunca. Dispongo de tiempo y lo encontraré. Averigua su nombre, es todo lo que necesito saber.

Una anciana se acercó al hijo de Sabbah y le ofreció una alfombrilla de gruesa lana:

—Maestro, acepta este humilde presente. En lo sucesivo reza sobre ella, pues este es tu reino.

Dicho esto, se alejó.

Durante todo el resto del día nadie volvió a ver a Hasan. Se había encerrado en su tienda de campaña y no volvió a salir hasta la mañana siguiente.

Hasan, Hossein Kaini, Abú Alí, Buzurg Humid, pero igualmente otros íntimos como Abú Táher y Seyyed Hosseini llevaban horas discutiendo arrimados a un árbol. Otros, apostados en los alrededores, vigilaban con la misión de avisar al primer peligro.

Hacía tiempo que las nieves se habían fundido al pie del Alborz y los caminos volvían a estar transitables. Hasan sabía ya a qué atenerse. El gran maestre tomó la palabra por última vez:

—Hossein, tú serás, pues, el primero en ponerse en camino con veinte hombres de tu elección. Al cabo de tres semanas le tocará hacerlo a Abú Alí, después a Táher y así sucesivamente. Todos vosotros sabéis cómo se llega a Alamut y cómo se entra allí.

Sois peregrinos que volvéis de los Santos Lugares y que queréis presentar vuestros respetos a Mehdi, el señor del castillo. Dentro de cien días, un centenar de los nuestros se encontrarán en el interior de la montaña. Mujeres, ancianos y niños se quedarán aquí. Yo llegaré con Buzurg Humid en el transcurso del mes de agosto. Nos instalaremos en las proximidades. Pero hay algo esencial: el 4 de

septiembre, con toda exactitud, la montaña se abrirá y entraré en Alamut.

Hasan se interrumpió y miró a sus cinco compañeros:

—El 4 de septiembre estaré delante de la puerta de piedra y ella se abrirá. Así lo quiere el Todopoderoso y así me lo ha pedido. Nuestra comunidad le concede a esta fecha la mayor importancia, de ella depende nuestra supervivencia.

Tal como deseaba el gran maestre, de tres en tres semanas, un grupo de veinte ismaelitas abandonaba por la noche el campamento para internarse por las montañas del norte. Los militares de guardia ante la puerta de acceso a la ciudad no advirtieron nada.

Y tal como Hasan deseaba, cien días después, cien hombres estaban ya dentro del recinto interior de la plaza.

Cuando le llegó su turno, sólo se hizo acompañar de Buzurg Humid y cuatro muchachos más, dejando el resto de los fieles al cargo de los más viejos. Sumados los nuevos adeptos que habían convergido hacia Ghazvín, la comunidad seguía contando con un grupo de quinientas personas, y el gobernador de la ciudad no observó nada anormal en sus rondas y en sus inspecciones al campamento.

Caía la tarde y el cielo estaba tachonado de estrellas, lo que confería al paraje un aspecto mágico. La luna no había salido todavía, pero los más mínimos detalles de las cumbres aparecían en toda su majestad. Los seis hombres avanzaban a un ritmo constante, dando un rodeo en los poblados, evitando los grupos de personas y las caravanas y durmiendo lejos de los caminos.

Por primera vez desde hacía meses el gran maestre se revistió de su largo ropaje de inmaculado algodón ceñido a la cintura por un fajín rojo. Estaba decidido a entrar vestido de este modo en la fortaleza, a la vista de todos y a pesar de la hostilidad del señor del lugar.

—Maestro –se atrevió a decir Buzurg–, ¿no es peligroso?

—Ya no es el momento de esconderse. Debo penetrar en la montaña con las mismas vestiduras que mis maestros de Shirkuh. Imposible de otra forma.

Dios lo quiere.

Era absolutamente necesario que la pesada puerta de piedra se abriese antes de la medianoche, pues tal era el mensaje recibido en sueños. En una fecha tan exacta como el sexto día del mes de rayab del año 469, Hasan ingresaba puntualmente en la segunda parte de su existencia.

Poco antes de la hora fatídica, la montaña empezó a moverse,

la pared rocosa osciló ligeramente y los flancos se abrieron. Cuatro guardianes hicieron su aparición llevando antorchas y, tras ellos, Hossein y Abú Alí junto con dos dais que Hasan no conocía.

Todos se inclinaron respetuosamente ante el gran maestre y, luego de unas palabras de bienvenida, se formó una fila de honor para recibir al hijo de Sabbah, a Buzurg Humid y a sus cuatro acompañantes.

El golpear repetido del gong y el sonido del cuerno retumbaron llenando el ambiente, y a medida que el pequeño grupo ascendía los dos mil peldaños de la primera ciudadela redoblaron los tamboriles, repitiendo sus ecos las paredes del monte.

Después, la puerta se volvió a cerrar lentamente y el lugar recuperó su secular silencio.

Hasan Sabbah tenía treinta y cuatro años.

Jamás volvería a salir de la fortaleza...

Capítulo tercero

La toma del poder

Durante un mes, Hasan predicó en la ciudadela inferior y pudo comprobar que buena parte de sus habitantes sentían simpatía por su religión y abrazaban su fe. Asistido por dos dais, a quienes el señor

del lugar sometía a las más viles humillaciones, habló de Dios y de sus obras día y noche. Jamás abordó el terreno político y ni una sola vez pronunció el nombre del sultán ni de Nezam–ol–Molk. Sabía que en aquellas concentraciones se encontraban espías del gobernador de Ghazvín a sueldo del gran visir y no quería desvelar su juego antes de haberse reunido con el alida Mehdi, en la fortaleza de arriba. Hizo devanar la lana de la alfombra de rezos que le había regalado la anciana de aquella ciudad y con el hilo midió pacientemente el contorno de la ciudadela de abajo. El hilo coincidió exactamente con el perímetro del lugar. No cabía duda: estaba, por fin, en su casa.

Abú Alí, Hossein y Buzurg, que ya disponían de un conocimiento perfecto del sitio, cada tarde le presentaban a Hasan un detallado informe de las complicidades con las que se podría contar.

Algunos emisarios del señor del castillo acudían de cuando en cuando a escuchar sus enseñanzas y a formular preguntas. Él tenía para cada uno de ellos una contestación que sabía acompañar de un mensaje de paz y una sonrisa. Incluso cuando trataban de provocarle, replicaba con paciencia.

Había guardias que iban a consultarle, e igualmente jeques. Cuando tuvo la certeza de que la gran mayoría de la población de la fortaleza le era adicta, le hizo saber a Buzurg que deseaba presentar sus respetos al viejo señor del dominio en su castillo.

El joven turco, que conocía a uno de los jefes de la guardia de Mehdi Jan, de origen bizantino como él, hizo llegar el mensaje, y dos días después se recibía la contestación:

—Di a Hasan que mi amo se reunirá con él dentro de tres días con el primer canto del gallo. Sólo tú podrás acompañarlo.

Durante dos días y dos noches, el hijo de Sabbah rezó y guardó ayuno.

Retirado en una pequeña casa, no dejó entrar a nadie sin que antes no hubiese manifestado su deseo. Cuando reapareció al atardecer del segundo día, sus ayudantes se quedaron estupefactos al advertir que su larga cabellera oscura, lo mismo que su barba, aparecían sembradas de hebras de plata que conferían a su rostro un mayor esplendor aún.

Hasan compartió la cena con Abú Alí, Hossein, Kaini, Abú Táher, Seyyed Hosseini, Buzurg Humid y los dais de la montaña.

—Esta noche es sagrada. Una vida nueva se abre ante nosotros. Después de tantos años de andar predicando por todos los lugares de nuestro país, vamos, por fin, a alcanzar la meta. El Todopoderoso ha querido ponernos a prueba y muchos de los nuestros han sufrido. Ha corrido la sangre y ha habido vidas segadas. Vendrán más sacrificios, más lágrimas, pero hemos llegado al término de nuestro camino.

Los hombres charlaron largo rato todavía y cuando por levante despuntaron las primeras luces de un pálido amanecer, Hasan se

levantó y salió solo. Se dirigió a la casa donde residían Maryam, la viuda de Nizar, el pequeño príncipe y sus propios hijos.

A todos los miró en silencio antes de dejarlos. Buzurg lo esperaba al pie de un árbol. Los dos hombres se adelantaron hasta el puesto de guardia.

De camino se cruzaron con Abú Alí y Hosseini, que discutían en voz baja:

—Mandaré por vosotros. Dios me guía allá arriba. Nunca más volveré a bajar aquí.

Diciendo esto, les puso la mano en el hombro y prosiguió el camino, seguido por su fiel ayudante.

Dos guardias y un jefe los precedieron y todos desaparecieron detrás de una puerta de madera cincelada en hierro.

Al llegar el grupo al último de los mil quinientos peldaños y desembocar en la fortaleza alta, cantó el gallo.

La luminosidad del horizonte se había hecho muy intensa y el aire era frío.

Hasan echó un rápido vistazo en torno suyo. El lugar era tal como sus hombres se lo habían descrito. Todo era paz y tranquilidad.

El jefe de la guardia golpeó dos veces con su lanza en una puerta cerrada y el batiente se abrió poco a poco. Hasan y Buzurg entraron entonces en el castillo de Alamut. Un austero edificio se ofreció a sus ojos. Parecía habitarlo pocas personas y un silencio absoluto reinaba en él. Los muros eran de sillería y adobe y había sido edificado en tres niveles separados entre sí por cien escalones. Algunos hombres iban y venían por el recinto y las escasas mujeres circulaban como sombras pegadas a los muros.

Hasan y su segundo fueron introducidos en una sala, la más alta, al parecer, del edificio. Los guardias se retiraron y dejaron a los dos hombres esperando un rato. Tres alfombras en el suelo, unos cuantos cojines, dos pipas y una jaula con un loro multicolor constituían todo su mobiliario.

En un rincón, un pequeño felino gruñía atado a una cadena, la cual, a su vez, estaba fijada a la pared por una gruesa anilla de hierro forjado.

El gran maestre se acercó a la única ventana de la habitación. La vista se perdía hacia las cimas septentrionales. En días claros debía de divisarse el mar Caspio. El punto de mira resultaba impresionante. Nunca hasta entonces había gozado Hasan de parecida situación. Tenía la sensación de dominar el mundo y todas las cumbres vecinas. Sintió de repente una inmensa felicidad. Era consciente de haber llegado al final de su viaje.

Unas voces que se aproximaban lo sacaron de sus reflexiones. Se volvió y pudo ver a dos mocetones que transportaban a un

anciano de blancas y descuidadas barbas. El hombre fue depositado con precaución sobre el suelo y estabilizado con ayuda de un pequeño mueble bajo para que no se cayese de lado. En una mano sostenía un cilindro de rezos y sus dedos estaban cubiertos de sortijas de un gran valor.

Vestía sobriamente de negro y un diamante pendiente de una gruesa cadena dorada colgaba de su cuello. No llevaba turbante ni babuchas. Una vez instalado, dirigió su vista a los dos visitantes, que permanecían inclinados.

—No eres bienvenido a mi casa, hijo de Sabbah, ni tú tampoco, joven, comoquiera que te llames.

Su voz era gangosa y apenas audible. Pasado un primer momento de sorpresa, los dos respondieron al gesto que les invitaba a sentarse enfrente de su huésped. Cuatro guardias esperaban cruzados de brazos a que se les ordenase salir, pero el viejo no dijo nada.

—He oído hablar mucho de ti, hijo de Sabbah, y no me gusta lo que haces. Predicas una mala religión y tus palabras no están escritas en nuestras santas escrituras.

El alida Mehdi monologaba sin que Hasan lo interrumpiera.

—¿Cuál es tu respuesta, impío?

El gran maestre se acarició lentamente la barba y clavó una mirada en su interlocutor que obligó al anciano a bajar la suya.

—He venido en son de paz a tu casa y veo que tu corazón vomita odio. Tú y yo rezamos al mismo Dios y somos poca cosa frente a la inmensidad de su creación. Durante mi corta vida, llena de experiencias enriquecedoras y de sorprendentes encuentros, nadie hasta ahora me había insultado de tal modo, ni a mí ni a mis compañeros. Hasta nuestro Profeta bienamado abría la puerta a sus enemigos. ¡Muy amargado debes de estar por la vida para proferir tales palabras!

El castellano se había erguido un poco e intentaba interrumpir a Hasan, que proseguía su soliloquio, pero renunció pues el esfuerzo era demasiado grande.

—A nadie temo, anciano, ni al sultán que ha usurpado el trono de Ispahán, ni al califa de El Cairo, y menos aún a sus visires y a sus generales. Sólo temo al Todopoderoso y a su cólera.

Hasan siguió hablando hasta que el sol lució en lo alto del cielo. Mehdi Jan escuchaba sin reaccionar por lo que oía.

—Yo soy el nuevo señor de Alamut y si tú no quieres amoldarte a mis creencias, te puedes marchar. No se te hará daño alguno. Tú y los tuyos sois libres de quedaros o de iros.

El castellano mostró su enfado:

—Soy un fiel aliado del sultán y estoy en mi casa. Cumplo sus

órdenes y las del gran visir. Por lo demás, tengo orden de detenerte.

E hizo una señal a los guardias, que seguían impasibles delante de la puerta y que no se movieron.

—¡Apoderaos de este hombre! ¡Es una orden! ¡Han ofendido gravemente a nuestro Señor y a vuestro amo. Cogedlos y encerradlos en jaulas junto con los otros renegados!

Mehdi se desgañitaba, pero los criados continuaban inmóviles. Hasan lo interrumpió:

—Anciano, estos hombres no obedecerán tus órdenes a partir de ahora.

Soy el nuevo amo de esta ciudadela.

Ni el sultán ni el gran visir mandan ya aquí. Aquí reina en lo sucesivo nuestro imam, a quien todos debemos obediencia. Sírvele y podrás quedarte. Insúltalo y serás expulsado con los tuyos. Sé que tú desciendes de la familia de nuestro profeta Alí y el respeto que le tengo te salva la vida.

No tomo tu castillo en mi nombre, sino en el de nuestro imam. Él te ofrece tres mil dinares de oro. Obedece o marcha en paz.

Hasan hizo un gesto con la mano y los guardias se llevaron a un Mehdi que se debatía entre chillidos:

—¡Quiero cinco mil dinares de oro.

Los quiero inmediatamente!

Hasan detuvo unos breves instantes la ridícula comitiva y le dijo al castellano:

—Como te he dicho, tendrás tres mil dinares de oro, ni uno más. Éste es un pagaré dirigido al gobernador de Damghán, Mozaffar Mostawafi. La suma está a tu disposición cuando quieras. Y ahora, ve en paz.

Y en tanto que el viejo se alejaba gimoteando, el gran maestre le dijo a gritos:

—De ahora en adelante dirás dondequiera que vayas que hay un solo señor en Alamut y que se llama Hasan, hijo de Sabbah. Dirás al sultán y al gran visir, a los gobernadores y a los militares que yo, Hasan Sabbah, acabo de instituir una orden nueva y purificadora de los soldados de la fe, al servicio del Todopoderoso, de Zaratustra y de Mahoma...

Septiembre, 1091. En un año el lugar del Nido del Águila se había transformado considerablemente. Una vez eliminado el antiguo propietario, Hasan mandó traer a los restantes ismaelitas que habían permanecido en las cercanías de Ghazvín con objeto de instalarlos en

el recinto amurallado.

Hubo que buscar sitio para todos pues fueron pocos los que se marcharon con Mehdi y desde el sur habían llegado quinientos hombres y mujeres. Los más viejos fueron incapaces de subir los dos mil quinientos escalones de la primera fortaleza y hubo que llevarlos a cuestas. Se enterró a los que habían expirado en las entrañas de la montaña. La operación duró varias semanas y cuando todo el mundo estuvo instalado, la comunidad ismaelita de Alamut contó con más de ochocientas personas incluidos los convertidos de la ciudadela.

A los que no pudieron acceder al lugar se les distribuyó por el valle y alrededores, por Rudbar y por decenas de aldeas en el camino del Caspio.

Al hilo de los meses millares de adeptos afluyeron a la región reivindicando su pertenencia a la fe predicada por el gran maestre y sus discípulos. Los dais se vieron obligados a llevar los correspondientes registros, se tuvo que elaborar un nuevo catastro y se adquirieron las tierras de los habitantes que no querían convertirse.

Ingenieros y arquitectos construyeron nuevos poblados, otros modernizaron el Nido del Águila a fin de hacerlo totalmente inexpugnable y capaz de soportar largos años de asedio.

Se perforaron canales, se desvió el curso de determinados ríos, se levantaron diques y presas y se instalaron cisternas para recoger el agua de la lluvia y de la nieve al fundirse. Un ingenioso mecanismo dispuesto a partir de la fortaleza alta permitía que se llenasen los pozos tan pronto se vaciaban por medio de un sistema de trampillas y esclusas. De esta manera, a los habitantes del lugar que residiesen en el propio Alamut o en los alrededores nunca les faltaba agua ni tenían que temer inundaciones. Enormes silos permitían almacenar azúcar, sal, trigo sarraceno, pistacho, almendra y semilla de girasol en cantidades impresionantes. Miel, confituras, elixires y frutos secos se conservaban en gigantescas tinajas.

Guardas especializados en alimentación vigilaban el estado de conservación de las provisiones y las distribuían regularmente entre los habitantes para reemplazarlas por otras más recientes.

Todos los gremios estaban representados: los carniceros mataban las reses, los lecheros recuperaban la leche y la convertían en mantequilla, quesos o yogures; había panaderos y pasteleros que amasaban la harina y la pasta, también jardineros; en una palabra, toda una vida sedentaria perfectamente estructurada a las órdenes de contramaestres que debían, una vez por semana, rendir cuentas del estado de la población a los lugartenientes de Hasan. Cantidades y cifras eran trasladadas a hojas por contables que inmediatamente las presentaban al gran maestre.

Durante aquel primer año, se encargó a albañiles que sobrealzasen las murallas del recinto y reforzasen los torreones; los

maestros armeros fabricaron considerables cantidades de arcos, flechas, lanzas y venablos e incluso inventaron un tipo de catapulta que permitía disparar pesadas piedras y verter sobre ocasionales asaltantes aceite y pez hirviendo.

Pero la tarea esencial de Hasan fue la creación de una elite entre los guerreros que él había formado personalmente. En un primer momento mandó a Hossein y a Abú Alí que reclutasen a los adeptos más jóvenes y más fuertes físicamente. Un centenar de muchachos decididos fueron separados del resto de sus compañeros e instalados en la fortaleza alta. Cada mañana se levantaban al rayar el alba y después del rezo en común y en voz alta desayunaban frugalmente.

Con la salida del sol, ya estaban en uniforme de combate: con el torso desnudo, el pecho untado de aceite y las caderas cubiertas por un calzón de cuero, combatían de dos en dos, ya con los puños, ya con el puñal, esquivando golpes y evitando heridas. Luchaban, levantaban pesos considerables, se liberaban de las cadenas o cuerdas que los ataban, nadaban y hacían pruebas de resistencia bajo el agua. En invierno competían desnudos en la nieve; en pleno verano, bajo un sol de justicia, transportaban piedras gigantescas para endurecer los músculos y a veces pasaban una semana sin comer con objeto de desarrollar sus capacidades para sobrevivir.

Hasan había instaurado asimismo la prueba del fuego consistente en que los adeptos debían atravesar las llamas o andar sobre brasas, mantener sobre el fuego las manos el mayor tiempo posible, avanzar sobre cristales molidos o zarzas, pasar de un baño glacial a otro hirviendo, resistir la mayor cantidad posible de latigazos, o el suplicio de la rueda o incluso prácticas de estrangulamiento.

Sólo entonces se destacaba una elite, los puros entre los puros, como los llamaba el gran maestre, los cuales tenían derecho a ciertos privilegios, tales como el dormir por la noche delante de su puerta, inspeccionar la ciudadela a su lado o rezar en su compañía.

Ningún ismaelita tenía acceso a la residencia privada que Hasan se había mandado hacer en el último piso de su castillo. A lo largo de meses, arquitectos, albañiles y jardineros se habían esforzado duramente. Sólo los más íntimos del nuevo señor eran invitados, y esto en muy raras ocasiones.

La ciudadela alta había sido acondicionada para hacer de ella un inmenso lugar de descanso y placer. Allí, engalanadas con los más bellos ropajes y los más delicados velos, vivían las vírgenes más espléndidas de la comunidad. Se había diseñado un magnífico jardín con plantas exóticas y olorosas flores y construido estanques, y mientras los perfumes más exquisitos flotaban en el ambiente, cuatro músicos hacían vibrar sus arcos y tamboriles según la voluntad señorial y desconocidos animales de negro o estriado pelaje dormitaban en sus jaulas. Alfombras y cojines de dorados y argénteos

hilos tapizaban el suelo; copas y jarrones rebosaban frutos y flores de tornasolados matices.

En un rincón de aquel recinto mágico Hasan había hecho germinar sus semillas de hachís. Una sala, de cuya llave él era el único poseedor, le servía de laboratorio donde convertir las plantas en pastillas, elixires o vapores que se inhalaban. Él había ahondado en sus investigaciones, elaborado nuevas fórmulas, puesto a punto otras drogas más potentes cuyos efectos eran inmediatos. Varios voluntarios se habían sometido a pruebas decisivas que habían permitido al gran maestre perfeccionar su técnica y mejorar los resultados.

Buzurg Humid era el encargado de escoger a los postulantes entre la cuarentena de jóvenes guerreros que habían superado con éxito y brillantez las pruebas del agua y del fuego. Los designaba uno a uno, discretamente, a fin de no despertar la codicia o unos eventuales celos, y los encerraba solos en una habitación. Allí les hacía absorber la poción preparada por Hasan, les vendaba los ojos y les ordenaba subir al último piso de la fortaleza por una escalera secreta.

Buzurg instalaba al candidato en un sofá cubierto de sedosos cojines y lo dejaba que lentamente volviese en sí.

Finalmente, le destapaba los ojos y le ayudaba a sentarse.

Entonces se producía la maravilla.

El muchacho veía ante él a hermosas mujeres bailando al son de las flautas, las violas y los tamboriles, acercarse a él de tiempo en tiempo y acariciarlo al pasar. Luego, una de esas bellas criaturas se tendía a su lado, le invitaba a beber un zumo de frutas, le pasaba la mano por el cuerpo y le ofrecía sus labios de pétalo de rosa.

En aquel preciso momento aparecía Hasan, siempre vestido de blanco, el purpúreo fajín ciñéndole la cintura, con los pies desnudos y los brazos apenas separados.

—¿Cómo te llamas, hijo mío?

El voluntario se incorporaba un poco y balbuceaba su nombre.

—Bienvenido, hijo, ¿sabes que estamos en el paraíso?

—No... no... no lo sabía, maestro... Es tan hermoso... Todo es tan hermoso...

—Hijo, estás en el paraíso y yo podré ofrecértelo tantas veces como desees, con la única condición de que me sirvas lealmente y cumplas todas las misiones que te encargue.

—Ordéname, maestro. Haz de mí lo que quieras. Soy tuyo.

—¿Llegarías hasta sacrificar tu vida por defender nuestra justa causa?

—Llegaría hasta sacrificar mi vida. Mi humilde existencia te

pertenece. Puedes tomarla cuando te plazca.

Hasan se sacaba de la manga un pequeño puñal de oro y lo hacía brillar ante los ojos del muchacho:

—¿Lo ves? ¿Lo ves bien? Un día te lo daré para que cumplas una misión. Un día tú serás el elegido, y entonces, este paraíso que ves ahora será eternamente tuyo. ¿Lo oyes? Será tuyo para siempre.

El joven soldado se arrojaba a los pies de Hasan y le besaba la orla de su hábito.

—Levántate, hijo, y aprovecha todavía los instantes de felicidad que te quedan antes de volver a la tierra.

Unas cuantas gotas del brebaje sumían al adolescente en una euforia pasajera de la que pasaba a un estado de adormecimiento. Finalmente, Buzurg y un guardia lo trasladaban a un nivel inferior y lo dejaban despertarse poco a poco hasta recobrar plenamente el sentido. Cuando volvía a reunirse con sus compañeros no había modo de hacerle callar y contaba a los otros, que le escuchaban estupefactos, el viaje que acababa de emprender junto al maestro.

Las preguntas no acababan nunca:

"¿Has visto al Creador? ¿Cómo es aquello? ¿Eran hermosas las mujeres?

¿Hablan allí nuestra lengua?".

Al cabo de un año, Hasan había seleccionado por este procedimiento una veintena de candidatos dispuestos a cualquier misión. Algunos de ellos fueron llevados varias veces a aquel jardín colgante para que le tomasen gusto y se mostrasen aún más decididos. Cada vez era la misma escenificación, con las mismas mujeres, la misma música, el mismo decorado. Entre caricias y tocamientos, los candidatos entraban en una excitación que sólo las drogas eran capaces de calmar. Todos querían ir al combate, todos estaban dispuestos al sacrificio supremo. Entre aquellos émulos algunos parecían más resueltos que otros, por lo que se les inscribía en una lista, se les sometía a nuevas pruebas y se les entrenaba hasta el agotamiento total. En sus viajes al paraíso debían conseguir controlar sus pulsiones sexuales, renunciar a las delicias, rechazar el estupro y la lujuria. Sólo algunos llegaban hasta el fin. En ese caso, el gran maestre los consideraba dignos de combatir.

Antes de que terminase el año 1091, rodeado de sus principales lugartenientes, el hijo de Sabbah reunió a sus guerreros más decididos y ejercitados. Todos tuvieron el gran honor de compartir con él la comida y de rezar juntos. Luego, el gran maestre habló:

—He sabido por emisarios y también por viajeros que las tropas del sultán, a petición del gran visir, se van a poner próximamente en camino contra nosotros para proteger la fortaleza de Lemsir, que se encuentra a unas cuantas leguas de aquí y cuyo señor sigue siendo leal a los selyúcidas. Igualmente Malek Shah debe hacer frente a una

rebelión fomentada por un señor turkmeno que se ha sublevado cerca de Bujara.

Asimismo se me ha informado de que muy importantes ejércitos cristianos se aproximan a Tierra Santa con objeto de instalarse allí y proteger la tumba de su profeta. En lo sucesivo tendremos que considerarnos en guerra y estar preparados para cualquier eventualidad. Estamos rodeados de bárbaros y los venceremos a todos.

Dios nos ha dado la fe y la fuerza.

—¡Dios es grande! ¡Alabado sea el Señor! –respondieron a coro.

—Habéis sido elegidos por vuestras cualidades y vuestras aptitudes físicas y morales. Vosotros me habéis demostrado vuestra adhesión a nuestra causa, que es la única justa. Habéis decidido el sacrificio de vuestras vidas. Estoy orgulloso de vosotros.

A continuación se sacó de la manga un pequeño puñal de oro y lo levantó por encima de su cabeza.

—Recordáis esta arma. Pronto os servirá. Os he enseñado, en primer lugar, a saber esconderla. Luego, cómo golpear con ella en un gesto breve y rápido como el rayo. No golpeéis en el corazón, a menos que el pecho de vuestro enemigo esté desnudo: hacedlo únicamente en el cuello, la nuca, los ojos y la garganta.

Hasan contempló al grupo de voluntarios que se habían sentado en semicírculo en torno a él. Todos escuchaban apasionadamente las palabras de su jefe:

—Algunos de vosotros sois turcos de origen, otros jorasaníes, otros ispahaníes, incluso árabes. No olvidéis estas lenguas, que os servirán para introduciros en determinados ambientes, estudiad sus diversos acentos, todos sus dialectos, lo cual os permitirá disimularos mejor entre las multitudes y pasar desapercibidos. Si os asalta alguna duda, si habéis olvidado mis palabras, reflexionad, serenaos, tomaos todo el tiempo necesario y no tardaréis en recordarlas. No actuéis nunca con precipitación, ni movidos por la ira; sería un fatal error. Cuando estéis en un medio hostil, incluso si la misión os parece fácil, portaos con discreción, no os hagáis nunca notar, aparentad modestia y bajad los ojos, manteneos en la sombra. Escuchad, escuchad sin descanso, observad los más mínimos detalles. Si despertáis sospechas, desapareced.

Adormeced cualquier desconfianza, acallad cualquier susceptibilidad, perdeos en la masa. No olvidéis que nuestros enemigos son astutos y brutales. Ellos saben que estáis ahí, entre ellos, o que vais a llegar. Os buscarán por todos los medios a su alcance. Entonces, sed como ellos, hablad como ellos, reaccionad como ellos, adoptad sus costumbres, sus maneras, aprobad lo que os digan, incluso si calumnian nuestra fe o insultan a vuestro gran maestre.

Entre aquellos hombres jóvenes se cruzaron miradas y se levantaron algunos murmullos, luego guardaron silencio.

—En caso de que se me insulte, mostrad indiferencia. Ellos emplean esa táctica para descubrirnos más fácilmente. Que vuestro corazón sufra, pero no dejéis transparentar nada.

Hasan les habló largo rato aún aquel día. Les enseñó algunos trucos más:

Cómo aprovechar el viento, andar de espaldas en la nieve o en la arena con objeto de extraviar a posibles perseguidores, comunicarse por medio de palomas mensajeras...

Al llegar la noche, se separaron.

Todos estaban conscientes de que se acercaba el día señalado y de que su fe corría peligro. La forma en que Hasan se había dirigido a ellos les había reafirmado todavía más en su determinación y exacerbado su pasión, haciendo que redoblasen sus esfuerzos durante los entrenamientos y tratasen de superarse a fin de tener cada uno el alto honor de ser el primer combatiente en salir de misión. El gran maestre se vio obligado a frenar aquellos excesos pues hubo varios que se hirieron gravemente.

Durante todo este tiempo, crecía la inquietud en el Palacio de Malek Shah.

—Muy Augusto sultán, ¿puedo permitirme deciros una vez más que ese hijo de perro de Sabbah es un loco peligroso y un agitador demoníaco? De acuerdo con los informes que acabo de recibir de Rudbar, ha tomado posesión de toda la región al norte de Ghazvín. Nuestro amigo el castellano de Lemsir está en una situación desesperada y corre el riesgo de perder la vida en un baño de sangre en cualquier momento. Ya han sido degollados centenares de buenos y leales súbditos nuestros y muchos más morirán si no acudimos en su auxilio.

Nezam–ol–Molk se arrojó a los pies de Malek Shah y prosiguió:

—Ordenad una leva de hombres a fin de que nos desembaracemos de una vez para siempre de ese ser nefasto y peligroso para todos nosotros. ¡Ojalá queráis escucharme!

El potentado se acarició lentamente la barba y miró al primero de sus ministros arrodillado ante él:

—¿En quién piensas para poner al frente de nuestras tropas? ¿Tienes algún nombre en la cabeza?

Nezam se levantó, hizo una reverencia y, llevándose la mano al pecho, respondió:

—Oh, bienamado señor, gracias te sean dadas. He pensado que

el único general digno de esta misión es Arslan–Tach, cuya bravura y sentido de la estrategia han sido excepcionales en nuestras recientes guerras contra los rebeldes del norte. Sólo él es capaz de exterminar a esos renegados.

—¿Se encuentra entre nosotros, gran visir?

—Sí, Divina Majestad, está aquí.

—Adelántate, Arslan–Tach, que yo te vea.

Un hombrecillo gordo y feo, vestido de negro, con un gran sable colgándole sobre la ingle, calzando botas de cuero rojo y los dedos llenos de sortijas, se inclinó ante el selyúcida:

—Ordenad, señor, mi vida os pertenece.

—¡Vamos a aniquilar a ese gusano de Sabbah!

—He ahí las palabras de un gran rey –dijo Nezam encantado–. En seis lunas todo habrá concluido. Lo juro.

Los preparativos duraron tres meses. Llegaron también tropas de Bagdad y de Tauris y se reagruparon delante de la ciudadela de Ghazvín.

Cerca de diez mil hombres tomaron la dirección de la fortaleza de Lemsir, último bastión fiel al sultán. El general selyúcida avanzaba por territorio hostil y, con objeto de hacerle comprender claramente a Hasan Sabbah que acudía a sofocar una revuelta, se entregó a horribles exacciones a su paso por las aldeas.

En cada uno de los poblados que atravesaba se hacía traer al anciano, al sabio del lugar, y le interrogaba:

—Buen viejo, sé que eres justo.

Contesta a mi pregunta: ¿puedes guiarme hasta la guardia del hijo de Sabbah?

La contestación era siempre la misma: “No conocemos al gran maestre, jamás lo hemos visto, no sabemos dónde vive...”.

Arslan–Tach entraba entonces en una gran furia y con su propia espada decapitaba al viejo desvergonzado.

Diez hombres por pueblo, a veces mujeres y niños, eran ejecutados y la localidad quemada. Precisamente era el humo de los incendios lo que permitía a los vigías de Hasan apostados en los picos montañosos vecinos informar a su jefe del avance de las tropas enemigas. Las nieves precoces de aquel segundo invierno en Alamut no impidieron a los monjes–soldados ismaelitas desplazarse de un sitio a otro y registrar con precisión los efectivos del adversario, sus movimientos y el lugar de sus acampadas.

No obstante, Hasan no se decidía a atacar. Ciertamente hubiera podido asestar algunos golpes decisivos, pero sus seguidores eran muy inferiores en número y, por el momento, cada vida contaba. En aquella circunstancia su mejor baza era el blanco manto que cubría la

naturaleza y desorganizaba a las tropas de Malek Shah. Hasan sabía perfectamente que los guerreros turcos no conseguirían proseguir su avance por los puertos montañosos y los pasos accidentados del relieve.

Adivinaba que el enemigo, habituado a combatir en un terreno árido y descarnado, pronto se sentiría desconcertado en aquellos parajes escabrosos y glaciales. Contaba pues, ante él, con varios meses para prepararse para el asedio y desbaratar las jugadas del adversario.

Nueve meses después de haber salido de Ispahán, las tropas del sultán llegaban a Alamut. Varios miles de soldados levantaron sus tiendas de campaña y tomaron posiciones en las cúspides menos altas. Cuando se le presentó a Arslan–Tach el informe sobre la situación, dijo:

—Necesito tres voluntarios para parlamentar con Sabbah. A continuación lo degollaréis en nombre del sultán.

Nadie dio un paso adelante. Entonces, para que sirviera de ejemplo, el general mandó decapitar a dos oficiales y a diez soldados. Como seguía sin haber candidatos, recomenzó la operación una y otra vez. Finalmente, tres guerreros se presentaron, con paso no muy decidido, ante la ciudadela.

Por gestos, a gritos y con fogatas, se dio a entender a los sitiados que se les quería hacer llegar un mensaje y que se iba en son de paz. De este modo, las conversaciones duraron una semana, al cabo de la cual la puerta de piedra se entreabrió para dejar pasar a los tres soldados aterrorizados.

Hubo horas de espera, los vigías no tuvieron nada digno de mención que señalar y el general se impacientó. De nuevo se puso en contacto con los ismaelitas, y otros tres soldados entraron en la montaña seguidos de tres más un día más tarde.

Una noche de julio, una serie de ruidos sordos puso en conmoción el campamento selyúcida. Unos alaridos rasgaron el silencio. Después, se hizo la calma. Entonces se escuchó un sonar de trompas y tres luminarias se encendieron en lo alto de la ciudadela.

A la mañana siguiente, el general turco tuvo que rendirse a la evidencia. Hasan había hecho degollar a los nueve emisarios y había precipitado sus cuerpos al vacío. Todos llevaban sujeto a su ropa el siguiente mensaje:

Yo, Hasan, hijo de Sabbah, no reconozco el dominio de la tribu selyúcida sobre el sagrado suelo de Irán. Combatiré con mis hombres hasta mi último aliento para eliminar a los invasores sacrílegos.

Decid al sultán y a su gran visir que desde ahora sus días están contados.

Arslan–Tach estaba furibundo.

Convocó a sus oficiales más importantes y celebró consejo con ellos. En señal de represalia por la muerte de sus nueve soldados mandó incendiar otros pueblos ismaelitas entre Ghazvín, Rudbar y el Caspio y envió un emisario a Ispahán para informar al gran visir de que el asalto a la ciudadela era inminente.

Capítulo cuarto

La victoria

Cuatro voluntarios entre los más intrépidos habían sido escogidos por Hasan y Buzurg Humid para llevar a cabo las dos primeras misiones homicidas que se hayan atribuido a los ismaelitas en aquel final del siglo XI.

El ejército de Arslan–Tach, que acababa de llegar a Ghazvín, había tenido que interrumpir su avance ante las primeras nieves, que obstruían la ruta de Rudbar.

El gran maestre se hizo llevar a ¡dos muchachos de una veintena de años.

El más alto respondía al nombre de Ruzbeh, el otro, más rechoncho, decía llamarse Hekmat. Hasan les expuso extensamente su misión, el asesinato de Nezam–ol–Molk:

—El gran visir llegará a Bagdad para el ramadán. Estará acompañado y protegido por una fuerte escolta y cruzará los montes del Luristán. Imposible atacarle durante su viaje.

Vosotros le precederéis en Bagdad y os alojaréis en casa de un hombre muy piadoso que se llama Tahmasseb.

Hossein Kaini os dará más detalles y el dinero para vuestros gastos.

Acordaos de todo lo que os he enseñado: confundíos con la multitud, que nadie se sienta nunca intrigado por vuestra presencia o por vuestras preguntas. Salís en misión por nuestro Dios y por el pueblo de Irán. Miles y miles de iraníes aguardan el éxito de vuestra empresa. Acercaos ahora.

Hasan abrió una gran caja de marfil labrado y extrajo de ella dos puñales curvos de oro. Le tendió uno a Ruzbeh y otro a Hekmat, que se inclinaron. A continuación sacó dos bolsitas de piel:

—Contienen unas píldoras mágicas que deberéis tragar instantes antes de clavarle el puñal. Ellas os darán la fuerza necesaria para llevar a cabo vuestro cometido. Le apuñalaréis en la garganta y en la cabeza y gritaréis: "Muera el traidor que ha vendido nuestra patria a los turcos. Este es un regalo que te envían de Alamut". Ruzbeh es quien cumplirá la tarea en mi nombre. Hekmat esperará en la sombra por si hubiera que rematar el trabajo. Y ambos pronunciaréis en voz muy alta el nombre del Señor para que todos lo oigan. Sólo entonces se os abrirán de par en par las puertas del paraíso.

Hasan les mandó arrodillarse ante él, les impuso las manos sobre sus cabezas y rezó.

—Id a ver a Buzurg, escuchadlo...

y partid en paz.

Acto seguido entraron Rasul y Hormoz. El gran maestre los miró con fervor y no dijo nada durante prolongados instantes. Uno de los guerreros tenía el pelo ensortijado y ligeramente rojizo; una cicatriz le atravesaba la mejilla derecha. El otro apenas tendría dieciocho años y su rostro, delgado y pálido, le daba un aspecto todavía más joven.

—Vosotros vais a ir a Ispahán.

No os será fácil introduciros en la ciudad. Buscad una caravana de peregrinos a partir de Ghom. No os hagáis notar, hablad poco, que nadie se fije en vosotros. Vuestra misión será eliminar al sultán. Os enteraréis de que el gran visir ha sido muerto por uno de los nuestros en Bagdad. Tendréis que actuar antes de cuarenta días. Dios os lo ordena. Uno de nuestros hombres os dirá cómo entrar en Palacio. Os entregará un veneno, pues la sangre de Malek Shah no debe correr.

Lo mismo que a Ruzbeh y a Hekmat, les dio las píldoras a cada uno, un puñal destinado a ser deslizado debajo de un cojín del tálamo regio así como una carta manuscrita del gran maestre para el soberano.

Por último, entró Abú Alí seguido de Hossein Kaini. Hasan habló con ellos hasta el anochecer. Su misión consistía en encontrar en las regiones circundantes la mayor cantidad de fieles posible para formar una tropa de varios miles de combatientes y sorprender al ejército del sultán.

—Arslan–Tach es un buen militar.

Pero no conoce el terreno. Tampoco sus soldados. Seguid sus tropas sin que os vean. Apostad hombres en las montañas y esperad a mi señal. Cuando se ilumine una antorcha, preparaos para el ataque y lanzaos a él cuando se apague.

Se trazaron planes y se elaboraron estrategias. Hasan sabía que no le convenía un asedio excesivamente largo. Llevaba demasiado poco tiempo en Alamut como para haber podido acumular reservas, llenar los silos y los graneros de arroz y terminar las obras de consolidación de la fortaleza. El general turco disponía de todo el tiempo y lo sabía. Cuando llegó al emplazamiento del Nido del Águila instaló su campamento con vistas a un bloqueo tan largo como fuera necesario. El verano transcurrió sin incidentes y miles de soldados iban y venían por las montañas de maniobras y entrenándose a las órdenes de sus oficiales.

Una noche de septiembre, uno de los vigías de Arslan–Tach divisó una inmensa llama que ardía en lo alto. Era Hasan quien la había encendido. El gran maestre, vestido de blanco y ceñido de rojo, imploró al Todopoderoso y rezó en voz alta en medio de la oscuridad. A lo lejos, Abú Alí y Hossein Kaini vieron la señal. Se informó al general y éste pensó que el hijo de Sabbah quería comunicarse con él. A gritos se dirigió al ismaelita:

—¿Quieres rendirte, hijo de perro?

Dos veces más repitió la misma pregunta. En lo alto de la montaña la llama osciló, se debilitó, se reavivó de nuevo y acabó por extinguirse.

Volvió a hacerse la oscuridad más total y con ella, el silencio.

En el mismo instante, descargó desde todos los lados sobre el ejército turco una lluvia de flechas y lanzas.

Gruesas piedras, peñascos y trozos de montaña rodaron por las pendientes de los acantilados mientras centenares de pechos gritaban en la noche la gloria de Dios y el nombre de Hasan Sabbah.

Cuando horas más tarde salió el sol, montones de cadáveres de soldados cubrían el suelo del valle y el campamento de Arslan–Tach aparecía completamente destrozado. El resto de las tropas había huido o había sido exterminado por los hombres de Abú Alí y de Hossein Kaini.

Al conocer la humillante derrota de su general, el gran visir fue presa de indecible cólera. A punto de abandonar la capital en dirección a Bagdad, ordenó la movilización de más de veinte mil hombres, que fueron enviados hacia Alamut a toda velocidad con órdenes tajantes de quemarlo todo a su paso. Pueblos y aldeas ismaelitas fueron saqueados, incendiados y reducidos a cenizas, y aniquiladas las ciudades que defendían Abú Alí y Hossein Kaini, obligando a sus pobladores a huir a las montañas para, finalmente, hacerse masacrar al pie de las primeras estribaciones del Alborz. A medida que las tropas selyúcidas progresaban hacia el norte, más se

cerraba la tenaza sobre los sitiados de Alamut, quienes sólo disponían de víveres para unas semanas y gran parte de cuyos combatientes se encontraba fuera de las murallas.

Según iban pasando los días y las semanas, Hasan pedía más sacrificios y más abnegación. A finales de verano sólo se hacían dos comidas diarias, luego una sola. Ni un solo hombre del gran maestre se quejó; antes bien, todos redoblaron su valor y energía.

—Que vuestros rezos y vuestra fe en el único Dios que adoramos y respetamos os sirva de alimento. Saquemos de su palabra la fuerza que necesitamos para repeler a las hordas salvajes y bárbaras que se aproximan.

¡Todo es posible con la ayuda del Todopoderoso, sobre todo vencer!

—¡Venceremos! –gritaban los ismaelitas, galvanizados por las palabras de Hasan, que iba a grandes pasos de un extremo a otro del pequeño promontorio, en el último piso de su torreón.

A principios de octubre aparecieron por el horizonte miles y miles de soldados. Nunca ejército semejante se había puesto en pie de guerra para franquear la más alta cordillera del país; nunca se había requisado tal cantidad de camellos, caballos y mulas para garantizarse el transporte del material y de los víveres. Cientos de tamboriles y cuernos anunciaban el avance de las tropas de Malek Shah y una enorme serpiente multicolor seguía los meandros de los puertos y valles para internarse progresivamente en el macizo de granito y de nieve que se alzaba ante ella.

Desde lo alto de sus cimas los vigías de Hasan observaban y se comunicaban entre sí por medio de señales.

Cuando el desfiladero era muy estrecho, los guerreros de la fe dejaban caer desde los despeñaderos rocas y piedras que sólo conseguían retrasar algunas horas la inexorable progresión del enemigo. Se vio incluso a combatientes lanzándose al vacío sable en mano y gritando palabras de homenaje al gran maestre y al creador. Sus cuerpos rebotaban contra las paredes rocosas antes de llegar al suelo.

En tanto que el ejército se instalaba bajo las murallas de Alamut, en lo alto de la ciudadela Hasan rezaba e imploraba al Padre Eterno. Tan sólo una cosa podía salvarlos a él y a los suyos: el éxito de la doble misión encomendada a los cuatro combatientes, dos de ellos en Bagdad y otros dos en Ispahán. Su salvación y la supervivencia de la comunidad dependía ahora de que se llevase a cabo un doble crimen del que todo el Oriente oiría hablar. El gran maestre hizo ayuno y con él todos sus guerreros. Se habían racionado las existencias para que los más débiles y frágiles pudiesen sobrevivir. Las cisternas estaban casi vacías, lo mismo que los graneros. Vacas y cabras habían dejado de dar leche, la cosecha de trigo había sido mediocre y los árboles frutales parecían agotados.

Sólo las plantas del hachís se libraban de la catástrofe y florecían como por milagro.

El 13 de octubre de 1092 Nezam–ol–Molk, que había llegado a Bagdad la semana anterior, descansaba en el palacio del gobernador. Le ardía el pecho, tosía y escupía sangre.

Los médicos que le venían tratando desde hacía años le habían desaconsejado tan largo viaje a poniente, pero el gran visir, inquieto ante la inestabilidad del imperio, los rumores relativos a una posible rebelión de ciertos generales, las conversiones a la fe del hijo de Sabbah y, sobre todo, la exasperación de los cristianos en toda Asia Menor, no había escuchado sus consejos y había emprendido tal desplazamiento por orden del sultán.

En esta ocasión no cumplió con el ayuno del ramadán pues se le había prescrito que no dejase de alimentarse, así que probó unos cuantos dátiles, bebió unos sorbos de leche y comió alguna que otra galleta. Al día siguiente debía reunirse con algunos jefes militares, notables y emisarios extranjeros y quería parecer en plena forma. Aquella noche tuvo una pesadilla. El Profeta se le apareció en sueños y le dijo:

—Abú Alí Hasan... tus días están contados... tus horas están contadas.

El día del juicio se acerca. ¿Estás preparado para este último viaje?

Se incorporó en su lecho y llamó a sus criados; le dieron de beber y volvió a dormirse. El Profeta se le apareció de nuevo:

—Abú Alí Hasan... pronto vas a morir. Y a tu muerte le seguirá cinco semanas más tarde la de tu amo. ¿Estás preparado?

Con las primeras luces del día, 14 de octubre, se despertó en un lamentable estado de humor. Lo primero que hizo fue llamar a su fiel Yaffar, que estaba a su servicio hacía ya más de veinte años. El criado había tomado por costumbre dormir delante de su puerta y presentarse ante el gran visir a la primera llamada. Aquella mañana no hubo respuesta. Nezam–ol-Molk se puso como pudo su túnica y, descalzo y sin turbante, se dirigió hacia la puerta. Nunca llegaría a ella. Dos formas ágiles escondidas tras las cortinas se arrojaron sobre él. Uno de los hombres le cogió las manos y se las sujetó con fuerza a la espalda. El otro blandió un puñal de oro ante sus ojos y le dijo, con mirada desorbitada por la droga:

—Este regalo es para ti. Viene de Alamut.

El gran visir lanzó un alarido y cayó degollado. La puerta de la habitación saltó en pedazos y cuatro guardias se precipitaron en su interior.

Ante ellos, tres cuerpos yacían en un charco de sangre. Los tres estaban degollados. Nezam–ol–Molk exhalaba sus últimos estertores y moría instantes después. Los otros dos vestían el hábito blanco y el

cinturón rojo de los ismaelitas. Uno de ellos apretaba en su mano un mensaje con la firma de Hasan Sabbah. En él se predecía una gran desgracia para antes de cuarenta días.

A principios de noviembre, el cuerpo embalsamado del gran visir hizo su entrada solemne en el jardín del palacio real de Ispahán. Se había reunido toda la corte. La familia del sultán en pleno rindió honores a los restos mortales del desaparecido; todos los visires, todos los generales, gobernadores, priores y notables presentes en la capital rodeaban a un soberano muy afectado por la brutal desaparición del primero de sus ministros.

Hubo algún que otro discurso, un rezo colectivo, y el cuerpo de Nezam–ol–Molk recibió rápida sepultura a la sombra de un álamo particularmente querido por él. Al estar Omar Jayyam de viaje por el norte del país, fue otro poeta el encargado de leer una rogativa que mereció grandes elogios.

Malek Shah se encerró en su palacio y no quiso ver a nadie durante una semana. No nombró un nuevo gran visir e hizo saber que se hacía personalmente cargo de los asuntos del Estado hasta tanto no cayese la fortaleza de Alamut y no se entregase a Sabbah encadenado en una jaula. En vista de la incapacidad de Arslan–Tach para terminar con los fanáticos del Alborz, el sultán despachó a la zona al jefe de su guardia personal, el general Kiril–Saregh, que ya había estado al servicio de tres reyes y cuya crueldad era legendaria.

El 17 de noviembre dos jardineros contratados poco tiempo antes por el superintendente de bosques y plantas entraban en el jardín privado del monarca con los brazos cargados de flores que ellos mismos habían cultivado y deseaban ofrecer a la sultana Terkem. Ésta, seducida por la esplendidez del ramo, les pidió que volviesen cada mañana con las mismas plantas con objeto de adornar su habitación, la de su esposo, el sultán, y sus salones particulares.

Al caer la noche, los dos hombres se escondieron tras los cortinajes de un largo pasillo que llevaba a las estancias privadas de Malek Shah. Sabían que todas las noches, antes de dormirse, el potentado bebía una infusión de hojas de jazmín que le permitía eliminar su dolor de cabeza. Se deslizaron cerca del lecho regio y vertieron en el recipiente unas gotas de un fuerte veneno producido por los granos de hachís. Debajo de la almohada colocaron un puñal de oro y un mensaje escrito por Hasan.

Cuando, al día siguiente, los principales hombres de confianza del sultán llamaron a su puerta con mil precauciones para despertarlo y asistir al momento en que se levantaba de la cama y procedía a su aseo, no obtuvieron respuesta alguna. Volvieron a insistir, pero ningún ruido llegaba del interior de la habitación.

Un criado fue a despertar a la sultana; esta última confirmó que su augusto esposo no la había visitado aquella noche. De repente se oyeron gritos, se cursaron órdenes, se cruzaron voces: dos sirvientes que se habían atrevido a mirar al interior del dormitorio a través de

una de las ventanas del jardín, habían podido distinguir al potentado atravesado en la cama con los brazos separados. Les pareció que la posición del cuerpo no auguraba nada bueno.

Se llamó al hijo mayor de Malek Shah, quien decidió abrir la puerta.

La hoja giró sobre sus goznes y varios pares de ojos posaron su vista sobre el lecho en que yacía el sultán.

El joven príncipe tocó a su padre, le tomó la mano y comenzó a gritar al tiempo que la sacudía:

—¡Baba Jan... Baba Jan... despierta, soy yo, tu hijo, Barkyaruk!

La sultana Terkem se acercó al cuerpo de su marido y le tocó la frente: estaba helado. Perdió el conocimiento y se desplomó sobre el suelo.

El tazón que había contenido la tisana estaba volcado sobre la alfombra.

Con infinitas precauciones se colocó el cuerpo del rey en el sentido de la cama, cruzándole las manos sobre el vientre y cerrándole la boca, que tenía abierta. Al rectificar la posición de uno de los almohadones fue cuando el gran eunuco encontró el puñal de oro y la nota escrita por Hasan, que terminaba con las siguientes palabras: “...recibe este recuerdo para tu último viaje; es para ti de Alamut”.

Se procedió a registrar de arriba abajo el palacio. La sultana fue la primera en pensar en los jardineros.

Habían desaparecido y nunca se les encontró.

Inmediatamente enviaron emisarios a todos los gobernadores del imperio para que transmitiesen la nefasta nueva.

De esta manera, en menos de cuarenta días, los selyúcidas habían perdido a su gran visir y al sultán. Cuando, dos semanas más tarde, llegó la noticia a las tropas del general Kiril–Saregh, éste fue presa de temblores y durante tres días no pudo probar bocado.

¡Cuál no sería la sorpresa de Hasan Sabbah y de sus principales lugartenientes, a quienes el ayuno y las privaciones habían debilitado, al constatar que, el primer viernes de diciembre, las tropas reales levantaban el campo y se dirigían hacia el sur! Por señas los oficiales hicieron comprender a los ismaelitas que debajo de una roca dejaban un mensaje dirigido al gran maestre. La retirada de aquel impresionante ejército duró tres semanas; había nevado copiosamente durante varios días y el desplazamiento de aquellos miles de soldados con sus animales y su enorme impedimenta no resultaba fácil. Cuando los vigías apostados en todas las alturas comprobaron que el último elemento de la tropa había desaparecido en la lejanía, Hasan delegó tres hombres para que bajasen a recoger el pergamino dejado por el general Kiril–Saregh.

La pesada puerta de piedra se abrió con dificultad. No sólo ella estaba bloqueada por la nieve, también los tornos de mano y las poleas, que no funcionaban desde hacía semanas, estaban congelados. Con infinitas precauciones, primero uno, después otro y finalmente un tercer ismaelita avanzaron en busca del mensaje sin perder de vista los alrededores, temiendo una treta de los turcos para atacar la ciudadela.

Varias decenas de ismaelitas con la mirada perdida y helados hasta los huesos alcanzaron el claro del bosque y se dejaron caer extenuados sobre la nieve reciente. Luego hicieron una hoguera y devoraron parte de las provisiones abandonadas por el ejército del sultán. Recuperadas las fuerzas, todos los combatientes, cargados de cereales, carne, fruta, tinajas y armas, emprendieron la ascensión de los dos mil peldaños de la primera fortaleza. Algunos entraban en la montaña sagrada por primera vez en su vida.

Su emoción era grande.

Hasan reunió a su pueblo:

—Dios no nos ha abandonado, nuestras súplicas han sido oídas: el sultán ha muerto y el gran visir lo mismo. ¡Gloria al Todopoderoso y honor a nuestros valientes guerreros!

Entonces se oyeron gritos de “gloria a ti, hijo de Sabbah”, repetidos por decenas y luego centenares de gargantas: “Gloria a ti, hijo de Sabbah... Dios te guarde, a ti y a tu descendencia hasta la séptima generación”.

Un espeso manto blanco cubrió Alamut durante muchos meses, el hambre se enseñoreaba de todos y la muerte merodeaba, no perdonando a los más débiles ni a los viejos. Nunca la comunidad en tiempos de paz y en tan pocas semanas perdió tantos adeptos como entonces.

En los primeros días de febrero del año 1093 se presentó al pie de la ciudadela un hombre joven que daba muestras de agotamiento. Avanzaba despacio y con paso desigual. Al llegar ante la puerta, se desplomó y sólo volvió en sí horas más tarde después de haber bebido unos cuantos tragos de leche caliente. Era pelirrojo y de cabello ensortijado, y una cicatriz le cruzaba la mejilla derecha. Cuando Rasul abrió los ojos, reconoció a Buzurg Humid y sucesivamente a Hossein Kaini y al gran maestre.

Intentó incorporarse, pero en vano.

—Quédate acostado, hijo mío.

¡Dios sea contigo! Todos sabemos lo que habéis hecho tú y Hormoz. ¡El Todopoderoso te protege!

El joven guerrero balbuceó algunas palabras apenas audibles:

—Ha muerto de hambre y frío hace tres días. Ahora descansa en un lecho de nieve. Hacía demasiado frío para enterrarlo, el suelo estaba duro como una piedra. Perdóname, maestro.

Un suave llanto inundó sus mejillas.

Hasan Sabbah le sonrió:

—No estés inquieto. Mandaré a mis hombres por su cuerpo y tendrá derecho a una sepultura decente. Descansa y ven a verme cuando te encuentres mejor. Quiero saberlo todo.

Dos días más tarde, Rasul hacía un relato pormenorizado de su misión al gran maestre, a quien acompañaba una decena de sus íntimos, entre los que se encontraban Buzurg Humid, Hossein Kaini, Abú Alí, Abú Táher y Seyyed Hosseini. Describió la emoción que se había apoderado de la corte en cuanto se conoció la noticia del asesinato del gran visir, el duelo de cuarenta días que siguió a la desaparición brutal del sultán, las intrigas fomentadas por la sultana Terkem en su deseo de regentarlo todo so pretexto de que sus dos hijos eran demasiado jóvenes. Su hijo primogénito, Barkyaruk, no había cumplido todavía los doce años y el menor, Mahmud, apenas cuatro y medio.

—¿Hay algún visir que te parezca capaz de tomar las riendas en los próximos meses?

Rasul reflexionó y dijo:

—Allí todo el mundo habla del emir Arech Nezami. Es un hombre brutal y poderoso que no cesa de repetir: “Hay que exterminar a los ismaelitas como a animales rabiosos...”. Perdóname, maestro, que hable así, pero así es como los turcos hablan de nosotros.

Hasan le hizo un gesto con la mano para que se tranquilizase.

—Está también el emir Borsak, gobernador de Bagdad, llegado de Ispahán con los restos del gran visir. Se rumorea que es un hombre violento, que se jacta de haber mandado matar a muchos de los nuestros. Pretende incluso haber degollado a muchos de nuestros hermanos y hermanas con sus propias manos. Corre la voz de que el general Arslan–Tach, humillado por su derrota, podría convertirse igualmente en el gran visir, pues desde hacía años era el confidente de Nezam–ol–Molk.

En el palacio real reinaba la más absoluta confusión y la corte

estaba dividida en dos clanes: los que apoyaban a la sultana, una hermosa viuda de treinta y dos años que no ocultaba cierta inclinación por el emir Arech Nezami, primo, por añadidura, del difunto sultán, y los que habían elegido al príncipe Barkyaruk y contaban con gobernar en su nombre esperando ocupar su sitio más adelante.

Cuando Omar Jayyam, de regreso de un dilatado viaje por las provincias del norte, volvió a Ispahán, los sabios del imperio solicitaron su opinión. El poeta, conmocionado por aquellos dos asesinatos, propuso prudencia:

—Yo creo que el deseo de nuestro difunto sultán habría sido que su fiel esposa reinase algunos años hasta la mayoría de edad de su primogénito. El príncipe no tardará en hacerse mayor.

Seamos pacientes.

Aún se discutió el tema durante semanas y, finalmente, se aceptó la propuesta de Jayyam. Arech Nezami tomó las riendas del Estado y Terkem reinó... Barkyaruk, nombrado príncipe heredero, recibió una educación acelerada, siendo separado de la autoridad de su madre con objeto de que adelantase más rápidamente y no estuviese sometido a la influencia de la sultana, poco apreciada entre los militares y los religiosos de la ciudad. Se le enseñó al futuro sultán el manejo de las armas, algunos rudimentos de natación y montar a caballo; Jayyam le dio clases de geografía y astronomía y un preceptor se encargó de que aprendiese matemáticas y de inculcarle algunas nociones de historia y religión.

Barkyaruk mostraba buena disposición para la caza, el tiro con arco y la lucha; las disciplinas corporales le entusiasmaban y siempre era testigo apasionado de todas las competiciones que reunían en la gran plaza pública de Ispahán a los mejores luchadores y levantadores de pesos del Imperio, que acudían cada año a celebrar el cumpleaños del soberano. Llegaban del Cáucaso y de Turquía, de Palestina y de la India. El joven príncipe tenía su favorito: un coloso llamado Hamid Edessi, que levantaba a pulso una mula, luchador al que no se le resistía nadie y que tenía el privilegio de enseñar su arte al heredero; procedía de Tarso y era mudo.

El hermano pequeño, Mahmud, a pesar de su corta edad, mostraba ya sus disposiciones por el cálculo y las ciencias y algunos adivinos de la corte le predecían un radiante futuro.

Intrigas y envidias eran el pan nuestro de cada día en la vida de Palacio; había gobernadores que eran destituidos y otros, trasladados; jefes militares encarcelados y otros ascendidos de acuerdo con los caprichos de la sultana, cuyo humor cambiante era imprevisible.

Una tarde de mayo de 1094, mientras hacía la cotidiana siesta en su cuarto y sus hijos se entretenían en el parque, un eunuco entró discretamente en sus habitaciones, cogió uno de los cojines de seda

caídos en el suelo y lo aplicó contra el rostro de la señora. Una criada dio la voz de alarma. Hubo carreras por los pasillos y finalmente el hombre fue detenido. Carecía de nombre y nadie lo conocía realmente. En una hora ya había sido decapitado por Arech Nezami y su cuerpo entregado a las fieras.

Con trece años y medio Barkyaruk se convertía en sultán.

Inmediatamente después de la muerte de Malek Shah, Hasan Sabbah había tomado la decisión de apoderarse de todas las poblaciones y ciudadelas que no se habían sumado a su causa. Las de Lemsir, Dareh y Mumín–Abad ofrecieron la mayor resistencia. Todos sus habitantes fueron masacrados y liberados los ismaelitas, algunos de los cuales llevaban años prisioneros.

Dos años después de acabado el sitio de Alamut, todas las tierras que se extendían desde Ghazvín hasta el Caspio estaban bajo la influencia del gran maestre y gozaban de su protección. Al más insignificante opositor, al contestatario más ínfimo se le metía inmediatamente en la cárcel y, según la importancia de su delito, se lo ahorcaba, degollaba o decapitaba.

Asesinatos, desapariciones o incendios sembraban el terror en los montes Alborz y habían convertido a las poblaciones locales en campesinos serviles y dóciles. Todos los emires o sacerdotes, gobernadores o administradores de la región que habían servido la causa de Malek Shah o Nezam–ol–Molk durante años eran eliminados, deportadas sus familias y requisados sus bienes. Desde el levante hasta el poniente del Imperio selyúcida la sangre corrió en abundancia.

No hubo palacio, cuartel, ciudadela, universidad o mezquita donde no penetraran los combatientes ismaelitas blandiendo el puñal y con unas líneas redactadas por Hasan Sabbah y un frasquito de hachís escondidos en el bolsillo. Se gritaba el nombre del gran maestre de un extremo al otro del país y en su nombre se mataba. Los generales Kiril–Saregh y Arslan–Tach juzgaron más prudente dar media vuelta y volverse a sus guarniciones. Los dais de Hasan Sabbah, que poco tiempo antes eran objeto de malos tratos, podían moverse ahora a la luz del día con todos los honores debidos a su rango y en calidad de representantes oficiales del maestre de Alamut, predicando, recibiendo regalos y cobrando impuestos.

A los grandes señores recalcitrantes, a los notables indecisos se les hacía entrar rápidamente en razón, y las conversiones a la fe ismaelita eran cada vez más numerosas, conseguidas, con no poca frecuencia, por la violencia y a base de sangre.

Nuevos santuarios fueron surgiendo, en el sur, donde Hossein Kaini oficiaba; en el sureste, adonde había sido enviado Abú Alí; hacia Nichapur y Tus, donde predicaba Seyyed Hosseini, con el resultado de

que emergiese una serie de islotes leales a Hasan en el corazón del Imperio selyúcida.

Ispahán no permaneció insensible a la propagación de una nueva fe en tierras musulmanas. El poder central envió generales, gobernadores y religiosos de alto rango. Todos fueron eliminados por los guerreros, que, o bien los envenenaban o bien los pasaban a cuchillo. Los hombres de Sabbah operaban en todas las provincias de Irán, actuando en la sombra, y rara vez eran capturados. Arech Nezami, que había combatido a los pies de las murallas de Alamut, fue asesinado durante un desfile militar al sur de Rey, y el hombre vestido de blanco que le había cortado el cuello pudo huir por un laberinto de estrechas calles sin ser atrapado jamás.

El gobernador de Bagdad, el emir Borsak, que iba pregonando que no le daban miedo Hasan y sus acólitos, fue muerto mientras dormía, junto con sus tres guardias de corps. Entre 1092 y 1096, tras el sultán, su esposa y dos grandes visires, nueve generales, ocho gobernadores, dieciséis emires, una veintena de visires, varios señores de castillos, comerciantes ricos, priores y predicadores, un número impresionante de oficiales, de cortesanos y de consejeros pasaron a mejor vida, a veces en condiciones atroces: unos fueron despeñados vivos, otros sumergidos en líquido hirviendo, otros aun descuartizados por caballos lanzados al galope o en el suplicio de la rueda.

Si Hasan y sus hombres capturaban a un gobernador o a un general que hubiese mandado matar a un ismaelita en nombre del sultán o de su gran visir, la muerte era lenta y refinada, y duraba, a veces, varios días. Así sucedió con el oficial que años atrás había abofeteado al hijo de Sabbah cerca de Ghazvín. Durante tres días agonizó colgado por los pies.

El joven sultán Barkyaruk, impresionado por los relatos de los asesinatos cometidos por los ismaelitas, a los que se describía como gigantes dotados de una fuerza colosal, ordenó una tregua, para lo cual envió a Alamut una delegación encabezada por un sabio turco llamado Bala–Dur, cuyos escritos habían encantado en tiempos al joven Hasan cuando vivía en El Cairo. El emisario era, asimismo, portador de una carta de Omar Jayyam en la que le manifestaba su deseo de verle e invitaba al viejo amigo a pasar unos días en la capital:

“Desde la muerte de Nezam–ol–Molk y la subida al trono de nuestro joven príncipe, la vida es aquí amable y tu estancia resultará grata”.

Hasan no tenía la menor intención de salir de su fortaleza y, a pesar de los años, seguía sin fiarse del todo de su amigo Omar, a quien más que censurar, compadecía. Era evidente que el poeta no acababa de comprender que no sólo Sabbah había corrido peligro de muerte desde el momento en que huyera del palacio del sultán saltando por la ventana, tras la falsificación de las cuentas del

Imperio, sino que desde ese día le había declarado la guerra a todo turco, a todo extranjero, e incluso a todo persa que intrigase con el invasor selyúcida.

Cuando el sabio Bala–Dur terminó la ascensión de los tres mil quinientos peldaños que conducían a la ciudadela superior, residencia de los íntimos del gran maestre, quedó fascinado ante la visión del paisaje que se ofrecía a sus ojos.

—Si existe un paraíso en la tierra –confesó a Buzurg Humid–, aquí es, y me siento feliz de hallarme en él.

¡Qué emocionante hermosura, qué silencio!

Al comparecer Hasan ante su huésped, éste le hizo una profunda reverencia, muestra de respeto que maravilló al gran maestre. Los dos hombres estuvieron hablando toda la tarde. Estaba claro que se apreciaban mutuamente.

—Nuestro joven sultán, dotado de una gran perspicacia, considera que turcos y persas deben vivir en buena armonía. El mensaje que te he entregado lo he redactado yo mismo y él lo ha rubricado. Es un mensaje de paz y amistad.

Hasan dio las gracias al emisario:

—Demasiada sangre ha sido vertida porque hombres malvados e impíos, ávidos de gloria y poder, dieron órdenes reprobables a sus visires y a sus generales. Cientos, miles de ismaelitas han sido degollados, ahorcados, violados, llevados a la hoguera porque no querían renunciar a su fe. Mi pueblo pidió venganza y ésta fue terrible.

—Nuestro sultán reconoce los errores de su padre y de su gran visir y te ofrece este cofre en señal de fraternidad.

Bala–Dur dio tres palmadas y un hombre doblado en dos entró en la habitación de Hasan. Tenía una nariz llena de granos, el pelo enmarañado y las ropas en un estado deplorable, y sostenía en sus manos una arqueta de madera negra sujetada con tiras de cuero, que depositó a los pies del gran maestre prosternándose.

—Oh, gran Hasan, dígnate aceptar este presente de parte de nuestro rey bienamado. Permíteme que te muestre estas maravillas.

Los dedos del hombre arrodillado en el suelo manejaron con destreza las correas y cuando se abrió la tapa, Hasan pudo comprobar que el hijo de Malek Shah no se había burlado de él: ante sus ojos brillaban centenares de diamantes, zafiros, rubíes, esmeraldas, collares de ámbar y turquesa, perlas y otras piedras preciosas. Había igualmente monedas de oro y plata, sortijas, broches, pendientes y pulseras.

—Todo esto es para ti, gran maestre –dijo el prudente Bala–Dur–, todas estas humildes cosas te pertenecen desde ahora.

Luego, dirigiéndose al criado, que seguía en cuclillas, le dijo:

—G9ksin, levántate y trae las otras ofrendas.

El hombre salió unos instantes y volvió cargado con dos cofrecillos más, que depositó delante de Hasan.

Éstos contenían perfumes, elixires de eterna juventud, polvos miríficos, así como sedas y terciopelos raros y atornasolados.

Las manos enfermas y de ganchudos dedos de G9ksin desplegaron ante el gran maestre tejidos y paños a cual más rico, preciosas estolas y pañuelos, todo lo cual no pareció impresionar al persa, que no dijo nada. Luego Bala–Dur, con un gesto de la mano, mandó salir a su obsequioso sirviente.

—Tu amigo Omar Jayyam, que escribe los más bellos poemas de Oriente y confiesa que tú sigues ocupando un lugar privilegiado en su corazón, me ha entregado esta larga carta para ti. Desea verte y dice amarte y sufrir desde tu partida.

Bala–Dur y sus hombres permanecieron un mes en el Nido del Águila.

Cuando se marcharon, eran portadores de regalos para el sultán y de una misiva para Jayyam. En ella, Hasan decía a su antiguo condiscípulo que había decidido no volver a salir nunca de las entrañas de una montaña que había buscado durante tantos años y que finalmente había hallado:

Serás bienvenido aquí. Tal como te dirá Bala–Dur, esto es el paraíso en la tierra. Ven a descansar y a escribir tu poesía, que será aún más bella cuando disfrutes de este Edén que no existe en ninguna otra parte. Mi cabello blanquea aunque apenas acabo de cumplir cuarenta años.

Y terminaba con las siguientes palabras:

Sé que seré traicionado una vez más. ¡Ven antes de que sea demasiado tarde!

Capítulo quinto

El pacto

Hasan Sabbah no se había ocupado nunca de sus hijos y los había dejado a cargo de Maryam, la compañera resignada con la que se había casado un cuarto de siglo antes siguiendo las instrucciones del gran visir y el consejo de Jayyam. La vida familiar no había interesado jamás al antiguo bibliotecario de Malek Shah y, sin

acomodarse a una vida sibarita y libertina como Omar Jayyam, llevar una existencia casera, oyendo los gritos de los recién nacidos cerca de su cama, nunca le había entusiasmado.

Cuando antaño huyera de la capital real, no se había preocupado de Maryam, que acababa de darle un primer hijo y estaba encinta del segundo.

Llevaba ya algún tiempo en Rey, en casa de su madre, cuando la joven mujer –todavía una niña en aquella época– fue a llamar a la puerta de los Sabbah, transida de frío y cubierta de nieve.

Siguió a su marido a través de los caminos hasta Egipto. Luego, una mañana, supo que lo habían embarcado brutalmente en una nave que salía para Occidente, pero que una violenta tempestad lo había arrojado a las costas de Palestina.

Movida por su instinto familiar, emprendió el camino de Rey por segunda vez con sus dos hijos, Mohamad y Hossein, y con un tercero en el vientre, que nacería unos meses después en el hogar de su suegra. Cuando volvió a reunirse con Hasan, años más tarde, el hombre, todavía joven, andaba errante por el sur del país con una cohorte de fieles que iban de ciudad en ciudad. Otra mujer parecía compartir su existencia. Aunque nunca había habido nada entre la viuda del príncipe Nizar y su marido, Maryam creyó que él había tomado mujer nueva, tal como lo permitía la ley. Pensó que el hijo de la egipcia lo era igualmente de su esposo.

Ella tuvo ocasionalmente otras relaciones íntimas con Hasan, cada vez más espaciadas, cada vez más escasas.

Pero cuando aún no contaba con treinta años, le dio una segunda hija, y todos los días se codeaba con la princesa Fatimí. No eran más que dos mujeres que asumían una existencia difícil con continuos cambios de residencia, en un mundo de hombres violentos.

Mohamad y Hossein habían crecido en medio de todas aquellas mujeres, con otros chicos, sin ningún privilegio debido a su nacimiento. No eran ni más turbulentos ni más inteligentes que otros y no veían a su padre más que cuando se dignaba volver a la tienda de campaña familiar. En Alamut, la familia de Hasan, la de Nizar y los íntimos del gran maestre vivían en la ciudadela superior y tenían a los dais por maestros. Si el hijo mayor del gran maestre mostraba claras aptitudes para la caza, la vida al aire libre y la lucha, Hossein lo hacía hacia la poesía, la astronomía, el dibujo y el cálculo. Al terminar el siglo, hacía tiempo que los dos ya se habían hecho unos hombres y habían participado en expediciones por la región de Rudbar destinadas a sofocar los últimos focos de insumisión.

Mohamad había dado sus primeros pasos como guerrero al lado de Seyyed Hosseini y Hossein acompañó a Abú Táher en sus incursiones.

En cuanto al hijo de Nizar, unos años más joven, se había convertido en el amigo de Buzurg Humid, el hombre de confianza de

Hasan. Los ismaelitas eran los dueños y señores desde Damasco a Afganistán y poseían sus montañas, ciudades y aldeas, sus cursos de agua, campos de cultivo, ganados y habitantes. El gobernador de Damghán administraba toda la parte oriental del país, Abú Alí representaba la orden en la provincia de Kermán y Hossein Kaini en la del Juzestán. Ispahán estaba rodeada de elementos hostiles. El joven sultán Barkyaruk, por consejo de sus visires, se mantenía prudente y vigilante.

Mejor no provocar a Hasan y sus fedais, omnipresentes y que se infiltraban por todas partes y eran rápidos en el ataque por sorpresa. Por algo una mañana al despertarse el niño rey se había encontrado con un puñal de oro debajo de su almohada y una nota del señor de Alamut exhortándole a reinar con prudencia y a no dejarse llevar por todos los consejos de su nuevo gran visir, Abol Mozaffar Alí, el hijo de Nezam–ol–Molk, cuyo único deseo era vengar la muerte violenta de su padre. Muerto de miedo, el sultán mandó un pergamino a Hasan confirmándole toda su buena voluntad y sus deseos de que las relaciones entre ellos fueran pacíficas y fructíferas. Omar Jayyam añadía un escrito de su puño y letra elogiando las cualidades del joven monarca, hombre de honor y tolerante.

A despecho de los cientos de espías y agentes suyos que circulaban por todo el país, a pesar de los informes que le dirigían sus lugartenientes y sus dais, Hasan Sabbah ignoraba dos cosas absolutamente esenciales: en la corte de Ispahán las intrigas iban en aumento entre los cortesanos, los generales y los visires a fin de ganarse, ya el favor del monarca, ya el del círculo que rodeaba a su jovencísimo hermano; unos, con el deseo de llegar a un entendimiento con los ismaelitas, que podían convertirse en excelentes aliados frente a la llegada a Palestina de los primeros cruzados; otros, deseosos de su exterminio, habiendo tenido noticia de que los emisarios de Hasan conspiraban en la sombra con los cristianos de Godofredo de Bouillon, su jefe, instalado en Jerusalén.

Otra cosa que Hasan no podía imaginarse era que entre sus más próximos allegados se estaba urdiendo un complot, no para eliminarlo –lo que habría supuesto la caída de la hermandad en poquísimo tiempo–, sino para anular, uno tras otro, a sus discípulos preferidos y más entregados a la causa.

Mohamad, el primogénito, a quien todos llamaban Ostad, es decir, maestro, y a quien todos adulaban y querían por amigo, era uña y carne con Seyyed Hosseini, con quien compartía incursiones a caballo y rapiñas. Había iniciado con él una especie de relación amorosa como las que tan frecuentes eran en Oriente en aquella época. Este tipo de relación indicaba, simplemente, que dos hombres experimentaban una inmensa estima y una gran admiración mutuas. Seyyed poseía un cuerpo espléndido, era alto y delgado, de ojos violetas y, al contrario de otros lugartenientes de Sabbah, su torso era liso y carecía de vello. En un principio fue el bañarse de perfume los cuerpos; luego, el compartir la misma tienda de campaña y,

finalmente, el contacto carnal. Mohamad se sentía fascinado por las hazañas físicas de su amigo mayor, su habilidad para domar un caballo salvaje, para luchar en la nieve y combatir a un adversario superior en número. Al otro sólo le atraían la filiación de su compañero y los objetivos que podría alcanzar a través de él. Ambicioso, Seyyed Hosseini nunca había podido admitir que Buzurg Humid fuera el favorito del gran maestre y que Abú Alí y Hossein Kaini hubiesen sido nombrados gobernadores, siendo así que él había demostrado su valía desde hacía años, tanto en los campos de batalla como en las asambleas y en los rezos.

Al no poder oponerse abiertamente al gran maestre ni criticar su autoritarismo y su intransigencia, había decidido servirse de su hijo mayor, a quien se proponía preparar pacientemente para cuando llegase la ocasión.

En una primera etapa había que eliminar todos los obstáculos que pudieran surgir en el camino de sus ambiciones.

Eran numerosos y tendrían que ser sorteados uno tras otro.

Para saciar su sed de venganza, Seyyed inculcó en su alumno la idea de que los dos gobernadores del sur, Abú Alí y Hossein Kaini, eran unos traidores que conspiraban con el sultán. El hijo del gran maestre creyó sin dificultad a su amigo y rápidamente llegó a la convicción de que la vida de su padre y la de toda la comunidad corrían un gran peligro. Así que se organizaron reuniones secretas en las que participaron los íntimos del Ostad, camaradas de juegos y lucha, halagados por la amistad y confianza que les dispensaba el hijo del jefe.

Todos estaban de acuerdo en que había que eliminar lo antes posible al gobernador del Juzestán.

La ocasión se presentó en la primavera del año 1101, cuando Hossein Kaini fue el primero en acudir a hacer su informe ante Hasan Sabbah relativo a su administración en el sudoeste del país el año anterior. Recibido por el gran maestre, estuvieron hablando hasta la mañana siguiente acerca de la situación en aquella lejana provincia, las relaciones entre árabes y turcos, las conversiones, la recaudación de impuestos, los contactos con el sultán y el gobernador de la región, las cosechas y el ganado.

Hasan quería tener un informe detallado sobre los ismaelitas meridionales, los más alejados de Alamut y los más vulnerables en caso de conflicto.

—Dentro de tres meses recibiré a Abú Alí y le preguntaré como a ti.

Vosotros os contáis entre mis discípulos más íntimos y más antiguos, pero vuestras ciudadelas están tan lejos que tengo la sensación de que no volveremos a vernos. Aquí, en el norte, a pesar de que el terreno sea montañoso y difícil y las distancias considerables, estamos todos unidos y en constante relación. Pero tú

y Abú Alí casi me parecéis pertenecer a otro mundo.

Hossein Kaini permaneció cinco semanas en las montañas de Alborz antes de emprender de nuevo la ruta del sur.

Su última colación fue con los dos hijos del gran maestre, Seyyed Hosseini y algunos dais. Cuando todos se retiraron a dormir, la luna brillaba con un esplendor particular, dejando ver las blancas cimas y las rocas sombrías que enmarcaban la inmensidad celeste.

A la mañana siguiente, Buzurg Humid acudió a despedir a su amigo. Le sacudió delicadamente los hombros.

—Hossein, despierta, amigo mío.

Soy yo, Buzurg.

El joven gobernador no se movió.

El turco lo sacudió con energía y sólo pudo constatar su muerte. Salió corriendo e informó inmediatamente a Hasan. Este último no salió en toda la mañana de un gran estado de postración. Estaba persuadido de que aquella muerte por asfixia bajo un cojín se debía a los enemigos de la fe y de que varios espías pagados por Ispahán habían logrado infiltrarse en el interior de la fortaleza. Hossein Kaini era tan fuerte físicamente que, sin duda, habían sido precisos tres hombres para reducirlo y matarlo. Para el gran maestre no podía ser de otro modo y era impensable imaginar por un momento que aquella muerte cobarde fuese obra de ismaelitas.

Durante todo el día Hasan estuvo recibiendo, uno tras otro, a sus más próximos colaboradores, gobernadores, consejeros y dais. Todos dieron su opinión sobre el asunto, pero sólo Buzurg se atrevió a decir al maestre que no era imposible que aquel crimen monstruoso no pudiera atribuirse a algún ismaelita.

—Perdóname, oh, señor, por haber osado arrojar una sombra de duda sobre nuestra familia, pero tengo mis sospechas y te pido un poco de tiempo para traerte la verdad.

Seyyed Hosseini dijo a Hasan:

—Yo he hecho algunas pesquisas con mis amigos y puedo darte un nombre: el asesino se llama Dambavandi. Estaba celoso de nuestro pobre hermano Hossein, que Dios tenga su alma.

Decía que a él le hubiera correspondido ser nombrado gobernador del Juzestán. Era muy crítico respecto de nuestro llorado compañero. Ha sido él, gran maestro, todo el mundo lo sabe.

Hasan le mandó retirarse sin decir nada. Más tarde Buzurg fue a verlo.

—Debes saber, maestro, que Seyyed y tu hijo mayor han formado un clan; cazan juntos, se bañan y comen juntos y son inseparables. Deberías interrogar a sus comparsas. Me consta que, sin duda, tendrán no pocas cosas que decirte bien interesantes.

Así se hizo. Hasan recibió, uno tras otro, a los cuatro acólitos de Seyyed Hosseini y Mohamad. No se les volvería a ver, y cuanto más pasaban las horas, más inquietos se sentían los instigadores del asesinato.

Al terminar la jornada, el gran maestre mandó a todos sus jefes religiosos y militares, a su guardia personal y a sus más próximos consejeros que se reunieran inmediatamente en la plaza central de la ciudadela a la espera de un comunicado de importancia. El sol declinaba y una brisa fresca recorría las cumbres.

Cuando Hasan compareció, daba la impresión de haber envejecido varios años; los rasgos de su cara estaban tensos, su espalda algo más encorvada y su plateada cabellera brillaba con los últimos destellos del astro diurno.

Todo el mundo estaba inmóvil y hubo un prolongado silencio.

—Recemos por el eterno descanso de nuestro muy amado hermano que acaba de dejarnos...

Todos dieron gracias al Todopoderoso y a sus obras.

—Ayer estaba todavía aquí, entre nosotros, dichoso de servirnos y de protegeros. Hoy, no está ya. ¡Hágase la voluntad de Dios!

A una indicación del maestre, Buzurg dio unos pasos adelante y llamó a dos soldados armados. Con el índice apuntó a la primera fila de la asamblea:

—Apoderaos de esos dos monstruos.

De aquél, Mohamad, hijo de Hasan, y de éste, Seyyed, hijo de Hosseini.

Han cometido un crimen en la casa del maestro. Nadie se lo había mandado.

Son la vergüenza de nuestra comunidad.

El hijo mayor del gran maestre se puso lívido, pero no se movió. Seyyed Hosseini perdió el dominio de sí mismo. Gritaba, gesticulaba, y fueron necesarios otros tres soldados para reducirlo. Arrastrado por el suelo y sólidamente atado, se le puso de rodillas ante un tajo y antes de que hubiera podido lanzar una última mirada al Ostad, su cabeza rodó bajo el hacha.

El maestre se había marchado de la plaza y Buzurg oficiaba en su nombre.

Señaló con el dedo a Mohamad y éste se dirigió en silencio hacia su destino, arrodillándose, a su vez, sobre la sangre derramada momentos antes por su amigo. Todavía tuvo tiempo de cruzar una mirada con su joven hermano, Hossein, quien tenía los ojos anegados en lágrimas y que, presa de temblores, abandonó la concentración.

El hacha cayó de nuevo, pero ahora, desde la concurrencia, se elevaron algunos murmullos antes de dispersarse.

En cuanto a los dos cuerpos, fueron metidos en sendos sacos de yute y unos guardias se encargaron de arrojarlos al vacío por encima de las murallas.

Como traidores no tenían derecho a una sepultura digna: se dejaba sus restos a merced de las bestias salvajes.

Durante una semana nadie volvió a ver al gran maestre. Encerrado en su torre pasaba el tiempo entre la oración y el ayuno. Mientras tanto, consejeros y dais, gobernadores y oficiales, se extendían en comentarios acerca de la tragedia rápida y brutal que acababa de producirse. Todos se mostraban de acuerdo en un punto: el maestre no hacía diferencia alguna entre sus hijos y los demás monjes-soldados; todos debían ser perfectos, puros y dignos. El sacrificio del maestre era una inmensa prueba de amor hacia la orden. El comportamiento de cada miembro de la comunidad debía ser irreprochable y todo perjuicio causado a las leyes de la hermandad tenía que ser castigado implacablemente. El respeto por Hasan no cesó de crecer en estas circunstancias y la veneración que se le profesaba fue aumentando con los años. Sólo uno, en la fortaleza, no soportaba aquella situación: Hossein, el otro hijo del maestre, postrado y afligido por la muerte de su hermano. No tardó en caer en un misticismo y en una exaltación que sorprendieron a los íntimos del señor de Alamut.

Verdad es que el muchacho no era lo que se dice un atleta y un auténtico soldado. Pero cumplía con el trabajo exigido por la comunidad, se entrenaba en la nieve, construía murallas y canales, plantaba, cosechaba, almacenaba el grano en la troje; participaba en los rezos y en los debates y, llegado el caso, tomaba de vez en cuando la palabra ante la asamblea de expertos para presentar una comunicación sobre el entorno de la ciudadela, las previsiones atmosféricas y hasta el descubrimiento de una nueva planta o de una especie animal poco conocida. La salud de Hossein no era precaria, pero sí frágil su constitución; por lo demás estaba dotado de una memoria prodigiosa y de una capacidad extraordinaria para el cálculo mental.

Fue Buzurg Humid el primero en advertir la inclinación del hijo del maestro por determinados elixires a base de esencias de opiáceos y de savia de pino. También era muy aficionado a fumar narguile, en el que mezclaba las hierbas con algunos gramos de opio. El turco intentó, sin conseguirlo, que abandonase aquel hábito:

El muchacho profería palabras incoherentes y a veces hasta humillantes relativas a su padre y a la comunidad.

—Ha sido capaz de sacrificar a su hijo. Jamás se lo perdonaré...

—También Abraham estuvo dispuesto a hacer lo mismo, pues tal era la voluntad del Todopoderoso.

—¡Pero no lo mató!

—Porque Dios le detuvo la mano cuando ya tenía la espada

sobre la cabeza de su hijo. Por lo que hace a tu hermano, Dios ha permitido que muera para que esto sirva de ejemplo a todos los que querían matar y asesinar a nuestros hermanos. No olvides que Hossein Kaini, nuestro bienamado condiscípulo, fue cobardemente asesinado por orden suya.

—El gran maestre no es Dios. ¡No tenía derecho!

—Tiene todo el derecho del mundo, pues Dios le ha confiado semejante poder en la tierra, ¿o acaso lo has olvidado?

A medida que pasaban los meses, Hossein estaba cada vez más decaído.

Hablaba solo, se irritaba por nada, había dejado prácticamente de comer y ya nadie buscaba su compañía.

Un día de otoño del año 1102, Hasan mandó reunirse a sus fieles en la plaza de la ciudadela de arriba. Desde la muerte de su hijo, dieciocho meses antes, no había vuelto a dirigirse a sus dais ni a sus gobernadores, oficiales y consejeros.

Parecía cansado. El cabello y la barba eran completamente blancos y estaba más delgado que nunca. Vestía ropas gastadas y su rojo cinturón había perdido su brillo habitual. Sólo tenía cuarenta y seis años, pero parecía veinte años mayor.

—Mi corazón sangra de nuevo pues, una vez más, he sido traicionado por uno de los míos, uno de mi carne y de mi sangre.

Hizo una señal, y dos soldados encuadraron a Hossein, que se encontraba entre los oficiales y los sacerdotes. A una nueva señal, el muchacho fue conducido hasta el estrado. Un prolongado murmullo se alzó de la multitud y el gran maestre requirió silencio.

—El segundo de mis hijos nos ha traicionado. Dios me pone a prueba de nuevo. Hossein ha bebido vino y otras bebidas prohibidas por nuestra fe. Ha sido perjuro, ha blasfemado y ha ofendido al Eterno. También él, como su hermano Mohamad, como todos los que se opongan a las leyes de Dios y a nuestros textos sagrados, será merecedor del castigo supremo.

El hijo de Hasan fue llevado a un lugar apartado de la plaza. Allí se arrodilló ante el tajo, inclinó el busto y antes de que el hacha cayese tuvo tiempo de gritar:

—¡Mohamad... Voy a reunirme contigo! Mohamad... voy...

Un ruido seco, un chorro de sangre, el silencio después. Todas las miradas se volvieron hacia el gran maestre. Había desaparecido. Lo mismo que con su hijo mayor, no había querido presenciar la muerte del pequeño.

Y, una vez más, se aisló durante una semana, dedicado a la oración y al ayuno. En la mañana del octavo día, pidió a Buzurg Humid que le trajese al hijo de Nizar. El joven egipcio tenía veintidós años. Espigado como un junco, de rizado cabello, tenía los ojos

hundidos en las órbitas y la nariz aguileña como los semitas del valle del Nilo. Recordaba a su padre:

El mismo timbre de voz, los mismos gestos y aquella tímida sonrisa que tanto había atraído al joven Sabbah cuando su estancia en El Cairo.

—¿Me llamabas, maestro?

Hasan le mandó sentarse sobre la alfombra, frente a él. Bebieron té, probaron algunos dátiles y rezaron:

—Hijo, como sabes, los dos frutos de mi carne nos han dejado. Infringieron las leyes de nuestra comunidad y no fueron dignos de seguir viviendo.

Me avergüenza el haber engendrado tales seres.

Se detuvo un instante, tomó un sorbo de té y prosiguió:

—Desde que viniste al mundo, os tomé, a ti y a tu madre, bajo mi protección. El príncipe Nizar era mi amigo, pero sólo pude tratarlo demasiado poco tiempo. Hubiera sido un excelente califa, pues era un hombre sabio y piadoso. Tú has crecido entre nosotros todos estos años, haciéndote uno de los nuestros. Has luchado, has construido con tus manos, has vertido tu sangre, has hecho ayuno y rezado con nosotros, y tu madre se ha vuelto tan persa como las mujeres con las que vive desde que es viuda. Te hago la siguiente pregunta...

Se interrumpió y lo miró con intensidad.

—¿Te gustaría convertirte en ese hijo que ya no tengo? ¿Querrías?

El joven príncipe se quedó sin saber qué decir. Ninguna palabra salió de su boca y, ante su silencio, el gran maestre renovó la pregunta:

—Ibn Nizar, ¿quieres ser mi hijo?

—Sí, maestro... Sí... Me sentiría muy honrado... Pero ¿soy digno de ello?

—Tú eres el hijo que hubiera querido tener y que el Todopoderoso me ha negado. Tú eres digno de serlo y yo soy el honrado con ello.

El viejo y el joven pasaron largas horas juntos. Hablaron de todo: de filosofía, de religión, de poesía y de astronomía.

Anochecía cuando se separaron. En el umbral, Hasan Sabbah le dijo al hijo de Nizar:

—Jamás he confiado en nadie, pues un día u otro siempre acaban por traicionarte. Nunca me he equivocado.

¿Lo seré una vez más, tal vez por ti, tal vez por Buzurg o Abú Alí o incluso por Abú Táher? ¿Quién sabe?

En la primavera del año siguiente, tras un invierno riguroso y particularmente duro, un dai que Hasan no conocía y que pretendía llamarse Zeíd le pidió audiencia. Decía proceder de Siria y ser portador de un mensaje urgente de parte de los jefes religiosos y de los notables de Damasco.

Antes de pasar a la pequeña cámara del torreón, fue registrado por tres soldados y por Buzurg Humid. Nada más entrar, se arrojó a los pies del gran maestre, besándoselos y con los ojos inundados de lágrimas:

—Oh, hijo de Sabbah, no merezco comparecer ante ti... Alabado sea Dios que te veo... Qué inmensa felicidad...

Hasan observó con desconfianza a aquel hombre, del cual jamás había oído hablar y que había insistido tanto en verlo. Éste le tendió un pergamino, que leyó con atención. Emanaba de las más altas autoridades ismaelitas de la ciudad de Damasco y le informaba de recientes contactos con los jefes cristianos establecidos años atrás en Jerusalem y acosados por los árabes y los turcos de la región. Los grandes jefes de los infieles deseaban el apoyo de la comunidad para combatir a un enemigo común e imploraban el visto bueno del gran maestre.

—Unos emisarios pacíficos se encuentran actualmente en nuestra ciudad y se sentirán muy honrados en serte presentados.

—¿Quién es su jefe?

—Se llamaba Godofredo de Bouillon y murió en Jerusalén hace unos años, poco después de haber sido nombrado rey de aquella ciudad. No tienen un único jefe y todos dependen de los poderosos príncipes y reyes que reinan en Occidente. Hablan lenguas diferentes y sólo les une una misma fe.

—¿Quiénes son los hombres que fueron a verte a Damasco? ¿A quiénes representan?

—Uno es franco y su nombre es Balduino de Mèziéres; se trata de un hombre alto y bien plantado, de ojos negros y pálida tez. El otro se llama Lotario de Würzburg y es germano:

Bajo, pelirrojo, ojos verdes y cutis porcino. Les acompaña una escolta de un centenar de hombres armados y una considerable cantidad de caballos y camellos que transportan vituallas, tiendas de campaña y presentes.

—¿Qué impresión te han causado?

—Al principio hemos desconfiado, pero a medida que pasaban los días, pudimos darnos cuenta de que tenían buenas intenciones y de que eran muy piadosos. Por supuesto que no hablan nuestras lenguas orientales, pero llevan consigo intérpretes armenios y

georgianos que nos permiten comunicarnos. El señor de Mèziéres, a quien los suyos llaman conde, parece hombre de honor y ha mantenido largas conversaciones con nuestro dais. Yo, tal vez, me fiaría menos del otro. No es peligroso, pero lo encuentro algo solapado y de escasa educación.

Finalmente se decidió que los cristianos serían bien recibidos en Alamut, a condición de que sólo una decena de ellos acompañasen a sus jefes y el resto acampase en el valle.

El 17 de septiembre de 1103 dos hombres vestidos con sendas armaduras y seguidos por diez soldados igualmente pertrechados y llevando lanzas y escudos subían penosamente los dos mil escalones que daban acceso a la primera ciudadela. Verdad es que en el interior de la montaña hacía fresco y que el agua chorreaba por algunos sitios de la pared rocosa. Pero la escalada era ruda y los veinte kilos de hierro que llevaban encima no facilitaban la tarea. Su llegada a la fortaleza baja despertó curiosidad y constituyó un acontecimiento. Jamás ningún ismaelita había visto seres semejantes cuyos rostros asomaban detrás de pequeñas aberturas metálicas y cuyos brazos y piernas hacían ruido al menor movimiento. Los niños reían y brincaban a su alrededor, en tanto que sus madres se volvían locas tratando de meterlos en casa tirando con fuerza de ellos. Los doce hombres de hierro se sentaron una media hora a descansar y se quitaron los yelmos para respirar. El calor era intenso y el esfuerzo había sido considerable. Se les ofrecieron bebidas refrescantes y algunas frutas.

El más alto de los dos caballeros le dijo al otro, que no dejaba de observar la parte superior de la montaña:

—Ánimo, messire Lotario, y rogad a Dios, que todavía tenemos para una hora.

—Si llego a saberlo, conde, le hubiera cedido mi puesto al joven Tancredo...

Cuando alcanzaron la fortaleza alta, el sol ya estaba en su cenit. En seguida se alojó a la delegación cristiana en las habitaciones puestas a su disposición por los almuédanos, que les dieron la bienvenida. Sin pérdida de tiempo se despojaron de sus atavíos y se lavaron. Un emisario del gran maestre acudió a saludarlos y les rogó que descansaran un poco antes de encontrarse con Hasan al atardecer.

—Pedid cuanto gustéis. Todo está a vuestra disposición. Estáis en vuestra casa.

Tres baúles con ropa más ligera, objetos de tocador, libros y regalos habían sido izados hasta la fortaleza.

—Estoy pensando, conde, que me lavaré más tarde. Estoy agotado y el sueño me invade.

—Descansad, amigo. Recuperad fuerzas. A lo que sé, el gran

maestre sólo recibe a sus invitados de noche y suele retenerlos hasta la mañana.

Los soldados cristianos se habían despojado de sus cotas de malla, pero habían conservado sus espadas al cinto. Dormían por turno delante y detrás de la puerta de sus jefes, listos para saltar al menor aviso. Habían perdido a no pocos caballeros y señores desde su salida de Europa y sabían que el sueño era el momento que escogían los enemigos de la cristiandad para el ataque. Habían oído hablar de aquella secta que algunos llamaban “ hashishina”, lo que ellos habían traducido por “asesina”, que se drogaba antes de emprender cualquier misión y que rara vez erraba sus objetivos. Ahora se encontraban en el corazón de su feudo y la desconfianza era extrema. ¿Acaso no se decía que ellos habían eliminado por medio del puñal o del veneno a Godofredo de Bouillon, a Hugo de Vermandois y a otros señores y barones, a unos mientras dormían, a otros durante el baño, todavía a otros en el curso de una comida, de una partida de caza o durante el ejercicio de sus devociones?

Era noche cerrada cuando Balduino y Lotario entraron en la reducida habitación del último piso del torreón de Alamut. La austeridad del lugar les causó una sorpresa inmediata: paredes de ladrillo, una estrecha ventana rectangular y vertical, un samovar y una raída alfombra sobre el suelo, unos cuantos cojines, y libros. Hasan los recibió de pie, vestido con una túnica inmaculada y un ancho cinturón rojo. Iba descalzo, y sus blancos cabellos y barba, cuidadosamente peinados, le llegaban hasta los hombros y el pecho.

Los dos caballeros se presentaron con largos ropajes y calzados con botas. El franco llevaba un manto azul con una gran cruz dorada en pecho y espalda. El germano vestía de negro y una gran cruz de plata más pequeña lucía bordada en la parte delantera.

Ambos ceñían gruesos cintos y habían dejado sus espadas al cuidado de sus escuderos. Jatchik, un erudito armenio, les servía de intérprete.

Hasan les dio la bienvenida y les rogó que tomaran asiento. Entraron dos criados con té caliente y depositaron en el suelo dos bandejas llenas de dulces, fruta y bebidas heladas.

El señor del lugar miró comer a sus visitantes, y se contentó con unos sorbos de infusión.

—Dios es el dueño de todos nosotros y desgraciado de aquel que lo combata o pronuncie blasfemia.

—Sabias y reconfortantes palabras que llenan de vida nuestros corazones –respondió Mèziéres.

—Tu presencia en este lugar me hace feliz y me honra, y deseo que tu estancia y la de tu séquito os sea grata y os resulte un

descanso.

Era evidente que Hasan se había hecho su composición de lugar acerca de los dos hombres y no parecía sentir ningún interés por el germano, quien seguía comiendo con ruidosa glotonería, chupándose los dedos y limpiándoselos en su traje. El franco miraba de vez en cuando a su compañero y sentía cierta vergüenza viéndolo devorar con tanta avidez dulces y lukums.

—Tu castillo es excepcional. Hemos visto decenas y decenas de ellos desde que salimos de nuestras provincias, pero ninguno desprende tal sensación de poderío y tranquilidad. Todo en él está admirablemente concebido.

—Podréis visitarlo a placer cuando gustéis. Cuando lo adquirí, hace ya un montón de años, estaba casi en ruinas y lo habitaba un anciano. Hubo que levantar paredes, consolidar el edificio, abrir nuevos túneles, nuevas canalizaciones de agua, perforar nuevos pozos, roturar campos y plantar árboles. Todos participamos en la tarea, hombres y mujeres, pues sabíamos que el turco estaba al acecho y que quería vengarse por la derrota que le infligimos antaño. Sé que tú y los tuyos os habéis enfrentado con esa gente en su tierra. Son tercos, astutos y brutales.

Los dos hombres hablaron largo y tendido, en tanto que Lotario dormitaba en un rincón de la habitación, digiriendo las frutas y los pasteles al precio de numerosos eructos. Al hilo de las horas, el gran maestre tuvo la oportunidad de poder hacerse un juicio sobre su interlocutor. Lo encontró inteligente y refinado, conocedor de las cosas y gentes de Oriente.

Sin llegar a estimarlo, sintió aprecio por él. Su primera experiencia en Egipto con los cristianos había sido catastrófica. ¿No eran el emir al–Yaiush y sus agentes armenios unos conversos al Islam por oportunismo?

Hasan había sido víctima de sus vejaciones y humillaciones y había estado a punto de morir en sus manos.

Recordaba las últimas palabras del maestro de la montaña de los Leones, que le había aconsejado aceptar la ayuda de los cristianos contra los árabes y los turcos, sin por ello confiarse demasiado. El hombre que tenía frente a él y que le hablaba con bondad y competencia le había sido enviado por Occidente con el fin de destruir a los invasores: lo utilizaría cuanto tiempo lo necesitase.

Mèziéres presentó los regalos al hijo de Sabbah: dos juegos de ajedrez de marfil, ébano y piedras preciosas, un puñal cuajado de rubíes y esmeraldas, dos volúmenes con las Sagradas Escrituras iluminadas, monedas de oro y plata con la efigie del rey de Francia Felipe I y un retrato del soberano en un medallón de nácar.

Hasan le entregó al emisario de Occidente un libro de astronomía y un tratado de medicina, una daga cincelada en oro y plata en la que estaba grabado el nombre del Todopoderoso, sortijas

y collares preciosos, tomados a los turcos, así como una piedra grabada en su tiempo por el emperador romano Valeriano, a quien derrotaron los persas.

El sol ya asomaba por las crestas de las montañas cuando el gran maestre le dijo al conde:

—¿Juegas al ajedrez?

—Algo, maestre, sólo un poco...

—¿Sabías que este pasatiempo se inventó aquí, en esta tierra de Irán hace mucho?

Mèziéres lo ignoraba y lo felicitó por ello.

—Y tu amigo, ¿juega?

—Mucho mejor que yo... De él fue la idea del regalo.

—Pues bien, despiértalo. Vamos a jugar...

Würzburg, apenas sacado de su sueño, colocó los dos tableros juntos.

Hasan había disfrutado de este fútil placer hacía muchos años, primero en Nichapur y más tarde en Ispahán, después de que lo iniciase en sus secretos Omar Jayyam, un verdadero as.

Desde hacía lustros no había vuelto a tocar una torre o un alfil. Al cabo de poco, los dos emisarios habían perdido el rey y la partida. Hasan les concedió un desquite, que no duró mucho más.

—Eres un adversario temible, hijo de Sabbah –le dijo Mèziéres.

—Es simplemente cuestión de juicio y sentido común.

—No estaba del todo despierto –añadió Lotario, sintiéndose humillado ante tal demostración.

Hasan miró al franco y le dijo:

—Toma mi cinturón y véndame los ojos. Voy a enfrentarme de nuevo a tu amigo, esta vez sin ver.

Cada movimiento de las fichas que hacía el germano le era comunicado al gran maestre. Mèziéres movía las de Hasan, que las memorizaba. No necesitó mucho más tiempo para derrotar a Würzburg, que terminó por confesar su inferioridad.

—Ya te lo he dicho, muchacho, es esencialmente cuestión de sentido común y juicio. Incluso sin vista puedes afrontar cualquier situación y vencer a tu adversario.

A Balduino de Mèziéres le encantó la magistral demostración de Hasan y le felicitó por ella. Éste los despidió con una palmadita. El sol lucía hacía tiempo.

Durante un mes, los dos emisarios occidentales pudieron visitar a su gusto la fortaleza. Todo lo que allí vieron les impresionó en gran manera.

Buzurg hizo de guía. Por supuesto que algunos secretos concernientes, sobre todo, a la defensa del lugar en caso de invasión, les fueron ocultados hábilmente. Pero Hasan había dado la orden de que no se les impidiese enterarse de todo lo relativo a la vida de cada día, a las fuentes de ingresos y a las actividades económicas y agrícolas.

Un día, el franco le preguntó al turco:

—¿Cómo es posible que siempre tengamos bebidas frescas, siendo así que hace un calor sofocante?

Buzurg lo llevó por un laberinto de estrechos pasadizos y escaleras oscuras hasta llegar a una enorme cámara fría; Mèziéres se quedó estupefacto:

Ante él se alzaba una montaña de hielo recubierta por unas inmensas lonas.

—Cada invierno, cuando hace mucho frío, nuestros hombres parten el hielo formado entre dos montañas, ayudándose de picos, y lo transportan aquí para su conservación. Todos los ríos están congelados. Esto nos permite abastecernos de agua y pescado.

También se fabricaba gran cantidad de flechas envenenadas en una fragua en la que el calor era insoportable.

Hombres de todas las edades, desnudos de cintura para arriba, martillaban, moldeaban y daban los últimos retoques a aceradas puntas y ganchos temibles.

Había salas enteras que contenían arcos, flechas, lanzas, venablos y escudos a millares. Algunos utensilios se alineaban en el suelo.

—Sirven para arrojar pez ardiendo sobre eventuales invasores, así como metal fundido. Estas fraguas funcionan ininterrumpidamente desde hace años. Los hombres se turnan día y noche.

Balduino y Lotario no volvieron a ver al gran maestre. Llegada la hora de la partida, encargaron a Buzurg Humid que los despidiese de Hasan y le confirmase el apoyo de Occidente en su lucha contra los turcos y los árabes. El franco aventuró una última pregunta:

—Entre Damasco y Jerusalén corre una leyenda a propósito de vuestros valientes soldados: se habla de unas pocas drogas misteriosas que los hace, al parecer, más bravos frente al peligro. ¿Puedes precisarme algo?

En el rostro del lugarteniente se dibujó una breve sonrisa.

—No des crédito a tales leyendas.

Nosotros sacamos nuestra fuerza de nuestro servicio a Dios y

de nuestra devoción al maestro. Como has podido ver, aquí no hay ni hachís, ni opio ni ninguna otra planta misteriosa. Nuestra fe nos lo prohíbe.

Balduino sabía que el turco mentía.

Un tanto dubitativo por su parte se separaron.

Los dos caballeros recibieron en prueba de fraternidad sendos puñales en los que estaba grabado el nombre del Todopoderoso.

—Que ellos os protejan –añadió Buzurg–, y que os permitan degollar todas las serpientes que se alcen en vuestra ruta.

En la primavera del año 1104, Hasan Sabbah supo con tristeza que dos de sus dais habían sido asesinados en Ispahán y en Yazd por militares del sultán. Sintió una enorme cólera y convocó a dos voluntarios. Su misión era introducirse en el palacio del joven monarca y, mientras dormía, deslizar un mensaje y un puñal bajo su almohada a modo de advertencia.

Una madrugada, ochenta días más tarde, el gran visir Abol Mozaffar Alí era sacado de su sueño por Vartan, su guardia de corps. El sultán lo requería de inmediato. Cuando llegó a palacio, reinaba gran efervescencia: carreras, gritos y agitación. Al entrar en la cámara real, el visir se encontró con un Barkyaruk pálido y descompuesto. Sostenía en la mano una pequeña arma curva de oro y temblaba.

Un breve escrito yacía a sus plantas:

El próximo amigo mío que muera por tu culpa o por la de tus lacayos, significará que ha llegado tu turno. Morirás como murió tu padre, en el día y a la hora que yo escoja.

El gran visir cayó de rodillas delante de su soberano.

—Oh, Gran Rey, Luz de mis ojos, autorízame a que persiga a esos herejes que han pactado con los infieles.

Ha llegado el momento de asentar nuestra autoridad.

—Ya te lo tengo dicho, mis consejeros afirman que es prematuro. Más adelante... más adelante...

El hijo de Nezam–ol–Molk, que no poseía ninguna de las cualidades de su padre, pero sí reunía todos sus defectos, se retiró de espaldas, apretando los puños. No conseguía convencer al heredero de Malek Shah de la necesidad de armar un ejército contra los ismaelitas. Conspiraba en la sombra a fin de eliminar a aquel monarca débil e indeciso. Antes de que expirase el verano, una mañana se encontró el cuerpo sin vida del sultán. Tenía veintitrés años. Para la corte selyúcida no cupo la menor duda de que el rey había sido envenenado por alguien a sueldo de Hasan Sabbah.

Abol Mozzafar Alí puso en el trono de Persia al hijo segundo de Malek Shah, Mohamad, un niño de quince años, dócil e ingenuo. En lo sucesivo, el gran visir se dedicaría a prepararlo para el asalto final a la ciudadela de Alamut.

Cuando Hasan supo la muerte de Barkyaruk, se quedó sorprendido.

Convocó a Buzurg:

—El futuro es sombrío, estemos vigilantes; la amenaza se va haciendo más precisa. Conozco al gran visir.

Es peor que su padre.

Y añadió:

—¿Sabes cuál es el calificativo ochenta y uno de los noventa y nueve que recibe el Todopoderoso?

El lugarteniente sacudió la cabeza.

—Al–Muntaqem... el Vengador.

Capítulo sexto

El asedio

El hombre parecía extenuado. Sus vestiduras estaban rotas y cubiertas de polvo. Su rostro era de una palidez extrema y hablaba con dificultad.

Sin duda no conocía el persa, ni el árabe y menos aún el turco. Acompañándose de grandes gestos incoherentes trataba de hacer comprender, llevándose el pulgar a la garganta o el índice delante de los ojos y al pecho, que había habido matanzas y asesinatos, pero

nadie sabía dónde pues se ignoraba de dónde venía. Una patrulla de monjes–guerreros lo había recogido en los alrededores de la fortaleza de Lemsir y había juzgado prudente llevarlo bien escoltado a Alamut para su interrogatorio.

Tras descansar y cobrar parcialmente fuerzas, pronunció algunas palabras mitad árabes, mitad kurdas y todos admitieron que procedía de Mosul. Se hizo venir a un sabio que en su día había cursado estudios de teología en aquella ciudad y que, no sin dificultad, sirvió de intérprete. Buzurg y Abú Alí hacían las preguntas y el religioso traducía. El desconocido decía llamarse Zacarías y ser cristiano. Hablaba en arameo.

—Una noche, hará de esto tres meses, los turcos, apoyados por árabes del sur, invadieron la ciudad. El pánico fue total. Vivíamos pacíficamente y nuestro gobernador jamás había querido intervenir en los conflictos que enfrentaban a los occidentales con las diferentes comunidades locales.

Allí todos vivían en paz, comerciaban, estudiaban y rezaban según la conciencia de cada uno. Verdad es que la ciudad estaba llena de agentes y espías a sueldo de unos y otros.

“Unos gritos y alaridos me despertaron. Corría gente a caballo y se habían producido incendios. De repente, echaron mi puerta abajo y unos salvajes irrumpieron en casa. En seguida supe que eran turcos. Yo había tenido el tiempo justo de esconder a mi mujer y a mis hijos en el sótano, mientras que yo, temblando, hice otro tanto en el jardín bajo unos sacos.

Con las primeras luces, pude ver un espectáculo de horror. Mi familia había sido degollada y habían sacado los ojos a mis hijos. A mi mujer, encinta, le habían abierto el vientre. Las ratas se amontonaban alrededor de ellos.

El hombre lloraba mansamente. Los que escuchaban trataron de consolarlo, compadecidos, y él prosiguió su relato:

—Con la salida del sol volvió la calma. Me aventuré a salir de casa y vi un espectáculo de desolación: la gente deambulaba sin rumbo fijo, gritando de dolor por sus familias asesinadas y el saqueo de sus hogares. El palacio del gobernador ardía y todos sus moradores habían sido muertos.

Pero las atrocidades más terribles fueron las cometidas con la comunidad ismaelita, la más rica y piadosa de Mosul. Sus trescientos miembros fueron alineados delante de aquel palacio, en medio de la noche. Hombres, mujeres, viejos, niños, comerciantes y religiosos, todos fueron decapitados después de sacarles los ojos y destriparlos. Cuando llegué a la plaza me entró tal espanto que salí huyendo.

Uno de mis vecinos me ha dicho que el jefe religioso de los ismaelitas se llamaba Davudi; yo no lo conocía.

—Yo sí lo conocí, hace tiempo, en Bagdad –dijo uno de los dais

que escuchaba la confesión de aquel hombre–.

Era una persona justa y buena, ¡que en paz descanse!

Buzurg Humid intervino:

—¿Y dices que eso fue hace tres meses?

—Sí, así es, hace tres lunas, a fines de mayo.

—¿Supiste de dónde venían los turcos? ¿Del oeste o del este? ¿Pudiste observar alguna cosa?

—Mi vecino me dijo que cuando los soldados entraron en su casa, algunos de ellos hablaban persa. Conoce esa lengua pues de joven vivió en Tauris.

Otros habitantes me han dicho igualmente que había militares que hablaban también persa. Se me ha informado de que su jefe, que al final de la matanza se paseó sobre un caballo gris claro, tenía una horrible cicatriz en la mejilla derecha, un grano de Alepo en la frente y que era tuerto.

Una voz se dejó oír:

—Lo conozco... Es Shirghir, al atabeg Shirghir, un hombre terrible que se ha ganado la fama a base de su fuerza colosal. Se dice que, en tiempos, peleó con varios leones y que los mató valiéndose sólo de sus manos, que son enormes y velludas.

A lo que otro añadió:

—También se dice que, por el simple gusto de hacerlo, echaba sus víctimas a las fieras para que éstas las devorasen. Uno de sus ojos lo perdió en uno de esos combates singulares.

Es un monstruo que causa miedo a sus soldados.

Buzurg se dio por suficientemente informado. También él había oído hablar del atabeg, pero todos lo creían muerto. En consecuencia, pidió ser recibido por el gran maestre y se vio con él por la tarde. Hasan y su alumno predilecto, a los que se habían sumado Abú Alí y Hasan Kasrani, un recién llegado, se encerraron en el torreón tres días y tres noches con objeto de deliberar y cuando reaparecieron, en la mañana del cuarto, no cupo la menor duda de la gravedad de las cosas que se habían tratado.

Los tres lugartenientes cursaron órdenes y, en dos semanas, un auténtico ejército estaba en pie de guerra.

De la montaña y de los escondrijos adyacentes bajaron hombres armados e impresionantes cantidades de víveres y material. Cuatrocientos guerreros a los que se unieron, al hilo de las etapas, seiscientos más, tomaron la ruta de poniente al mando de Buzurg Humid y de Abú Alí. Por primera vez en su historia, iban los ismaelitas a enfrentarse, fuera de sus montañas, de las que conocían la roca más insignificante y el más pequeño sendero, con el enemigo en su propio terreno y en unos espacios desconocidos y hostiles. Cierto era

que los soldados de Hasan Sabbah contaban con sus informadores, que tenían una idea de la topografía de los lugares y de la disposición de las ciudades y sus cuarteles, pero esta vez los monjes–soldados iban a actuar a cara descubierta, a plena luz, y sus movimientos no serían ya clandestinos.

Buzurg y Abú Alí enviaron batidores con cinco días de adelanto sobre el grueso de las tropas. Correos a caballo iban y venían, informando a los jefes sobre el dispositivo turco.

Con la ayuda del conde de Saint-Gilles, que también tenía que soportar las vejaciones de Shirghir, se apoderaron en una operación nocturna de la fortaleza de Edesa y colgaron de lo más alto de la torre y a la vista de todos al emir Yenahed–Dowlat, el mismo que en otra época se había jactado de haber violado y cortado en pedazos a decenas de vírgenes y mujeres convertidas al ismaelismo reformado. En la ocasión presente el emir contaba con un huésped de categoría, el gobernador egipcio Jalaf, que había torturado y matado con sus propias manos a uno de los lugartenientes más queridos de Hasan Sabbah, Abú Táher. La captura del egipcio, que dormía rodeado por una veintena de hombres de confianza y absolutamente fieles, no fue fácil y cuando compareció ante los jefes ismaelitas, encadenado y medio desnudo, los llenó de improperios y los maldijo antes de desplomarse sin fuerzas.

—¿Confiesas haber matado personalmente a nuestro hermano Abú Táher, cuyo único crimen era rezar de otra manera que tú?

—Había blasfemado e insultado a nuestro califa.

—¿Confiesas haberle tú mismo destripado, cortado las manos, la lengua y el sexo y haberle sacado los ojos?

—Había blasfemado contra el Profeta. Había insultado...

Abú Alí lo interrumpió:

—¿Lo confiesas, Jalaf?

El gobernador irguió la cabeza:

—Lo confieso. Tenía que lavar la afrenta y tenía...

No pudo concluir la frase. A una discreta señal de Buzurg, un sable hendió el aire y decapitó al hombre arrodillado. Su cabeza rodó por el suelo, salpicando de sangre. Los ocho militares de alto rango que acompañaban al representante del califa en su viaje a Edesa fueron decapitados igualmente y sus cuerpos arrojados a las fieras. Los soldados turcos y árabes se rindieron e imploraron misericordia. Eran varios centenares.

Abú Alí los hizo alinearse y entrar de cuatro en cuatro en los fosos del castillo. Ninguno volvió a salir con vida. A todos se les cortó la cabeza y sus despojos fueron precipitados a una fosa. Cuando los monjes–guerreros reaparecieron en el exterior de la fortaleza, sus blancas túnicas estaban cubiertas de sangre. Fueron acogidos con un

prolongado aplauso de la población, que se convirtió en masa al ismaelismo. Se nombró nuevo gobernador de Edesa a un primo de Buzurg Humid, de nombre Aydal. El conde de Saint–Gilles le facilitó soldados, a la espera de que una legión de voluntarios, principalmente ismaelitas, llegase de Alamut con víveres y armamento.

La noticia de la doble ejecución sumaria de Yenahed Dowlat y su huésped egipcio corrió como un reguero de pólvora por todo el Oriente Medio.

Una oleada de pánico se extendió entre Bagdad y Alepo y desde Damasco hasta Jerusalén. La gente se parapetó en sus casas, incluso los cristianos y los ismaelitas, que no tenían nada que temer. La locura sanguinaria de los “haschischinos” aterrorizaba a cientos de miles de personas, y múltiples leyendas circulaban acerca de sus suplicios y de sus rituales de muerte. Hasta se llegó a decir que Hasan Sabbah en persona tomaba parte en las ejecuciones y se revolcaba en la sangre de sus víctimas. Había quienes afirmaban que los “asesinos” se bebían la sangre de los condenados y se untaban con ella en la cara en el curso de sus combates.

A lo largo de los años 1107 y 1108, decenas de predicadores, entre los que se encontraba el célebre Abolfath, centenares de comerciantes y financieros que mantenían buenas relaciones con el sultán y el califa, como Abú Harb, que había ofrecido una fuerte recompensa por la cabeza del hijo de Sabbah, varios gobernadores y príncipes, como Mahmud, que reinaba en Mosul y sus alrededores, fueron brutalmente eliminados, sus cuerpos mutilados y arrojados desde lo alto de los torreones.

Con frecuencia los cruzados aportaron su contribución a los hombres de Buzurg Humid y Abú Alí. El más activo, sin duda, fue Tancredo, príncipe de Galilea y de Antioquía y sobrino de Bohemundo I. En nombre de Cristo mandó matar a centenares de turcos sublevados. Él fue el primero en instituir la toma de rehenes, táctica que no se había practicado hasta entonces. En cuanto se apoderaba de un gobernador, de un general o de un emir, lo revendía a los ismaelitas, que les reservaban un final digno de su rango.

Luego le llegó su turno a Rezván, comandante de la plaza fuerte de Alepo y que había participado en el primer cerco de Alamut. Había prometido a Malek Shah llevarle la cabeza del gran maestre en una bandeja de oro.

Fue su cabeza la expuesta durante tres días clavada en una pica delante de sus tropas y antes del exterminio de las mismas. Las

tres mujeres de Rezván, sus doce hijos, entre los que se contaba un recién nacido, decenas de primos, de sobrinos y de otros parientes murieron de manera bárbara en nombre del ismaelismo reformado y a la mayor gloria de Dios. Igualmente fue decapitado el más célebre astrólogo de Oriente, Esmaíl, con motivo de una visita a Alepo: había predicho el fin de Hasan Sabbah y de todos los suyos en un inmerso brasero que purificaría a la humanidad. Su mujer fue quemada viva ante los horrorizados habitantes.

A la vista del avance inexorable de los ejércitos del gran maestre y tras las apresuradas conversiones de las poblaciones deseosas de evitarse una muerte atroz, el gobernador de Bagdad, que también había prometido matar a Hasan y exterminar hasta el último de los ismaelitas, tomó medidas de extrema prudencia para no caer en manos de los invasores. No dormía prácticamente nada; se hacía probar la comida antes de consumirla y el vino y otras bebidas antes de saciar la sed.

Había dejado de bañarse por temor a que le envenenasen la piscina, y todas las noches cambiaba su guardia personal. Esto fue precisamente lo que lo perdió. Tres ismaelitas, convertidos recientemente y que formaban parte de sus favoritos, lo degollaron una noche cuando acababa de quedarse adormilado.

Cuando los otros guardias se dieron cuenta de la fechoría y se abalanzaron sobre los tres asesinos, éstos se dieron muerte inmediatamente.

El pánico se adueñó a su vez de Ispahán y del círculo del sultán Mohamad, el hijo menor de Malek Shah. En febrero de 1108, el gobernador y consejero del príncipe, Fakr–ol–Molk, fue hallado colgado en su gabinete de trabajo y con las manos atadas a la espalda. Un mensaje metido en uno de sus bolsillos decía:

“Los enemigos del Todopoderoso son también mis enemigos”, y firmaba el maestre de Alamut.

Dos semanas después, en mitad de la noche, estando el gran visir Abol Mozaffar Alí entregado a sus oraciones, dos sombras furtivas se deslizaron detrás de él y le hundieron un puñal de oro en la garganta. Sólo le dio tiempo a pronunciar un “Dios mío” antes de desplomarse de lado. El hijo de Nezam–ol–Molk, que cada día imploraba al Señor pidiéndole fuerzas e inspiración para vengar a su padre, moría a su vez.

El cerco que atenazaba a la dinastía selyúcida se cerraba más y más.

El pánico había alcanzado a sus más altas cotas y todos desconfiaban de todos. Mohamad llamó a Omar Jayyam y le pidió consejo:

—Tú eres amigo del hijo de Sabbah… ¿Qué puedo hacer?

El poeta hizo una profunda inclinación y dijo:

—Gran Rey, ¿Qué puedo contestarte? Fui su amigo en otro tiempo, cuando la sensatez guiaba sus actos.

Hoy, no lo reconozco...

—¿Será tiempo aún de hacer algo? –preguntó inquieto el jovencísimo monarca.

—Creo, estimado Príncipe, que ya es tarde... demasiado tarde...

Todavía no había llegado el verano cuando ya la sangre corría de nuevo en Palacio. Como cada mañana, el superintendente Yaffar Beg, tío del sultán y hermano de Malek Shah, se entregaba a sus devociones en la pequeña mezquita instalada en su domicilio.

Hacía meses que no salía de casa temeroso de asistir a las ceremonias y festividades de la corte. En otra época había proferido palabras injuriosas en relación con Hasan Sabbah, a quien había visto en Ispahán, y los dos hombres habían estado a punto de llegar a las manos. Las amenazas lanzadas al sultán por su antiguo bibliotecario cuando huyera a través de la ventana estaban lejos de olvidarse y Yaffar Beg se había mostrado como uno de los más ardientes partidarios de una muerte lenta y refinada del joven rebelde. Se sabía amenazado y había hecho reforzar la guardia en torno a su persona. Tales precauciones se revelaron inútiles.

Un pinche de cocina, que trabajaba desde hacía algunas semanas en los reales hornos y que preparaba con gran esmero el kufteh, dispuso de todo su tiempo para probar un veneno de fabricación propia en los animales que merodeaban por la noche entre los cubos de basura.

Yaffar tenía la costumbre de tomar alguna cosa después de sus rezos y de engullir su plato preferido a guisa de desayuno, acompañándolo con unas cuantas hojas de lechuga y fruta. El veneno hizo efecto de un modo fulminante y el asesino tuvo justo el tiempo de traspasar los límites de la ciudad antes de que el crimen fuese descubierto.

Un furor indecible se adueñó de Mohamad Shah al saber la noticia y ordenó al general Shirghir que pusiese en pie de guerra un ejército con objeto de apoderarse sin falta del rebelde. Varias semanas se necesitaron para reclutar siete mil hombres. Se les hizo venir de Kermán y de Ahvaz, así como de Bagdad y de Ecbátana, y se ofrecieron espléndidas recompensas a todo soldado o mercenario que trajese la cabeza del renegado. Acudieron voluntarios de todas partes y, a principios de agosto, el atabeg pudo anunciar al soberano que las tropas estaban listas para trasladarse al norte.

—En Ghom nos esperan mil hombres a los que se les sumarán otros dos mil procedentes de Tauris. Esta vez, rey glorioso, tendrás esa cabeza que todo un pueblo reclama. Te lo juro.

Aquella misma noche, Shirghir era asaltado en su tienda de campaña por tres soldados y un oficial que lo degollaron antes de que hubiera podido proferir el menor grito. Sus cuatro guardias de corps habían sido estrangulados con finos cordeles de cáñamo sin que los centinelas advirtieran nada. El atabeg devoraba ruidosamente una pierna de corzo, ayudándose de ambas manos y no se percató de los asesinos, que avanzaban a sus espaldas empuñando un puñal de oro. Dejó escapar un gruñido, se debatió por breves momentos, pero sus manos grasientas, que habían soltado la carne, no consiguieron aferrar a sus adversarios.

Pese a su impresionante fuerza, tuvo que confesarse vencido ante la masa de sus asaltantes. El más joven de los cuatro ismaelitas le hundió la cuchilla en la garganta, le cortó la lengua, pendiente fuera de la boca, y le sacó el ojo que le quedaba. Desaparecieron en medio de la noche y el crimen no se descubrió hasta una hora más tarde al ir a relevar la guardia.

El sultán se sintió muy afligido ante aquella nueva desaparición brutal; Hasan Sabbah firmaba su nueva fechoría por medio de un breve y anodino mensaje destinado al monarca:

“No verás la próxima luna llena”.

Nunca soberano alguno se vio más protegido que el hijo de Malek Shah.

A dondequiera que fuese, al baño, a la sala del consejo, a las estancias de las jóvenes vírgenes, a las que dedicaba sus favores, a la mezquita real o a los jardines, una nube le rodeaba hasta el extremo de ser imposible verlo. Había dejado de desplazarse a caballo, evitaba los estrados y los sillones sobrealzados. Compartía su lecho con cuatro jóvenes efebos que debían servirle de parapeto en caso necesario. Se probaba antes su comida y su bebida y nunca dormía dos noches seguidas en una misma habitación. Era tal su miedo, que empezó a tartamudear cuando se dirigía a sus visires y le temblaban las manos cuando se llevaba un vaso a los labios.

El día vigésimoprimero después de la muerte del general, Hasan golpeó una vez más. Lo que la corte selyúcida ignoraba era que los asesinos de Alamut hacía años que se encontraban instalados en el corazón mismo de Palacio, ocupando diversas funciones entre los que rodeaban directamente al sultán. Estaban a la espera de una orden del gran maestre, la cual les llegó la víspera del plenilunio. Uno de los ismaelitas estaba encargado del hamman, otro de las reales vestiduras y un tercero de las diversiones.

Cuando Mohamad Shah salió de su baño, había dos guardias vigilando la entrada a las termas. Al llegar uno de los “haschischinos” con la ropa de noche, seguido por un segundo que llevaba una bandeja de lukums y de halva, los guardias tomaron cada uno un pastel, por pura glotonería. Al hacerlo, dejaron sus lanzas y no vieron los puñales que se hundían en sus gargantas.

A continuación, los dos ismaelitas se introdujeron en la sala de agua.

Cuatro muchachos se bañaban al lado del rey. El tercer comparsa sostenía en la mano una toalla con que secar al Shah, que salía del líquido humeante.

En cuestión de segundos lo desnucó y lo depositó con precaución sobre unos cojines. Nadie se había dado cuenta de nada. Uno tras otro, los compañeros del sultán fueron eliminados sin derramar una gota de sangre. Los servidores salieron de la piscina con la misma discreción que habían entrado, cuidándose de cerrar la puerta tras ellos. Cruzaron por delante de los soldados, de los cortesanos y de los visires y desaparecieron en la noche.

Al descubrirse el crimen, una gran consternación se apoderó de todos. En dieciséis años, tres sultanes habían sido asesinados por orden de un iluminado. Eso sin contar las innumerables muertes violentas de generales, gobernadores, molahs y notables partidarios de los árabes o los turcos. El estupor llegó al límite con el descubrimiento de un nuevo mensaje dejado al borde de la piscina: “Deseo que Sanyar, el hijo de Yaffar Beg, sea nombrado nuevo sultán. Es piadoso y razonable. Dios guiará sus pasos”.

Hasan Sabbah imponía condiciones.

Era el precio por evitar nuevos derramamientos de sangre.

El príncipe Sanyar, sobrino de Malek Shah, se había mantenido siempre al margen de las intrigas de la corte. Los espías del maestre de Alamut lo apreciaban. Se pasaba el tiempo estudiando los libros de matemáticas y astrología y dedicaba días enteros a discutir con Omar Jayyam.

La caza y los placeres de la carne no le interesaban. Con frecuencia le hacía innumerables preguntas al poeta acerca de la personalidad y las motivaciones del hijo de Sabbah.

Jayyam le contaba, a veces a lo largo de toda una noche, la vida de su amigo, sus años mozos pasados juntos, la universidad de Nichapur, el odio creciente entre Nezam y Hasan.

—Según mis consejeros debería ir y atacarlo en sus propias montañas.

¿Cuál es tu opinión?

—No sería prudente que te aventurases en un territorio que ni tu tío ni tus primos han sido capaces de dominar. Pero como no debes en ningún caso echarte atrás y tienes que vengar la muerte de Mohamad, te aconsejo que pongas en pie de guerra un potente ejército y acampes todo el tiempo que sea necesario ante las murallas de Alamut. Tal vez cercándolo y sometiéndolo a una falta de alimentos se rinda sin efusión de sangre.

—Viendo llegar a mis soldados, puede que se arriesgue a

atacarnos.

¿No lo crees?

—Con tu permiso, Gran Rey, voy a enviar a un mensajero para avisarle.

A mí me escuchará y sé que no sucederá nada grave.

Dos jinetes salieron para los montes de Alborz. La respuesta del gran maestre no se hizo esperar: “Se me ha informado de que Sanyar es un hombre de bien y que trata de encontrar la sabiduría a tu lado. Que venga si lo desea, pero como hombre de paz”.

Se dejó transcurrir el invierno y las tropas reunidas antes de su muerte por el atabeg Shirghir acamparon en los alrededores de la capital durante varios meses. En marzo de 1109 una impresionante columna de cuatro mil hombres se puso en marcha hacia el norte: contaba con más de cinco mil caballos, mulas, asnos, camellos y dromedarios. El sultán se había empeñado en conducir personalmente aquel ejército hasta Alamut, atravesando territorios que no conocía. Hasta Ghom el recibimiento fue caluroso y entusiasta. Pero a partir de las primeras estribaciones del Rudbar, los habitantes se encerraban en sus casas, abandonando precipitadamente sus campos de labranza y sus tiendas. A aquel curioso cortejo podía vérsele desde muy lejos, tan considerables eran la nube de polvo que levantaba y el ruido que hacían los músicos. De cumbre en cumbre, los hombres de Sabbah observaban el avance de los soldados del sultán y ponían al corriente del mismo a sus jefes. Cinco semanas después, Sanyar, sus generales, el visir de la guerra y el de la alimentación, algunos predicadores y miles de soldados, a los cuales se les habían unido los voluntarios de Tauris y de Bagdad, levantaban un extraordinario campamento al pie de los abruptos acantilados del Nido del Águila. Varios cientos de mujeres habían seguido a la soldadesca para alegrar las largas noches de la tropa, pues se preveía sin ningún género de dudas que el asedio iba a dilatarse en el tiempo. Sanyar no vio a ningún ismaelita, pero sabía que se le espiaba y que se informaba de sus menores gestos al señor del lugar. En junio, cansado de mirar para arriba sin jamás ver nada, echando de menos sus libros y sus tratados, el sultán decidió volverse a la capital. Una imponente escolta lo acompañó hasta las puertas de Ghazvín, último poblado en tierra enemiga. Una vez en palacio, recibió el caluroso aplauso de su pueblo, que veía en él al triunfador de los rebeldes del norte y al pacificador del país.

El rey mandó llamar a Omar Jayyam:

—Tu consejo fue sensato. Te doy las gracias por ello.

—Hay hombres de Sabbah entre nosotros; están en todas partes, entre tus cortesanos, en tu ejército, en tus cocinas, en tu habitación. Tu valor al frente de tus soldados sin duda ha sido apreciado por Hasan. Se habrá dado cuenta de tu clarividencia y de tu sabiduría. ¡Que Dios te proteja!

—¿Aceptarías verte con él y, llegado el caso, traértelo aquí?

—Creo que Sabbah no volverá a salir nunca de su fortaleza. Se siente cerca de Dios. Se pasa los días en la contemplación y en el éxtasis. Se alimenta muy poco. Su pelo se ha vuelto completamente blanco y su cuerpo descarnado. Ahora no soportaría las fatigas de un largo viaje. Morirá allá arriba, lo sé. Si tú me ordenas que vaya a su encuentro, lo haré. Pero me gustaría, monarca bienamado, volverlo a ver cuando tus tropas se hayan retirado y una auténtica paz se haya instaurado entre tú y él. Me sentiré más cómodo para hablarle.

Tendremos que decirnos tantas cosas.

Tantas cosas en más de treinta años... ¿Seré, sencillamente, capaz de reconocerlo?

El sitio iba a durar ocho años.

Cada cual permaneció en sus posiciones. Los inviernos se sucedían, siempre tan fríos en aquellas montañas inaccesibles.

No pocos hombres murieron bajo la tormenta. Se les enterraba y se les reemplazaba por otros al llegar el buen tiempo. Los sitiados se comunicaban entre sí por medio de señales de montaña en montaña y sobrevivían gracias a sus cultivos y a sus ganados.

Nunca faltó de nada. Producían cereales, fruta y tubérculos, tenían carne y leche, tejían sus vestidos y, como los de abajo, enterraban a sus muertos. Ni una sola vez en ocho años se abrió la puerta de piedra lisa de la montaña. La desconfianza era de rigor y los hombres de Hasan no bajaban la guardia. A uno y otro lado se sabía que el menor exceso, la más mínima demostración de celo, la menor iniciativa desafortunada sería vengada en el acto. Hubo, aquí y allá, algunas escasas muertes de ismaelitas y, al mes siguiente, un jefe militar, el señor de algún castillo, un religioso o un familiar de Palacio caía eliminado por los “haschischinos”, que circulaban fácilmente por el reino.

Durante el verano de 1112, el príncipe Tancredo fue asesinado en Antioquía por un armenio convertido al islam. Buzurg Humid, que había conocido al cristiano y lo apreciaba, no quiso dejar aquel crimen impune y se lo confesó a Hasan. El gran maestre se reservó la contestación por una semana y finalmente le dijo que actuase según le dictase su conciencia.

Seis semanas después, dos monjesguerreros asfixiaron durante su sueño a Vartan, el gran eunuco de Palacio, en otro tiempo el guardia de corps predilecto de Nezam–ol–Molk y más tarde de su hijo Abol Mozaffar Alí, un armenio igualmente convertido al islam. El mensaje del hijo de Sabbah a los selyúcidas estaba claro: por cada gota de sangre ismaelita derramada, por cada cristiano eliminado, un turco correría con las consecuencias. A Jayyam le afectó aquella

muerte, pues estimaba a aquel hombre que había servido en Palacio treinta años sin interrupción y le había abastecido de vino y mujeres en abundancia. Sabía que Hasan había conocido a aquel antiguo esclavo y que siempre lo había evitado como a la peste.

—Te ensucias con su solo contacto.

Es el diablo en persona.

Tres días después, el filósofo Mohamed Ghazali, que se había convertido al sunismo, moría ahogado mientras dormía.

A partir de entonces raros eran los adeptos que podían abordar al hijo de Sabbah. Incluso sus ayudantes más cercanos debían esperar a que se dignase recibirlos o al rezo en común de los jueves por la tarde para verlo de lejos confundido con la sombra de la sala de meditación. Los que apenas lo veían de año en año estaban asustados ante el deterioro físico de su cuerpo.

Aquel hombre alto y fuerte que había ayudado a la construcción de la ciudadela, que había transportado rocas, manejado el hacha para cortar árboles y el pico para romper el hielo en invierno, aquel hombre a veces brutal, siempre exigente con los suyos, parecía ausente. Andaba pegado a las paredes, se exponía poco a la luz y hablaba en voz baja. Todo el vello que cubría ampliamente sus hombros se había vuelto de una blancura inmaculada.

Presentaba un semblante cadavérico, de tez pálida. Siempre llevaba la misma ropa gastada y raída en la cintura, en la que el púrpura había derivado al amarillo naranja. Una vez al mes –honor supremo– su esposa Maryam le cortaba las uñas de las manos y de los pies y lo aseaba por completo en un barreño. El resto del tiempo hacía algunas abluciones rápidas en un cubo que le dejaba un criado delante de la puerta.

Ni la viuda de Nizar ni sus hijas habían tenido contacto con él desde la instalación en Alamut, casi un cuarto de siglo antes. Cultivaba con fervor su castidad y exigía de sus compañeros el mismo comportamiento. Buzurg Humid y Abú Alí habían tomado esposa, pero se debían antes que nada a la causa de Dios. Habían tenido que ocultar el nacimiento de sus hijos para no atraerse su ira. Atrás quedaba el tiempo de las huríes en los baños públicos de Nichapur y de Tus...

El verano de 1116 fue extremadamente seco, con malas cosechas y gran mortandad entre el ganado. El invierno siguiente fue muy riguroso y por primera vez desde que se iniciara el cerco por el ejército del sultán bajo las montañas de Alamut, los ismaelitas

padecieron hambre y enfermedades.

Hasan sacó provecho de un suceso por completo inesperado. Supo que al nieto de su viejo amigo Abolfazl lo había matado un soldado en una callejuela de Ispahán. El militar había tratado de desvalijar al comerciante y, ante la resistencia de éste y los gritos que lanzaba, el soldadote lo mató.

Cuatro semanas más tarde, Hatef, el jefe de la guardia real, era asesinado mientras dormía por dos hombres del gran maestre que, con infinitas precauciones, habían conseguido llegar hasta la habitación de Sanyar Shah y deslizar un puñal de oro debajo de su almohada con el siguiente mensaje:

“Yo velo por ti, ¡oh, rey! Vela tú por los míos...”.

Al sultán le acometió un enorme temor. Envió un emisario a los montes de Rudbar y ordenó a sus tropas que levantaran definitivamente el sitio y volviesen a la capital. El enviado entregó un mensaje a Hasan en el cual el rey ofrecía una paz honrosa para ambos bandos. Sanyar hacía tres propuestas: los ismaelitas podrían conservar sus tierras y castillos, no tendrían, empero, la posibilidad de añadir otras fortificaciones ni de conquistar otras ciudadelas. Se elaboraría un mapa de los territorios, que se reconocería oficialmente por el poder central. Los ismaelitas se comprometerían igualmente a dejar de proveerse de armas, especialmente de los cristianos y de otros enemigos del imperio, y de caballos, camellos y otros medios de transporte por procedimientos ilegales. Por último, deberían suprimir toda forma de proselitismo, de conversiones masivas y de celo religioso. A cambio, el sultán proponía una paz larga y duradera, renunciaba a la recaudación de impuestos en las regiones del norte y acogería con pompa y deferencia a todo notable ismaelita que formulase tal deseo. En cuanto a él, Hasan, sería evidentemente bienvenido a la capital.

El gran maestre se tomó un tiempo en contestar y, por medio del rei Mozaffar, emir de Damghán, al que delegó a Ispahán para tratar del asunto, discutió punto por punto todos los aspectos del pacto que le proponía Sanyar. La secreta intención de Hasan era sacar provecho de los interminables cabildeos de ambas partes para avituallarse y reponer su cabaña ganadera sin que el sultán se percatase de su situación. Un verano tórrido de nuevo, seguido de un invierno a su vez glacial, supondría el exterminio de la comunidad.

Finalmente se llegó a la conclusión del tratado, los ismaelitas eran oficialmente reconocidos como pueblo de pleno derecho en el imperio y se autorizó de nuevo a los dais a que ejercieran libremente su ministerio por todo el país. En lo sucesivo pudieron establecerse como comerciantes, artesanos, tenderos o usureros, y volvieron a permitirse los matrimonios mixtos.

En un gesto de buena voluntad, el joven sultán se hizo representar en Alamut por Omar Jayyam, cuya salud decaía por momentos, pero que deseaba volver a ver, después de tantos años, a

un amigo que no podía olvidar.

Mozaffar y el poeta viajaron juntos hasta Ghom, en donde sus caminos se separaron después de rezar en común.

El gobernador partió hacia levante, y Jayyam lo hizo hacia poniente.

—Ya verás, oh, grande Omar, qué cambiado está.

—En el fondo de mi corazón será siempre el mismo, a despecho del paso de los años.

Epílogo cccccccc

El encuentro entre los dos ancianos se realizó, por fin, el 14 de abril de 1120. Hasan había enviado a tres emisarios a la capital y el

último volvió con la noticia más impensable:

El poeta de la corte aceptaba emprender, pese a sus setenta y dos años, el largo desplazamiento a las montañas del norte. Era portador de una misiva del sultán, de algunos regalos de Palacio y de un libro de astronomía que ponía en tela de juicio ciertas ideas consagradas, tales como la de que la Tierra era plana, la distancia de los astros y sus movimientos.

Omar Jayyam salió de Ispahán con una escolta de treinta soldados y una veintena de cortesanos y artistas.

Para recuperarse de la interminable travesía del desierto, descansó tres días en Ghom y otros tres en Ghazvín. Un mes más tarde se encontraba al pie del Nido del Águila.

Por primera vez desde que tomara posesión de la fortaleza Hasan había mandado abrir la puerta de piedra todo el día y toda la noche y colocar delante de la entrada alfombras, tiendas de campaña, bebidas frescas y cojines.

Guerreros armados rendían honores y Abú Alí había sido enviado en delegación, junto con el hijo de Nizar, para recibir al ilustre visitante.

El 14 de abril, finalmente, cuatro fornidos brazos cogieron al poeta y lo subieron poco a poco a través de los dos mil peldaños que daban acceso a la ciudadela inferior. Tras un descanso de dos horas, otros cuatro brazos alzaron a Jayyam para llevarlo hasta la fortaleza superior. Cuando llegó a la cúspide de la montaña, no daba crédito a sus ojos. Todo allí era maravilla y belleza: un grupo de jóvenes vírgenes danzaba ante su mirada y, mientras que unos músicos tocaban la flauta, el setar y el chang, se arrojaban pétalos de rosa a sus pies y muchachos ataviados de blanco y ciñendo rojos cinturones se inclinaban a su paso; por todas partes se veían flores y arbustos, corrientes de agua y cervatillos y pájaros multicolores que se agitaban; era un ambiente de hechizo. Omar contempló en torno suyo la cadena de montañas. Se le veía emocionado.

—Es el paraíso –comentó a Kia Buzurg Humid, que había acudido a darle la bienvenida–. En mi vida había visto un paraje semejante, ni en Samarcanda, ni en Bujara, ni en Merv, ni en ningún sitio...

Después de hacer un breve alto, quiso subir por su propio pie los últimos escalones que conducían hasta el torreón y la morada que prácticamente Hasan no abandonaba ya nunca. La ascensión se hizo muy despacio, y cuando Jayyam, que se apoyaba en su bastón y daba el brazo a Hasan Kasrani, el encargado de la protección del gran maestre, llegó, por fin, al último descansillo, tomó aliento con dificultad. Luego, se asomó por la barandilla de la plataforma y se le oyó murmurar:

—¡Dios mío, qué hermosura! Ahora comprendo que Hasan no haya querido salir nunca de este lugar. ¡Qué delicia para los ojos!

¡Alabado sea el Creador!

Cuando se volvió, su antiguo condiscípulo se hallaba ante él. La puerta de la habitación estaba abierta y el hijo de Sabbah permanecía en el umbral. La impresión fue mutua y durante unos segundos se quedaron inmóviles. Fue Hasan el primero en reaccionar con un ligero abrirse de brazos. Jayyam se acercó a su amigo con pequeños e indecisos pasos, a la vez que el gran maestre avanzaba igualmente a su encuentro. Testigos únicos de aquel espectáculo eran Buzurg Humid, Abú Alí, Hasan Kasrani y dos dais.

Entonces se produjo algo sorprendente. Los dos hombres se abrazaron y así enlazados permanecieron un largo rato. Los lugartenientes y los religiosos se miraban entre sí con ojos interrogantes. Jamás habían visto al maestro mostrar la menor emoción en su semblante o en sus gestos. Ahora, tenían la sensación de asistir a una escena un tanto extraña e incongruente.

Omar tenía los ojos inundados de lágrimas y Hasan estaba lívido. Los dos, encorvados, entraron en la habitación y ya no se les volvió a ver en todo el día siguiente. Más de cuarenta años los habían separado, años durante los cuales había habido guerras, asedios, miles de muertos. Pero su amistad y su mutua estima habían seguido intactas, a despecho de sufrimientos, incomprensiones y reproches.

Al fin, se habían vuelto a encontrar y parecían felices.

—Ahora puedo morir tranquilo –dijo el viejo poeta–, pero antes de partir, aún me quedan por escribir algunos versos. No he terminado mis ‘Robayyat’.

—Tienes toda la eternidad por delante, mi buen amigo. Aquí estás en tu casa y puedes quedarte en ella todo el tiempo que desees. El lugar es propicio para la inspiración.

Omar estuvo cinco meses con Hasan y concluyó la redacción de sus cuartetos. Cada tarde, cuando el águila negra levantaba su vuelo para surcar el valle en busca de alimento para sus crías, rasgando el aire con un grito que helaba la sangre, el anciano se reunía con su compañero en su celda y le leía lo escrito durante el día.

Hasan lo escuchaba en silencio sin interrumpirlo jamás, sin hacerle comentario alguno a propósito de la elección de las palabras, el sentido de las estrofas o la ligereza del estilo. Entre el libertino y el austero se había establecido una especie de pacto moral: ninguno de los dos debía invadir el terreno del otro. A uno le gustaban la buena vida, el vino y las mujeres; el otro adoraba a su Dios, sus mandamientos y su justicia implacable. No había conciliación posible y lo sabían. Jayyam no probó el alcohol durante su estancia en Alamut y Hasan no se indignó ante ciertas expresiones de su antiguo condiscípulo, quien, a pesar de su avanzada edad, seguía

conservando una mirada golosa y maliciosa sobre las cosas de la vida:

—Escucha lo que he redactado esta noche:

Yo tenía un maestro, cuando era niño; Luego, el maestro fui yo, triunfante por lo mismo.

Pero escucha el final: todo aquello fue en suma Un montón de polvo conducido al abismo.

Hasan inquirió:

—¿Tenías un maestro? ¿Y quién era?

—Nuestro maestro: el muy venerado Muaffik. En unas cuantas veces en que nos vimos, me enseñó más que todos los eruditos de Nichapur, Tus y Machad juntos.

El gran maestre bajó la cabeza y meditó.

—Escucha lo que escribí la semana pasada:

El vasto mundo, una mota de polvo en el espacio.

Todo el saber de los hombres: ¡palabras!

Los pueblos, los animales y las flores de los siete climas:

¡Sombras!

El resultado de la meditación perpetua: nada...

—Te encuentro bien pesimista –replicó Hasan–. ¿Acaso la edad te ha hecho más sabio?

—Si te parece que me he vuelto más sabio, escucha este pensamiento...

Estoy seguro de que te va a interesar:

Sobre la variopinta tierra alguien camina que no es ni musulmán, ni infiel, ni rico, ni pobre.

No venera ni a Alá ni a las leyes No cree en la verdad, ni afirma jamás nada.

Sobre la variopinta tierra ¿quién será este hombre triste y bueno?

Hasan se irguió y, alzando las cejas, preguntó:

—¿Quién es ese hombre extraño y triste?

—¿No lo has reconocido? Pues soy yo. Bien sabes que no creo en nada...

en fin, en casi nada... Salvo en lo que puedo palpar y tocar.

El gran maestre tenía bastante por aquel día. Dio por terminada la visita. Por mucho menos habría hecho azotar, tal vez degollar a cualquiera de sus guerreros. Por mucho menos lo habría estrangulado con sus propias manos en otra época. Pero a Omar, ¿quién le iba a hacer daño incluso cuando blasfemaba, estaba borracho como una cuba o se le hallaba, como en Nichapur mucho tiempo atrás, medio desnudo, roncando entre dos vírgenes desvestidas?

Llegó el otoño. Refrescaba por las noches. Jayyam entró por última vez en la habitación de su amigo.

—Si crees en el otro mundo, te cito allá. Todavía tengo que decirte un montón de cosas.

—Por supuesto que creo y sé que tú también, a pesar de tus dudas, también crees. Empieza de nuevo a rezar, como en otro tiempo. Te hará bien.

—Lo intentaré... ¿Por qué no?...

A propósito, escucha lo que he escrito esta noche. Es el ultimísimo de mis cuartetos, tal vez ya no habrá más:

De la Tierra a Saturno y aún mucho más lejos, Resolver he podido, al fin cualquier problema.

Preví todos los golpes, desenredé los nudos.

Mas no así el de la muerte, incomprensión suprema.

Los dos ancianos se abrazaron largo rato y, por pudor, Buzurg Humid, Abú Alí, Hasan Kasrani y los pocos dais presentes se volvieron, un tanto violentos.

—Bien, ahora márchate, amigo mío, ¡y que el Todopoderoso te guarde!

Dile a tu joven sultán que me faltan las fuerzas para ir a reunirme con él en su palacio, pero que será bienvenido aquí. Pero que venga pronto porque me siento desfallecer cada día un poco más.

—Cuídate, Hasan, amigo, y, si Dios existe, que a ti te guarde también y a los tuyos... ¡y que os bendiga a todos!

Cuatro brazos levantaron de nuevo a Omar Jayyam, que desapareció por la puerta del túnel. Hasan Sabbah regresó a su celda e interpeló a su Dios. Aquella misma noche hizo llamar a Buzurg:

—Era mi único amigo... El único...

Omar nunca se había opuesto a Hasan, le había aconsejado, apoyado, defendido a veces. Había sabido parecer débil y obsequioso cuando la ocasión lo requería, divertido e imaginativo en otras circunstancias. Eso era todo lo que pedía el gran maestre.

El poeta entregó su alma una tarde, en su mesa de trabajo. Su muerte se descubrió al anochecer, el 8 de agosto de 1123. Tenía setenta y cinco años. El tintero de barro que sostenía en la mano estaba caído a sus pies y su qalam aún permanecía entre el pulgar y el índice. Había empezado a escribir un poema que no terminaría jamás:

Podrías tú decirme, oh, ángel bienamado...

Su cabeza descansaba sobre el pergamino.

Hasan supo la noticia seis semanas después. Desde aquel día ya no volvió a salir de su celda en lo alto del torreón. Así pasaron un invierno y una primavera difíciles. Su salud iba en declive, apenas se alimentaba y permanecía acostado sobre una esterilla colocada en el suelo y con la cabeza apoyada en dos cojines.

La noche del 11 al 12 de junio de 1124 la pasó delirando. Por la mañana mandó que se le asease por completo y se le peinase barba y cabello. Se revistió del hábito de gran maestre de la orden y, cuando consideró hallarse preparado, hizo llamar a Kia Buzurg Humid, a Abú Alí, a Hasan Kasrani, al hijo del príncipe Nizar y a un dai para que tomase nota de sus últimas voluntades; todos estaban arrodillados ante él. La voz del maestro sonaba ya ausente, de tan lejana como parecía:

—Te elijo a ti, Buzurg Humid, mi más fiel compañero, que me has servido con devoción tan grande, como mi sucesor. Eres digno de ello... Cuida bien de tus compañeros... Cuida de este niño...

Tendió el brazo hacia el hijo de Nizar y el príncipe egipcio se inclinó:

—Cuida de él en particular. Lo quiero como a un hijo, pues su padre era mi hermano.

Luego el Viejo mandó que se le acercaran sus dos lugartenientes:

—Servid a Buzurg como a mí me habéis servido, en honor y gloria del Todopoderoso. Tú, Abú Alí, te encargarás desde ahora del gobierno de la orden. Es arduo pero sé que eres capaz de ello. En cuanto a ti, Hasan, hijo de Kasrani, que te has portado gloriosamente en tus muchos hechos de armas, serás el jefe de nuestros ejércitos y velarás por la protección de la orden. No te fíes de nuestros

enemigos, de los del exterior, pero tampoco de los de dentro...

Todos permanecieron postrados ante el anciano agonizante hasta la puesta del sol. Entonces, el grito del águila, más estridente que en días anteriores, rasgó los aires. Eran las siete pasadas. Hasan Sabbah acababa de extinguirse a los sesenta y ocho años. Aparentaba veinte más.

Glosario

Alida: descendiente del profeta Alí.

Asas: vigilante nocturno de puestos de ventas y tiendas.

Atabeg: general turco.

Bakchich: propina, soborno.

Chador: velo de las mujeres musulmanas.

Chang: harpa de treinta cuerdas que se pulsan y que recuerdan a una cítara.

Dai: dignatario religioso ismaelita.

Dakkas (o Dokkan): tienda, puesto en un mercado.

Dombak: tamboril de piel de cabra.

Eiván: puerta monumental de una mezquita, decorada con mosaicos e inscripciones doradas.

Emir: notable sunita, con frecuencia jefe militar.

Fedai: combatiente musulmán que sacrificaba su vida.

Fez: gorro masculino egipcio y turco.

Ghadi: juez musulmán encargado de asuntos no criminales.

Jeque: dignatario religioso sunita.

Jerife: dignatario árabe.

Halva: pastelería oriental a base de azúcar y de harina.

Hammam: baños públicos.

Kamanché: violoncelo de caja redonda y tres cuerdas, que se hace vibrar por medio de un arco.

Kh4l: maquillaje oscuro para ojos y párpados.

Korsi: mesa baja de madera provista de un brasero en invierno.

Kufteh: albóndiga de cordero o ternera.

Lukum: pastelería oriental a base de azúcar y miel.

Manghal: brasero metálico en el que se quema carbón y que se coloca generalmente debajo del korsi.

Mehr: la dote de la novia.

Molah: predicador persa.

Narguile: pipa de agua también llamada qalian.

Ney: flauta generalmente hecha de caña.

Qalam: pluma de escribir hecha de caña.

Qanun: caja en forma de trapecio provista de 64 a 72 cuerdas, que pulsa el músico; antepasado del piano.

Rei: gobernador, jefe de distrito en la Persia antigua.

Robbayat: estrofas de cuatro versos.

Samovar: recipiente caucasiano destinado a mantener hirviendo el agua para el té.

Santur: cítara persa.

Setar: guitarra de forma oval y cuatro cuerdas sin plectro y sonido muy dulce.

Ud: laúd de cuatro cuerdas.

Visir: ministro persa.

Yawdaba: hojaldre.

Zarb: tambor de piel y caja cilíndrica, que se toca con los dedos.

Cronología histórica

Occidente:

1031 (–1060): Enrique I, rey de Francia.

1054: Comienzos de la campaña de los almorávides en África occidental.

1056 (–1106): Enrique IV, emperador de los germanos.

1061: Los normandos invaden Sicilia.

1063: Muerte del sultán Togrul Beg.

1064: Conquista de Armenia por el sultán Alp Arslan.

1066: Victoria de Guillermo el Conquistador sobre el rey anglosajón Haroldo II en Hastings.

1071: Los selyúcidas derrotan en Manzikert al ejército bizantino del emperador romano Diógenes e invaden Anatolia.

1072: Muerte del sultán Alp Arslan.

1073 (–1085): Gregorio VII, papa. Consolidación del poder de la Iglesia y de la Santa Sede (excomunión de Enrique IV).

1075: Los selyúcidas toman Jerusalén.

1077: Canossa: Enrique IV implora el perdón del papa Gregorio VII.

1084: San Bruno, fundador de la orden de los cartujos, establece su primer monasterio cerca de Grenoble.

1087 (–1100): Guillermo de Inglaterra sucede a su padre.

1088 (–1099): Urbano II, papa.

1093: Conrado, hijo de Enrique IV, se convierte en Rey de los Romanos.

1094: El Cid conquista Valencia.

1095: Concilios de Plaisance y Clermont: Urbano II predica la Primera Cruzada.

1098: San Roberto funda la abadía de Citeaux.

1099: Los cruzados conquistan Jerusalén.

1100: Balduino I se convierte en el primer rey de Jerusalén.

Enrique I, rey de Inglaterra.

1106: Enrique I conquista Normandía.

1106 (–1125): Enrique IV, emperador de Alemania.

1108: Luis VI el Gordo, rey de Francia.

1112: Asesinato de Tancredo en Antioquía.

1113: Fundación de la orden de los caballeros del Temple (templarios).

1122: Concordato de Worms entre Enrique IV y Calixto II (güelfos y gibelinos).

1123: Concilio de Letrán: ratificación del concordato de Worms.

Oriente:

1056: Nacimiento en Rey de Hasan, hijo de Alí Sabbah.

1070–1074: Estudios de Hasan en la Universidad de Nichapur (condiscípulo de Omar Jayyam y de Nezam–ol–Molk).

1074: Hasan Sabbah vuelve a Rey con su familia.

1075: Hasan Sabbah llega a Ispahán.

1076: Nombrado bibliotecario del sultán Malek Shah; muerte de Alí Sabbah; casamiento de Hasan con Maryam, sobrina del gran visir.

1077: Hasan huye de Ispahán.

Iniciación en Shirkouh (montaña de los Leones).

1078: Entrada triunfal en El Cairo.

1080: Huida de Egipto. Hasan recluta sus primeros discípulos en Alepo, Bagdad e Ispahán.

1081–1085: Largo periplo por el sureste iraní.

1085: Hasan instala su comunidad en Damghán (noreste).

1086–1090: Periplo por el este y el noreste.

1090: Instalación definitiva de Hasan en Alamut.

1092: Sitio de Alamut por los selyúcidas. Asesinatos de Nezam–ol–Molk y de Malek Shah.

1094: Asesinato de la sultana Terkem. Barkyaruk la sucede.

1101: Hasan Sabbah manda ejecutar a su hijo Mohamad.

1102: Hasan Sabbah manda ejecutar a su hijo Hossein.

1103: Dos emisarios cristianos se entrevistan con Hasan en Alamut.

1104: Asesinato del sultán Barkyaruk; le sucede el sultán

Mohamad.

1104–1109: Ola de terror en las provincias del norte.

1106: Alianza de los cruzados con los asesinos.

1108: Asesinato del gran visir Abad Mozaffar Alí. Asesinato del sultán Mohamad; le sucede el sultán Sanyar.

1109–1116: Sitio de Alamut.

1120: Omar Jayyam llega a Alamut.

1124: Muerte de Hasan Sabbah.

Fin